Mónica G. Álvarez

# Guardianas nazis

## El lado femenino del mal

edaf

# GUARDIANAS NAZIS:
# EL LADO FEMENINO DEL MAL

El nazismo postuló que todos aquellos que no fueran arios no eran humanos y por tanto serían tratados como animales. Si era ético experimentar con perros, gatos y ratones, ¿qué problema habría en hacerlo con judíos, polacos, gitanos u homosexuales? La respuesta la encontramos en los campos de concentración nazis donde cientos de fieles guardianas, con la sangre 'limpia' y libres de intoxicaciones, se convirtieron en las torturadoras y asesinas más despiadadas de la Segunda Guerra Mundial. No son tan famosas como los Hitler, Himmler, Goebbels o Mengele pero la Historia más siniestra de la Humanidad tiene su hueco para estas auténticas arpías, las caras inhumanas que tantas víctimas dejaron tras de sí. Como el caso de Hermine Braunsteiner, 'La Yegua de Majdanek', que disfrutaba propinando severas coces en el estómago de sus confinadas. O Irma Grese, el 'Ángel de Auschwitz', cuyo pasatiempo favorito era echar a sus perros para que devoraran a las prisioneras. A lo largo de este libro, la autora recoge la biografía de un total de 19 mujeres que participaron activamente en la maquinaria bélica del Nacionalsocialismo y que sucumbieron ante el poder, la sangre y la muerte. ¿Tuvieron otra salida? Sí. No obstante, optaron por tomar las riendas, acatar órdenes y aliñar sus actuaciones con fuertes dosis de vejación, maltrato y sadismo.

Autor: Mónica García Álvarez
ISBN: 9788441432406

MÓNICA GONZÁLEZ ÁLVAREZ

# Guardianas nazis

## El lado femenino del mal

edaf

MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SAN JUAN - SANTIAGO - MIAMI

2012

# AGRADECIMIENTOS

EN primer lugar, me gustaría dar las gracias a José Antonio y Diego Fossati por creer en este proyecto nada más conocernos. Por sus consejos y por la tranquilidad que me transmitieron durante el proceso. A mi editora Esperanza Moreno, por tratar con tanto mimo no solo el libro sino a mí.

A la *Das Bundesarchiv* y a la *U.S. National Archives*, por permitirme utilizar su hemeroteca y por el material fotográfico que me enviaron para completar esta obra. Las improntas que aquí incluyo nos permiten conocer más de cerca a nuestras protagonistas.

A los traductores de inglés, polaco, francés y alemán que han formado parte de este proceso literario. A Robert Wojno, Sergio Gómez y Katarzyna Czaplinska, por atender tan amablemente el llamamiento que hice en Twitter para encontrar traductor de polaco. A Anne Pfeifer, Laura Alvarado y Alexander Müller, por el ímpetu mostrado desde Düsseldorf. A Begoña Sagarduy López, por querer incorporarse a esta aventura. A Robbie McNicol por las tardes que pasamos delante del ordenador escudriñando en inglés cada uno de los libros que me llegaban. A todos ellos, un millón de gracias.

A Madonna Anne Lebling, *Director of Newsroom Research* en el periódico *The Washington Post* por darme acceso a información privilegiada y por enviarme personalmente artículos publicados en su diario sobre las tan temidas guardianas.

A la Oxford University Press y al *Oxford Journals*, que me dieron acceso a importantes documentos sobre los procesos judiciales de Bergen-Belsen y Auschwitz.

A Johannes Schwartz, *Director of the Lichtenburg Memorial Site*, por facilitarme uno de sus trabajos sobre la *Oberaufseherin* Dorothea Binz. A Flint

Whitlock autor del libro *The Beasts of Buchenwald*, por enviarme dedicado uno de sus ejemplares desde el otro lado del charco y que tanto me sirvió para documentarme. A Katie Rushforth y Catherine Lawn de la Eurospan Group por hacerme llegar manuscritos inaccesibles desde España.

A Eric Frattini por las comidas celebradas en su «cuartel general», por ofrecerme versados consejos y sobre todo por su valiosa amistad. Al doctor José Cabrera Forneiro, por lanzarse sin paracaídas a escribir el prólogo de este libro. A Pietro y Lucía, por las charlas sin reloj, por las risas, los nervios y porque me enseñaron que los sueños también se hacen realidad. A Carles Lamelo, por las noches delante del micrófono hablando de misterios. A Javier Silvestre, porque su risa llena la sala de mi memoria. A Lorena Montón, por su calidad humana. A Blanca Jiménez Barrau por sujetarme en los peores momentos. A Alessandra Martín, la «hermana» pequeña que siempre quise tener. A David Barrientos, porque le sobra humanidad y la comparte con los que somos sus amigos. A Luisa Puerto, por ser mi familia desde hace más de 15 años. A mi querida Grachi, porque nunca he conocido un ser tan sabio sobre la faz de la tierra. A Bertita por sus remedios alquimistas. A Mónica Montes, por ser más «solar» que nunca. A Eva Margalef, porque es sinónimo de nobleza y lo demuestra cada día. A Bego Llácer, por ser mi alma gemela. A Tania Ruiz Otero, porque nuestra amistad siempre saltará la barrera de la distancia. A Paloma Ramón, por poner música a las palabras. A Chus, porque sé que está viendo todo desde arriba; te pienso cada día. A mis padres y

hermano, por ser parte de mi alma. A Elena, por ser mi inspiración diaria. Al resto de mis incondicionales, que no os olvido, por estar siempre a mi lado cuando más lo necesito.

Y por último, y muy en especial, un agradecimiento a todas aquellas personas y organismos que me dieron la espalda, que me pusieron toda clase de escollos para evitar que este libro fuese como es hoy. Ello me ha permitido agudizar mi ingenio y, por tanto, mi investigación.

A todos ellos, la más sincera de las gratitudes. Una parte de este libro es de todos ellos.

# PRÓLOGO

CUANDO un psiquiatra se pone a prologar, las cosas se convierten en impredecibles, ya que sabemos escuchar, hablar a medias, pero escribir muy mal. Pero, como alguien dijo, es lo que hay.

Para prologar desde la perspectiva psiquiátrica caben dos opciones: tratar de entender el contenido de la obra en sus matices psíquicos, o entender al autor en sus motivos para escribir dicho contenido, y en ambos casos siempre resulta arriesgado encargar a un psiquiatra una introducción o un prólogo, ya que el riesgo nace de la «manía» o también llamada «deformación profesional» de estos sujetos, es decir, en este caso de un servidor por desentrañar los intríngulis psíquicos de aquello que prologan, de buscar los fantasmas inconscientes que siempre yacen tras las conductas humanas, y cómo no tras las palabras escritas como representación éstas últimas de la personalidad del autor.

Pero el que así arriesga, ya sea autor o editor, demuestra su valentía, y en cierto modo se desnuda para ofrecer con sinceridad una obra y el esfuerzo que esta siempre implica.

Vivimos un mundo convulso y con miles de criterios y marcos morales donde a veces resulta difícil seguir una senda, por eso conviene mirar atrás en nuestra historia y aprender de lo que en ella, con fortuna o no, ha hecho el ser humano. Ese es el gran reto de los escritos que bucean en nuestras luces y en nuestras sombras.

Y de sombras vamos a hablar en estas palabras que servirán como prólogo, sombras perversas y negras que pintaron un capítulo mucho más que trágico de la humanidad, un capítulo de horror sin sentido, donde el cerebro más animal e irracional gobernó el mundo en una espiral que llenó los cementerios y aun nos asusta en su recuerdo.

La autora ha desentrañado unas vidas de personas, mujeres en concreto, que debieron ser insignificantes o al menos sencillas y grises, y, sin embargo, encarnaron unas conductas tan crueles e inimaginables que los psiquiatras titubeamos a la hora de etiquetarlas.

Y es que cuando sucede algo trágico o criminal todo el mundo recurre al profesional de la psiquiatría para que de inmediato ponga un diagnóstico o al menos explique el motivo de tal o cual conducta, como si al etiquetar o explicar, nuestra angustia por lo bestial e incomprensible se aliviara y de esta forma pudiéramos seguir saliendo a la calle sin la sensación de que en algún momento un semejante puede hacer tal o cual cosa.

De los campos de concentración tenemos libros y libros, textos y textos y hasta filmaciones que nos erizan el cabello y nos secan la boca, incluso tenemos descripciones de profesionales de la salud mental que estuvieron presos, me vienen a la memoria Víktor Frankl y Bruno Bettelheim a los que hay que leer por obligación, científicos de renombre como Primo Leví, inolvidable, y también hay quienes nos avisaron con dolor de lo que se viviría como Stefan Zweig, que se quitó la vida lejos de su patria por ese dolor inasumible.

Pero no teníamos un fichero tan detallado de unas mujeres que hicieron de su condición el más flaco favor que se puede hacer hoy a la condición femenina; fueron las torturadoras, algunas de ellas, que hoy gracias a la autora conocemos con detalle.

Y es en este punto en el que el psiquiatra se pregunta ¿Por qué? ¿Había otras opciones para estas

mujeres? ¿O un cruel fatalismo las empujó a perder el rumbo intoxicadas por una atmósfera delirante proaria, que llevaron hasta sus últimas consecuencias?

¿Qué decir de la personalidad de estas mujeres? ¿Pero qué es la personalidad antes de todo?

La personalidad es lo que conocemos coloquialmente como «forma ser», y la deducimos de la conducta que cada uno tiene consigo mismo y en relación con los demás. Esta forma de ser, si lo resumimos de manera didáctica, estaría compuesta por dos parámetros claramente diferenciales: *el temperamento* y *el carácter*.

El primero, al que hemos denominado temperamento, tendría un gran componente genético, es decir, se transmitiría a través de la herencia, procedentes de ambos progenitores. En cambio, el segundo sería básicamente adquirido en función de las relaciones y del ambiente que rodean al sujeto desde su nacimiento hasta el momento presente. Lo que vemos de la personalidad, lo que percibimos, lo que se exterioriza, es lo que llamamos *conducta* o *comportamiento*.

No hay acuerdo entre los autores y las escuelas sobre cuál de los dos elementos es más determinante a la hora de la conducta del sujeto, habiendo quien dice que la herencia determina definitivamente la conducta (idea un tanto fatalista) y quien por el contrario habla de la herencia como una vulnerabilidad sobre la que se impresionan los acontecimientos vitales que rodean al sujeto en su vida desde la infancia hasta la edad de adulto.

En cualquier caso, todos hemos visto diferentes situaciones que parecen inclinarse hacia un lado u otro de la balanza, pero cada vez son más los que opinan que como decía Cajal: «El hombre es el escultor de su propio cerebro».

Lo que conocemos como Trastornos de la Personalidad (TP) serían formas «anormales» de ser y de relacionarse con uno mismo y con los demás, desde un punto de vista estadístico. Se inician muy precozmente y provocan malestar al sujeto y/o a los que conviven con él. En realidad, muchos que denominamos «raros» son auténticos trastornos de la personalidad, trastorno que se patentiza de otra forma dependiendo del medio social donde vive el sujeto.

Es en esta línea de pensamiento que deberíamos encuadrar hoy a aquellas mujeres, y entonces las preguntas siguientes serían: ¿Nacieron así?, ¿Se hicieron así por contagio ideológico? O lo que es más duro de aceptar: ¿eran simplemente así?, luego el mal existe.

A los psiquiatras no nos gusta hablar del mal y del bien, porque son conceptos morales íntimos de las personas y han cambiado a lo largo de la historia según ideologías, cambios de poder… etc., pero lo cierto es que en ocasiones nos encontramos con personas que no tienen criterios morales ninguno y entonces no podemos diagnosticar un trastorno, simplemente alejarnos cautelosamente de ellas.

Yo creo que el caso de estas mujeres es en síntesis este último. No podríamos definirlas como personas con trastornos psiquiátricos, vivían en un mundo tóxico en el que la moral se la impusieron y ellas simplemente por vanidad, egoísmo, celos, ambición y otras muchas razones «no psiquiátricas», hicieron del mal una herramienta perversa de proyección de sus pobres vidas, y esto lo ha recogido magistralmente la autora Mónica González Álvarez, mujer actual, trabajadora e investigadora de la historia, a la que auguramos un gran éxito con esta descripción detallada de aquellas Guardianas Nazis que hoy gracias a ella vuelven a la luz para que todos mantengamos la alerta viva ante las ideologías extremas y radicales.

**Dr. José Cabrera Forneiro**

Psiquiatra y Doctor en Medicina Legal
Académico de la Academia Médico Quirúrgica Española

# INTRODUCCIÓN

«LA idea de aceptar un trabajo en Auschwitz era particularmente seductora, puesto que el trabajo respondía a la necesidad que tenía de experimentar día tras día la propia superioridad y la propia fuerza, el derecho a decidir sobre la vida y sobre la muerte, el derecho a infligir la muerte, personalmente o al azar, y el derecho a abusar del poder sobre las otras detenidas».

Así formuló Anna Pawelczynska, prisionera polaca convertida en guardiana del campo de Auschwitz y actual socióloga, su paso por este centro de internamiento durante la Segunda Guerra Mundial.

No fue la única. A partir de 1939 cientos de mujeres alemanas se alistaron a la *Bund Deutscher Mädel* (Liga de la Juventud Femenina Alemana) y al Partido Nazi (NSDAP) para acatar los nuevos preceptos erigidos por Adolf Hitler y su Tercer Reich. No echaban de menos un hogar íntimo, un marido cariñoso o unos niños felices, como manifestó el *Führer* en más de una ocasión. No. Estas féminas —pese a lo que declararon ante sus respectivos tribunales—, fueron conscientes de la barbarie y la consternación a la que se enfrentaron. Decidieron formar parte de un sistema de tortura, sadismo y muerte aún contraviniendo las leyes internacionales en tiempos de conflicto.

Pero ¿cómo es posible que alguien corriente se convierta en un criminal de guerra? La respuesta más recurrente y la que, por desgracia, he intentado reflejar a través de este libro, es que todas y cada una de las personas que participaron de la maquinaria bélica del horror nazi, ya tenían esa semilla asesina en su interior. Esa maldad era innata, oculta en algún rincón de su conducta pero tan palpable que tan solo fue necesario trabajar en un campo de exterminio, entre cadáveres y llanto, para despertar a las bestias más despiadadas que se han conocido jamás.

Si los hombres de Hitler fueron perversos, ellas, las «guardianas» de los campamentos de concentración, supusieron la mano ejecutora e implacable de la justicia aria. No hubo juez más atroz que María Mandel, Ilse Koch, Irma Grese, Hermine Braunsteiner, Dorothea Binz y así hasta 19 nombres. Todas y cada una de ellas establecieron un patrón de entrenamiento para enseñar a sus secuaces cómo debían golpear, apalear, fustigar, maltratar y vejar a sus reclusas hasta el óbito. Durante esta fase de instrucción, llevada a cabo principalmente en el campo de Ravensbrück, las futuras asesinas aprendieron a practicar sacrificios y a comportarse como animales salvajes. La inhumanidad fue su ilustre pilar.

Los miles de internos de Birkenau, Buchenwald, Majdanek, Ravensbrück, Auschwitz o Stutthof sufrieron en sus carnes el ensañamiento voraz de unas mujeres que, lejos de impartir paz, y "guardar" la integridad personal, les arrancaron de cuajo la poca esperanza que podían tener en la vida.

En *Guardianas nazis* nos encontraremos con una recopilación de la vida de las 19 supervisoras, guardianas, responsables de bloque y auxiliares más sangrientas de los campos de concentración alemanes entre 1939 y 1945. Aparecen divididas en dos significativas partes: «Las 7 Arcángeles del Terror» y «Las 12 Apóstoles del Reich».

Los términos de «arcángel» y «apóstol» que utilizo para este fin, no pretenden ofender a nadie. Si es así, mi más sinceras disculpas. El motivo por el que he decidido usar ambos vocablos es por el significado implícito que llevan consigo. Nada tiene que ver aquí la religión o la fe con el nazismo,

pero sí lo que subyace.

Entendemos por «arcángel» como aquel «espíritu bienaventurado, de orden medio entre los ángeles y los principados». Si hacemos acoplo de esta palabra a las siete supervisoras germanas, hay que decir que estas fueron seres «venerados» por su régimen y que se encontraban entre Hitler (la divina providencia) y los distintos rangos de las *Waffen-SS* (los principados). En el caso de «apóstol», que sería aquel que predica, el propagador de cualquier género de doctrina importante, las 12 restantes fueron evangelizadoras de unos ideales. Se dedicaron a difundir entre sus fieles la semilla de la religión aria.

Este libro nace de la necesidad de sacar a la luz las sombras del nacionalsocialismo, unas sombras donde las mujeres también tuvieron gran culpa del exterminio semita.

Como decía su Líder: «Sigo el camino que me marca la Providencia con la previsión y seguridad de un sonámbulo». Ellas lo siguieron, hasta el final, meneando la cola de la maldad a su paso. Sentían satisfacción ante lo que generaban sus actuaciones, no por provocar sufrimiento en el otro, sino por el dominio de llevarlo a cabo. Por el poder de elegir lo que era o no correcto en cada momento. Si para Hitler el judío era de naturaleza satánica, una vez que lean las fatales costumbres de nuestras protagonistas, pensarán que el Innombrable a su lado era solo un mero aprendiz.

# Parte I

## Las 7 arcángeles del terror

# ILSE KOCH

## LA ZORRA DE BUCHENWALD

**Nombre real:** Margarete Ilse Köhler.
**Apodo:** La zorra de Buchenwald, la perra de Buchenwald, la bruja de Buchenwald, la Commandeuse.
**Nació:** Dresde, 22 de septiembre de 1906.
**Murió:** Aichach, 1 de septiembre de 1967.
**Puesto:** Civil y mujer del Comandante del campo de concentración de Buchenwald, Karl Koch.
**Tortura preferida:** Ordenar extirpar la piel humana tatuada para fabricar lámparas.
**Nº asesinatos:** 5.000 prisioneros aprox.
**Condena:** Cadena perpetua con trabajos forzados.

*Yo nunca contemplé la posibilidad de ser llevada a juicio, porque nunca hice ninguna de las cosas que se han presentado en mi contra.*

Ilse Koch durante su primer juicio el 10 de julio de 1947

Dicen que detrás de un rostro angelical siempre se esconde un alma diabólica y en el caso de Ilse Koch, no podría ser de otro modo. Mujer de cabellos rojos y largos, de gran belleza y fuerte poder de seducción, supo cautivar a sus camaradas de las *Escuadras de protección* para convertirse en supervisora de uno de los campos de concentración nazi más importantes de la época. Su sadismo no conocía límites y entre sus fechorías destacaba la creación de todo tipo de lámparas con piel humana. De ahí su terrible apodo: *La zorra de Buchenwald*.

Margarete Ilse Köhler, que era así como se llamaba antes de casarse, nació el 22 de septiembre de 1906 en el seno de una familia de clase media en la localidad alemana de Dresde (Sajonia). Hija de Anna y Emil, un labrador que posteriormente llegó a encargado de fábrica, Ilse se comportaba como cualquier otra niña de su edad. De carácter tranquilo, responsable y de buen comportamiento, llegó a hacerse muy popular entre los compañeros de escuela. Nada hacía presagiar que se transformaría en una asesina tiempo después. De hecho, poco se conoce acerca de su educación y de cómo podría haber sido tratada o maltratada por sus progenitores.

Evitó la escuela secundaria para adquirir conocimientos de taquigrafía y secretaría en la academia de oficios, pero a los 15 años aparcó definitivamente los estudios. Pese a que en un primer momento, empezó a trabajar en una factoría, fue en 1922 cuando se convirtió en dependienta de una librería de Dresde. Por ese entonces, Alemania estaba sumida en un increíble estancamiento económico y todavía padecía las consecuencias de la Primera Guerra Mundial.

Inmersa en la soledad de esas cuatro paredes, la joven Köhler inició un interés desmedido por los nuevos y enérgicos personajes que se asomaban a través de los volúmenes que llenaban

diariamente los estantes. Eso y las continuas visitas, sobre todo de una rama oficial del Partido Nazi, hicieron que esta joven atractiva y pelirroja, de personalidad arrolladora y embaucadora, no tardase en abrirse paso entre sus filas llegando a tener aventuras con varios miembros de las *Waffen-SS*.

Una década más tarde, en 1932, Ilse se afilió al Partido Nazi Alemán (NSDAP). Era el número 1.130.836 y una de las primeras mujeres en llevarlo a cabo. La cercanía con la alta esfera estaba cerca. Su fascinación por los uniformes llegaba a tal extremo que tenía citas exclusivamente con miembros del Reich: oficiales de las SS y de las *Sturm Abteilung* (SA o Camisas Pardas), de tal forma que lo natural era enamorarse de un militar vanidoso y grandilocuente. Ocurrió de la siguiente forma.

Gracias a su trabajo como mecanógrafa en la empresa de cigarrillos Reetsma en Dresde, la vida de Ilse cambiaría para siempre en mayo de 1934. En su camino se cruzó Karl Otto Koch, un *Obersturmführer* (teniente) de las SS que se encontraba casualmente en la zona por un breve periodo de tiempo. Gracias a su belleza pelirroja de ojos verdes y a su ademán sexy y provocativo, la muchacha conquistó rápidamente el corazón del oficial. Y aunque Karl era un hombre robusto, de cara redonda, calvo, diez años mayor que ella y divorciado, Köhler no pudo evitar mantener un romance con él. Durante ese mes su amor continuó floreciendo. Incluso después de que lo trasladasen de Dresde al campo de concentración de Hohnstein (Sajonia) el 30 de junio de 1934 y en octubre al de Sachsenburg.

No obstante, y antes de proseguir con la historia de nuestra terrible protagonista, Ilse Koch, es imprescindible que conozcamos también la trayectoria y personalidad del que sería su marido. Karl fue para Ilse lo más parecido a un maestro, quien la enseñó a practicar diversos suplicios y vejaciones. La crueldad de ella fue en parte tan descomunal gracias a las directrices de su cónyuge.

## LOS ANTECEDENTES DE KARL

Karl Otto Koch nació en Darmstadt (Alemania) en 1897 cuando su madre tenía 34 años y su padre, un funcionario del gobierno de Darmiggadta, 57. Los padres se casaron dos meses después de su nacimiento; sin embargo, cuando él tenía ocho años, su progenitor falleció. Este hecho provocó en él un sentimiento de aislamiento que derivó en una mala conducta en la escuela, que unido a malas calificaciones, hizo que Karl dejase pronto la escuela y se fuese a trabajar a las fábricas de mensajería local.

Cuando tenía diecisiete años, se alistó en el ejército. Por entonces, la Primera Guerra Mundial ya se estaba poniendo en marcha en Europa Occidental. Cuando su madre se enteró, intervino, habló con la oficina de reclutamiento y le mandaron de nuevo a casa.

En marzo de 1916, a la edad de diecinueve años, el muchacho se las arregló de nuevo para formar parte del regimiento, pero la contienda le tenía algo preparado: terminar en un campo de prisioneros. Milagrosamente, salvó la vida y regresó a una Alemania enojada a la par que destrozada. Se cree que esta experiencia marcó tan negativamente su talante, que Karl inició una etapa de rabia desalmada contra sus inferiores. Lo constató siendo ya coronel del campo de concentración de Sachsenhausen.

Tras el fin de la Primera Guerra Mundial, el exsoldado continuó con su vida y obtuvo el puesto de empleado de banca. En 1924 se casó por primera vez, pero dos años más tarde el banco se

derrumbó y Karl se quedó sin trabajo. Por aquel entonces mozos desempleados sin recursos ni motivaciones encontraban en las ideas nazis un verdadero chaleco salvavidas.

Se afilia al partido en 1931 con número 475.586 y comienza a trabajar en la oficina de la administración de la sede regional del partido en Dresde. Su matrimonio se estaba yendo a la deriva y el divorcio se materializa ese mismo año.

En el mes de septiembre Karl Koch decide unirse a la elite de las *Waffen-SS*. Para ello tenía que pasar por una previa y ardua investigación para comprobar que no tenía antecedentes judíos. Una vez demostrado que todo estaba correcto, comenzó su periplo nazi.

Durante los años siguientes y previos a enamorarse de Ilse, Karl fue destinado a varios campamentos de concentración. Según afirmaba el comandante de la unidad *Totenkopf*, Theodor Eicke: «su habilidad estaba por encima de la media y hacía todo lo posible por el triunfo de los ideales nacionalsocialista». Dichas cualidades llevaron a Koch a ser bien mirado por sus superiores, quienes buscaban entre sus filas hombres como él. Por eso recibió su primera asignación.

Desde entonces, Karl pasó de dirigir la unidad conocida como *SS-Sonderkommando «Sachsen»* en el campo de concentración de Sach-senburg, a ser el ayudante principal y hombre de confianza de Heinrich Himmler, jefe de las SS y de la Gestapo. Para este último, Karl era un hombre preparado, dispuesto y capaz de llevar a cabo las más escalofriantes órdenes, alguien que podría llegar muy lejos dentro de los círculos nazis y de las *Escuadras de Protección*. Una de sus máximas era: «Meine Ehre heiBt Treue» (Mi honor es la lealtad).

## LA BODA DE LOS KOCH

Una vez que la *SS Rasse-und Siedlungshauptamt* (la Oficina Central de las SS para la Raza y el Reasentamiento) investigó la genealogía tanto del coronel Karl Otto Koch como de la joven Ilse Köhler, se procedió a realizar la liturgia. Necesitaban cerciorarse que no tenían sangre «impura», es decir, parentesco judío alguno.

En la noche del 29 de mayo de 1937 la parte de atrás del KL Sach-senhausen, se convirtió en el lugar elegido por Karl e Ilse para contraer matrimonio. Un bosque repleto de robles fue el principal testigo de una ceremonia engalanada con impresionantes antorchas. Fue un enlace con todos los rituales y adornos de las SS.

Por aquel entonces y así lo asegura Andrew Mollo autor del libro *A pictorial History of the SS. 1923 - 1945*, las bodas cristianas fueron reemplazadas por ritos pseudopaganos:

> «Los matrimonios ya no se llevaron a cabo en las iglesias, sino al aire libre bajo un limonero o en un edificio decorado con runas de las SS, girasoles y ramitas de abeto. Una eterna llama ardía en una urna frente a la cual la pareja intercambiaba anillos y recibía el regalo oficial de las SS, el pan y la sal, símbolos de la fecundidad y la pureza de las tierras».

Tras la ceremonia y hasta que su nueva casa en Sachsenhausen estuviera terminada, los Koch vivieron en el apartamento alquilado de Ilse en las costas de Lehnitzsee, un lago cercano a Oranienburg. Karl acababa de ser nombrado coronel del campo de concentración que estaba

construido en las proximidades de la capital. Allí permanecieron durante varios meses, hasta que en 1938 fue destinado al centro de trabajo de Buchenwald, uno de los campamentos inaugurales del Imperio nazi durante la II Guerra Mundial. Aquel *Konzentrationslager* acabó siendo uno de los mayores recintos de exterminio alemán junto con el de Auschwitz, debido a los experimentos médicos que se efectuaban con los prisioneros. Fue precisamente allí donde se dieron cita las macabras atrocidades de la pareja Koch.

## BUCHENWALD: EL CAMPO DE LOS HORRORES

Construido en 1937 en la región rural de Weimar, Buchenwald fue uno de los primeros y más grandes campos de concentración nazi. Cada individuo que soprepasaba el portalón de estas instalaciones tenía que leer: «Con justicia o sin ella, ¡mi patria!».

Se dividía en tres secciones principales. En el «gran campo» se albergaban prisioneros de cierta antigüedad; en el «campo pequeño» se alojaban los que estaban en cuarentena; y en el «campo de tiendas de campaña», miles de detenidos polacos, enviados después de la invasión alemana del país en 1939.

Pero Buchenwald incluía otra faceta todavía más sobrecogedora: la investigación médica. Consistía en la realización de esterilizaciones sin anestesia, inyecciones experimentales de nuevas drogas y disparatadas pruebas de resistencia humana ante el dolor, el calor y el frío. Además, inyectaban enfermedades letales a las víctimas para después someterlas a un estrecho seguimiento.

Los primeros meses en Buchenwald fueron totalmente «corrientes» para los Koch, ya que dedicaron ese tiempo a tener hijos, en este caso tres, Artwin, Gisele y Gudrun. Esta última murió de forma repentina mientras Ilse y Karl estaban de vacaciones esquiando. A pesar de los intentos de su niñera, Erna Raible, para convencer al matrimonio de que regresasen lo antes posible, hicieron caso omiso y la niña falleció sin estar ellos presentes.

Cumplido el trámite de la paternidad que se exigía a los miembros más antiguos del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, la normalidad dejó paso al sadismo. Era de esperar, si contamos con la brutalidad ejercida por Karl durante su incursión en los diversos campos de concentración donde estuvo destinado. Su codicia personal arrasaba allá donde iba. Según las víctimas que sobrevivieron, este impartía latigazos a los prisioneros utilizando una fusta cuyo vértice constaba de fragmentos de cuchillas de afeitar. Además, entre las torturas que se le acuñan estaba la de utilizar un hierro candente para marcar a los reos o la del agarre de los dedos. Ambos martirios, empleados a su vez en la época medieval, se realizaban de forma cruel si alguien violaba las reglas del campo. Nadie escapaba del tormento del dolor si Karl Koch así lo decidía. Lo cierto es que también lo puso en práctica su esposa Ilse, quien, pese a su apariencia seductora, escondía tras de sí a una verdadera asesina en potencia. Él le enseñó todo lo relacionado con la inmolación y el sacrificio.

## El picadero

La pesadilla comenzó en «Villa Koch», como formalmente era conocida, y se extendió hacia el exterior. Se trataba de una gran casa de aproximadamente 125 hectáreas sobre la colina Ettersberg.

En un principio, aunque Ilse era la esposa de uno de los siete oficiales de las SS destinados en Buchenwald, no era de aquellas que hacían amigos fácilmente. Pronto, la señora Koch se transformó en una mujer «endemoniada». La maternidad no la había ablandado, ni más lejos de la realidad, sino todo lo contrario. El efecto positivo que podía subyacer en ella se había convertido en algo destructivo y mordaz. De hecho, no se relacionaba con ninguna de las otras cónyuges. Su carácter colérico, sádico, degenerado, de gran sangre fría y hambrienta de poder, se lo impedían. Algunos informes médicos posteriores la llegaron a tildar hasta de ninfómana.

Para la realización de esta clase de depravaciones y fiestas, el comandante Koch mandó construir también una especie de «picadero», donde su mujer podría desplegar sus malas artes, tanto amatorias como criminales. El lugar en cuestión, lejos de ser algo pequeño, tenía 40 × 100 metros de extensión y unos 20 metros de altura. Esta gigantesca morada se encontraba a poca distancia del campo de concentración, así que los prisioneros de los barracones más cercanos podían escuchar perfectamente lo que ocurría en su interior.

La construcción tuvo que llevarse a cabo con tanta rapidez que unos treinta prisioneros tuvieron accidentes mortales y algunos de ellos fueron asesinados durante el trabajo. Los gastos de edificación ascendieron a un cuarto de millón de marcos de la época (unos 250.000 euros). Una vez terminado, Ilse empezó a utilizarlo varias veces por semana. Efectuaba sus paseos matutinos a caballo que duraban entre quince y treinta minutos, mientras la orquesta de las SS tocaba la música de acompañamiento sobre un tablado especial. A modo de curiosidad, señalar que dentro del «picadero» Frau Koch mandó colocar una pista con las paredes recubiertas de espejos como ingrediente adicional en sus orgías colectivas.

Tras su encarcelamiento en la prisión de la Policía de Weimar en 1943, la célebre alcoba sirvió de almacén para trastos viejos.

## TÉCNICAS DE CASTIGO Y TORTURA

Al principio, Ilse solo se tomó pequeñas libertades, como por ejemplo, exigir a los prisioneros que la llamasen *Gnädige Frau* (señora), pero no tardó en abarcar otras actividades. Su comportamiento era el de una mujer obsesionada con su aspecto, hasta el punto de mandar traer vino de Madeira para bañarse en él, mientras miles de prisioneros morían de hambre a pocos metros de su casa. Pero aquellos baños no solo tenían como ingrediente principal el preciado alcohol. Según parece, entre las tropas de las SS empezó a correr el rumor de que la señora Koch utilizaba el zumo de limón para frotarse la piel, otro posible complemento para nutrir la epidermis. Y por si esto fuera poco, Ilse ordenaba a su peluquero particular, un prisionero del campo, realizar esta labor todos los días. Su preocupación por el atractivo físico dio como resultado tener armarios repletos de costosas prendas, calzado y pieles, y a ser dueña de los mejores perfumes de la época. Además, tanto el sótano de su casa como la bodega albergaban cientos de exquisitos productos procedentes de los mejores lugares de Europa, y su finca se encontraba siempre impoluta teniendo a su cargo dos cocineros y varias criadas.

Después, se dedicó a pasearse por el campamento látigo en mano, pegando a aquellos prisioneros cuyo aspecto le era desagradable. Como vemos, para ella la belleza era lo más importante.

Finalmente, su crueldad comenzó a desatarse sin ningún tipo de escrúpulo ni límite, haciendo del

campo de internamiento nazi su terreno de juegos predilecto. Su placer perverso la llevaba a lanzar perros contra las embarazadas. Les provocaba entrar en una fase de terror absoluto donde las víctimas llegaban a creer que morirían despedazadas por aquellas bestias. Una vez que Ilse conseguía su propósito, chillaba encantada.

De noche organizaba orgías lésbicas con las esposas de los oficiales, para después dedicarse a practicar sexo con los subordinados de su marido. Las aventuras sexuales de la señora del comandante le llevaron a tener aventuras hasta con doce personas a la vez. Su depravación iba creciendo. El expreso de Buchenwald, Eugen Kogon, escribió:

> «Un capítulo especial fueron las reuniones sociales de las SS que se iniciaron en Buchenwald con una magnífica fiesta al aire libre… Lo realizaban para el personal de la sede una vez al mes. Ellos comían y bebían de forma desmedida, lo que casi siempre terminaba en orgías salvajes».

## Hablan los testigos

La fascinación por técnicas de castigo y tortura que había conocido gracias a su marido, le sirvieron para ganarse una fama de sanguinaria que jamás dejó atrás. De hecho, uno de sus múltiples y retorcidos placeres consistía en permanecer a la entrada del campo a medida que llegaban nuevos prisioneros. Los esperaba con los pechos desnudos y ávida de lujuria. Cuando los presos se daban cuenta de lo que ocurría, Ilse pasaba a la acción. Comenzaba a acariciarles, a sobar su cuerpo libidinosamente, mientras gritaba comentarios subidos de tono. Si alguno cometía el error de mirarla fijamente a los ojos lo golpeaba hasta perder el sentido.

> «…un domingo de febrero de 1938, los prisioneros tuvieron que permanecer en pie desnudos en la plaza durante tres horas mientras hombres de las SS examinaban su ropa. Durante este tiempo, la esposa del asesino masivo Koch y las de otros cuatro oficiales de las SS estuvieron ante la valla de alambre espino mirando lascivamente a los prisioneros desnudos»[1].

Koch se había convertido en la principal torturadora de internos de Buchenwald. Las historias sobre ella y el uso que hacía de la fusta eran interminables. Otro testimonio es el de un prisionero, un hombre llamado Peter Kleschinski, que aseguró que en el verano de 1938, mientras había una cuadrilla de trabajo cerca de Villa Koch, vio a la señora acercarse a un prisionero judío, golpearle en la cara con el látigo y ordenar a un hombre de las SS que lo azotara. Ese mismo verano el interno Walter Retterpath estaba trabajando en un lado de la carretera cuando Ilse Koch se acercó, se dio cuenta de que la miraba y se enfrentó a él. «¿Qué te crees que estás haciendo mirando mis piernas?», gritó. Y lo abofeteó con su fusta.

Otra declaración nos lleva hasta el recluso Franz Scheneewciss, que afirmó que mientras estaba trabajando cerca de la cantera, Ilse pasó montada en su caballo. Él cometió el error de mirarla y enojada le preguntó: «¿Por qué me miras?». Entonces procedió a golpearle repetidas veces en la cara con la pequeña fusta de cuero haciéndole perder la visión durante unos instantes.

En otro incidente Hans Ptaschnik, un preso político al borde de la inanición, estaba limpiando las jaulas del zoológico cuando empezó a ingerir un poco de comida de los animales y a rellenar sus bolsillos con el resto. En ese momento Frau Koch se acercó, le ordenó vaciarlos y mientras lo estaba haciendo, le golpeó en la cara con la fusta de montar hiriendo gravemente uno de sus ojos.

Otro confinado, Max Kronfeldner, aseguró que mientras él y otros dos prisioneros enfermos iban caminando a la enfermería, la «Comandanta» y su compañero de equitación y a veces amante, el adjunto Hermann Florstedt, cabalgaron hasta el trío. «Ella vino hacia nosotros», dijo, «y nos golpearon con la fusta… porque estábamos mirándola. Vimos a una mujer a caballo y nosotros miramos». Este hombre no se había dado cuenta de que la dama en cuestión era Ilse Koch, pero cuando los otros reclusos le preguntaron más tarde el motivo por el que había recibido una buena zurra en su cara, el respondió que se lo había hecho una muchacha de cabellos rojos que montaba a caballo. Entonces, le mencionaron que ella era la esposa del comandante, a lo que Kronfeldner añadió: «¡Bromeas! Bueno, ¡ella puede besar mi culo!».

Siguiendo con la ristra de testificaciones, habría que señalar que Eugen Kogon al que hemos mencionado anteriormente, aseguraba que los prisioneros eran registrados de vez en cuando durante el pase de revista, para buscar productos de contrabando tales como dinero y tabaco. Si alguien tenía, era automáticamente decomisado por un oficial de las SS para uso propio. Este preso recordaba en particular que en una gélida jornada de febrero…

> «…los prisioneros se vieron obligados en más de una ocasión a permanecer de pie completamente desnudos durante tres horas. La esposa del Comandante Koch, en compañía de las mujeres de los otros cuatro oficiales de las SS, se asomaban a la valla de alambre para regodearse de las desnudas figuras».

Un día los guardias ejecutaron a unos reclusos mientras trabajaban. A Ilse le gustó tanto esta escena, que cogió una pistola y añadió veinticuatro víctimas más a la lista de muertos. Todos los internos de Buchenwald, incluso aquellos con mucha experiencia en el campo, se preguntaban de qué manera era posible librarse de aquella jungla de castigos y maltratos. No veían salida alguna.

Otro de estos ejemplos habla de la prohibición de entregar leña a los jefes de las SS para su uso particular. Tal restricción tuvo graves consecuencias, sobre todo porque el personal del campamento se la saltaban por alto.

En una ocasión y contraviniendo dicha orden, el kapo de la serrería facilitó a la mujer del entonces médico del campo un cesto repleto de leña. En situaciones tan excepcionales, era mejor saltarse las normas si con ello se podía vivir más tranquilo y no alterar a las altas esferas. No obstante, debido a la enemistad existente entre esta señora y la esposa del comandante, la temida Ilse Koch, esta dio parte a su marido sobre el asunto. Al enterarse, el kapo fue castigado con veinticinco bastonazos. A la mañana siguiente Frau Koch mandó buscar un saco de leña de la serrería. Pero el kapo se negó a dársela, expresándola que si lo hacía iba a contravenir de nuevo una regla, además de que acababa de recibir su castigo. A consecuencia de ello, y por haberse negado a ejecutar una «orden de la comandanta», su superior le hizo tenderse otra vez sobre el potro de martirio.

El miedo que despertaba esta mujer a su paso era tan grande que hasta los presos políticos de otras regiones retrataban verbalmente su figura:

«Conocí a Ilse Koch. Sin embargo, sería más correcto decir que tenía miedo de encontrármela, así que evité el encuentro desde que se convirtió en una de las personas más temidas en el campo. Ella vivió y se benefició, junto con su famoso marido, de lo que exprimieron de la administración del campo, de las decenas de miles de miserables prisioneros y de la malversación de fondos.

Le encantaba, entre otras cosas, montar a caballo, ya fuese en el vecindario del campo o en la gran academia de equitación en la que, más tarde, prisioneros inocentes fueron ejecutados. Hubo incluso una banda de música, compuesta por presos, que tenían que participar para entretenerla. Conocerla era mala suerte para un recluso. A veces se ponía furiosa, porque [el prisionero] no la saludaba, otras veces porque se atrevía a saludarla, algunas porque la miraba, e incluso simplemente porque tenía un enfermo estado de ánimo.

Nosotros los prisioneros teníamos la obligación de mirar estas palizas como un castigo adicional. Cuando no éramos observados, cerrábamos los ojos para no ver la sangre corriendo por las heridas abiertas, y cerrábamos nuestros oídos para no escuchar los gritos desgarradores de los castigados. Pero la señora Ilse Koch hacía más difícil las cosas. Ella fue capaz de permanecer en la valla del campo y mirar aquellas brutales palizas con gran interés. No era sorprendente que una gran cantidad de hombres en el campamento tuvieran razones para tanto miedo y adversidad a Frau Koch, la mujer a la que nos referíamos a sus espaldas como 'Commandeuse' (la Dama Comandante)»[2].

Otro interno y médico checo llamado Paul Heller declaró ante el subcomité del senado que conocía personalmente los abusos a prisioneros por parte de Ilse Koch. Según su testimonio, un domingo la esposa del comandante apareció con los perros. Se colocó delante de ellos y se mantuvo de pie durante dos o tres horas. Los reos enmudecieron del miedo. Entonces, varios miembros de las *Waffen-SS* iniciaron una larga tanda de duros y severos golpes. Ella observaba la escena muy tranquila. La expresión de su rostro indicaba a sus secuaces cuánto tenían que aumentar el ritmo de las palizas. «Había muchas esposas de oficiales en el campo y fuera de él, y nadie más hizo nada de eso. Creo que ella lo hacía por placer y por eso ella era la única responsable de su propia conciencia. No le pagaron por ello. No llevó el uniforme de las SS. Ella siempre llevaba un abrigo de piel y vestía como si fuera a alguna clase de celebración… Ella permaneció allí fascinada y aparentemente le gustaba», aseveró Heller.

Como vemos, según este y otros testigos, Ilse aparentemente no tenía ningún «deber» ni siquiera «orden» por parte de ningún superior para tener esta clase de actuación. Aunque es bien cierto que su marido, el comandante Koch siempre fue influyente en todos los ámbitos de su vida, no hay ningún testigo que explique que su mujer debía desarrollar tales o cuales aberrantes acciones bajo su supervisión.

## COLECCIÓN DE PIEL HUMANA

Decía el Marqués de Sade que «la crueldad, lejos de ser un vicio, es el primer sentimiento que

imprime en nosotros la naturaleza. Es la educación y el adiestramiento lo que nos hace racionalmente bondadosos». No le faltaba razón, ya que en el caso de Ilse Koch, esposa del comandante de Buchenwald, esto último debió de perderlo por el camino. Y es que cuando los presos totalmente exhaustos creían que no habría una tortura más terrible, su sadismo reinventaba nuevas atrocidades. Entre sus diversiones más significativas cabría resaltar su particular colección de tatuajes descuajados y objetos fabricados con despojos humanos. Durante las revistas diarias en el campo ella ordenaba a los prisioneros desprenderse de las ropas para que le mostraran su piel tatuada. Solo manifestaba interés por aquellos que tenían dibujados símbolos llamativos o exóticos. Entonces, se posaba en sus ojos una sonrisa sádica con cierto brillo carnívoro. Eso significaba que había encontrado otra víctima.

Frau Koch tenía varios delatores que aseguraban que ella se involucraba diariamente en las operaciones del campamento, incluyendo la selección de estos presos tatuados para su posterior asesinato, cosa que ella siempre negó. Una vez muertos, su piel se convertía en objeto de decoración en la casa de la pareja. Destacaban las macabras pantallas de las lámparas, zapatillas, guantes, fundas de cuchillos, tapices y portadas de discos. Pero, ¿cuándo comienza Ilse a ganarse la fama de coleccionista de tatuajes?

Al parecer todo se origina cuando un médico del campo de Buchenwald, el doctor Erich Wagner, *SS-Sturmbannführer* (capitán), desarrolló un morboso interés hacia los internos con tatuajes. Esto le llevó a confeccionar una especie de «proyecto de investigación» y en última instancia, una espeluznante conferencia.

Con la complicidad del Coronel Karl Otto Koch, Wagner tenía fotografiados a los prisioneros de Buchenwald. Esta facilidad le sirvió para trasladar a sus favoritos a la enfermería, donde se les inyectaba una dosis letal de fenol o de alguna otra sustancia venenosa. Después, la piel tatuada de los reos era extirpada de sus cuerpos y «bronceada». Así podría preservarse y amoldarse mejor a varios artefactos.

Kurt Glass, preso jardinero de los Koch y testigo en los juicios de Dachau de 1947, determinó durante el proceso:

> «[…] Era una mujer muy hermosa de largos y rojos cabellos, pero con la suficiente sangre fría como para disparar a cualquier preso en cualquier momento. Tenía en mente fabricar una pequeña lámpara de piel humana, y un día en el Appellplatz se nos ordenó a todos desnudarnos hasta la cintura. Los que tenían tatuajes interesantes fueron llevados ante ella, para escoger los que le gustaban. Esos presos murieron y con sus pieles se hicieron lámparas para ella. También utilizaron pulgares momificados como interruptores […]».

## Lámparas humanas

El tema de las lámparas de piel humana siempre ha constituido uno de los temas más controvertidos del despiadado currículum de Ilse Koch. Aunque durante la confiscación de todos sus bienes, aparecieron fotografiados numerosos objetos relacionados con estos hechos, las pruebas del informe forense no encontraron ninguna evidencia científica al respecto. Reseñar que dicho

expediente médico se realizó para verificar y confirmar el supuesto origen humano de las pieles como peritaje judicial en los procesos de Dachau.

Para la vista judicial solo se incluyeron tres trozos de uno de los tatuajes extirpados más famosos, por lo que jamás se pudieron probar estos incidentes. Y pese a las evidencias visuales y de aspecto, las pruebas no fueron concluyentes.

En este sentido cabría mencionar un dato llamativo. Durante la liberación del campo de Buchenwald, el mismísimo director de cine Billy Wilder realizó un documental sobre el estado y los objetos encontrados en este lugar. La imagen de la mesa con los tatuajes, las cabezas disecadas y la «supuesta» lámpara dieron la vuelta al mundo, convirtiéndose en símbolo de la barbarie.

> «El Dr. Wagner y yo nos llevábamos bien y, entre otras cosas, yo le escribí la tesis al doctor Wagner. El tema, "Tatuaje" fue impartido en la Universidad de Jena. La pregunta era: "¿Los hombres tatuados muestran alguna inclinación criminal debido a su tatuaje?". El coronel Koch le dio permiso a Wagner para realizar esta tarea.
>
> Gracias a la base de este trabajo Wagner recibió su título de médico. Rudolf Gottschalk me informaba que la mujer del coronel Koch tuvo la idea de utilizar la piel tatuada de los prisioneros para objetos de arte industrial, que también hizo»[3].

Otro de los internos, Gustav Wegerer, recordó el día en que el comandante Koch junto al cirujano de las *Schutzstaffel*, Müller, aparecieron en su equipo de trabajo, la sala de Anatomía Patológica. Cuando se personaron en ese preciso instante, Gustav estaba haciendo la pantalla de piel humana tatuada y bronceada. Koch y Müller pasaron a seleccionar de entre unos curtidos de piel fina, aquellos tatuajes que mejor se adecuarían a la pantalla. De aquella conversación Wegerer afirma lo siguiente:

> «Se podría deducir que Ilse Koch no estaba satisfecha con los colores elegidos previamente. Así que en esta visita Koch también ordenó un estuche para una navaja de bolsillo hecha de un suave curtido humano, así como una cajita para los instrumentos de manicura. Ambas tuvieron que ser realizadas con piel humana, también».

Como vemos, los cuerpos con cierto «valor artístico» se entregaban al laboratorio forense, donde eran tratados con alcohol y productos especiales para el cuidado de la dermis. A continuación se secaban, se engrasaban con aceite vegetal y se empaquetaban en bolsas especiales.

Uno de los presos, un judío llamado Albert Grenovsky que se vio obligado a trabajar en el laboratorio de patología de Buchenwald, manifestó después de la guerra que Ilse elegía personalmente los tatuajes de los internos que se llevaban a la clínica. Una vez allí, eran asesinados mediante una inyección letal. Mientras tanto Ilse se superaba en sus habilidades. Cuando el cuero se cerraba, ella empezaba a coser mallas de ropa interior y guantes. «Tatuajes adornan las bragas de Ilse. Yo las vi en la parte trasera de un gitano en mi barracón», instaba Grenovsky.

Al parecer, el monstruoso entretenimiento de Ilse Koch lo empezó a poner de moda entre sus

colegas de otros campos de concentración. Para ella, era un placer coincidir con las esposas de los comandantes de los otros recintos y darles instrucciones detalladas sobre cómo trocar la piel humana en exóticas encuadernaciones de libros, pantallas de lámparas, guantes o manteles de mesa.

Mientras la mayoría de las madres alemanas tejían bufandas y calcetines de lana para sus hijos, Ilse había puesto en marcha toda una «industria» de productos artesanos con restos humanos. De hecho, muchas de estas piezas acabaron convirtiéndose en regalos a altos mandos nazis que llegaron incluso a la ciudad de Berlín.

Gracias a esa fama de maquiavélica, salvaje y sin entrañas, Koch se ganó el sobrenombre de «la Zorra de Buchenwald». Así y todo también se la recuerda con el apelativo de «la Perra de Buchenwald», «Frau Shade» (mujer sombra) o «la Bruja de Buchenwald». El desprecio de sus prisioneros era innegable, pero sorprende aún más el que sentían por ella sus camaradas. Sus propios compañeros la temían.

En el libro *Sidelights on the Koch Affair* de Stefan Heymann el autor señala que poseer lámparas hechas con piel humana no era una hazaña propia de los Koch, ya que no los distinguía de otros oficiales nazis. Ellos expusieron las mismas obras de arte confeccionadas especialmente para sus hogares.

> «Es más interesante que Frau Koch tenga un bolso de señora hecho del mismo material. Ella estaba tan orgullosa de ello como lo estaría una mujer de la isla del Mar del Sur con sus trofeos caníbales».

Sin embargo, el salvajismo no acabó ahí. A Ilse le encantaba adornar su casa con las cabezas humanas de los presos. Para ello ordenaba encogerlas químicamente. El resultado: un comedor repleto de cabezas humanas colgadas del techo que acompañaban a la familia Koch en cada una de sus celebraciones. Llegaron a tener hasta doce.

Otro de los testimonios que apoya este dato, es el del reo Petr Zenkl que explicó cómo en el denominado departamento patológico había visto una gran exposición de elementos anómalos. Se trataba de la cabeza de un prisionero reducida mediante un elaborado método para alcanzar el tamaño de un puño, además de toda una colección de tatuajes de uno o varios colores. Una gran cantidad de muestras de piel tatuada, en especial aquellas con ilustraciones obscenas, fueron sacadas por miembros de la administración del campo y por los visitantes más destacados.

Una de las mejores evidencias que demuestran las despiadadas actuaciones de los Koch, es un documento interno de las SS dirigido a la enfermería del campo. En él piden que frenen la publicidad de los abusos, atrocidades y excesos que se cometían en los procesos de confesión y extorsión de los internos. El corazón mismo de la barbarie pedía clemencia y prudencia a sus propios soldados de doctrina, suplicando que no exhibieran también los «trofeos» de piel humana.

Según registros de la sala de curas del campamento tan solo en el recinto sanitario se produjeron 33.462 asesinatos de presidiarios, sin contar con los martirizados por los distintos experimentos y truculencias que se efectuaban con sus cuerpos.

## LOS KOCH: INVESTIGADOS Y JUZGADOS POR LAS SS

La vida de lujos, excesos, orgías sexuales, depravaciones y asesinatos perpetrados por el matrimonio Koch ya no podía ocultarse por más tiempo. A pesar del alto rango, el comandante no podía evitar las continuas inspecciones de sus superiores al campo de concentración de Buchenwald. Una de aquellas visitas fue el principio del fin de los Koch.

El aristócrata Josias Erbprinz Waldeck —el que fuera Comandante de la Policía para la principal división territorial de Fulda-Werra y posterior General de las *Waffen-SS*—, estaba detrás de la pista de quién podría ser el autor o autores de los homicidios cometidos contra Walter Krämer y Karl Peix, dos prisioneros que ejercían como médicos en Buchenwald. La evidencia más probable era que el propio Karl Koch hubiese ordenado su ejecución. Semejante maniobra impediría que los susodichos denunciaran la elaboración de aquellos secretos estudios. Pero quedaba un cabo suelto. Necesitaba ocultar definitivamente dichas pruebas. Para ello el comandante, presuntamente, mandó falsificar los certificados de defunción de los reos alegando que habían sido disparados mientras trataban de escapar.

A finales de 1941 y bajo las órdenes de Waldeck, las SS comienzan a investigar los libros de contabilidad del campo dirigido por Koch. Allí encuentran numerosas irregularidades que apuntan a que el propio Comandante sisaba dinero del campamento, de los prisioneros, de los contratistas y de aparentemente todo el mundo. Si hasta el momento Karl e Ilse habían vivido unos años de gran comodidad y poder absoluto, de importante posicionamiento social y autoenrequecimiento, la bajada que iba a acontecer, era monumental.

Cuando Waldeck fue informado sobre este asunto inmediatamente asignó al abogado y juez de las *Escuadras de Protección*, Georg Honrad Morgen, para averiguar todo lo referente a los asuntos de la familia Koch. Morgen, que se había especializado en derecho internacional antes de intervenir en procesos penales en el tribunal de las SS, se propuso descubrir la verdad. Apuntar que durante su carrera este abogado conocido por el sobrenombre de «Bloodhound Judge» (el juez sabueso), llevó más de 800 casos de asesinato y corrupción ante los tribunales de las *Schutzstaffel*. Para Karl e Ilse Koch, Morgen sería su peor pesadilla.

Durante un registro sorpresa en «Villa Koch» el equipo de Morguen se vuelve a casa con evidencias claras de corrupción, robo y malversación de fondos. Pero Ilse ya había dado el chivatazo sobre las transacciones ilegales de su marido al jefe de la policía de Weimar, el *SS-Gruppen-führer* (teniente general) Paul Hennicke, a quien confiesa que hay dinero tirado por toda la casa. Aquella revelación provoca en ella un estado de enloquecimiento. De repente, «la Bruja» comienza a gritar histérica diciendo que su marido era «un sinvergüenza, un criminal y un asesino», que ella no quería ser cómplice de sus crímenes y que su intención era contarle todo esto a Himmler. Quería librarse de cualquier cargo y/o responsabilidad.

Los dos amantes de Ilse, el doctor Hoven y el comandante adjunto Florstedt, tampoco querían verse implicados en la trama, ya que este último había empezado a conspirar en secreto contra su comandante y marido de Ilse. Florstedt pretendía relevarlo en sus funciones tanto dentro como fuera de la oficina. Temiendo por su vida, los dos galanes urdieron un plan. Decidieron convencer a Hennicke de que la perturbada de Ilse estaba padeciendo mucha tensión debido al traslado inminente de su marido, y que no podía tomar en serio ninguno de esos arrebatos. Fue entonces cuando el teniente general determinó no presionarla más con este asunto y no dio importancia al incidente.

El 6 de diciembre de 1941 y una vez pasada la vorágine, Ilse escribe a Thedore Eicke, el inspector de los campos de concentración, en un esfuerzo por limpiar el nombre de su marido

describiendo sus vidas en Buchenwald como «ascéticamente apartada». La señora Koch echa la culpa a Waldeck alegando que era enemigo de Karl y que estaba haciendo todo lo posible por desacreditarle. De todos modos Morgen ya había reunido suficientes pruebas para incriminar a los Koch de incontables asesinatos no autorizados, fraude masivo y la apropiación indebida de fondos que deberían de haber ido destinados al Imperio alemán.

El «juez sabueso» pone rumbo a Berlín para presentar sus conclusiones al Jefe de la Oficina de la Policía Criminal del Reich, Artur Nebc. Tras escuchar de boca de Morgen todas aquellas acusaciones y ojear las pruebas, el alto mando decide lavarse las manos. Los hechos eran irrefutables. Nebc le sugiere que dé a conocer este suceso a Ernst Kaltenbrunner —el que fuera sucesor de Heydrich como jefe de la GESTAPO y de las SD—. Pero Kaltenbrunner también se niega a tocar el asunto. Nadie quiere destapar esta truculenta historia.

La insistencia de Morgen le lleva a plantarse delante de Himmler, pero lo recibe con reticencia. Al final, el *Reichsführer* no tuvo más remedio que dar luz verde al abogado para que siguiera adelante con el caso.

El 17 de diciembre de 1941 Morgen acusó al coronel Koch de corrupción. Fue apresado y llevado a la sede de la GESTAPO en Weimar. Según palabras del juez, Koch «era muy frío, intelectual, un criminal refinado y superior, psíquicamente por debajo de la media. Rara vez se le oye hablar en voz baja».

Un día después de su arresto y según órdenes directas del jefe de las SS, Heinrich Himmler, el envilecido coronel era puesto en libertad. La condición, que sería trasladado a Majdanek en breve. Sin embargo, tanto Karl como Ilse temían que con la marcha del primero hubiesen más investigaciones por parte de las *Waffen-SS*. Una desgracia de este tipo descubriría todo el parapeto que habían montado en el KL Buchenwald en los últimos años.

La marcha de Karl Otto al nuevo centro de exterminio de Majdanek se produjo el 1 de enero de 1942.

## La investigación continúa

Poco duró Koch en su nuevo destino. Pese a que sus internos probaron y conocieron de buena tinta sus lúgubres métodos, sus superiores volvieron a trasladarlo debido a su incompetencia. Majdanek se había convertido en uno de los campamentos con mayor número de fugas por parte de prisioneros de guerra soviéticos, algo intolerable. Su destitución fue menos severa de lo esperado. El apoyo de Himmler seguía salvándole el pellejo. De ahí que tan solo fuese degradado de rango y transferido a un puesto como administrativo en el servicio de seguridad postal de Saaz (Checoslovaquia), la actual Zatec.

Pero ni Morgen ni el príncipe Waldeck se habían olvidado del escándalo de corrupción en el que estaba metido el matrimonio Koch. Retomaron las pesquisas y durante más de ocho meses estudiaron cada uno de los puntos para dar con la clave. A lo largo de ese tiempo el «juez sabueso» descubre que el patrimonio de los Koch «había crecido en más de 100.000 marcos, algo imposible dado su salario. Que no había vivido de manera modesta ni humilde; que se había gastado gran parte del dinero en líos de faldas. Compraba constantemente lotería y apostaba a las carreras. Las investigaciones apuntaban que finalmente y sin ninguna duda más de 65.000 marcos fueron

malversados».

Algo impactante también es que el comandante Koch se beneficiara ampliamente de la llamada «Noche de los Cristales Rotos» de noviembre de 1938, cuando un gran número de judíos fueron llevados hasta Buchenwald. Una vez allí se les ordenaba depositar los objetos de valor en grandes cajas. Cuando algunos de estos prisioneros fueron puestos en libertad se les hizo firmar un documento afirmando que el dinero, las joyas u otras posesiones de valor en realidad no les pertenecía. Koch ya se había encargado de confiscarlo todo para su provecho. Según Morgen, esta apropiación indebida ocurrió de la siguiente forma:

> «Koch dio órdenes a uno de las peores criminales profesionales que Buchenwald ha visto nunca, y a quien le había hecho Kapo de la cantina de líderes, un tal Bernhard Meiners, para que comprase alimentos y "comida de lujo". Meiners fue protegido por (Koch) en todos los sentidos. Para él no había peinado corto; él se vestía de traje, conducía un coche y vivía fuera del campo. Estuvo viajando por toda Alemania, compraba todo lo que podía y vendía su mercancía sobre todo a los prisioneros, usando sus ganancias como capital flotante. Meiners reclama que él dio a Koch 90.000 RM que no estaban en los libros, mientras Koch solo confesó que recibió 40.000».

Ilse Koch no fue la víctima del engaño de su marido, como aparentemente quiso hacer creer en un primer momento. Morgen también tenía pruebas concluyentes de que la «Commandeuse» se había beneficiado de regalos y otras riquezas. Lucía abrigos de piel propios, sombreros, zapatos y vestidos, y hasta un atuendo especial para montar a caballo. Curiosamente, desde que Ilse contrajo matrimonio con Karl, esta pasó de usar ropa de segunda mano a incrementar su patrimonio de 120 marcos en 1938, a más de 25.000 en 1943. El astuto investigador había descubierto que el carácter de la amada esposa era tanto o peor que el del comandante.

## Juicio en Weimar

Reunidas todas las pruebas y teniendo como parte principal del entuerto, no solo la malversación de fondos y la corrupción, sino el asesinato que ordenó Koch contra los médicos internos Kramer y Peix, Morgen pone sobre la mesa el informe de las SS y son detenidos. Ya no podían pasar por alto todas las barbaridades de sangre, sadismo y vejaciones que habían dejado tras de sí el dúo Koch en el campo de Buchenwald. Ni tampoco el continuo robo de dinero que en un principio iba destinado a las arcas del *Reichsbank*.

Himmler y el príncipe Waldeck son informados de lo sucedido y el comandante en jefe por fin se da cuenta del engaño y la traición de su mano derecha.

Los Koch fueron juzgados en dos ocasiones por un tribunal de las SS en Weimar: la primera a finales de 1943 y la siguiente un año después. Durante la vista judicial inicial Karl fue encontrado culpable; pero en relación con Ilse no se hallaron pruebas suficientes que la involucrasen en el caso de corrupción que se mencionaba. Quedó libre.

En febrero de 1944 *Frau Shade* comienza una nueva vida. Sale de Buchenwald con sus hijos

Artwin y Gisele y se marcha a un apartamento situado en Ludwigsburg, un suburbio de Stuttgart, que resultó ser la misma ciudad donde residía su cuñada Erna. Hasta 1947 Koch llevó una vida tranquila, bastante aislada y solitaria, a pesar de los rumores que se vertían en el vecindario en torno a ella. Según su casera, María Klaus, Ilse «recibía muchas visitas masculinas y organizaba fiestas que duraban hasta altas horas de la madrugada. Ella tenía mucho dinero porque ella no trabajaba». Uno de los caballeros que la cortejaba en su piso era un cuarentón austriaco llamado Willi Baumgartner.

El 18 de diciembre de 1944 se inicia un segundo juicio en Weimar, que tiene como presidente del tribunal al *SS-Obersturmbannführer* (Teniente Coronel) Richard Ende. Karl desmiente todos los cargos que se le imputan de una manera enfática y asegura que todo ha sido un complot del príncipe Waldeck para desprestigiarle. Incluso alega en su defensa, que tan solo cumplía órdenes de sus superiores. Sus lamentos no acallaron la voz del tribunal, con Ende a la cabeza, encontrando a Karl Otto Koch culpable de corrupción por el robo de dinero y propiedades asignados al *Reichsbank*. Estas pertenencias debían de haberse ingresado directamente al Banco Central Alemán, en vez de a cuentas secretas de un banco suizo. El acusado además fue condenado por tres cargos de asesinato sin autorización durante su mandato en el campo de concentración de Buchenwald. Por estos crímenes la corte de las SS le sentenció a la pena capital. Es curioso cómo para los altos mandos del Reich fue más indignante la apropiación indebida de dichos bienes, que la tortura y la ejecución de prisioneros.

Por ende, a Ilse se le permitió regresar con sus hijos a su apartamento en Ludwigsburg mientras que su marido permanecía encerrado en la cárcel de Weimar a la espera de ser ejecutado ante un pelotón de fusilamiento.

## Ejecución del comandante

No tardó mucho en morir… El 3 de abril de 1945 Karl Otto Koch fue trasladado en camioneta y con los grilletes puestos de la prisión de Weimar al que había sido su hogar durante los mejores años de su vida: el campo de concentración de Buchenwald. Una vez allí, fue llevado al campo de tiro cerca del edificio donde se realizaba la desinfección de los presos y atado a un palo de madera. El que fuera su último ayudante en el campo, Hans Schmidt, se acercó a él para vendarle los ojos. Koch rehusó de forma contundente. Ni siquiera quiso decir su última palabra.

Ante la mirada atenta del batallón armado, Schmidt dio la orden de abrir fuego. Una multitud de fogonazos derribaron al antiguo comandante, que cayó muerto *ipso facto*. Uno de los médicos que presenciaron el ajusticiamiento comprobó que Karl no tenía pulso y certificó su muerte a los cuarenta y siete años de edad.

Su cuerpo ensangrentado fue llevado directamente al crematorio, lugar que había utilizado en infinidad de ocasiones para deshacerse de sus prisioneros una vez despellejados, mortificados y bárbaramente asesinados. Por obra del destino Koch fue quemado en los hornos y reducido a cenizas, igual que miles de sus víctimas.

## EL JUICIO DE DACHAU

A partir del 6 de abril de 1945 los oficiales de Buchenwald dieron la orden de enviar a los judíos —en aquel momento había unos 100.000— a las llamadas «marchas de la muerte». Cuatro días después el general americano Eisenhower ordena que su 80ª División libere el campo de concentración, y tras sus muros descubren una estela de horror y barbarie.

Derrocado el régimen del *Führer* Ilse Koch tenía miedo de ser descubierta, aunque ya había sido juzgada previamente por el tribunal militar de las SS.

Jamás huyó del apartamento que tenía a las afueras de Stuttgart hasta que el ejército americano de ocupación dio con ella poco después. Nadie sabe cómo la encontraron, simplemente sucedió.

«La Bruja» fue arrestada y sus hijos Artwin y Gisele se quedaron bajo la tutela de su cuñada, Erna Raible. Pese a que en un primer momento Koch creyó que sería juzgada por el desfalco a las arcas del Reich, lo cierto es que la sorpresa fue grande cuando conoció los verdaderos motivos. Las autoridades estadounidenses la acusaron de abusar, pegar, torturar y asesinar a los prisioneros del *Koncentrationslager* de Buchenwald en el periodo que estuvo como «Comandanta». Había llegado el momento de que sus actos no quedasen impunes.

En el impasse que permaneció en la prisión de Forman Kaserne en Ludwigsburg —más conocida como Läger 77—, Ilse llegó a leer artículos donde contaban cómo ordenó fabricar lámparas con piel humana tatuada, e incluso que la estaban acusando de perpetrar los crímenes más espantosos e inimaginables en época de guerra.

Tras dieciséis meses en el Lager 77, la *Zorra de Buchenwald* es trasladada a una celda del antiguo campo de concentración de Dachau, donde precisamente se queda embarazada. Los rumores apuntaban a que el padre era un prisionero alemán que trabajaba en la cocina del barracón. Otros, en cambio, daban por sentado que había sido obra de un guardia polaco. Ya hemos llegado al mes de abril de 1947.

El Tribunal por fin se reúne el día 11 para celebrar el juicio contra los inculpados. Un total de 31 personas, treinta hombres y una sola mujer, Ilse Koch.

Antes de dar comienzo la vista el capitán Emmanuel Lewis, abogado defensor de los acusados y procedente de las oficinas militares americanas, pide la venia a la corte para tomar la palabra:

> «Durante las dos últimas semanas la radio y la prensa alemana y estadounidense han estado repletas de alegaciones en contra de los acusados. La fiscalía no ha perdido la oportunidad de calificar a esta gente como archicriminales sin darles la ocasión de responder a los cargos. No negamos el derecho de la prensa a informar sobre los hechos, pero este caso fue tratado en los diarios antes de ser traído a este tribunal de justicia, y pedimos permiso para sondear a los miembros de la corte de forma individual»[4].

A lo que el Presidente de la Audiencia, el General Emil C. Kiel, contesta:

> «Kiel: Ningún miembro del tribunal se ha formado una opinión. Puesto que no hay motivo para el desafío, el tribunal se declara debidamente constituido. ¿Cómo se declaran los acusados?
>
> Lewis: Como abogado de la defensa entro en una declaración de no culpable para todos los acusados»[5].

Este fue el principio de un largo juicio donde Lewis replicó absolutamente todos los supuestos cargos de asesinato, torturas y ensañamiento por parte de sus clientes.

Uno de los primeros testigos del Fiscal William Denson fue el exprisionero del campo de Buchenwald, Eugen Kogon, ya mencionado con anterioridad. Este describió al Tribunal cómo les afeitaban el vello del cuerpo y luego les pasaban a un tanque para desinfectarles. Si no obedecían las reglas del campamento, acababan recibiendo fuertes palizas y amenazas de muerte.

El quinto día del juicio los testigos comienzan a mencionar a Ilse Koch como una de las mayores instigadoras del salvajismo vivido en el recinto. El doctor Kurt Sitte, prisionero en Buchenwald desde 1939 hasta la liberación, aportó uno de los testimonios más incriminatorios contra la *Commandeuse*. Sitte espetó que durante su estancia en el departamento de patología donde él trabajaba, conocía de primera mano que bronceaban piel humana. Además, certificó haber visto en una ocasión un marco para una pantalla de lámpara en el laboratorio y que colegas suyos, que ocuparon su lugar antes que él, ya sabían de la existencia de una pantalla fabricada con la epidermis de una persona. Su destinataria: la señora Koch.

A continuación el doctor Sitte señaló que había escuchado a los reclusos mencionar que Ilse anotaba los números y nombres de los que tenían tatuajes. Es decir, que la acusada llevaba un control de los individuos que podrían ser asesinados para convertir su piel en algún objeto decorativo.

Según su declaración, el superviviente habría presenciado personalmente el abuso que Ilse Koch ejercía contra los prisioneros:

> «Cada vez que se acercaba un grupo de presos que trabajaban alrededor de su casa o de otros funcionarios, sus guardias de las SS intensificaban su violencia contra los reclusos golpeando y azotando con más severidad que de forma habitual. Ilse Koch permanecía allí a veces durante más de una hora y miraba este "cuadro". También frecuentemente tomaba parte activa, golpeando con su fusta cuando ella iba de camino hacia el picadero. En otras ocasiones, ella llamaba a un guardia de las SS para "castigar" a un preso que tuvo la mala suerte de llamar su atención. Repetidas veces se le vio tomando los números de esos prisioneros que luego fueron puestos en el "búnker de arresto" después de su regreso al campamento, ya sea para ser castigado en uno de los modos habituales después de un par de días (es decir, los azotes en el "Bock", donde los brazos colgaban de un árbol), o bien el castigo más cruel, que sería ser dejado allí en el "búnker" por un tiempo indefinido. Durante aquellos periodos en el "búnker" su sádico guardián, Som-mer, podría ejercer su ingenio para buscar métodos especialmente refinados de tortura. En estos días (1940 - 1941) un gran porcentaje de aquellos que fueron llevados al búnker fueron asesinados allí».

A este testimonio tan impactante, le siguieron otros donde el doctor Sitte afirmaba que tanto Ilse Koch como sus hijos disfrutaban con el espectáculo de ver a los internos caer rendidos hasta la extenuación por el ejercicio extremo al que eran sometidos en las largas jornadas de Buchenwald. E incluso aquel donde el abogado defensor de Ilse, el capitán Lewis, trataba de justificar la eliminación de tatuajes de algunos presos del campo, aludiendo que esto era debido a las investigaciones científicas que el Dr. Wagner realizaba a delincuentes habituales. A lo que el testigo

respondió: «En mi época, la piel fue arrancada de los prisioneros tanto si eran criminales como si no. No creo que un científico responsable pudiese definir esta clase de trabajo como ciencia».

## Las pruebas

El tema de las lámparas fabricadas con la piel humana tatuada de algunos reclusos, fue el principal punto a tratar durante gran parte de la vista judicial de Buchenwald en Dachau. A lo largo de la misma se aportaron como evidencia tres piezas concretas que se rescataron de Villa Koch y un informe realizado por el U.S. Army's Seventh Medical Laboratory con fecha del 25 de mayo de 1945. El abajo firmante, el Mayor Reuben Cares, miembro del cuerpo médico y jefe de Patología, describió con todo lujo de detalles los trozos humanos aportados.

> «PIEZA A: 13 × 13cm, es transparente y muestra la cabeza de una mujer en el centro y un marino con un ancla cerca de la orilla.
>
> PIEZA B: 14 × 13cm, es transparente y es un tatuaje de varias anclas que descansa sobre un negro de masa indefinida. A la derecha de esta masa es la cabeza de un hombre.
>
> PIEZA C: trapezoidal, mide 44 cm en la base. La parte superior es de 30 cm y los lados miden 46 cm. La piel es transparente y muestra dos pezones en la parte superior. Están separados 16 cm. Desde el nivel del pezón al ombligo hay 23 cm. El tatuaje de un ave de gran tamaño, con una envergadura de ala de 28 cm, se presenta en el centro de la piel, en la parte superior. Un dragón negro, con fuego saliendo de la boca, mide 28 cm de longitud y está presente en el centro de la piel. A la izquierda del dragón hay un hombre en una armadura, con una espada que parece atascada en el dragón. El tatuaje del hombre es de aproximadamente 22 cm de longitud.
>
> EXAMEN MICROSCÓPICO: El tejido está formado por amasijos de colágeno que muestran ocasionales restos epiteliales de las glándulas y el sudor. Se observan gránulos de pigmento negro entre algunos de los amasijos.
>
> Basándonos en los resultados, se puede concluir que las tres muestras son piel humana tatuada».

Durante la declaración del doctor Kurl Sitte y tras ver una copia del informe del Mayor Cares sobre estas piezas, el primero reconoce haber visto el tatuaje de la cabeza de un indio americano en el brazo de un interno. Y además apunta señalando la fotografía: «Es obvio que el hombre estaba vivo en ese momento». Las explicaciones que da al respecto son:

> «Es un afortunado accidente que este trozo de piel no estuviera bronceado, en el caso de que lo estuviera, los informes normalmente no mostrarían con exactitud cuando fue llevado a cabo el proceso, pero como fue preparado en una solución de conservación, tanto la fecha del primer tratamiento y el día de finalización están registrados. Por eso somos capaces de probar que este

tratamiento de la piel fue hecho unos días después de que sacasen las fotografías».

A partir de ahí el juicio contra los treinta y un acusados se convirtió en un desfile de testigos de la acusación, un total de diez, que tan solo querían narrar su terrible experiencia de abusos y maltratos recibidos de la ya afamada, *Zorra de Buchenwald*.

## Los testigos, sus verdades y sus mentiras

Entre los declarantes que subieron al estrado se encontraba Joseph Broz, recluso que pertenecía a la cuadrilla de trabajo que estuvo en el exterior de la casa de los Koch durante el verano de 1941. Según su testimonio, Ilse descubrió a algunos de los hombres comiendo las bayas silvestres que crecían alrededor de su mansión. Estos reclusos estaban muertos de hambre, muy flacos. Broz asegura que la señora Koch le dijo a un guardia que pusiese fin a esa situación. Tanto él como el resto de sus compañeros fueron golpeados por los gendarmes.

Paul Schilling, otro expreso de Buchenwald, aseveró que el Comandante Karl Koch golpeó a un recluso después de que su esposa dijese: «Este sucio cerdo judío se atrevió a mirarme».

El siguiente testigo, Ludwig Gehm, garantizó haber visto a la señora Koch pegar con un palo o una especie de fusta a un prisionero judío en la cara y en todo el cuerpo.

Otro exinterno del campo de concentración, Josef Löwenstein, dijo al Tribunal que un miembro de la cuadrilla de trabajo fue fuertemente golpeado con un látigo después de que la comandanta contase a su marido: «Echa un vistazo a ese sucio canalla judío que está ahí, es demasiado perezoso para trabajar. Yo no quiero verlo nunca más. Todo lo que hace es mirar de todos modos».

Löwenstein también explica un segundo suceso, donde uno de los reos de la obra que estaba sufriendo cólicos y diarrea, se dispuso a hacer sus necesidades en el suelo. En ese momento Ilse Koch se acercó, llamó a un oficial de las SS para que supervisase la faena y le ordenó: «¿Has echado un vistazo a esto? ¿Tiene que ocurrir en mi presencia? Ponga fin a esto de una vez». Como castigo, el camarada nazi obligó al confinado a realizar un trabajo extenuante hasta que se desplomó. Löwenstein ratificó que el preso murió esa misma noche. No obstante, en el interrogatorio que le hizo el Capitán Lewis, salió a la luz que el único conocimiento que el testigo tenía sobre la muerte de dicho preso, se limitaba a un informe recibido en su barracón.

Uno de los presidiarios que quizá tuvo un contacto más personal con la familia Koch y en concreto con Ilse, fue Kurt Titz, que trabajó durante dos años como *Kalfaktor*, asistente en la casa. Titz corroboró la existencia de pantallas de lámparas elaboradas con piel humana tatuada en el hogar. También admitió haber birlado un poco de licor de las provisiones de los Koch y haberse emborrachado alguna vez. Cuando la señora Koch se enteró de esto último, ordenó a los guardias que le golpeasen y le colgasen de los brazos durante varias horas. Aquella circunstancia le hizo entender que el Comandante Koch y su esposa gobernaban juntos Buchenwald. Titz también corroboró que Ilse anotaba de forma regular los números de los presos que trabajan alrededor de su casa. Si hacían algo que la pudiese disgustar, daba parte a los guardianes y eran castigados inmediatamente.

Pero el abogado de Koch, el capitán Lewis, no estaba muy convencido de su declaración, así que en un intento de impugnar al testigo, le preguntó si era cierto que durante una de sus borracheras

había roto los muebles de un salón y destruido parte de la ropa que se encontraba en el ropero de Frau Koch, y que fue en ese momento, cuando las SS lo sacaron de allí a rastras para castigarle. Para sorpresa de los allí presentes Titz admitió que era verdad.

Un nuevo testificante subió al estrado. Esta vez le tocaba a otro expreso, Herbert Fröboss, que contó que mientras él y otro interno estaban cavando una zanja, la señora Koch apareció «mal vestida». Cuando levantaron la vista hacia ella, dijo: «¿Qué estáis haciendo mirando hacia arriba?» y procedió a azotarles con su fusta. Fröboss además aseguró que Ilse había anotado el número de un preso que aparentemente había estado hablando de ella; el convicto fue llamado a la entrada y no se le volvió a ver jamás. Por último, el testigo manifestó haber contemplado un álbum de fotos y un par de guantes realizados a partir de piel humana, y estar presente durante la selección de un interno que tenía tatuajes. El individuo no tardó en desaparecer del campamento.

Otro de los testimonios aportados por la acusación fue Kurt Leeser, que expuso el caso del recluso, Josef Collinette, de quien dijo que le asesinaron por su tatuaje. La primera vez que Leeser aprecia ese tatuaje lo hace en la piel de su compañero cuando estaba vivo. Más tarde lo encuentra suelto en el laboratorio. Allí lo avista reconvertido en una pantalla de una lámpara.

Siguiendo con los declarantes, llega el turno de otro exprisionero, Ignatz Wegerer, que dice haber visto personalmente a la señora Koch abusar físicamente de confinados. Insiste que como trabajador del laboratorio de patología, estaba muy familiarizado con la fabricación a partir de piel humana tatuada de pantallas para una lámpara, estuches para navajas de bolsillo o cajitas para utensilios de manicura. Lo normal era que se realizasen específicamente para ella.

Poco a poco cada testigo fue lanzando acusaciones directas contra la que fuera esposa del comandante de Buchenwald. La prensa internacional —británica, alemana y estadounidense— puso en jaque a Ilse Koch, a la que directamente declararon culpable de algunos de los peores crímenes de la historia: incitación al homicidio y abusos y humillaciones a los reclusos del campo donde se paseaba regularmente.

## El turno de la viuda «inofensiva»

El 10 de julio de 1947 fue el día clave para Ilse Koch. Por fin tenía la oportunidad de contar su verdad y de justificar todas y cada una de las acusaciones que se le imputaban. Tal fue la expectación que levantó su presencia que la sala del Tribunal estuvo al completo. Más de doscientas personas se congregaron entre periodistas, clérigos y ciudadanos corrientes que querían saber de primera mano la versión de la célebre «*Commandeuse*».

La viuda del ya fallecido comandante Karl Otto Koch se personó en el recinto de la Corte, caminó hasta el ascensor mientras era observada por una multitud de gente que allí se congregaba. Todos señalaban su vientre y murmuraban acerca de su evidente embarazo. Una vez en el estrado, tomó juramento y se sentó.

El primer turno de preguntas fue para su abogado, el capitán Lewis, quien puso sobre la palestra uno de los puntos más sensacionalistas de la vista: la presunta posesión de lámparas hechas con piel humana tatuada en su casa. A lo que ella respondió: «Nunca he oído hablar de pantallas de este tipo hasta este momento y nunca he visto ninguna».

Cuando Lewis la interrogó acerca de los objetos encontrados en su casa por las tropas

americanas el día de la liberación de Buchenwald, Frau Koch repuso sin titubear:

> «Eso era una pantalla que jamás estuvo en mi poder, porque si los estadounidenses encontraron una pantalla de lámpara en Villa Koch en 1945 —la casa que yo había evacuado ya en 1943— es imposible que fuese mía, y es posible que esta perteneciese a alguien que vivió en la casa después de mí».

Sin embargo, y siguiendo con las respuestas que Ilse dio a los razonamientos de su abogado, habría que destacar que ella sí admitió haber paseado por el campo en alguna ocasión alegando que:

> «eso fue en un momento en que los presos se encontraban ya en el recinto de la cárcel… Entonces había que recoger el correo casi todos los días. Yo siempre solía llevar a mis hijos delante. También era necesario comprar los alimentos que usábamos a diario. Podíamos hacer esto en el comedor, ya que para las mujeres que vivían allí estaba demasiado lejos de Weimar. Por otra parte, no había ferrocarril alguno en aquel momento y no se nos permitía utilizar los coches en tiempos de guerra. Todo esto fue fuera del recinto penitenciario».

Incluso contestó que no, cuando Lewis le preguntó si alguna vez había llevado consigo un látigo o una fusta. Según Koch, ni siquiera tenía por qué anotar el número de los prisioneros, ya que era «un ama de casa», dijo textualmente, y que su energía no abarcaba tanto entre la casa y los hijos como para llevar a cabo determinados incidentes que allí se habían escuchado. Negó categóricamente que su esposo le contase lo malo que ocurría en el campamento, sobre todo si se trataba de casos incompatibles con la dignidad humana. «Él trazó una estricta línea entre su hogar y su oficina», rebatió la acusada.

Koch también habló acerca de su arresto en Ludwigsburg en mayo de 1945, señalando que no tenía ni idea de por qué se la estaba relacionando con las atrocidades cometidas en Buchenwald. Ella se había enterado de dichas acusaciones gracias a la revista Life. El magazine publicó un artículo con una foto suya y con una serie de «barbaridades». Algo sorprendente de esta última declaración es que en ningún momento el reportaje que se divulgó el 8 de octubre de 1945 hablaba sobre Ilse, sino en este caso de la *SS Oberaufseherin* Irma Grese y sus perversiones con una fusta. Entonces, ¿por qué Koch mencionó algo así, si en realidad no se referían a ella? Casi con toda seguridad, porque estaba mintiendo descaradamente.

Asimismo, y durante el tiempo que estuvo en el estrado, Ilse refutó las afirmaciones de algunos testigos como Sitte, Fröboss y Titz que certificaron que ella había poseído artefactos hechos con piel humana o que había ordenado que los fabricaran. También negó las aseveraciones de los testigos que dijeron que montaba frecuentemente a caballo por el recinto, aduciendo que estuvo embarazada durante gran parte de su tiempo en Buchenwald. En definitiva, Ilse Koch aseguró que todos los testificantes que había presentado la acusación estaban mintiendo y que se habían puesto en su contra. *La Zorra* resaltó que era absolutamente inocente y que ignoraba los posibles abusos que pudiesen haber tenido lugar durante los más de seis años que residió en el centro de internamiento de Buchenwald.

Momentos antes de que concluyese el interrogatorio por parte del capitán Lewis hacia su testigo, Ilse Koch quiso decir unas palabras a través de la intérprete del Tribunal, Herbert Rosenstock:

«Se ha hablado mucho de mí en la prensa en los últimos dos años. No creo que exista una expresión en la lengua alemana demasiado vulgar que hayan usado contra mí. Aunque en estos dos años he logrado mantenerme a distancia de estas cosas para no sufrir mental y físicamente [sic] demasiado.

Por tanto, a pesar de esto, yo, como madre, no puedo mantenerme al margen mientras mis hijos llegan a estar en un estado en el que ni siquiera quieren ir al colegio. Son extremadamente tímidos y ellos no tienen el valor de hablarle a nadie sobre sus problemas reales.

En los periódicos, me pintan como la cima del sadismo, la perversión y corrupción. Me dicen que tengo una colección de objetos hechos de piel humana en mi casa y dicen cosas peores de mi vida privada. No tengo ni idea de quien está propagando estas historias. Ciertamente, es imposible saber cualquier cosa de mi vida privada a menos que alguien tuviese un dispositivo para hacerse invisible y, con ese dispositivo, entrar en mi casa a verme.

Las expresiones en los periódicos son del estilo más vulgar y la forma en la que fue publicado que no estaba bajo sospecha, sino que era un hecho que fuese dueña de pantallas de lámparas hechas de piel humana, sin que hubiese tenido lugar ningún juicio.

Sufrí suficiente durante los dieciséis meses que estuve encarcelada por la investigación. Durante este tiempo, hubiese sido muy fácil para mí conseguir papeles falsos y vivir en otro sitio bajo un nombre falso. También hubiese sido muy fácil cambiar mi imagen. Pero, sobre todo, teniendo en cuenta el hecho de que el juicio de mi marido (por las SS) dio lugar a mi absolución, yo no tenía ningún motivo para desaparecer. Ni siquiera se me pasó por la cabeza la posibilidad de que me llevaran a juicio porque nunca hice ninguna de las cosas que se han presentado contra mí».

Su discurso de inocencia sonó a extrañeza en toda la sala del tribunal de Dachau. ¿Tantos testimonios y pruebas podrían estar verdaderamente equivocados y formar parte de una conspiración contra la denominada *Perra de Buchenwald*? Ahora tocaba el turno de preguntas de la Fiscalía.

William Denson cortó de golpe el halo de victimismo que irradiaba la acusada para mostrarle una de las pruebas claves del juicio. Se trataba de la P-14, la cabeza reducida de un prisionero. Ilse se espantó al verla justificando indignada que no lo había visto antes y menos en el despacho de su esposo en el campo de concentración. Mantuvo su testimonio en todo momento, negando rotundamente haber golpeado, maltratado, abusado o incluso asesinado a alguno de los prisioneros. Desmintió que hubiese tenido constancia de la existencia de un búnker donde se practicaran todo tipo de perversiones en unas pequeñas celdas. Inclusive, avaló que su única ocupación se limitaba a su hogar, subrayó «ser una buena esposa y madre», y que desconocía completamente el funcionamiento del campamento y por consiguiente, las actividades que se efectuaban en su interior.

Ante las continuas e inquisidoras preguntas de Denson, el abogado de Koch protestó por el «linchamiento» que se estaba ejerciendo contra ella, a lo que el fiscal miró a los jueces y dirigiéndose a ellos, replicó:

> «Con la venia del tribunal. Este acusado ha tratado de dar la impresión al tribunal de ser adorable, una madre amorosa cuyo interés estaba en su casa. Tomo la posición de que esta mujer no está siendo acusada por esta corte por no haber sido una madre encantadora y adorable. Ella está acusada de haber conspirado en un diseño común para matar y maltratar a los prisioneros. Sus costumbres no son la preocupación del tribunal ni de nadie más bajo el sol que ella misma».

Las asiduas «salidas por la tangente» de la imputada exaltaron aún más el ritmo de las preguntas que Denson profería durante su turno. Buscaba «pillarla» a contrapié, señalar como mentira una de sus múltiples negativas para demostrar que, en realidad, aquella inofensiva mujer era una despiadada asesina.

Si hacemos un resumen de lo que durante aquella larga jornada se pudo escuchar en la sala, tendríamos que destacar por ejemplo, que Ilse no supo responder a una pregunta sencilla: cuánta distancia había de su casa al campo de concentración donde se encontraban los internos. Titubeó porque no se encontraba tan cerca como para estimarlo. En seis años de convivencia en Buchenwald, ¿cómo podía ser esto posible? ¿Estaba negando la evidencia de algo tan simple? Ni siquiera recordaba haber dicho sobre su marido que era un asesino y un sádico, cuando el Dr. Morgen les detuvo la primera vez acusados de maltratar y liquidar a reclusos del campo. Todo aquello ya estaba registrado —y ya lo pudimos leer aquí mismo con anterioridad—. Por tanto, Ilse Koch mentía.

Ante el acorralamiento al que estaba siendo sometida, la inculpada insistió en su inocencia y sobre todo en su desconocimiento. Seguía afirmando que jamás había visto vejar a los internos y por supuesto, ella no había realizado tal macabra acción u ordenado a alguno de los guardianes de las SS que lo hiciera.

Después de algunas cuestiones más William Denson terminó su turno de palabra e Ilse Koch regresó a su sitio ante la mirada atónita de los allí presentes.

## Un nuevo escándalo mediático

El 28 de julio de 1947 la revista Newsweek publicó un polémico reportaje sobre el juicio de los acusados de Buchenwald en Dachau, que levantó ampollas entre la opinión pública, máxime por la información que aparecía sobre Ilse Koch.

El artículo de dos páginas con siete fotografías, hablaba específicamente del pasado del matrimonio Koch, Karl e Ilse, y establecía un juicio paralelo con una serie de acusaciones directas. Entre los datos que aportaba el semanario, apuntar que acusaban a la pareja de llevar una vida amorosa y sexual fuera de lo común, libertina y lujuriosa, donde ambos cónyuges realizaban toda clase de prácticas sexuales. Incluso aseveraron que Ilse había tenido sexo con al menos cinco de los acusados mientras permanecían retenidos en Dachau. De hecho, se especulaba también con la posibilidad de que un guardia polaco se hubiese colado en la celda de Koch en Dachau en la Nochebuena de 1946, dejándola embarazada.

Este reportaje fue un jarro de agua fría para la defensa de Ilse, hasta el punto de que el propio autor, James O'Donnell, declaraba aunque sin fundamentos: «hay buenas razones para creer que él

(Karl Koch) no era el padre de los tres hijos». Y concluyó diciendo al estilo más sensacionalista: «El pensamiento verdaderamente aterrador que se apodera de uno en uno en todos estos juicios por crímenes de guerra es que los acusados siempre se ven sorprendentemente normales».

Entre las siete improntas publicadas en la revista se encontraba un desaparecido álbum de fotos que, a juicio de Ilse Koch, habría resuelto las dudas acerca de los artefactos realizados con piel humana tatuada.

La acusada tuvo la coyuntura de explicar la situación durante la vista del 12 de agosto de 1947, señalando en primer lugar que todos los documentos de su propiedad se encontraban en aquel momento en el Gobierno Militar de Estados Unidos, de ahí que se hubiese filtrado a la prensa y en concreto a la publicación del *Newsweek* de finales de julio. Y en segundo lugar apuntó y cito textualmente:

> «En estos álbumes a los que me estoy refiriendo, las fotografías de mi casa fueron pegadas en diferentes fechas. Estas eran fotografías grandes, 18 × 24 centímetros. Me parece que sería muy fácil de determinar de qué están hechas estas pantallas de lámpara, y dado que estas son fotografías privadas —las mismas que fueron publicadas en Newsweek— también sé que tienen todos los álbumes. Por tanto, sería muy fácil de determinar si el testigo [Herbert] Fröboss dijo la verdad sobre la encuadernación. No fueron cubiertos con piel humana sino con cuero oscuro. Los testigos de mi defensa siempre han verificado este hecho.
>
> Ahora debería hacer una declaración sobre las partes del artículo [del Newsweek] referentes a mi vida privada, porque lo que importa no es solamente yo sino mis hijos también. [sic]
>
> Con respecto a los otros cargos, me parece que olvidé lo siguiente cuando estaba en el estrado, y me gustaría declarar esto, dado que no va a haber ningún argumento: fui encarcelada por 16 meses, durante este tiempo hubo un juicio contra mi marido [es decir, el juicio de las SS trial en 1943]. Fui absuelta. En aquel momento todos los prisioneros tuvieron la oportunidad de lanzar acusaciones contra mí.
>
> Ellos pudieron haberlo hecho si hubiese golpeado a alguien o, por cualquier motivo, hubiese ordenado a alguno que le castigara. Eso no ocurrió. Y no es verdad, como lo intentó demostrar el Sr. Denson durante el interrogatorio que me hizo, que los prisioneros hubiesen sido castigados por dar tal testimonio. Fue, de hecho, demostrado por un testigo que los presos fueron puestos en libertad porque testificaron contra mí y mi marido.
>
> Yo era madre y ama de casa. Yo no tenía nada que ver con los campos de concentración, y mi marido nunca me habló de ello, y yo nunca vi ni oí nada de todas las cosas que se están hablando aquí».

Tras su defensa Ilse Koch esperó a escuchar el veredicto del Tribunal de Dachau. Mientras tanto su abogado el capitán Lewis, se mostraba indignado por la nada disposición de la Audiencia a aportarle la prueba clave de los álbumes de fotos a los que se refería su defendida, y que fueron

publicados en la revista *Newsweek*. Jamás se lo facilitaron, así que tuvo constancia de su existencia una vez finalizada la vista. Se estaba cometiendo un delito de retención de pruebas, una buena táctica, aunque absolutamente ilegal. Pero a esas alturas poco podía hacerse ya para cambiar las circunstancias. La fase de sentencia del juicio estaba a punto de dar comienzo.

## PETICIÓN DE CLEMENCIA

Cuando llegó el turno de Ilse Koch, el general Emil Kiel, presidente del Tribunal de Dachau, la condenó a cadena perpetua con trabajos forzados en la cárcel de Landsberg (Bavaria), lugar donde precisamente fue encarcelado en 1923 Adolf Hitler.

> «Mientras que actuaba en conjunto con las partes cómplices, con premeditación, [ella] maltrató físicamente o perjudicó la salud de por lo menos treinta prisioneros, la mayoría de los cuales eran presos políticos alemanes, y mató o intentó matar a al menos 200 prisioneros, en su mayoría alemanes»[6].

El abogado defensor de Koch, el capitán Emmanuel Lewis, estando totalmente en desacuerdo con la postura de la Corte, decidió interponer ante la autoridad revisora, la denominada «Petición de Clemencia». El letrado estaba completamente seguro de la inocencia de su defendida y de que el Tribunal se había equivocado con ella. La habían sentenciado injustamente. Y más aún, habían permitido multitud de irregularidades, que según Lewis, eran inadmisibles.

En dicha moción el abogado, junto con el mayor Carl Whitney, explicaron la falta de argumentos de los testigos, los prejuicios y las opiniones que previamente tenía la Audiencia sobre el asunto, y las exageradas distorsiones de la realidad de algunos exreclusos de Buchenwald.

Lewis tenía dos motivos fundamentales para pedir clemencia al tribunal: uno, porque Ilse estaba embarazada; y dos, porque la Fiscalía había ocultado los dos álbumes de fotos que mencionaba la acusada y que la mostraban como una mujer cercana, cariñosa y hogareña con los suyos.

Mientras que el letrado luchaba por conseguir que admitieran a trámite esa «petición de clemencia» para su cliente, el 29 de octubre de 1947 Ilse daba a luz a su cuarto hijo en la prisión de Landsberg. Lo llamó Uwe y le puso su apellido de soltera, Köhler. Tan solo unos días después del alumbramiento las autoridades le quitaron al niño y lo llevaron a la agencia alemana de bienestar infantil, *Evangelische Fürsorge*. Uwe pasó su infancia en un orfanato y la criminal jamás desveló el nombre del padre.

Si bien al principio la moción de la defensa fue relegada en segundo plano debido a las circunstancias políticas que se estaban viviendo —la Guerra Fría ya daba sus primeros coletazos—, Lewis no desistió hasta que el teniente general Lucius Dubignon Clay comenzó a supervisar las conclusiones, pruebas y sentencias acerca de la condena impuesta a Ilse Koch. Una de sus primeras deducciones fue que, a pesar del veredicto de culpabilidad, en realidad no existían los suficientes fundamentos incriminatorios para acusarla de perpetrar selecciones, maltratos y crímenes en Buchenwald, o de ordenar la fabricación de enseres con piel humana tatuada. El general Clay reiteró que la pena interpuesta a la acusada era excesiva.

Más adelante veremos cómo su condena fue rebajada de cadena perpetua a tan solo cuatro años,

incluyendo el tiempo cumplido hasta el momento.

Tras los trámites pertinentes el 9 de marzo de 1948 se presentó ante la División de Auditoria, EUCOM (Comando Europeo de los Estados Unidos), un análisis acompañado del expediente completo del juicio y de todos los documentos anexos. Pocos meses después, y coincidiendo con el primer aniversario del Juicio de Dachau, Ilse Koch solicita al juez defensor de la División de la Subdirección de Crímenes de Guerra del Comando Europeo del Ejército de los EE.UU., su inmediata liberación de la prisión de Landsberg:

> «En el juicio principal de Buchenwald me condenaron a cadena perpetua el 14 de agosto de 1947, porque presuntamente tenía en mi posesión pantallas de lámparas y álbumes de fotos forrados con piel humana de los internos. Además, porque supuestamente había ordenado que los prisioneros fueran flagelados. Durante la revisión del juicio, la condena fue reducida a cuatro años. Tan solo con esta reducción queda demostrado que la acusación no podía sostenerse cuando las Autoridades de Revisión reconsideraron el caso. En aquel momento, pedí que me dejaran en libertad por el bienestar de mis hijos. [sic].
>
> Nunca poseí objetos en mi casa que estuvieran hechos de piel humana. La prueba material para eso fue que durante el juicio de las SS en 1943 contra mi marido y yo, donde hicieron acusaciones similares, no encontraron ni un objeto hecho de piel humana en mi casa».

Las pruebas presentadas hicieron mella en el general Clay y en la tarde del 16 de septiembre de 1948, tan solo un año y un mes después de la primera e «injusta» sentencia, se conmuta la condena de *Frau Shade* que queda rebajada a cuatro años. Clay se limitó a decir a los medios de comunicación allí congregados que «no hubo ninguna evidencia convincente de que ella seleccionara a los presos para exterminarlos con el fin de asegurar la piel tatuada o de que ella tuviese algunos objetos hechos de piel humana».

Tras el revuelo que se formó por estas declaraciones, un sector de la prensa comenzó a insinuar que Clay tenía una especial simpatía por la criminal. Una semana después el General tuvo que desmentirlo y añadir que «el examen del expediente, en base a los informes que he recibido de los abogados, indican que las acusaciones más graves se basaban en rumores y no en pruebas, por eso la sentencia fue conmutada».

El senado de los Estados Unidos fue más allá y pidió que se hiciera una audiencia sobre este asunto. La denominaron *Comisión Ferguson*, porque estaba presidida por el senador de Michigan, Homer S. Ferguson. La investigación se inició a finales de ese mismo año en Washington. Volvieron a declarar muchos de los testigos que, siendo internos en Buchenwald, habían sufrido las vejaciones de Koch. Los presos en cuestión fueron los doctores Petr Zenkl, Paul Heller y Kurt Sitte. También testificaron el secretario del Ejército Kenneth Royall; el mayor Thomas H. Green, juez abogado general; el general de Brigada Emil Kiel, presidente del Tribunal en el juicio por crímenes de guerra; William D. Denson, el fiscal de Ilse; el mayor Carl Whitney, abogado jefe de la defensa de la acusada; y algunos expertos más en ley militar.

Tras un primer «informe provisional», la comisión Ferguson lo tiene claro y escribe en el dossier: «La reducción de la pena de Ilse Koch a cuatro años de prisión no se justifica». Y continúa

diciendo:

> «el subcomité es profundamente consciente de los propósitos y objetivos de los juicios militares de los criminales de guerra nazis. Crucial para estos fines es la reivindicación de los principios democráticos por los que se libró la guerra y por la que nuestros hombres y mujeres lucharon y murieron. Nuestra preocupación en el caso se basa en nuestro interés primordial en estos principios democráticos de justicia. El error en el caso de Koch es una mancha aislada de la vigilancia y la seguridad de esta justicia democrática. Su repetición se debe evitar».

Contrario a lo que podamos pensar y tras cumplir un periodo de cuatro años en prisión, finalmente las autoridades norteamericanas deciden liberar a Ilse Koch. Nuevamente la envían al sistema legal de Alemania del Este.

Para evitar la posibilidad de la doble incriminación, ella sería juzgada por presuntos delitos cometidos contra ciudadanos alemanes, cargos que además nunca se incluyeron en el juicio por los crímenes de guerra de Dachau de 1947. Curiosamente, incluso antes de que Ilse fuese liberada de la cárcel de Landsberg, las autoridades de Alemania Occidental ya iniciaron la preparación de un nuevo caso legal en su contra.

## ÚLTIMO JUICIO EN AUSGBURG

Aunque Ilse Koch fue puesta en libertad por Estados Unidos en la prisión militar de este país en Munich, esta no duró mucho, ni siquiera cinco minutos. A su salida la policía alemana ya la estaba esperando para ser escoltada en un vehículo oficial hasta la Prisión de la Mujer del Estado de Baviera en Aichach, a unos treinta kilómetros al noroeste de Augsburg. La viuda del comandante de Buchenwald se mostraba sonriente tras su «liberación», pero veremos que no le esperaba un futuro prometedor.

El 17 de octubre de 1950 comienza un nuevo proceso contra la terrible Frau y con él un nuevo espectáculo. Su entrada al Palacio de Justicia de Augsburg fue tranquila y con expresión sonriente pese al gran número de medios de comunicación acreditados para la ocasión. De hecho, la propia Koch improvisó unas declaraciones en medio del pasillo donde insistió en su inocencia y negó que hubiese dado a luz a un hijo fuera del matrimonio en la prisión de Landsberg.

Doscientos cuarenta testigos pasaron por el estrado del Tribunal para volver a explicar concienzudamente las perversiones, abusos, suplicios y asesinatos que ocurrieron en Buchenwald a manos de la nuevamente acusada, *Commandeuse*. Era tanta la presión soportada por la detenida que una semana antes de Navidad, Ilse estalló y gritó a sus compañeras de Aichach: «¡Soy culpable! ¡Soy una pecadora!».

La *Zorra de Buchenwald* comenzaba a desmoronarse. La revista *Time* publicó un artículo que explicaba que durante aquel frenesí Ilse habría destrozado los muebles de la celda y farfullado sobre el cielo, el infierno y el pecado. Aquella histeria le pasaría factura durante la vista manteniéndola como ausente hasta el final.

El día del juicio final llegó. Pero Koch no se encontraba en disposición de acudir ante el Tribunal. Un nuevo ataque de histeria la había dejado sin fuerzas. En la fría mañana del 15 de enero de 1951 y sin la presencia de la procesada la sala enmudeció al escuchar al presidente de la Corte, Georg Maginot, leer el veredicto:

> «culpable de un cargo de incitación al asesinato, un cargo de incitación a la tentativa de asesinato, cinco cargos de incitación al maltrato físico severo de los presos, y dos de maltrato físico. Ilse Koch, condenada a cadena perpetua con trabajos forzados en la prisión de mujeres de Aichach».

El Dr. Alfred Seidl, abogado de Ilse, apeló la sentencia ante el tribunal supremo alemán que tardó un año en tramitarla. En abril de 1952 la Corte Suprema de Alemania se negó a anular el veredicto de Augsburg. Frau Koch había perdido la batalla y con ello el resto de su vida.

## Su triste final

Catorce años después de aquella apelación, concretamente en octubre de 1966 y a los sesenta años de edad, Ilse Koch a través de su abogado, hace un último intento por recuperar lo que supuestamente era «suyo». Presenta una demanda contra el gobierno de Baviera para cobrar los seguros de vida de su difunto marido que la tienen a ella como beneficiaria. Pero no consigue nada.

Durante ese tiempo Uwe Köhler, el hijo que Ilse dio a luz mientras estaba en prisión, se enteró de quién era y empezó a visitarla regularmente para alegría de la criminal. Pero el 1 de septiembre de 1967, a los sesenta y un años de edad, Ilse decide poner fin a su vida ahorcándose con las sábanas de su cama en la prisión de Aichach.

Como cada sábado, su vástago estaba esperando su turno para entrar a verla. Cuando Uwe dio el nombre de su madre, uno de los funcionarios le informó de la triste noticia. No se lo podía creer. Tan solo había dejado una última carta que decía: «Ich kann nicht anders. Der Tod ist für mich eine Erlösung» (No hay otra salida para mí, la muerte es la única liberación).

# IRMA GRESE

## EL ÁNGEL DE AUSCHWITZ

**Nombre real:** Irma Ilse Ida Grese.
**Apodo:** Ángel de Auschwitz, Perra de Belsen, Bestia Bella, el Ángel Rubio.
**Nació:** Wrechen, 7 de octubre de 1923.
**Murió:** Hamelín, 13 de diciembre de 1945.
**Puesto:** SS-Oberaufseherin del campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, Bergen-Belen y Ravensbrück.
**Tortura preferida:** Lanzar sus perros a las reclusas para ser devoradas.
**Nº asesinatos:** 30 crímenes diarios.
**Condena:** Muerte en la horca.

*Los prisioneros tenían que formar de a cinco.*

*Era mi deber que lo hicieran así. Entonces, venía el doctor Mengele y hacía la selección.*

Irma Grese

«Ha sido descrita como la peor mujer de todo el campo. No había crueldad que no tuviese relación con ella. Participaba regularmente en las selecciones para la cámara de gas, torturando a discreción. En Belsen, continuó con el mismo comportamiento, igualmente público. Su especialidad era lanzar perros contra seres humanos indefensos». Estas graves acusaciones recogidas en las actas del juicio de Bergen-Belsen en 1945, corresponden a Irma Grese, supervisora de los campos de concentración nazis en Auschwitz, Bergen y Ravensbrück, que martirizó a cientos de sus reclusas hasta causarles la muerte. Irónicamente la apodaron *El ángel de Auschwitz*, apelativo que a ella particularmente le enorgullecía.

Durante la celebración del litigio Grese mantuvo una actitud que oscilaba entre la indiferencia y el desprecio. Las decenas de testimonios confirmando su perversión y sadismo provocaban en ella una apatía aún más profunda. A pesar de su corta edad, tan solo tenía 22 años, el 13 de diciembre de 1945 fue condenada y ejecutada en la horca por los aliados.

Irma Ilse Ida Grese nació en Wrechen el 7 de octubre de 1923 en el seno de una familia desestructurada. Su padre, Alfred Grese, un lechero disidente del Partido Nazi se había quedado viudo después de que su mujer se suicidase en 1936. Dos años más tarde de la muerte de su madre, Irma decidió dejar los estudios. Nada le motivaba. Tenía quince años y el único interés que mostraba era su especial fanatismo por la *Bund Deutscher Mädel* (Liga de la Juventud Femenina Alemana), que su padre no aprobaba. Aun así, antes de iniciar su carrera en las *Waffen-SS*, la joven estuvo empleada durante seis meses como jornalera en una granja y otros seis como dependienta en una tienda de Luchen. Después consiguió un puesto de limpiadora en un hospital en Hohenlychen, donde permaneció dos años y al intentar graduarse como enfermera, la Oficina de Trabajo no se lo permitió alegando que no era apta para el puesto. Pese a ello, el director del centro, el doctor Karl Gebhardt

—acusado de realizar experimentos quirúrgicos a prisioneros de los campos de concentración de Ravensbrück y Auschwitz y juzgado en el Doctor's Trial de Nuremberg— la animó a que no decayera. Al fin y al cabo, se había autoproclamado su tutor durante su estancia en el hospital y esta impresionada quinceañera había sucumbido a las fauces de su reputación e influencia.

Durante los dos años que Grese se rindió al encanto y poder de Gebhardt muy poco se sabe sobre las tareas encomendadas en el sanatorio. De hecho, fue el propio médico quien al ver, como decía, el afán de Grese por su trabajo, le insistió para que contactase con uno de sus amigos de Ravensbrück. No quería que desperdiciara su talento y quizá allí lo verían tanto como él.

En marzo de 1941 Irma arribó al campamento para reunirse con el colega de Gebhardt. Sin embargo, le emplazaron a que regresase seis meses después, una vez cumplida la mayoría de edad. Pero no lo hizo hasta un año y medio más tarde. Durante ese tiempo Grese trabajó en una lechería en Fürstenberg.

Si hay un rasgo que caracteriza a Irma Grese y que supo aprovechar muy bien es el de la belleza física. La suya era excepcional. Rubia de ojos claros y de dulzura aparente, su rostro escondía una personalidad sombría y tétrica que hacía estremecer a todo aquel que se acercase a ella. Muchos la admiraban como si de una actriz de cine se tratase. Se pasaba horas y horas delante del espejo y se mofaba de estrenar constantemente ropa nueva que mandaba tejer y coser a su modista. Llegó a tener los armarios atiborrados de vestidos procedentes de las casas más importantes de París, Viena, Praga, Ámsterdam y Bucarest. Tal era la atención que generaba a su alrededor e incluso entre los propios presos que un superviviente de Kalocsa llegó a afirmar:

> «Hubo una mujer bellísima llamada Grese que iba en bici. Miles y miles de personas permanecieron allí arrodilladas en un calor sofocante, y ella se deleitaba mirándonos».

Nada debía interponerse entre Grese y su futuro en las dependencias de las SS, ni siquiera ser madre y formar una familia. La propia Olga Lengyel, deportada judía que logró salvarse de las garras de la muerte, ratificaba en su libro *Los hornos de Hitler* que cuando Irma se quedó embarazada ordenó a otra confinada, una antigua doctora húngara llamada Gisella Perl, que le practicase un aborto. Esta temía tanto a Grese que la ayudó y aunque le prometió pagarle un abrigo a cambio de su silencio, la prenda jamás llegó a sus manos.

Quizá esa frialdad fue el motivo por el que en marzo de 1942 y a la edad de 18 años, finalmente Irma Grese lograse entrar como voluntaria en el campo de Ravensbrück, tras un intento previo fallido. Allí empezaría su entrenamiento.

Hasta entonces el gobierno del *Führer* no le había permitido acercarse lo suficiente. De hecho, su nueva tarea como administrativa en la Oficina de Trabajo del Tercer Reich no hizo las delicias de su familia; más bien, al contrario. Su padre estaba tan furioso con ella que la echó de casa tras aparecer vestida con el uniforme de las SS durante un permiso. La muchacha había experimentado una transformación significativa, la adhesión a la causa nazi merecía más respeto que su propia familia.

Ravensbrück, con capacidad para 20.000 prisioneras, se había convertido en su nuevo hogar y sus camaradas en su verdadero linaje. Fue allí donde además de ocuparse de la «administración» del centro se familiarizó con las arduas labores que se practicaban en el recinto. En aquel lugar formaban a todo el personal femenino de las SS, cerca de 3.500 mujeres, que después pasaban a supervisar

otros campos. De aquí salieron guardianas tan sádicas como Ilse Koch, Hidelgard Neumann, Dorothea Binz o María Mandel.

Tras este periodo de aprendizaje, en marzo de 1943 Irma Grese fue trasladada a Auschwitz y asignada al *Konzentrationslager* (KL) de Birkenau, donde en un primer momento realizó labores de control de provisiones, manejo de correo y de la *Strassenbaukommando*, el comando de la unidad de carreteras. Aún no había cumplido los veinte años y su carrera seguía en ascenso. En otoño de ese mismo año Grese fue nombrada SS *Oberaufseherin* (supervisora) con un sueldo de 54 marcos al mes, unos 28 euros.

## LA BESTIA BELLA

Irma Grese era la segunda mujer de más alto rango en el campamento después de María Mandel, lo que suponía que estaba a cargo de unas 30.000 reclusas de origen judío, en su mayoría polacas y húngaras.

Las nuevas responsabilidades de la joven nazi incluían el control directo de las presas, así como la selección de las condenadas a la cámara de gas. Bien es cierto que durante su juicio y haciendo gala de un cinismo auténticamente brillante Irma siempre negó este hecho señalando que solo tuvo noticias de dichas ejecuciones en masa por boca de las propias reas.

> «Los prisioneros tenían que formar de a cinco. Era mi deber que lo hicieran así. Entonces, venía el Dr. Mengele y hacía la selección»[7].

Pese a que inculpase a Mengele con el que supuestamente mantenía una estrecha relación sentimental, la realidad no era tal y como la pintaba. Durante el proceso de selección Irma Grese, el «Dr. Muerte» y la vigilante Margot Drechsler decidían quién vivía y quién no.

> «Estas mujeres fueron incluso más crueles que Mengele… Las selecciones se hicieron de la siguiente manera: primero, las mujeres desnudas se refregaban delante de Mengele con los brazos en alto; y después delante de Greze y Drechsler. Mengele hizo las primeras selecciones, mientras las mujeres pudieron seleccionar también a la gente que Mengele dejó de seleccionar.
>
> El Dr. Mengele nos seleccionaba a menudo, y como yo estaba bastante en forma me eligió entre las fuertes, pero Grese dijo que no le gustaba la manera cómo andaba, así que el Dr. Mengele me llamó de nuevo y me envió al búnker y cuando volví a pasar, una vez más me dio un bofetón»[8].

Los múltiples testimonios de las supervivientes se acumulaban para describir con todo lujo de detalles las barbaridades realizadas por la que decidieron llamar el *Ángel de Auschwitz, la Bestia Bella* o *la perra de Belsen*. Estos calificativos tan solo hacían acrecentar su mala fama en todo el campo. Su excesiva impiedad llevó a Irma Grese a ser acusada de asesinatos y torturas.

Por lo que aseguran los testigos, este ser «caído» del cielo se paseaba por los pabellones con su uniforme impecable, su pelo rubio milimétricamente colocado, unas pesadas y relucientes botas altas,

un látigo y una pistola. Durante su recorrido la acompañaban sus perros, siempre hambrientos y furiosos, que Irma utilizaba a su gusto. Una de sus diversiones era lanzar a estas fieras contra las reclusas para que fueran devoradas. Otro de sus *modus operandi* consistía en asesinar a las internas pegándoles un tiro a sangre fría. Los abusos sexuales y las vejaciones a niños constituían prácticas habituales.

Irma no conocía ni tenía límites. Su extremada inmoralidad la llevó a dar feroces palizas con un látigo trenzado hasta provocar la muerte de las víctimas. En este sentido, la joven guardia de Auschwitz solía buscar mujeres judías de buena figura con la intención de destrozarles los pechos. Después, eran llevadas a una reclusa doctora para ser objeto de una dolorosa operación. Dicho episodio era contemplado por Irma Grese bajo una gran excitación. Una interna anónima declaró:

> «Ella la golpeó en la cara con los puños y, cuando la mujer cayó al suelo, se sentó sobre ella. Su cara se volvió azul…».

Cualquier pretexto era suficiente para desencadenar el castigo y en la mayoría de las veces la muerte. Las cautivas eran tratadas como meros conejillos de indias, cualquier ensayo médico valía si con ello se conseguía impartir un sufrimiento extremo. Todo era lícito, sobre todo si era para uso y disfrute de la furibunda nazi. «Llegó a sacar los ojos a una niña al pillarle hablando con un conocido a través de la alambrada», aseguraba un superviviente de Técsö.

Actualmente se sigue sin saber con exactitud el número concreto de asesinatos que la *Bestia* podría haber infligido en el galpón C del campo de Birkenau de Auschwitz, se dice que el promedio diario era de treinta crímenes y la capacidad de su pabellón era de 30.000 reclusas.

Pese a la crueldad de estos hechos la administración de Auschwitz jamás interfirió en las actividades de Grese y dicha pasividad estuvo a la orden del día en las SS respecto a acciones similares. Uno de sus lemas decía: «Tolerancia significa debilidad» y nadie se podía permitir el lujo de que los prisioneros les vieran ningún punto de flaqueza. Bien es cierto que excepcionalmente y a modo de reprimenda, algunos de estos guardianes sufrieron el traslado a otros campamentos por sus malas acciones, pero también que dichas decisiones se basaban más en un utilitarismo económico que en criterios de humanidad.

Auschwitz-Birkenau no fue el único campo de concentración que padeció el encarnizamiento de Irma Grese. Durante un breve lapso de tiempo —de enero a marzo de 1945—, la joven regresó nuevamente al campamento de Ravensbrück para después ser enviada a Bergen-Belsen, cerca de Hannover, Alemania.

## LOS TESTIMONIOS

Podríamos describir a Irma Grese como una auténtica depravada sexual, sanguinaria, fría, atroz y sin escrúpulo alguno, carente de empatía y de bondad. Estos rasgos unidos al poder que se le otorgó fueron un cóctel explosivo que se materializó en cientos de muertes semanales en los centros de concentración que supervisaba.

> «La hermosa Irma Grese se adelantaba hacia las prisioneras con su andar

ondulante y sus caderas en movimiento. Los ojos de las cuarenta mil desventuradas mujeres, mudas e inmóviles, se clavaban en ella. Era de estatura mediana, estaba elegantemente ataviada y tenía el cabello impecablemente arreglado.

El terror mortal inspirado por su presencia la complacía indudablemente y la deleitaba. Porque aquella muchacha de veintidós años carecía en absoluto de entrañas. Con mano segura escogía a sus víctimas, no solo de entre las sanas, sino de entre las enfermas, débiles e incapacitadas. Las que, a pesar de su hambre y penalidades, seguían manifestando un poco de su belleza física anterior eran las primeras en ser seleccionadas. Constituían los blancos especiales de la atención de Irma Grese.

Durante las selecciones, el «ángel rubio de Belsen», como más adelante pasó a llamarla la prensa, manejaba con liberalidad su látigo. Sacudía fustazos adonde se le antojaba, y a nosotras no nos tocaba más que aguantar lo mejor que pudiésemos. Nuestras contorsiones de dolor y la sangre que derramábamos la hacían sonreír. ¡Qué dentadura más impecable tenía! ¡Sus dientes parecían perlas!

Cierto día de junio del año 1944, eran empujadas a los lavabos 315 mujeres seleccionadas. Ya las pobres desventuradas habían sido molidas a puntapiés y latigazos en el gran vestíbulo. Luego Irma Grese mandó a los guardianes de las S.S. que claveteasen la puerta. Así fue de sencillo.

Antes de ser enviadas a la cámara de gas debían pasar revista ante el doctor Klein. Pero él las hizo esperar tres días. Durante aquel tiempo, las mujeres condenadas tuvieron que vivir apretujadas y tiradas sobre el pavimento de cemento sin comida ni bebida ni excusados. Eran seres humanos, ¿pero a quién le importaban?»[9].

Esta no fue la única historia vivida por una de sus reas. La rea rusa Luba Triszinska, por ejemplo, declaró que «cuando las mujeres caían, rendidas por el trabajo, Grese solía lanzarles los perros. Muchas no sobrevivían a estos ataques».

Gisella Pearl, médico de los prisioneros, observó lo siguiente:

«Grese gustaba de azotar con su fusta en los senos a jóvenes bien dotadas, con el objeto de que las heridas se infectaran. Cuando esto ocurría, yo tenía que ordenar la amputación del pecho, que se realizaba sin anestesia. Entonces ella se excitaba sexualmente con el sufrimiento de la mujer».

Isabella Leittner y Olga Lengyel informaron de que «Irma Grese tenía aventuras bisexuales y que en los últimos tiempos había mantenido romances homosexuales con algunas internadas, a las que después mandaba al crematorio».

Helene Klein explicó que «Grese 'hacía deporte' con los internos, obligándolos a hacer flexiones durante horas. Si alguien paraba, Grese le golpeaba con una fusta de equitación que siempre llevaba consigo».

Gitla Dunkleman y Dora Szafran testimoniaron «haber visto a Grese pegando a los internos». Szafran además ratificó que Ilse «era una de las pocas mujeres de las SS a las que se le permitía llevar un arma de fuego. En el Barracón 9 del Campo A, dos chicas fueron seleccionadas para la cámara de gas; ellas saltaron a través de la ventana y cuando yacían en el suelo Grese las disparó dos veces».

Klara Lebowitz declaró que «Grese obligaba a los internos a permanecer en formación, durante horas, sosteniendo grandes piedras sobre sus cabezas»; y Gertrude Diament sostuvo que «Grese era también responsable de la selección para las cámaras de gas en Auschwitz». Ilona Stein corroboró que en otra ocasión una madre estaba hablando con su hija en otro barracón cuando Irma lo vio.

> «Ella entró en cólera y antes de que la madre pudiera escapar fue golpeada y pateada duramente por ella».

Y añade:

> «En la selección de una mujer húngara intentó escapar para reunirse con su hija. Grese se dio cuenta y ordenó a uno de los guardias de las SS que la disparasen. No escuché la orden, pero vi a Grese hablar con el guardia y él disparó enseguida».

Helene Kopper contó que, durante su estancia en el comando de castigo, «Grese había sido responsable de, al menos, 30 muertes diarias».

Edith Trieger, una judía eslovaca espetó que «en Agosto de 1944 vio a Grese disparar al pecho izquierdo de una judía húngara de treinta años» y «golpear y dar patadas a los presos que estaban tratando de escapar de la cámara de gas».

Otro de los aterradores testimonios sobre la sádica conducta de la *Aufseherin* Irma Grese nos lo proporciona de nuevo Olga Lengyel, quien presenció cómo la supervisora de Auschwitz le propinaba una paliza a una joven prisionera en sus aposentos:

> «Grese se acercó al sofá, arrastrando a una mujer desnuda por el pelo. Cuando llegó al diván, se sentó, pero no soltó la cabellera de la mujer, sino que fue tirando cada vez más de la mata espesa de pelo, mientras descargaba una y otra vez, la fusta sobre las caderas de la mujer. La víctima se veía obligada a acercarse más y más. Finalmente se quedó de rodillas ante su verdugo.
>
> —Komm hier —gritó Irma, dirigiéndose a un rincón de la habitación que caía fuera de mi visión. De nuevo repitió:
>
> —Ven acá. ¿Vienes o no?
>
> Y blandió el látigo una vez más, obligando brutalmente a ponerse de pie a la mujer».

Ya lo dijo en una ocasión, el eminente periodista y escritor austríaco Karl Kraus: «ya no estamos en el país de los poetas y de los pensado res, sino en el país de los jueces y de los verdugos». Irma Grese había pasado de ser una joven aparentemente dulce y afable, a comportarse y sentir —que es aún peor— como una martirizadora. No había nada más terrible que ver procesiones de pellejos

andantes caminando hacia la muerte, como muñecos sin vida. La esclavitud y total sumisión a la que sometieron la guardiana y sus ayudantes a una población asustada por los acontecimientos convirtieron a Irma Grese en una de las figuras más perversas del *Grossdeutsches Reich*, del Gran Reich Alemán.

Aquellos habitáculos denominados centros de reeducación política acabaron siendo campos de exterminio y destrucción, donde la violencia física y psíquica eran sus principales armas.

## LAS FIERAS DE BELSEN

Durante la madrugada de la rendición, del 14 al 15 de abril de 1945, el comandante Josef Kramer negocia la rendición con los británicos. Mientras tanto y con el recinto de Bergen-Belsen aún en manos alemanas, el personal de vigilancia dispara contra varios prisioneros que intentaban escapar. A primer hora de la mañana llegan los aliados y se encuentran con un personal teutón en hilera, pulcramente uniformado, impecable e implacable y entre ellos a una glacial Irma Grese de mirada arrogante.

Tras los portones del campo de concentración les esperaba el tifus, la disentería, la lepra, el hambre, la miseria, la locura y sobre todo muertos, miles de muertos. La desgracia humana campaba a sus anchas en aquel recinto.

Los barracones repletos de cadáveres sembraban el horror de un ejército británico que no podía hacer otra cosa que amontonar los cuerpos en unas gigantescas fosas construidas al efecto. Aunque la mayor parte del personal del campamento se había escapado el día anterior, 80 de los miembros del personal se mantuvieron en sus puestos con el fin de ayudar a los británicos. Los alemanes acataron sus órdenes sin pestañear.

Entre toda esa ola de espanto y consternación Irma Grese seguía impertérrita. Los ingleses impresionados por su porte decidieron trasladarla a un calabozo donde fue interrogada durante dos días. Su talante daba a entender que tenía un cargo importante.

El 17 de abril por la mañana fue fotografiada aún en las instalaciones de Belsen junto a Kramer vistiendo sus pesadas botas altas. Su aspecto, aunque bastante desmejorado, aún irradiaba cierta altivez. Dichas improntas, que cruzaron el mundo a través de la prensa internacional, ocuparon las primeras páginas de todos los periódicos, siempre con el mismo titular: *Las Fieras de Belsen*.

De acuerdo a lo expuesto por Eberhard Kolb, el presidente del Consejo Académico Asesor para la Ampliación y Reconstrucción de la Memoria de Bergen-Belsen, de los 80 miembros de las SS que quedaron en el campo de concentración, veinte de ellos murieron después de que los ingleses tomaran el control. Kolb aseguró que la mayoría de ellos murieron de tifus, pero que otros lo hicieron por envenenamiento al comer alimentos en malas condiciones proporcionados por los británicos. Estos negaron tales acusaciones.

Con la caída del gobierno alemán, Irma Grese fue arrestada por los ingleses y juzgada en septiembre de 1945, junto con el comandante de Bergen-Belsen, Josef Kramer y otros cuarenta oficiales. Estaban acusados de cometer crímenes de guerra y tenían varios cargos de asesinato y malos tratos a los prisioneros de los campos de concentración de Bergen-Belsen y Auschwitz. Casi todos eran hombres e Irma fue una de las pocas mujeres enjuiciadas y condenadas por actos contra la humanidad.

## JUICIO POLÉMICO

El 17 de septiembre de 1945 comienza en Lüneburg (Alemania) el juicio contra Grese y los otros 44 acusados. El proceso se caracterizó por imputar a los condenados por dos importantes cargos. El primero, donde todos —incluida Irma Grese— y excepto Starotska, fueron acusados de cometer un crimen de guerra. Así lo hace saber la corte presidida por el general de División Berney-Ficklin, alegando que según la Regla 4 del «Reglamento para el enjuiciamiento de criminales de guerra»:

> «En Bergen-Belsen, Alemania, entre el 1 de octubre de 1942 y el 30 de abril de 1945, a pesar de ser el personal del campo de concentración de Bergen Belsen responsable del bienestar de las personas recluidas allí, en violación de la ley y de los acuerdos de guerra, cooperaron en el maltrato de dichas personas, causando la muerte de Keith Meyer (británico), Anna Kis, Sara Kohn (ambos de nacionalidad húngara), Heimech Glinovjechy y María Konatkevic (ambos de nacionalidad polaca) y Marcel Freson de Mon-tigny (de nacionalidad francesa), Maurice Van Eijnsbergen (de nacionalidad alemana), Maurice Van Mevlenaar (de nacionalidad belga), Jan Markowski and Georgej Ferenz (ambos de nacionalidad polaca), Salvatore Verdura (de nacionalidad italiana), y Therese Klee una ciudadana británica de Honduras), nacionales de los Países Aliados, y otros nacionales de los Países Aliados cuyos nombres son desconocidos, y causando sufrimiento físico a otras personas presas allí, nacionales de los Países Aliados y en particular a Harold Osmund le Druillenec (de nacionalidad británica), Benec Zuchermann, una interna llamada Korperova, una interna llamada Hoffmann, Luba Rormann, Isa Frydmann (todas de nacionalidad polaca) y Alexandra Siwidowa, de nacionalidad rusa y de otros Países Aliados cuyos nombres son desconocidos».

Y el segundo, donde los detenidos —Kramer, Grese, Bormann, Lothe y otros ocho más— eran acusados de cometer crimen de guerra en:

> «Auschwitz, Polonia, entre el 1 de octubre de 1942 y el 30 de abril de 1945, a pesar de ser el personal del campo de concentración de Auschwitz responsable del bienestar de las personas recluidas allí, en violación de la ley y de los acuerdos de guerra, cooperaron en el maltrato de dichas personas, causando la muerte de Rachella Silberstein (de nacionalidad polaca), nacionales de los Países Aliados, y otros nacionales de los Países Aliados, cuyos nombres son desconocidos, y causando sufrimiento físico a otras personas presas allí, nacionales de los Países Aliados y en particular a Ewa Gryka and Hanka Rosenwayg (ambas de nacionalidad polaca) y de otros Países Aliados cuyos nombres son desconocidos».

Desde un primer momento la *Aufseherin* se convierte en la estrella indiscutible del proceso judicial. Cada día los niños corean su nombre al llegar al litigio, mientras ella sonríe de forma coqueta. La prensa sigue con entusiasmo la vista y centra toda su atención en la más joven de los

acusados.

Pero una vez que la guardiana entra en la sala, su proceder cambia por completo. Esta oscila entre la indiferencia y el desprecio. Se muestra ausente y distraída a lo largo de todo el proceso, como si supiera exactamente a donde iba a conducir todo aquello. Garabatea dibujos en una libreta, se desentiende de los testimonios en su contra y sus declaraciones —que veremos con más amplitud un poco más adelante— son de una sobriedad extrema plagadas de «No», «No sé» y «Nunca vi nada de eso». Su carácter se seguía mostrando impasible. Aquella «Bestia Bella» se había convertido en una criminal despiadada, cuyos finos rasgos de sus inicios se habían desvirtuado debido al salvajismo de sus acciones. Es curioso comparar algunas de sus más famosas improntas.

Asimismo, el Tribunal hace especial atención a los cargos que se le imputan:

> «La acusada n° 9, Irma Ilse Ida Grese fue Aufseherin en diferentes comandos de trabajo y, temporalmente, Aufseherin de un comando femenino de castigo en Auschwitz. Ha sido descrita como la peor mujer de todo el campo. No había crueldad que no tuviese relación con ella. Participaba regularmente en las selecciones para la cámara de gas, torturando a discreción. En Belsen continuó con el mismo comportamiento, igualmente público. Su especialidad era lanzar perros contra seres humanos indefensos».
>
> Extracto del juicio de Belsen.
> *The Belsen Trial*, Volumen II.

Si bien la mayoría de los supervivientes de Belsen testificaron contra ella, la rea siempre se declaró inocente de los cargos específicos presentados. Si recopilamos los testimonios más impactantes, nos encontramos con testigos que hablaron de los golpes y los disparos arbitrarios hacia los presos, del ataque feroz de sus perros bien entrenados y hambrientos contra los detenidos, también de la selección de reclusos para las cámaras de gas y del placer sexual que sentía durante estos actos de inhumanidad. Su sadismo era exagerado. Los testigos además la acusaron de haber utilizado métodos físicos y emocionales para torturar a internos del campo y de disfrutar matando a sangre fría con un tiro en la cabeza.

En este sentido hay que mencionar también que tras la detención de la supervisora nazi se procedió al registro de su vivienda. Allí se topó con el horror a modo de trofeos. Las pantallas de varias lámparas estaban hechas de piel humana. Ella misma se había encargado de despellejar y eliminar con sus propias manos a tres presos judíos.

Algunos de los mantras nacionalsocialistas escritos por sus superiores calaron hondo en un personal ávido de sangre y honor. Uno de ellos lo resumió en su diario el ministro de propaganda del Reich, Joseph Goebbels, cuando escuchó un discurso del *Führer* sobre la cuestión judía:

> «No sentimos compasión por los judíos, la única compasión es hacia el pueblo alemán. Si el pueblo alemán ha vuelto a sacrificar dieciséis mil muertos en la campaña del este, los instigadores de este sangriento conflicto tendrán que pagar con su vida»[10].

Entretanto los medios de comunicación habían hallado en Irma Grese una mina de oro. La palabra *sexo* vendía y cada uno de sus movimientos eran revisados diariamente con lupa. Revistas como *Life* o *Time* publicaban el juicio y fotografiaban cada uno de los movimientos de la acusada número 9. Parecía que Grese finalmente sería una especie de icono, pero no del cine precisamente.

## La hermana de El Ángel de Auschwitz declara durante el juicio

Entre la multitud de testigos que pasaron por el Tribunal Militar británico para certificar que los acusados practicaban tareas delictivas y criminales, se personó una de las hermanas de Irma Grese, Helena, quien aseguró:

> «desde el momento en que entró en el campo de concentración la vi dos veces. En 1943 llegó a casa de permiso, y lo único que nos dijo acerca de su trabajo fue que su tarea consistía en supervisar los presos para que no se escaparan».

Y añadió:

> «La vi cuando salió de Auschwitz en 1945, y ella me dijo que había estado trabajando durante un tiempo considerable en una especie de oficina de correos, recepción y distribución de correo, y que algunas veces había ejercido funciones de guardiana. Le preguntamos: ¿Qué hacen los prisioneros para conseguir comida y por qué han sido enviados a un campo de concentración? Y ella respondió que no le permitían hablar con los prisioneros y que no sabía qué clase de comida ellos obtenían».

## Irma Grese y su réplica

A pesar de la insensibilidad y el desdén mostrado, la *SS Oberaufseherin* rompía su desgana con chispazos ocasionales de afilada soberbia diciendo cosas como: «Yo soy incapaz de hacer planes. Nunca hice ningún plan para matar prisioneros»; «Yo debería saber mejor que usted si tenía o no tenía un perro. ¿No le parece?»; «Jamás disparé a ningún prisionero» o «Me gustaría que dejara usted de repetir la palabra "regularmente"».

Su palpable sequedad era doliente a oídos ajenos que escuchaban cómo la acusada n° 9 se defendía de sus cargos afirmando: «Himmler es responsable de todo lo que ha ocurrido, pero supongo que tengo la culpa tanto como los demás por encima de mí».

Era imposible que durante la vista nadie se llevara las manos a la cabeza con tales aseveraciones, sobre todo cuando intentaba tergiversar una realidad palpable y testimoniada detalladamente: «Las revistas extraordinarias y el ejercicio físico son formas de castigo habituales en el ejército alemán», respondía Grese al ser preguntada por el trato que recibían los presos en los campos de concentración donde ella era la segunda de abordo.

Tampoco tuvo desperdicio alguno el interrogatorio que su abogado defensor, el Mayor Cranfield, hizo a la guardiana de Auschwitz durante el juicio de Bergen-Belsen:

P: ¿Llevó usted un bastón en Auschwitz?

R: Sí, un bastón normal y corriente.

P: ¿Llevó usted un látigo en Auschwitz?

R: Sí, hecho de celofán en la fábrica de tejas del campo. Era muy ligero, pero si golpeé a alguien con él, le dolería. Después de ocho días el Comandante Kramer prohibió los látigos, sin embargo seguimos usándolos. Yo nunca llevé una porra de goma.

P: ¿De dónde vino la orden de lo que llamamos «las marchas de selección»?

R: Eso vino por teléfono de la Rapport-Führerin o de la Oberaufseherin Dreschel.

P: Cuando llegó la orden, ¿le explicaron para qué eran las «marchas de selección»?

R: No.

P: ¿Qué tenían que hacer los prisioneros cuando sonaba el silbato?

R: Formar grupos de cinco, y mi tarea era verificar que lo hacían. Después llegaba el doctor Mengele para hacer la selección. Como era responsable del campo, mis responsabilidades eran saber cuánta gente iban a marcharse y tenía que contarlas, y apuntarlo en un libro de «fortaleza».

Después de la selección eran enviados al campo «B». Dreschel me llamó y me contó que había ido a otro campo en Alemania por motivos de trabajo o para un tratamiento especial, lo que yo pensaba que era la cámara de gas.

Después anoté en mi libro de «fortaleza» tantos para enviar a otros campos en alemania, o tantos para S.B. (Sonderbehandlung). Era muy conocido en todo el campo que S.B. significaba la cámara de gas.

P: ¿Sus oficiales superiores le contaron algo sobre la cámara de gas?

R: No, me lo contaron los presos.

P: La han acusado de escoger presos en estas marchas de selección y enviarlos a la cámara de gas. ¿Usted ha hecho tal cosa?

R: No, yo sabía que los prisioneros eran gaseados.

P: ¿No era muy simple saber que esta selección era para la cámara de gas, porque solo los judíos fueron seleccionados?

R: Personalmente yo solo tenía Judíos en el Campo C.

P: ¿Entonces todos tendrían que presentarse a la selección para la cámara de gas, no?

R: Sí.

P: Como se le dijo que tenía que esperar a los médicos, entonces, ¿usted sabía perfectamente lo que era?

R: No.

P: Cuando esta gente estaba desfilando frente a usted, ¿no es el caso que muchas veces estaban desnudos y les inspeccionaban como ganado para adivinar si servían para trabajar o para morir? ¿Es eso cierto?

R: No como ganado.

P: Usted estaba ahí para mantener el orden, ¿no? Entonces si alguien intentaba escapar, ¿usted le traía de vuelta y le daba una paliza?

R: Sí.

Las respuestas del *Ángel Rubio* cargadas de total ambigüedad exasperaron a la sala y más aún al Tribunal. Fue entonces cuando tocó el turno de preguntas del Coronel Backhouse, representante de la Fiscalía. Sus cuestiones trataron de dilucidar ante todo los acontecimientos acaecidos tras los muros de los campos de concentración supervisados por Grese. Sin embargo, sus contestaciones eran monosilábicas y petulantes. Negó que le gustase llevar siempre consigo una pistola y un látigo, pero dio detalles acerca de este último: «era transparente como vidrio blanco». «¿El tipo de látigo que se usaría para un caballo?», preguntó Backhouse. «Sí», respondió tajante la guardiana nazi.

Siguiendo con el cuestionario, habría que resaltar que Irma Grese no titubeó ni un ápice cuando afirmó que a pesar de no tener órdenes directas de sus superiores para golpear a los prisioneros, ella lo hizo contraviniendo los reglamentos.

## Conclusiones de su abogado el mayor Cranfield

En su último alegato el letrado Cranfield quiso dar la vuelta a la tortilla basándose en determinadas incoherencias que cometían los supervivientes ante el Tribunal y su torturadora al recordar las más terribles de sus vivencias. Apoyándose en el miedo de las víctimas dijo lo siguiente:

«La evidencia de Diament contra Grese en relación con las responsabilidades de esta última para seleccionar víctimas para la cámara de gas, fue imprecisa. Con respecto a la alegación de Lobowitz contra Grese, el Tribunal preguntó si, a pesar de que la acusada era consciente, ¿no fue un absoluto sin sentido sugerir que las revistas duraban de seis a ocho horas cada día? Él también puso en duda la credibilidad del testimonio de Neiger.

Aparte de la cuestión de la validez de las pruebas de Trieger, la Corte mostró que la víctima del supuesto disparo de Grese era de nacionalidad húngara y no de los Países Aliados.

En contra de la alegación de Triszinska sobre el perro de Grese, el Tribunal escuchó a la acusada negar que ella hubiera tenido un perro, y que eso podía verificarse por los demás acusados y por otros testigos de Auschwitz.

En referencia a la historia de Kopper sobre el Kommando de castigo, el letrado se refiere a la evidencia de que Grese solo estuvo a cargo del Kommando de castigo durante dos días, y en el cargo de Strassenbaukommando, que fue un tipo de Kommando de castigo, durante dos semanas. La alegación de

Kopper en su declaración jurada fue que ella estuvo a cargo del Kommando de castigo en Auschwitz desde 1942 a 1944, pero en el estrado dijo que la acusada estuvo a cargo de la compañía de castigo trabajando fuera del campo unos siete meses. En el estrado ella no pudo conciliar estas dos declaraciones. ¿Era probable que Grese estuviese a cargo, la única supervisora, de un Kommando de 800 personas, con un hombre de las SS, Herschel, para ayudarla? Si treinta prisioneros fueron asesinados cada día, ¿no tendría que haber alguna corroboración de esta historia?

Once testigos habían reconocido a Grese en la Corte. De estos once, cinco no hicieron ninguna alegación de ninguna clase contra ella. Ese hecho puso en duda la evidencia de estos testigos que dijeron que era una infame y feroz salvaje, la peor mujer de las SS».

A pesar de que el Mayor Cranfield hizo un «buen trabajo» a la hora de defender a Grese poniendo en tela de juicio todos los testimonios, hechos y testigos, y captando multitud de contradicciones durante el mismo, eso no libró a la *Aufseherin* de ser condenada a la horca.

No obstante, hay que añadir que durante el proceso el abogado quiso recordar a la Corte que la madre de Grese había muerto cuando ella tenía 14 años, que con 16 se marchó de casa y que a la edad de 18, fue reclutada para servir en un campo de concentración. Según Cranfield, Irma era tan solo «una niña maleducada con diecinueve años cuando llegó a la terrible atmósfera de Auschwitz».

## SENTENCIA Y MUERTE

En el 54° día del juicio Irma Grese fue declarada culpable de los siguientes cargos: haber cometido por un lado, crimen de guerra en el campo de concentración de Bergen-Belsen, Alemania, entre el 1 de octubre de 1942 y 30 de abril de 1945; y por otro, el mismo delito en el de Auschwitz, Polonia, entre el 1 de octubre de 1942 y el 30 de abril de 1945. Según el Tribunal, aun siendo responsable del bienestar de los prisioneros allí, en ambos lugares violó las leyes y costumbres en tiempos de guerra y formó parte de maltratos de algunas personas causándoles incluso la muerte.

Tras el juicio, ocho hombres y tres mujeres fueron condenados a muerte y 19 a diversas penas de prisión. El presidente de la Corte pronunció su dictamen sobre la acusada de la siguiente manera:

«N° 6 Bormann, 7 Volkenrath, 9 Grese… La sentencia de este tribunal es que sufran la muerte por la horca».

Si la guardiana no había mostrado ningún tipo de emoción o interés durante el juicio salvo para exhibir su prepotencia ante los presentes, tampoco lo iba a hacer tras escuchar el veredicto. Y así fue. Cuando le comunicaron su condena y se lo tradujeron al alemán, «*Tode durch den Strang*», literalmente, «la muerte por la cuerda», ella mostró una total indiferencia. El *Ángel de Auschwitz* había destapado a la temida bella «bestia» convirtiéndose a su vez en la alemana más popular de los Estados Unidos.

Tras el proceso los prisioneros fueron llevados a la prisión de Lüneburg donde pasarían sus

últimos días antes de su ajusticiamiento. En cambio, Grese y ocho de los otros condenados hicieron un llamamiento al mariscal de campo Montgomery para pedir clemencia. Justo lo que jamás tuvieron con sus víctimas: indulgencia alguna. Mas no tuvieron éxito alguno, ya que todas las súplicas se habían rechazado con anterioridad. El tribunal se había curado en salud para evitar la polémica entre la opinión pública. Lícitamente lo anunció el sábado 8 de diciembre, cuando ordenó que trasladasen a los once condenados de la prisión de Lüneburg a la de Hamelín (Westfalia) para su posterior condena a muerte.

Precisamente para esta circunstancia los ingenieros reales del Ejército Británico construyeron una cámara de ejecución en uno de los extremos del corredor de la cárcel, donde a su vez, permanecían los condenados en una fila de pequeñas celdas. Según aparece en la biografía de Albert Pierrepoint —el verdugo de la *Aufseherin* y de otros muchos procesados—, se decidió que fuese Irma Grese, la más joven de todos, la primera en ser ejecutada debido a que los presos podían escuchar el sonido de la trampilla cuando un reo moría en la horca. Si la ajusticiaban primero, la librarían de cualquier clase de trauma. Luego le siguieron Elisabeth Volkenrath y por último Juana Bormann. Los ocho hombres fueron colgados en parejas para ahorrar tiempo.

Una de las paradojas de dichas ejecuciones es que en el comunicado de prensa enviado a posteriori se dijo que en realidad la exfuncionaria fue la segunda en morir después de Volkenrath. La prensa nunca entendió el por qué de esta contradicción. Al fin y al cabo, se sabía de antemano que algunos funcionarios de prisiones podrían ser entrevistados y, como veremos, Pierrepoint tenía detalles escabrosos que comentar.

## El verdugo de Grese

Albert Pierrepoint, el que fuera ejecutor de la célebre *Perra de Belsen* y de tantos otros, era un verdugo profesional con gran experiencia que fue trasladado en avión desde Gran Bretaña a Alemania, para dar muerte a los once convictos.

La faena del verdugo consistió en lo siguiente: el 12 de diciembre de 1945 se procedió a pesar y medir a los reos. Gracias a este sistema se podía calcular el ajuste exacto que tenía que tener la horca para cada uno de ellos y de este modo soslayar fallos durante el ajusticiamiento.

A la mañana siguiente, Pierrepoint subió las escaleras hacia el corredor donde residían los condenados. Su primera ejecución: Irma Grese.

Un oficial alemán escoltaba la puerta de la celda. El Brigada Paton-Walsh miraba su reloj de pulsera para contabilizar el tiempo. El verdugo, que caminaba impacientemente a través del pasillo, dijo al llegar:

> «"Irma Grese…". (…) Una puerta se abrió, pero la entrada era demasiado baja para mí. "Sígame", dije en inglés, y O'Neil repitió la orden en alemán. Ella salió de su celda y se dirigió hacia nosotros sonriendo. Era una chica guapa, alguien con quien a uno le gustaría quedar para dar un paseo. Respondió a todas las preguntas de O'Neil, pero, cuando le preguntó su edad, ella hizo una pausa y sonrió. De repente, nos encontramos sonriendo con ella, mientras caíamos en la cuenta de lo inconveniente que resultaba siempre preguntar a una mujer joven

acerca de su edad. Inmediatamente dijo: "Veintiuno", dato que sabíamos no era correcto (acababa de cumplir 22)»[11].

A las 9:34 de la mañana Irma Grese se dirigió a la sala de ejecuciones en compañía de su verdugo. Al entrar, contempló durante unos instantes a los funcionarios que allí se encontraban y después subió los escalones hasta la trampilla tan rápido como pudo.

«Se situó justo en el centro de la plataforma, sobre la marca de tiza. Se quedó allí, muy firme. Cuando iba a colocarle el capuchón blanco, repitió, con voz lánguida: Schnell!! (rápido)»[12].

Veinte minutos más tarde su cuerpo fue descolgado, puesto en una caja y conducido al cementerio de la prisión de Hamelín. El cálculo previo que hizo Pierrepoint para ajustar la horca de Grese fue de siete pies y cuatro pulgadas. Un golpe certero. A ella le siguieron la plana mayor del juicio de Belsen: Volkenrath, Bormann, el doctor Klein y el comandante Kramer. Era el 13 de diciembre de 1945.

Ahora bien, estudios recientes han revelado que algunos de estos prisioneros recibieron previamente inyecciones de pericárdico de cloroformo para detener su corazón. De esta forma obviaban la necesidad de mantenerlos colgados durante una hora para cerciorar su muerte, práctica muy habitual en Inglaterra por aquel entonces. A día de hoy sigue sin saberse a ciencia cierta si a Grese se le administró tal medicación. A juzgar por el procedimiento posterior a su muerte existen bastantes posibilidades. Algo que resulta llamativo es que unas pocas horas antes de que Irma Grese muriese en la horca, esta no quiso renegar de la ideología ultraderechista. Aunque intuía que estaba cerca del final, jamás repudió sus convicciones favorables al nacionalsocialismo, pero tampoco llegó a entonar los cantos marciales de las SS en la víspera de su ejecución. Nunca reconoció su culpa por los delitos que se le imputaban y, como hemos visto, se declaró inocente una y otra vez. Tampoco se pudo determinar la incumbencia de Grese en un número concreto de homicidios.

Para evitar que los alemanes la convirtieran en mártir, el Presidente del Tribunal que la condenó, ordenó que fuera enterrada no en el cementerio de la prisión de Hamelín, sino en el patio. Finalmente, fue en el año 1954 cuando sus restos fueron trasladados y se le dio sepultura en el cementerio de Am Wehl. Otra versión al respecto sitúa dicho acontecimiento en un río. Es decir, al parecer después de su ejecución, su cuerpo fue mutilado e incinerado para después arrojar las cenizas a un afluente de desagüe.

# MARÍA MANDEL

## LA BESTIA DE AUSCHWITZ

**Nombre real:** María Mandel (Mandl)
**Apodo:** La Bestia de Auschwitz
**Nació:** Münzkirchen (Austria), 10 de enero de 1912
**Murió:** Cracovia (Polonia), 24 de enero de 1948
**Puesto:** SS-Oberaufseherin en Ravensbrück y SS-Lagerführerin en Auschwitz.
**Tortura preferida:** Flagelaciones y patadas en el abdomen y la cara.
**Nº asesinatos:** 500.000 mujeres judías, gitanas y prisioneras políticas.
**Condena:** Muerte en la horca.

*Entiendo que usted sueña con una patria, pero recuerde que no hay vida para los que no se rinden.*

María Mandel

Esta «mujer» desempeñó un papel estelar, casi brillante y maquiavélico a la par que importante, dentro del holocausto. Supo ganarse el respeto de sus camaradas y el miedo de sus inferiores. A estos últimos, los reclusos que la vieron crecer en poder y sadismo, les puso el nombre de «mascotas judías», porque hacían todo lo posible por alegrar sus aburridas tardes en Auschwitz.

Su naturaleza atormentada y confusa hizo que María Mandel, así se llamaba la mayor *Bestia* de este campo de concentración, se comportase como dos personas diferentes, como si tuviera doble personalidad. Bien podía sumergirse en la música clásica interpretada por la banda del barracón, como golpear hasta la saciedad a un prisionero que se atrevía a importunarla con su mirada.

Atroz, repugnante y depravada fueron algunos de los calificativos que se escucharon durante su juicio y cuyo tribunal la condenó a muerte.

María Mandel, también deletreado Mandl, nació el 10 de enero de 1912 en la localidad austriaca de Münzkirchen, al norte del país, un municipio perteneciente al distrito de Scharding en la alta Austria y que resultaba ser un lugar casi idílico. Ubicado en un pequeño valle, rodeado de montañas y parajes verdosos, en la confluencia del Danubio entre Innu y la frontera austrobávara, allí creció María.

Procedente de una de las familias más queridas de la aldea, pasó su infancia rodeada de calzado y remendones. Su padre, Franz Mandl, era zapatero de profesión y se dedicaba a la venta de toda clase de zapatos y sandalias. Recorría los barrios no solo de Münzkirchen, sino de pueblos vecinos como Schardenberg, Wernstein am Inn y Rainbach im Innkreis.

Su madre se llamaba Anna y conoció al que sería su esposo tiempo después, Franz, en uno de los viajes que este realizó a la localidad donde ella residía en Strobl. Allí la familia de la joven se

dedicaba a la herrería. Por desgracia, Anna murió en 1944 a los 63 años de edad en la población de Wassersucht tras una larga enfermedad. Padecía hidropesía, retención de líquidos en el peritoneo, es decir, en el vientre. Y aunque en sí misma no constituía una enfermedad independiente, sí provocó un mal funcionamiento del aparato digestivo y los riñones.

María fue la cuarta hija del matrimonio y también la pequeña, quizá por eso siempre fue una niña mimada y consentida que constantemente tuvo la atención de sus progenitores.

Pasó su infancia y pubertad en su pueblo natal donde se crió como cualquier otra niña de su edad, sana y entre algodones. Se convirtió en una persona muy popular no solo entre sus congéneres, sino incluso en la escuela, donde gracias a su atractivo físico se ganó el favor de sus compañeros. Su educación siempre fue exquisita, de ello se preocuparon bien Anna y Franz que intentaron contra viento y marea que estuviese siempre por encima de la media. La propia María escribió en su celda de la prisión de Montelupich que «mis años de infancia y de los 16 a los 17 de la juventud, son los más hermosos de mi vida».

La relación de María con sus hermanos siempre fue buena, por no decir que «demasiado buena». Ella sabía bien cómo ganarse el cariño de los suyos. Comprendía que siendo zalamera y aduladora llegaría lejos y, como veremos más adelante, ese talante le ayudó mucho en su emergente carrera dentro de las SS.

Los padres de María, de nacionalidad alemana aunque ciudadanía austriaca, eran creyentes y practicantes y como la mayoría de los habitantes de Münzkirchen, iban a la iglesia para los servicios dominicales. «Ellos eran religiosos, iban a la iglesia el domingo», explicó en una ocasión Mandel durante una investigación en 1947.

De los cuatro hermanos de la familia Mandel, el único que se preparaba para ejercer la profesión de zapatero del progenitor era el hermano mediano (el tercero). Practicaba en el garaje haciendo remendones. En cambio, la primogénita decidió marcharse del pueblo y casarse con un agricultor de la zona y, la segunda hermana, se trasladó a Suiza para contraer matrimonio con un conductor de tren. María seguía siendo la menor de todos y aunque en un principio le atrajo el mundo del calzado y los remiendos, sus padres fueron los que en realidad decidieron que ella podía llegar a algo más.

Después de terminar la escuela en Münzkirchen la muchacha se muda a la otra parte de Baviera, a varios kilómetros de su casa, para graduarse en el Colegio de Bürgerschule. Parece ser que estuvo allí cuatro años, aunque durante el primero también asistió a la escuela de negocios. No obstante, existen informaciones contradictorias respecto a esto último, aludiendo a que por tiempo y fechas, Mandel no hubiera podido concluir todos estos cursos en las fechas que se apunta. Por consiguiente, y para evitar errores, simplemente me limito a referenciar estos datos como meras anécdotas de la vida de la futura *SS-Lagerführerin* (Líder de Campo) de Auschwitz.

## MALA RELACIÓN MATERNOFILIAL

Una vez finalizada su graduación María Mandel comienza a buscar trabajo sin éxito alguno. Tras este pequeño fracaso decide volver al hogar familiar en Münzkirchen y ayudar a su padre en la venta de calzado. Aunque en un principio los progenitores encontraron en la joven una ayuda incondicional, pronto su madre que por entonces comenzaba a notar los síntomas de la hidropesía, inició una batalla en contra de su propia hija. María se convirtió en una de sus peores enemigas. En este sentido no se

sabe si debido al trastorno nervioso provocado por esta patología o por las diferencias subyacentes, María avivaba en su madre estados de exagerada tensión e ira. Cualquier cosa que esta hiciese activaba en ella una reacción extrema de explosiva violencia.

La situación llegó a ser tan insostenible entre ellas que María decidió, *motu propio* y con gran tristeza, abandonar el hogar familiar en 1929 y poner rumbo a Suiza. Una vez allí se dedicó a trabajar de cocinera en la casa de un doctor adinerado de la ciudad de Brig-Glis, en el cantón de Valais, a solo 60 kilómetros de su capital Sión, donde estuvo quince meses, pero acabó renunciando al empleo para regresar de nuevo a la casa de la familia. La única razón por la que María decidió volver a Münzkirchen, a pesar de los últimos acontecimientos, fue por el visible empeoramiento de la enfermedad de la madre. Este suceso hizo que Franz decidiese pedir ayuda a su hija preferida porque él no conseguía tirar adelante solo. Por tanto, María se convirtió en un gran apoyo no solo físico, sino también emocional, ese brazo indispensable para asistir a Anna en los cuidados que se requiriesen. Durante esta parte de su vida y hasta 1934 María se estableció en Münzkirchen.

Tras casi cuatro años al pie del cañón y, una vez que los síntomas de la enfermedad disminuyeron considerablemente, la joven volvió a abandonar el hogar familiar para trabajar como criada en una casa al oeste de Austria, en la localidad de Innsbruck.

Hasta ese momento su única ocupación real desde que se graduó había sido bregar en viviendas de personas adineradas y cuidar de su madre. La situación dio un giro radical en el verano de 1937, cuando consiguió un puesto como funcionaria administrativa en la oficina de correos de su localidad.

Tan solo un año después y tras la ocupación alemana de Austria María fue despedida. Durante la investigación que llevaron a cabo en Polonia, Mandel afirmó que la razón por la que la cesaron de su cargo, fue porque no era nacionalsocialista. Algo francamente curioso, porque tiempo después el destino «quiso» que esta mujer se convirtiera en una de las piezas claves dentro del Gran Reich Alemán. A este respecto, habría que destacar que otras de las hipótesis que barajan algunos historiadores, es que en realidad, María fue destituida no por ese motivo, sino porque el novio que tenía en Münzkirchen era un ferviente opositor del nazismo. Es evidente que de ser así, esa sería una de las mayores contribuciones.

## AL SERVICIO DE LAS SS EN LICHTENBURG

Ese mismo año de 1938 y tras su catástrofe laboral María Mandel acudió a un tío suyo que vivía en Munich —del que jamás se supo si era hermano del padre o de la madre, siempre empleó este término indistintamente—, donde ocupaba una importante plaza como superintendente de la policía. Su obsesión era trabajar en la policía criminal, ya que conocía de buena mano el alcance de la faena que suponía aquello. Aparte de porque tenía entendido que los agentes cobraban un buen sueldo. Gracias al consejo y ayuda de este pariente el 15 de octubre de 1938 María logra entrar como *Aufseherin* (guardiana) en el centro de internamiento de Lichtenburg, uno de los primeros «campos salvajes» alemanes del Imperio Nazi situado en Prettin, cerca de Torgau (Alemania), y que en mayo de 1939 se convirtió en un subcampo del de Ravensbrück. Estas instalaciones se destinaron para encerrar a mujeres tanto judías como de la resistencia al régimen del canciller.

Siendo vigilante de Lichtenburg, María Mandel trabajó con otras cincuenta mujeres de las *Waffen-SS* con quienes compartía mucho más que un posible acercamiento al gobierno alemán. En

este caso la mayoría de las chicas con educación moderada se habían encontrado con una difícil situación financiera y bajos salarios, y ese empleo era una salida a sus problemas. De ahí que Mandel se sintiera prácticamente obligada a tomar la radical decisión de formar parte de uno de los primeros *Konzentrazionslager* femeninos.

No obstante, cuando en su momento se le preguntó si sabía de primera mano lo que suponía un cargo como el de *SS-Aufseherin*, la guardia nazi aseguró que desconocía completamente cuáles iban a ser sus funciones y que de hecho, su intención era obtener un empleo como enfermera. Este dato es cuanto menos curioso, ya que Mandel jamás recibió una educación ni pertinente ni conveniente en este sentido. Por tanto, ante la incongruencia en sus palabras, los investigadores que llevaron su caso dieron por sentado que, o bien les estaba mintiendo, o bien les estaba ocultando la verdad.

Respecto a las funciones que María Mandel realizó como vigilante de las SS en Lichtenburg, estas quedaron recogidas en el acta levantada en Cracovia el 19 de mayo de 1947 por la investigadora Jana Stehna.

> «Elegí este trabajo porque oí decir a los supervisores de las mujeres de los campos de concentración que ganaban mucho dinero y esperaba ganar más de lo que podía hacerlo como enfermera. Antes de mi servicio en el campamento de Lichtenburg no sabía lo que eran los campos de concentración ni lo que era su equipo».

El auto no solo especificaba el protocolo empleado por María Mandel en el campamento, sino que hacía hincapié en el hecho de que a los presos se les proporcionaba unas condiciones de vida razonables. Si por desgracia morían, era debido a la vejez. Ni siquiera la *Aufseherin* mencionó los castigos corporales que hipotéticamente se aplicaban a los prisioneros de las instalaciones:

> «Comencé a trabajar en Lichtenburg el 15 de octubre de 1938. Inicialmente y durante el primer trimestre trabajé allí de prueba. En ese tiempo a solas no cumplí ninguna función sin estar acompañada de una de mis compañeras para familiarizarme con el trabajo en el campamento. El campamento estaba ubicado en un antiguo castillo, donde se encontraban cerca de 400 reclusas alemanas que en su mayoría eran asociales, después la mayor parte representaban a escritores, sindicatos criminales, judíos y un pequeño porcentaje de presos políticos. Además, allí trabajé con 12 supervisores de la Guardia Senior (Oberaufseherin), el primero fue Stolberg y Johanna Langefeld, que más tarde trabajaron en Birkenau. Al final del cuarto periodo de prueba, fui contratada como guardiana en Lichtenburg y así hasta el 15 de mayo de 1939».

Como vemos, su estancia en el KL de Lichtenburg fue relativamente corta, no llegó al año, sobre todo porque dichas instalaciones comenzaron a quedarse pequeñas. Uno de estos hechos nos remonta a mayo de 1939 cuando en torno a mil prisioneras de Lichtenburg fueron trasladadas al recién inaugurado campo de Ravensbrück, cerca de Fürstenberg, a 90 kilómetros al norte de Berlín y considerado un monumental campo de concentración para mujeres en territorio alemán durante la Segunda Guerra Mundial. Junto a las reclusas también se reubicaron a decenas de supervisores. Les ofrecían un excelente alojamiento en un edificio de viviendas construido para la tripulación de las SS

y situado a poca distancia del recinto.

A partir de entonces Ravensbrück se convirtió en el principal campo femenino. Su control fue absoluto pasando a desempeñar las mismas funciones que en su momento tuvo el de Lichtenburg. Se calificó a Ravensbrück como «campo de concentración modelo», todo un ejemplo para los futuros centros de internamiento para mujeres que luego se transformarían en los mayores habitáculos de destrucción humana de la historia.

## RAVENSBRÜCK, UN PUNTO Y APARTE

En «El Puente de los Cuervos», fúnebre traducción de la palabra alemana Ravensbrück, María rápidamente impresionó a sus superiores por dos motivos: primero por su físico, era muy atractiva, de estatura mediana, pelo rubio, ojos grandes y azules, de tez rosada, rasgos regulares y buena constitución, además de joven, tan solo tenía 30 años de edad; y segundo, por las aptitudes y actitudes que mostraba en la ejecución de sus funciones. La severidad y la extralimitación fueron piezas claves para conseguir un rápido ascenso como *SS-Oberaufseherin* (supervisora) en junio de 1942.

Sin embargo, ese aspecto enigmáticamente hermoso y bien constituido y tan típicamente ario, aparte de proferirle el beneplácito de sus dirigentes, le sirvió para ganarse la simpatía de sus internas en las distancias cortas.

En el campamento María pasaba lista de forma estricta sobre los trabajos y tareas que diariamente tenían que llevar a cabo las prisioneras, si alguna no cumplía con lo requerido les infligía como consecuencia un duro castigo. Las penas que recibían eran de una iniquidad tal que Mandel pasó a tratar a sus reclusas como «mascotas judías». Tras pegarles palizas y practicarles todo tipo de flagelaciones y torturas, las condenaba a muerte. Dichas ejecuciones las consumaba cuando se cansaba de sus «conejillos de indias».

Aquel uso indebido sobre los judíos fue tan impresionante que de los 55.000 guardias que prestaron servicio en el campo de Ravensbrück, de las cuales 3.600 eran mujeres, jamás destacó nadie por encima de Mandel. La inflexibilidad y el salvajismo de sus acciones y los injustos asesinatos que perpetró siempre sobresalieron sobre sus camaradas.

De las 250.000 mujeres que trabajaban para el régimen nazi las 3.600 de Ravensbrück estaban integradas en el llamado *SS-Helferinnenkorps* (Cuerpo Auxiliar) por lo que no formaban parte de la *Schutzstaffel* (escuadras de protección) abreviado por las siglas *SS*. Es decir, estas féminas no tenían realmente ninguna deferencia militar, lo que significaba que no estaban autorizadas a portar armas ni nada que se le pareciese, y desde luego, no podían impartir órdenes a ningún varón, cualquiera que fuese su rango. Es por ello que a este cuerpo jamás se le permitió convertirse en miembro de las SS con igualdad de derechos. Aunque por otro lado, las supervisoras femeninas sí vestían su uniforme y recibían un salario procedente de este grupo. Como vemos, detalles incoherentes.

Estas empleadas de las *Waffen-SS*, eran en su mayor parte campesinas reclutadas en la *Bund Deutscher Madel* (BDM), Liga de Muchachas Alemanas, a través de la Oficina de Trabajo, familiares de combatientes caídos o heridos en combate. En un principio, su cometido se limitaba al ámbito administrativo: correos, comunicaciones, intendencia… Pero a partir de 1943, la reubicación forzosa de buena parte del personal civil, en combinación con las circunstancias especiales

derivadas de la guerra, dio lugar a un universo nuevo de posibilidades. Aquellas jóvenes nazis podrían tener más voz y más voto dentro de estas instalaciones de sangre y muerte.

Entre las víctimas que lograron salvarse de esta hecatombe, se encuentra Urszula Winska que afirmó que «Mandel estaba intoxicada por su propia autoridad». No era para menos, si contamos con el hecho de que las mismas prisioneras comentaban de ella que era una auténtica «bestia» oculta bajo la piel de una mujer.

Señalar además que durante el testimonio judicial presentado en Cracovia, María Mandel siempre ocultó conscientemente la magnitud de los crímenes cometidos entre mayo de 1939 y octubre de 1942. Incluso intentó pormenorizarlos y reducirlos a pequeñas muestras correctivas.

A pesar de sus frustrados intentos, la documentación recopilada por el personal de Auschwitz que contiene multitud de informes y memorias de expresos acerca de las actividades de María Mandel, actualmente se halla en posesión del Museo de Auschwitz-Birkenau. Uno de los extractos se refiere al testimonio de Helena Tyrankiewiczowa, reclusa número 7.604, que explica todo lo relacionado a la principal supervisora del campo de Ravensbrück:

> «Han introducido un nuevo gerente de Ravensbrück, la hermosa Mandel, sedienta de sangre y antijudía por supuesto. Fue animal resistente, de naturaleza hermosa, siempre enojada; pantera de cabellos dorados con los ojos relucientes; lince que sabe llegar silenciosamente por detrás donde nadie lo espera y golpea contra el suelo con la mano de acero con un pequeño pero fuerte golpe.
>
> Los ojos de Mandel brillaban como el fósforo en la oscuridad, apretaba los dientes blancos y puntiagudos y su voz implacable lanza palabras de veneno, odio y desprecio. ¿Por qué golpear y patear? Por la suciedad en los zapatos, por volver la cabeza, por limpiarte la nariz. Golpear en un paroxismo de furia le causó placer, y, evidentemente, era su forma de cultivar la belleza, porque después de cada ejecución, se hizo más hermosa. Los ojos verdes le brillaban como estrellas, su rostro adquiría un color rosa e incluso el pelo de oro parecía brillar más. Mandel generalmente fluía entre judío y hacer un pogromo (devastación) real».

Como vemos, Mandel levantaba «pasiones» en todos los sentidos a la par que toda clase de repulsiones. Su belleza instigadora se colaba entre los pensamientos de las internas y sus propios compañeros alababan su personalidad sombría y brusca que rompía la armonía que reinaba a lo largo y ancho del campo.

Entre las mentiras que Mandel certificó durante una audiencia en la Corte, estaba aquella que apuntaba a la información sobre los tratamientos que habían tenido lugar en Ravensbrück. La supervisora parecía no saber a qué se estaban refiriendo cuando hablaban exactamente del mal «trato» durante su servicio. Las pruebas aportadas aludían a los obvios experimentos pseudomédicos efectuados a los reos durante su estancia en el campo y que teóricamente ella desconocía. Durante ese tiempo y hasta octubre de 1942, el número de presos aumentó hasta casi 8.000, en su mayoría polacos y rusos. Según palabras de Mandel, estos confinados se utilizaban para labores de costura, tejidos, fabricación de abrigos, agricultura, cocina, para trabajo de oficina, extracción de arena, etc. Pero en ningún momento tuvo constancia de los procedimientos experimentales que impartían los

doctores del campamento, porque simplemente ella era una mera vigilante o guardiana.

## Vejaciones en el búnker

Dotada de una gran inteligencia, de ese físico aterrador que ya comentábamos anteriormente y con un carácter inflexible, hicieron de Mandel, una obsesa del trabajo. Esa obstinada dedicación por hacer cumplir las normas en el campo de internamiento para mujeres originó que desde el otoño de 1941 hasta la primavera de 1942 condenase a muerte y sin apenas pruebas a innumerables presos por delitos menores. Para llevar a cabo sus andanzas la *Aufseherin* utilizó el edificio de ladrillo que estaba situado fuera del campamento, del que también era la directora. Se trataba de una especie de búnker dividido en tres apartados: el primero, destinado para las reclusas que habían cometido crímenes de campo; el segundo, para las que habían cometido delitos políticos; y por último, la tercera, para las denominadas *Sonderhäftlinge* (prisioneras especiales).

Entre las acciones que se evaluaban como delito y que estaban prohibidas dentro del campamento: caminar del brazo por las calles del campo, visitar a los presos que se encontraban en la habitación de la enfermería, permanecer en el exterior del bloque sin orden alguna, hablar o mirar a un superior sin su permiso.

Destacar también que los presos que habían cometido delitos políticos estaban bajo la supervisión de Ludwika Ramdohra, jefe de la División Política.

Su principal deleite era una tortura de lo más sofisticada, una especie de inyección de tinta, que utilizaba con los subordinados «más especiales». Una vez administrada, se obligaba a la víctima a desnudarse para rociarla con agua. El único afán que perseguían era que su piel cambiase de color. Jamás se consiguió tal efecto.

En aquel temido búnker también se practicaron muy diversas aflicciones y flagelaciones. Se empleaba especialmente para encarnizadas actividades. De hecho, en la soledad de la noche, tan solo el silencio era roto por los gritos y llantos de las prisioneras sacrificadas entre aquellas cuatro paredes. Lo que empezó siendo un refugio para el aislamiento y simples castigos, acabó transformándose en una especie de mazmorra con fines oscuros, sin mesas ni sillas, ni siquiera camas. Tan solo había un lavabo y un retrete. Las internas que desgraciadamente eran recluidas en aquel búnker permanecían allí de 7 a 14 días. Algunas lo sufrieron durante casi dos meses. En este tiempo las instalaciones permanecían cerradas a cal y canto y solo podían entrar María Mandel y algunas de sus más devotas auxiliares y guardianas.

La interna Aleksandra Steuer afirmaba con rotundidad: «Mandel fue una vigilante muy cruel en el búnker». Al fin y al cabo, en aquel tétrico edificio las víctimas eran despojadas de sus ropas y zapatos, y permanecían desnudas por completo durante todo el confinamiento. Dos veces a la semana eran alimentadas con víveres previamente cocidos o con un café y un pedazo de pan duro. Frecuentemente, las aberraciones eran tan severas que durante tres días las reas no podían comer nada, y también eran obligadas a hacer huelga de hambre con cualquier pretexto de lo más trivial. A lo largo de este correctivo los castigos mínimos fueron el fustigamiento y los golpes, al menos 25 latigazos, después 50, 75 y hasta 100. Posteriormente se duchaba a la persona con agua fría y la sacaban al exterior para dejarla a la intemperie. Su época favorita era el invierno, por lo que la mayoría expiraba de hipotermia.

El búnker estuvo al servicio de los supervisores y guardianes más peligrosos y decadentes del campamento. Mandel, como directora del mismo y hasta su nombramiento como *Oberaufseherin* en abril de 1942, también hizo las delicias más pérfidas y agresivas que nos podamos imaginar.

> «En el momento de mi llegada al campo María Mandl sirvió allí como Bunkeraufseherin (guardia del búnker). (…) Mandl era conocida como una guardiana muy cruel e infame en todo el campamento. Desde el búnker al campamento se escuchaban los terribles gritos de los prisioneros torturados por Mandl. Ella propinaba golpes y patadas por todo el cuerpo mientras el recluso torturado caía sin fuerzas y se hacía un ovillo. Ella tenía la costumbre de sacarse el guante de su mano para azotar. En el tiempo que Mandl estuvo en el búnker muchos presos murieron de hambre. Mandl no lo ocultaba y los reclusos que informaban sobre lo que habían experimentado y lo denunciaban, les notificaban que estaban equivocados y que no se quejaran más. Los casos de muerte por hambre se repetían muy a menudo en el búnker de la disciplinada Mandl»[13].

Siguiendo con los testimonios, cabe destacar aquellos que están recogidos en el proceso de Auschwitz-Birkenau, concretamente en el volumen 57, donde se explican las actividades que Maria Mandel realizaba en Ravensbrück. Una de las internas asegura que cuando llegó al campamento en abril de 1940, la supervisora ya se caracterizaba por la atrocidad en sus acciones. Una vez y debido a las habladurías que surgían respecto a las actividades tan inusuales de la directora, esta ordenó a su subordinada que le hicieran una lista con las reclusas sospechosas. No había expedientes personales, así que anotaron el número por el que las llamaban. Mandó que se pusieran en formación y después de enviarlas a trabajar hasta la extenuación, las acompañó al búnker. Una vez allí y en uno de los laterales, las dispuso en fila. Durante unos minutos tan solo se oyeron ráfagas de disparos. Nunca más se vieron a aquellas mujeres.

Otra víctima que logró escapar de las garras de Mandel, describió sus seis días de cautiverio en la parte subterránea del búnker. La obligaron a hacer huelga de hambre. Después de ese tiempo la *Aufseherin* la interrogó.

«Mandel caminaba constantemente con un látigo en busca de víctimas», especificó otra de las prisioneras. Cualquier pretexto era bueno para cortar el pelo a las presas, afeitarles la cabeza o insultarlas diciendo, *Polnische Schweine* (cerdas polacas) o *Polnische Banditen* (canallas polacas). María sentía un odio descomunal por Polonia y así lo hacía saber siempre. «Era una persona cruel, golpeaba y maltrataba a los presos a la menor ocasión», describió María Hanel-Halska, una reo dentista y exempleada del doctor Mengele.

Otro caso de abuso de autoridad por parte de María Mandel lo sufrió una prisionera holandesa llamada Netia Eppker, que había trabajado como comadrona para la reina Guillermina de los Países Bajos (Wilhelmina Helena Pauline Maria van Oranje-Nassau). Apuntar aquí que previamente a la guerra y durante la misma esta soberana se había convertido en un símbolo inquebrantable de resistencia contra Hitler, a quien le tenía como uno de sus mayores enemigos. Es evidente que una vez que Eppker fue detenida y recluida en Ravensbrück, su historial laboral pasó de ser intachable a todo un inconveniente para las guardianas nazis y en especial para la *Aufseherin*. Pero en esta ocasión la víctima tuvo el coraje de plantarle cara y reprender su tiranía, algo inusual y que había

sucedido pocas veces. Su osadía hizo que recibiera una rigurosa reprimenda.

> «En la calle principal del campamento, llamada Lagerstrasse, Eppker vio cómo Mandel golpeaba a una prisionera. Corrió hacia ella y exclamó: «¿Por qué pegas a esta anciana que podría ser su madre?». Mandel levantó la mano y quiso pegarle a Eppker. En eso que le agarró de la mano y dijo: «Yo soy una dama y no tiene derecho a pegarme». Una consecuencia de esto fue el castigo más grave que Mandel como Oberaufseherin pudiese vengar»[14].

Eppker fue encerrada en el búnker durante seis semanas en completa oscuridad. Intervalo en el que sufrió el castigo de la flagelación, el ensañamiento contra partes tan delicadas del cuerpo como la cabeza, y continuos insultos de la directora del recinto, la tan temida Mandel. Aun sabiendo la reacción de su castigadora, la partera holandesa repetía continuamente: «*Ich bin eine Dame und du darfst mich nicht schlagen*» (Soy una dama y no hay que pegarme). Cuanto más se quejaba la mártir, mayor era la penitencia ejercida contra ella. La maquiavélica guardiana llegó a ordenar a sus secuaces que la atasen a la pared con cadenas, para propinarle diariamente con su fusta incesantes latigazos. Entretanto, decía riéndose: «*Du bist eine Dame, und ich schlage dich*» (Usted es una dama y le golpeo).

Una vez transcurridas las seis semanas, Eppker regresó a su barracón enferma, con las piernas rotas y llena de profundas heridas por todo su cuerpo. Al salir de su cautiverio y según comentan algunos testigos, la señora levantó la cabeza para mirar directamente a los ojos a sus verdugos, entre ellas Mandel.

Dicho incidente corrió como la pólvora entre los corrillos, no solo de las propias reclusas, sino también de sus camaradas, quienes aplaudían las acciones desempeñadas por su superior. Era evidente que el miedo a contravenir aquellas indicaciones estaba en el rostro de todas esas mujeres.

Finalmente, Netia Eppker pasó a ser una de las primeras internas que gracias a la Cruz Roja Sueca evitó su inminente liquidación. Salió del campo de concentración justo a tiempo. Una vez recuperada de las heridas físicas, que no mentales o emocionales, la holandesa regresó a su país terriblemente exánime. Concluida la guerra, Eppker formó parte del grupo de atestiguantes que declararon en el juicio contra sus captores. Jamás volvió a tener una salud plena.

Todas y cada una de las testimoniantes habían sido valientes al poner sobre la mesa los retorcidos disparates efectuados por la Mandel. La dramaturgo Dorothy Parker escribió: «Luchan mucho más que por sus vidas. Luchan por la oportunidad de vivirlas». Y así día tras día.

## La tigresa de guantes blancos

La presencia de Mandel en el campo de concentración, paseando por el recinto, despertaba un pánico generalizado entre las cautivas. Todas eran conscientes de su impiedad, todas conocían sus obscenidades y martirios. Al punto de que la *Aufseherin* acabó siendo una de las personas más odiadas y repudiadas del centro. Su modo de caminar, su uniforme y sus tan demonizados guantes blancos —que siempre la acompañaban y que colocaba escrupulosamente en el bolsillo de su chaqueta—, le dotaban de gran altivez para controlar a sus inferiores. Esta prenda, aparentemente

inofensiva, era una pieza clave en los maltratos. Cuando Mandel lo usaba, golpeaba en la cabeza y por encima del cuello a la víctima, o entre la nariz y los ojos, haciendo que irremediablemente cayese al suelo. No había forma de que se tuviese en pie. Siempre acababa con los guantes llenos de sangre. Suponemos que le gustaba ver el sufrimiento de aquella forma, ya que por lo general, los supervisores llevaban guantes de cuero negro. Mandel prefirió cambiar esa costumbre y declinarse por el fetichismo del blanco.

«Mandl hacía estragos en torno al campamento para mujeres. Siempre se la vio usando guantes, golpeando, pateando, mirando a los presos, insultando de forma grosera. Eran tantas las prisioneras heridas que es difícil para mí citar los nombres de las que fueron agredidas con crueldad»[15].

La brutalidad descargada contra las reas en forma de guantazos y tormentos, y el empleo de métodos de castigo y hostigamiento de lo más sofisticados, le valieron el sobrenombre de «la tigresa». Pasó a ser la perfecta administradora de penas. Con solo un golpe fuerte en el estómago o un puñetazo en la mandíbula podía dejar kao a cualquiera. El efecto era tal que la superviviente caía al suelo de inmediato, completamente aturdida y confundida sin oportunidad alguna de defenderse por sí misma.

A principios de mayo de 1942, María Mandel ya estaba actuando como una *SS-Oberaufseherin* (supervisora senior). Al fin y al cabo, el manejo que hacía de los judíos era tan impresionante que nadie quiso poner en duda que merecía el cargo. Al contrario, su nuevo rango la hizo ser más dañina e inhumana, provocando serios problemas de salud a sus internas. Una de sus normas más destacadas fue que todas las presas debían ir descalzadas por el campamento, aun sabiendo que podrían dañarse los pies por la cantidad de grava que tenía el suelo. No contenta con esto, decretó que realizasen desfiles durante varias horas. El resultado se tradujo en atención médica urgente a causa de las llagas y la sangre producida por esta acción. Si alguna se atrevía a negarse a caminar descalza o paraba en algún momento, automáticamente se la enviaba al búnker para ser flagelada. Mandel no mostraba piedad alguna, nunca la demostró. Si veía a alguien en el suelo se acercaba y sin mediar palabra le pateaba de manera sádica.

«Durante su mandato», cuenta la reclusa Józefa W^glarska en el juicio de Cracovia, «las revisiones podían durar varias horas. Tenía que permanecer de pie descalza en el patio del campo sin importar el tiempo y había días en que hacía mucho viento y nevaba. Mandel propinaba golpes y patadas a una presa ante la más mínima ofensa. Así, por ejemplo, durante la revista deslicé inconscientemente una pierna unos cuantos centímetros hacia adelante. Mandel se acercó a mí y me pateó con toda su fuerza en la pierna. Después durante dos semanas me estuvo golpeando en la pierna dañada».

En la primavera de 1942 se inició la ejecución de las mujeres polacas y Mandel dedicó varios días a infligirlas infinidad de golpes y patadas antes de exterminarlas. Sus rostros fueron mutilados, rasgados y cubiertos de sangre y moretones. Sabía cómo asestar porrazos certeros tanto en la parte inferior del abdomen como por encima del cuello.

Estas masivas ejecuciones se iniciaron el 15 de abril de 1942 y se llevó por delante la vida de 14 personas. El 18 de abril asesinó a otras 14 y así días tras día, hasta que en enero de 1945 acabó disparando, masacrando y aniquilando en torno a 160 mujeres polacas tras los muros de Ravensbrück.

Una de las prisioneras que sufrió la violencia de la guardiana en sus propias carnes fue Regina

Morawska que afirmó ante el Tribunal que ella era «como un monstruo en carne humana». Y seguía explicando:

> «María Mandl golpeó con el puño en la cara de una de las reclusas por haber caminado por la zona del campamento del brazo de otra presa. Además, tenía la costumbre de caminar en la parte de atrás de las filas y al azar, de acuerdo con su capricho, golpeaba con el látigo a las crías de las prisioneras».

## «Conejillos» y experimentos médicos

El envilecimiento y la truculencia imperaban en cada rincón del campo de internamiento femenino de Ravensbrück. También en el departamento médico, donde las prisioneras más aptas, aquellas «mejor preparadas», eran específicamente elegidas por Mandel para ser estudiadas en angustiosas operaciones y experimentos. Si la *Oberaufseherin* no tenía misericordia alguna, durante las jornadas de selección la tenía aún menos. Su buen ojo hizo las delicias de sus camaradas los médicos alemanes.

Al punto que en julio de 1942 y ante un ambiente repleto de especulaciones y miedo, mucho miedo, se inició un procedimiento que embarcó a jóvenes reclusas de veinticinco años, tanto civiles como militares, a formar parte de profusos ensayos.

En el libro *Y tengo miedo de mis sueños* publicado en 1998, su autora Wanda Póitawska, una médico y escritora polaca que fue miembro de la resistencia durante la ocupación nazi y que estuvo interna en el Puente de los Cuervos, describe con todo lujo de detalles el proceso de «contratación» que existió para escoger a ciertas presas a las que asignarían determinadas operaciones. Desgraciadamente, esto no se limitaba a una mera investigación, sino a experimentos empíricos que, a largo plazo, significaron incidentes tan aberrantes como ir en contra de la voluntad de las mujeres intervenidas, provocarles una discapacidad permanente, o convertirse en una especie de «conejillos» de la muerte dentro del campo. Así era como denominaban a las víctimas de unos ensayos criminales perpetrados por médicos nazis y supervisados por la propia Mandel.

Como decíamos anteriormente, en aquel momento esta delincuente ya había tomado la posición de *Oberaufseherin*, por lo que sabía perfectamente lo que allí estaba ocurriendo. Bien es cierto que ella intentó ocultar, tergiversar y mentir descaradamente sobre el tema, pero era inevitable que los hechos salieran a la luz. Había demasiados testigos y víctimas, por no mencionar a las fieles auxiliares que la acompañaban y que sabían de buena tinta lo que estaba pasando.

Sin embargo, había algo peor que el conocimiento o no de estos asesinatos y experimentos tan atroces. Lo dramático del asunto era que María Mandel junto con el médico en jefe de este campo y *Generalleutnant* (Teniente General) en las *Waffen-SS*, el Dr. Karl Gebhardt, fueron los responsables de elegir personalmente a las prisioneras y de enviarlas a la sala de operaciones.

La primera vez se escogieron a cinco jóvenes polacas totalmente sanas, cuyo «pecado» fue ser presas políticas y luchar en contra del nazismo. El 1 de agosto de 1942 las sometieron a diversas pruebas dirigidas por el Dr. Gebhardt. No estaba solo, lo acompañaban su ayudante el Dr. Fritz Fischer y otros doctores del campamento como Schiedlausky, Rostock y Herta Oberheuser. Después de dos semanas de investigaciones, un nuevo grupo de reclusas polacas se sometió a cirugía.

En el transcurso de esta nueva etapa de pruebas y exámenes, los médicos alemanes dieron un paso más hacia delante. Ahora no solo sometían a pequeños grupos de reas a toda clase de duros controles y suplicios, sino que además, emprendieron una nueva táctica: la experimentación en masa. Esta especie de operación ejercitada sobre un conglomerado concreto de mujeres, supuso un avance científico que logró verificar hasta qué punto era viable un tratamiento contra determinadas enfermedades o infecciones. Por ejemplo, rompían parte de las extremidades de estas «conejillas de indias» para constatar cuál era el proceso por el que los huesos rotos volvían a reconstituirse; cómo se producía la regeneración del músculo de los nervios; si era necesario un trasplante; inclusive llevaron a cabo operaciones que finalmente causaron infertilidad en las mujeres y por tanto, erradicación de una raza. A pesar de los resultados obtenidos, nadie asumía que estas investigaciones fueran ilícitas y siguieron su curso.

Si ampliamos esta información, habría que añadir que las reas fueron sometidas principalmente a un control exhaustivo de la médula ósea, lo que les permitía estudiar la velocidad de crecimiento del conjunto de huesos rotos que hemos citado. Este análisis posibilitaba hacer un seguimiento de su recuperación. En este sentido, mencionar que algunas de las jóvenes utilizadas para estos estudios fueron expuestas a tratamiento quirúrgico tras ser golpeadas con un martillo o un cincel, para después suturar la herida y escayolar la parte afectada. Días después se retiraba el yeso y se examinaba concienzudamente la tasa de fusión de los huesos. Se procedía a coser de nuevo la herida y poner un nuevo «parche».

Otro caso era que los trozos de hueso de un conjunto de extremidades amputadas o de la articulación de la cadera, eran guardados y transportados hasta Hohenlychen para ser implantados en los soldados alemanes heridos durante la guerra.

Pero estos experimentos no se ciñeron exclusivamente en torno a los huesos, llegaron como bien decíamos, hasta los sistemas muscular y nervioso. Semejantes intervenciones fueron diseñadas para probar la velocidad de mejoría de los músculos y los nervios para el uso de la cirugía plástica. Estas consistieron en la extirpación de los nervios y los músculos del muslo o la pantorrilla, pero sin condiciones básicas de higiene y salubridad. Los ensayos se realizaron sin una anestesia adecuada, sin cambiar las gasas, algodones y vendas por cada paciente. Se abandonaba a las enfermas sin ningún tipo de supervisión, a sabiendas que la reclusa podría tener una fiebre alta, perder las fuerzas y morir al intentar pedir ayuda.

Algunas de las supervivientes de estos macabros procedimientos, tardaban meses en recuperarse parcialmente. Muchas de ellas habían perdido parte de sus extremidades o se habían convertido en mujeres estériles sin capacidad de procrear. La impotencia era lo único que les quedaba hasta que un día, hablamos de los primeros meses de 1943, dijeron «¡Basta!».

En ese preciso instante, varias de estas prisioneras decidieron escribir una petición formal y expresa donde alegaban su radical oposición a la cirugía experimental que se estaba ejecutando tras los muros de Ravensbrück. La carta se hizo en secreto y a espaldas de María Mandel y significó un último aliento de valentía y fuerza para las desdichadas víctimas. Esta oportunidad, única por otra parte, era indispensable para informar a las altas autoridades del campamento acerca del trágico destino que les estaban imponiendo. Que lo descubrieran quizá salvaría sus vidas. O no… La misiva decía lo siguiente:

«Inmediatamente nos pusimos a escribir una petición. Escribimos una nota

> breve, que nosotras, prisioneras políticas y cuyas firmas aparecen abajo, preguntamos al señor Comandante, si sabía que en el campo se hacían cirugías experimentales a unas mujeres sanas —prisioneras políticas—. Dichas cirugías causan discapacidades e incluso la muerte. Nosotras, sujetas a las cirugías, protestamos contra dicho procedimiento. Lo firmamos todas y fuimos en filas de cuatro a entregárselo. Las mujeres que nos vieron caminar por la calle Lagrowa nos miraban con cara de pánico. Nadie más en el campo sabía qué estaba pasando. Hacía un día muy soleado. Despacito, pierna tras pierna, íbamos adelante. Los vendajes blancos contrastaban drásticamente con el color negro de la calle. El camino "nach Vorne" (alemán-al frente) nos pareció eterno. Al final llegamos y nos paramos enfrente del edificio, donde se ubicaba el despacho. El Comandante no quiso salir. Mandó una secretaria que nos dijo que las cirugías son "un invento histérico de las mujeres"»[16].

Pese a los débiles intentos de estas jóvenes cobayas humanas por impedir que la máquina de destrucción masiva continuara, su petición fue declinada automáticamente. Las esferas superiores del campo de Ravensbrück hicieron oídos sordos y siguieron permitiendo la experimentación científica y criminal con personas de carne y hueso hasta 1945.

El coraje inicial de estas reclusas dejó de nuevo paso a la impotencia. Eran conscientes de que su destino final era la muerte y que Alemania jamás las permitiría sobrevivir. Mandel era una de las piezas del engranaje nazi que no les dejaría vivir con dignidad.

Por suerte para las mujeres enclaustradas en Ravensbrück, la *Oberaufseherin* fue asignada al campo de Auschwitz en otoño de 1942. Un suspiro de alivio inundó las calles de la Lagerstrasse. Según parece, los jefes estaban tan contentos con su trabajo que decidieron enviarla allí como un acto de promoción. Al enterarse de la buena nueva, Mandel se jactó que su nuevo puesto pretendía restablecer el orden e intensificar el terror entre los confinados.

## NUEVO DESTINO: AUSCHWITZ

El 7 de octubre de 1942 María Mandel fue trasladada de Ravensbrück a Auschwitz II Birkenau en Polonia. Primeramente, ejercería como *Oberaufseherin*.

Las circunstancias que rodearon su traslado al nuevo campamento no fueron lo suficientemente claras. Se barajan varias hipótesis aparte de la supuesta y merecida promoción. Si bien, algunas conjeturas llevan a pensar que en realidad fue transferida a Auschwitz con el único fin de sustituir a Johanna Langefeld, quien no cumplía escrupulosamente con su función dentro del campo. De hecho, Mandel argumentó a su partida de Ravensbrück que iba a «estructurar» las cosas allí, por lo que podemos entender que existía una presunta desorganización o mal funcionamiento.

Hay otros hilos que apuntan a que la supervisora intentó desobedecer a su superior e impedir su marcha a Auschwitz. El motivo era obvio, aquel recinto era nido y caldo de tifus, piojos y diferentes enfermedades acaecidas por las terribles condiciones de higiene y saneamiento que padecían sus habitantes. Mandel intentó renunciar a su cargo, pero su Comandante Fritz, le insistió que la decisión estaba tomada y que debía trasladarse a Auschwitz lo antes posible. Lo anecdótico de este caso es

que la guardiana intentó justificar este hecho en el juicio, alegando que pasó por alto la orden de su superior, cuando todos sabemos que eso no era posible. La acusada jamás se atrevería a discutir la orden de un alto mando porque simplemente la obediencia era testimonio de su honorabilidad.

Sea como fuere, su nuevo destino le supuso un avance innegable en su carrera. Si su anterior puesto como *Oberaufseherin* llegó a dotarla de suma importancia y responsabilidades, Auschwitz no podía ser menos. En Ravensbrück se había convertido en un modelo a seguir para el resto de mujeres que servían al Tercer Reich. La veían como una luchadora nata.

Por el contrario, sus víctimas solo recibieron de ella continuas muestras de inhumanidad, soberbia y perversión. El nuevo campamento ubicado en Polonia suponía un verdadero desafío para la atroz Mandel. Auschwitz todavía no se había convertido en uno de los cementerios más sombríos y grandes de Europa. Con ella al mando pronto sus calles parecerían un camposanto.

La primera tarea que la confiaron nada más arribar fue la de crear un centro casi desde cero, para mujeres apresadas por su oposición y lucha contra el imperio del *Führer*. Aunque la labor no fue nada fácil, el reconocimiento adquirido por su anterior trabajo en el campo de Ravensbrück, hicieron que Mandel sorprendiera gratamente a su comandante el *SS-Obersturmbannführer* (teniente coronel), Rudolf Hoss. Así describió el oficial los primeros días en las instalaciones:

«En el campo de mujeres prevalecieron las peores condiciones en todos los sentidos. (…) Pronto llegaron a Auschwitz las supervisores de las mujeres —ninguna voluntaria— que tuvieron que construir desde cero el nuevo campamento en las condiciones más difíciles. Ya en la primera semana, la mayoría de ellas querían escapar y regresar a un lugar tranquilo, la vida agradable y tranquila en Ravensbrück»[17].

La construcción de aquel *Frauenkonzentrationslager* (campo de concentración femenino) dentro del monstruo de Auschwitz, se hizo en Birkenau y supuso el traslado de 13.000 presos entre mujeres y niños. Este nuevo espacio fue una filial del primero, donde las condiciones de vida fueron físicamente mucho peor que en Auschwitz I.

Durante los primeros meses Hoss observó a la recién llegada María Mandel, a quien como *Oberaufseherin* le correspondía controlar todas las mujeres del campo de Auschwitz. Lo estaba haciendo tan bien que el comandante pretendía asignarla como única responsable de las prisioneras de este campamento y de los subcampos femeninos de Hindenburg, Lichtenwerden, Budy y Rajsko. Pero Himmler se oponía a que una señora fuese la directora del campo. Era totalmente inflexible con este tema. Por lo que se nombró como gerente al *Obersturmführer* (Teniente) Paul Mueller y a María Mandel como *Lagerführerin* (líder o jefa del campo femenino). Esta última, a pesar de tener un rango inferior al de un hombre, ejerció un dominio abismal sobre cada interna. La subordinación femenina desplegada fue absoluta.

## En condiciones infrahumanas

Aquel nuevo campamento contaba con diversos refugios hechos de ladrillo y madera y construidos como si de una cuadra para caballos se tratase. En circunstancias normales aquellos establos albergarían a unos 52 caballos, pero en principio Mandel había ordenado colocar a 300 personas para comprobar su efectividad. Una vez definidas las barracas de cada bloque y como si estuviesen ajustando la capacidad de un almacén de alimentos, la *Lagerführerin* comenzó a utilizar

dichas instalaciones a modo de pequeños cuarteles. Pasaron de convivir 120 personas a unas 1.000. Del espacio necesario para que cada individuo pudiese vivir de manera normal, solo disponían de 0,28 metros cuadrados y de 0,73 m³ de aire. Es decir, si comparamos estos asfixiantes habitáculos con las cárceles que había en Polonia antes de estallar la Segunda Guerra Mundial, estas últimas permitían que el recluso tuviese 13 m³ de oxígeno en un espacio común y 18 m³ en uno individual. La angustia de las reas era escalofriante.

Además, las paredes que habían fabricado para esta especie de cuartelillos, estaban elaborados con una mampostería de tan solo 12 centímetros, con unos techos sin tejas, suelos sin azulejos llenos de tierra y una única puerta de entrada. En esta situación y debido sobre todo al terreno pantanoso donde se ubicaron, tenemos que imaginarnos en pleno invierno cómo el frío entraba por cada grieta de la pared o de la techumbre, haciendo insoportable la vida en su interior. Ni siquiera las dos estufas que colocaron en cada uno de los cuarteles eran capaces de calentar aquellos establos. Y es que debido a la rapidez con la que se construyó este nuevo emplazamiento, no hubo tiempo ni para el aislamiento. Aunque podemos presuponer que si lo tuvieron, tampoco hicieron nada al respecto. Al fin y al cabo, «hasta el niño en la cuna debe ser pisoteado como un sapo venenoso. Vivimos en una época de hierro, en la que es necesario barrer con escobas de hierro», afirmaba con contundencia Heinrich Himmler en septiembre de 1941.

El momento de dormir era siempre el más complicado. Mil personas conviviendo codo con codo, sin apenas libertad de movimientos y con tan solo tres pisos de camas. Se trataba de obsoletas literas que si en un principio pretendían albergar a cuatro internas, en los momentos de gran congestión seis de ellas tenían que compartir catre. Era del todo inaguantable. En las primeras semanas y antes de aquel hacinamiento masivo, las condiciones eran más o menos tolerables. Pero una vez que Mandel inició la etapa de acumulación de gente, aquellos cuarteles se convirtieron en verdaderas máquinas de matar. Durante el desbordamiento las mujeres pasaron a dormir en el suelo o de pie porque ya no había más sitio. Aquella angustiante situación sin luz y ninguna clase de saneamiento o baños, provocaba asfixia, crisis nerviosas y agotamiento en las prisioneras. Sufrían de insomnio, era imposible descansar adecuadamente.

La propia María Mandel recordaba ante el tribunal que la juzgó en Cracovia en 1947 cuáles eran las condiciones de vida en los barracones de Birkenau:

> «El sitio no había sido canalizado, el barro llegaba hasta las rodillas, en los módulos no había suelo, las paredes tenían concavidades húmedas y fangosas, había una grave falta de agua. Tanto por dentro de los bloques como por fuera, había cuerpos amontonados y nadie los retiraba».

La alimentación de las confinadas también se vio dañada hasta límites insospechados. Tanto mujeres como hombres habían llegado a una delgadez tan extrema que su peso no alcanzaba los 35 o 40 kilos. Cuando la supervisora nazi gritaba que comenzase la revista diaria, se podían observar a verdaderos esqueletos humanos, consumidos y agónicos, aguantar sin fuerzas, para no ser enviados automáticamente a la cámara de gas o a las celdas de castigo y tortura.

Era evidente que las comidas que les ofrecían no llegaban ni al mínimo necesario y elemental de los requisitos propios de la nutrición. De forma frecuente les cocinaban sopa con carne podrida o descompuesta de animales como caballos y empleaban sobras para aderezar el guiso. Cualquier trozo

de molla era aceptable.

Tal fue la insuficiencia alimentaria, que el organismo de los supervivientes inició un declive abismal. Comenzaron a enfermar y a tener continuas diarreas y enfermedades o afecciones intestinales. La inanición y la extenuación los estaba conduciendo, poco a poco, a la muerte.

La escasez de alimentos y de buenas y salubres instalaciones dieron paso también a la falta de ropa apropiada para las reclusas. Mientras Mandel y sus cómplices se resguardaban de las bajas temperaturas con buenos abrigos, las internas vestían un uniforme a rayas de algodón que para nada les protegía contra el frío y la humedad. Este fue el inicio de cuantiosos decesos por hipotermia y entumecimiento. No podían llevar nada más que aquel característico traje. No conformes con eso, las propias guardianas evitaban a toda costa que sus insignificantes presas se mudasen de ropa habitualmente. De hecho, una de las primeras epidemias graves que hubo y que causó la muerte de cientos de mujeres, fue que recibieron la ropa mal lavada y con ello la transmisión de infecciones.

> «Durante la epidemia el hospital estaba más que lleno. A los enfermos no se les cuidaba. El médico venía de vez en cuando, firmaba unos papeles y a los enfermos ni los miraba. Las prisioneras enfermas de los bloques tenían miedo del hospital. Entonces las contagiadas se quedaban al lado de las sanas y la epidemia se expandía»[18].

Otro apartado importante de su uniforme eran los zapatos, una especie de zuecos incómodos y muy duros que producían abrasiones y llagas. Era imposible caminar con ellos. Tal y como hizo anteriormente en el campo de concentración de Ravensbrück, la supervisora en jefe volvió a prohibir el uso de zapatos a sus internas. No obstante, estos escabrosos métodos que ya había puesto en práctica antes, no consiguieron el beneplácito del comandante. No le prestó excesiva atención cuando se enteró, y por tanto, no revocó la orden de restricción de Mandel.

Por otra parte, si hay algo que caracteriza escrupulosamente a Birkenau es la trágica falta de agua que padecían. Ya en junio de 1942 se declaró que el agua de las nuevas instalaciones de Auschwitz no era adecuada ni potable para su consumo y ni siquiera para hacer un enjuague bucal. Seguramente por eso el campamento se encontraba en tan malas e insalubres condiciones.

A mediados de 1943 solo se podía utilizar un pequeño pozo de agua destinado principalmente para la cocina. El agua residual que provenía de la cocina fluía hacia los canales de desagüe ubicados bajo el suelo, así que en época de lluvias Mandel decidía que algunas de las presas más fuertes cavasen zanjas para sacar agua de allí. Aquella medida lo único que hizo fue empeorar las cosas y el resultado final fue el inicio de fuertes epidemias. Una vez realizado el trabajo cada interna tan solo podía utilizar una vez al día los grifos de agua instalados con motivo de la buena nueva.

Otro de los mandatos de la *Lagerführerin* fue que durante los periodos de tormenta se utilizasen los charcos surgidos de forma espontánea en el *Lagerstrasse* para lavar los platos y las ropas. De nuevo, la propagación de virulentas plagas asoló el campamento y con ello la vida de muchas cautivas de Birkenau. Si bien es cierto que la lluvia fue beneficiosa en algunos casos, en este en concreto se trató de toda una maldición, especialmente cuando la tierra mojada se convertía en lodo. Pese al barro, las prisioneras tenían la obligación de seguir el precepto instaurado por su supervisora.

Una de las supervivientes al Holocausto explicó con todo lujo de detalles ante la Corte de

Cracovia lo que vio cuando llegó a su nuevo «hogar»:

> «He encontrado el campo en un estado terrible. En ese momento, alrededor de 70.000 presas se encontraban inmersas en un estado de agotamiento total, no se preocupaban por la vida y no mostraban ninguna inclinación por ella, por lo que el resultado era que todo el campo parecía una aglomeración. Aunque había letrinas en el campamento, las presas no se beneficiaban de ellas, se vigilaban todas las funciones fisiológicas de los bloques y del bloque de al lado, porque en ese momento había una epidemia de tifus».

Entre los años 1942 y 1943 el *Frauenkonzentrationslager* no contaba con ningún baño destinado exclusivamente para las presas, así que tenían que aliviar sus necesidades en los inodoros construidos en el interior del cuartel/establo. Por la mañana ellas mismas vaciaban su contenido en la parte de atrás del emplazamiento. No fue hasta 1944 cuando el comandante de Birkenau ordenó que los construyeran. Hasta entonces este problema se zanjó fabricando primitivas letrinas colectivas donde las mujeres se podían sostener con un palo. A menudo y debido a la inestabilidad de estos sanitarios, las mujeres caían en las heces contenidas en el comedero.

La diarrea por depauperación prevaleció en este campo de concentración durante varios meses, dando lugar a la aparición de enfermedades tan contagiosas como: la fiebre tifoidea, la sarna, el paludismo o la tuberculosis. Durante su reinado María Mandel jamás hizo nada por paliar la difícil situación. Si cabe, fue aún más estricta, pécora y altanera que antes. Si hay alguien que empeoró las condiciones de vida de aquellas féminas encerradas entre cuatro paredes, esa fue sin lugar a dudas la *Bestia de Auschwitz*, que fue así como la bautizaron.

Curiosamente, el parecido entre Irma Grese y María Mandel, era abismal. Al fin y al cabo, la *Lagerführerin* había sido su maestra, enseñándola muchas de las técnicas de tortura que posteriormente desarrolló contra sus reclusas. Profesora y alumna se ganaron la repugnancia del barracón gracias a sus desalmados comportamientos.

En pleno invierno de 1943 y debido al malestar generalizado entre las reas, María Mandel procedió a pasar revista y exigió que todas las mujeres salieran a la calle principal del campamento para desnudarse. Fue entonces cuando la supervisora comprobó que llevaban jerseys debajo del uniforme para paliar el terrible frío. La ira de Mandel emergió repentinamente al ver que este colectivo había contravenido una decisión suya. El precepto indicaba claramente que solo podían vestir la ropa que se les ofrecía en el centro. Fue tal la impotencia que sintió la guardiana nazi, que dejó que durante varias horas permaneciesen desnudas al frío en el exterior del barracón. Muchas de ellas se desmayaron y algunas más sufrieron de hipotermia.

Después de este pase de revista, las prisioneras tuvieron que atravesar, de una en una, la puerta del campamento. De pie frente a ellas se encontraban las autoridades del campo, el *SS Unterscharführer* (Jefe de la Escuadra Juvenil) Adolf Taube, María Mandel y ayudantes como Margot Drechsel. «Todos ellos empujaban a la zanja a todas las mujeres que entraban torpemente, se tropezaban y caían. Entonces, descargaban a la mujer en el bloque de la muerte (Bloque 25) antes de ser gaseada. Mandel optó por llevar a la mayoría de las mujeres al bloque de la muerte», atestiguó la superviviente polaca Janina Unkiewicz.

La *Lagerführerin* discrepó durante el juicio de Cracovia que en realidad ella no participó de

forma directa en esta especial selección, argumentado lo siguiente:

> «Abarcando con la mirada al campamento ni siquiera era capaz de estimar el número de presos que había, el cual no coincidía en unas 500 personas. Para establecer un orden tuve que realizar un inventario de los presos. Para ello, con el acuerdo y la cooperación de la sección política, se efectuaron dos revistas de domingo (Zahlappell). Con el desorden que he encontrado y la ausencia de cualquier tipo de organización, estos pases de lista duraban muchísimo tiempo, y se extendían el día entero. Tuvieron lugar de la siguiente manera: a todas las presas que se podían mover las echaban al prado detrás de la puerta de acceso al campamento, de esta forma en el campamento únicamente se quedaban las que estaban hospitalizadas y no se podían mover. En ese prado las presas permanecían de pie hasta el fin de la revista, es decir, todo el día. No recuerdo si las presas que permanecían de pie durante este pase de lista recibieron alimento alguno. Afirmo categóricamente que durante esa revista de domingo no ha muerto ninguna presa. Únicamente ocurrió que algunas prisioneras, debido al agotamiento, cayeron. A estas las devolvieron vivas al campamento. A los presos enfermos les separaron de los presos sanos, y les aislaron en los bloques número 25 y número 26».

Sin embargo, el recuerdo que tenían las internas de aquellos pases de revista a horas intempestivas o en condiciones climatológicas adversas, no correspondían con el testimonio dado por la supervisora en jefe durante su procesamiento.

> «Durante el invierno de 1942/43, en un día muy frío, Mandl convocó a todas las del FKL (*Frauenkonzentrationslager*) a una revista que llegó a durar 5 horas. Todas las prisioneras tenían que salir al prado enfrente del campo (…) muchas no aguantaron el frío y el cansancio y cayeron ya en el prado»[19].

Otra de las circunstancias a destacar fue el despioje parcial y realizado a las cautivas en las dependencias de Birkenau. El saneamiento inadecuado, la suciedad y la mugre dentro y fuera del recinto provocó un contagio generalizado de piojos que degeneró en pediculosis. Por su parte, esta dolencia fue la causa principal del tifus epidémico que experimentaron la mayoría de las reas. Así que una de las soluciones que dispuso María Mandel, fue consumar las célebres desinfecciones de forma regular.

Para ello las prisioneras tenían que desnudarse completamente en el exterior, sin que a la supervisora o a sus ayudantes les importase lo más mínimo el clima o la estación del año que fuese. Después de fumigarles la ropa, procedían a desinfectarles el cuerpo salpicándoles un tinte. Luego las bañaban con agua caliente y en seguida con fría. Aunque a veces solo las rociaban con agua helada. Tras el colorante y el baño, les pasaban un trapo humedecido con un desinfectante llamado Cuperx y les frotaban la cabeza y otras partes del cuerpo con vello, inclusive las partes íntimas. Una vez terminada la fase de desinfección, las reclusas tenían que esperar en la pradera durante varias horas hasta que su ropa fuese purificada. Por desgracia, el personal de las SS se confundía constantemente en la devolución de las prendas a sus dueñas. Esto generó casos donde el presunto uniforme recién

lavado, en realidad correspondía a un fallecido víctima del Zyklon B, el insecticida utilizado en las cámaras de gas durante el Holocausto. Tales equivocaciones, supuestamente inocentes aunque con un fundamento intencionado, acabaron con la vida de cientos de personas. Aquel líquido en contacto con el aire producía cianuro de hidrógeno gaseoso, venenoso y mortal no solo para los humanos sino para cualquier ser vivo.

Quiero apuntar explícitamente que todas las actividades relacionadas con la petición de Mandel de desinfectar a todas aquellas prisioneras, estuvo bajo la supervisión de sus superiores de las SS, quienes permitieron las más dementes de las barbaridades. La presencia de los alemanes riéndose y avergonzándose de los confinados mientras desempeñaban dichas tareas, fueron minando la confianza de unas mujeres que, por imperativo nazi, permanecían desnudas esperando a que les devolviesen sus harapos.

Las ya mencionadas desinfecciones que se efectuaron durante la mala gestión de María Mandel en el campo de mujeres de Birkenau, aparte de ser obligatorias, entrañaron un aire de descuido y una sanguinaria falta de coordinación con respecto a otras partes del campamento.

Una de las primeras en producirse tuvo lugar del 6 al 8 de diciembre de 1942, la segunda del 9 al 11 de julio, una más en el segundo semestre de ese mismo año y la última durante 1944. En general, ningún prisionero podía librarse de la tan angustiosa desparasitación. Ni siquiera los camaradas nazis, incluida Mandel, podían abandonar el barracón durante esta fase. Cumplían órdenes directas de los altos mandos de Auschwitz, cuya gestión emplazaba a sus empleados a trabajar allí hasta el final de la esterilización. Aquel proceso sometía a los pacientes a un duro tratamiento cuyo final era primeramente permanecer en la enfermería del centro de internamiento, para después y por lo habitual, acabar muriendo.

Llegados a este punto hay que recordar uno de los trágicos acontecimientos acaecidos en el invierno de 1942 - 1943. Concretamente un domingo muy frío donde como venía siendo costumbre, Mandel pasó revista en el *Frauenkonzentrationslager* a las cinco de la madrugada. En un santiamén, la perturbadora desinfección se volvió trágica cuando tras las órdenes de la *SS-Lagerführerin* unas 1.000 prisioneras murieron congeladas. Después de aquello, muchas fueron las reclusas que lograron sobrevivir a aquel horror para contar su historia. Entre ellas y muy especialmente Erna Laskówna, quien afirmó que durante las largas horas que duraba la fumigación, Mandel se entretenía pegando tiros a determinadas reclusas asesinándolas en el acto. La supervisora de Birkenau no solo se limitó a no admitir tales acciones durante el proceso de posguerra, sino que además aseveró que no podía recordar esta actuación.

## TESTIMONIOS / LA POLÍTICA DEL TERROR

En las interminables horas de trabajo forzoso las presas más débiles por la falta de alimentos y agua caían como moscas ante la atónita mirada del resto de sus compañeras. Decenas de miles de muertos se apilaban en grandes zanjas después de haber sufrido desnutrición e infinidad de enfermedades. El trato de Mandel y las subordinadas que tenía a su cargo, como las *Rapportführerin* (supervisoras de comunicación), las *Aufseherin* (guardianas) o las *Kommandoführerin* (líderes del comando o unidad), atormentaban diariamente a las víctimas con brutales maltratos y vejaciones. Incluso los llamados *Kapos* se integraron en una política del terror a la espera de ser los siguientes

en la lista de defunciones. Pero mientras tanto y para retrasar su trágico futuro inmediato, lo más adecuado era seguir la estela y las órdenes de sus enemigos.

Aquella situación pasó de ser puntual a algo generalizado y normal entre los integrantes de las SS. Los testimonios que se sucedieron a partir de entonces reflejaron la iniquidad y la deshumanización de un pueblo alemán ávido de poder y control sobre el resto del mundo. Y en esta coyuntura, sobre inocentes sin voz ni voto. Mujeres, niños y ancianos que luchaban hasta la muerte por mantener ese hilo de vida en condiciones tan adversas y perversas como aquellas. Ya lo decía Voltaire «la civilización no suprime la barbarie, la perfecciona».

Algunas de las mujeres húngaras que sobrevivieron a la era de Mandel y sus fieles devotos explican con pelos y señales lo ocurrido tras los muros de Birkenau. Para ellas fue todo un infierno sobre la tierra.

Uno de estos casos nos habla de tres hermanas de apellido Hermann, que llegaron desde la población de Munkács al Bloque 24 Sección BIIc del campamento Birkenau.

> «Había 1.000 personas en cada barracón. No había trabajo que hacer; solamente había revistas continuamente. Ellos normalmente gastaban seis horas al día, pero si pasaba algo, por ejemplo, faltaba alguien, duraba más tiempo aún, y podía ocurrir que nos quedásemos de rodillas hasta el final. Una mujer de las SS le dio un golpe con un garrote en la cabeza de Erzsi, por lo que tuvo una herida supurante durante ocho semanas. También le hicieron cirugía en el Campo A. Cinco minutos después de volver de la operación tuvo que arrodillarse durante cinco horas por una revista. Las noches eran terribles porque la cabeza de Erzsi estaba supurante y podían pasar días antes de que le cambiasen el vendaje.
>
> Olía muy mal, y no solo nosotras que estábamos a su lado, sino todas las que estaban tumbadas cerca sufríamos de ello. Preguntamos a la Aufseherin que la permitiese quedarse durante la revista, por lo menos cuando lloviese, pero ella la echó fuera con solo una venda de papel en su cabeza diciéndole "tú vas a perecer aquí de todas formas". La lluvia caía en el barracón, pero no era la única razón por la que no podíamos dormir. Lo peor era que oíamos y veíamos llegar un transporte seguido por el otro. Oíamos los gritos, los llantos desesperados pidiendo ayuda y los chillidos»[20].

Entre las descripciones que se hicieron de las guardianas del campo femenino de Birkenau destacan, por ejemplo, aquella donde las reas Kottmann y su hija procedentes de Kispest aseguraban que «estas mujeres eran también muy groseras y terribles con nosotras, por lo general mucho peor que los hombres alemanes. Ellas nos golpeaban, pateaban y empujaban por cualquier nimiedad». Pero el castigo físico hacia las mujeres del barracón no era el único ejercido por las supervisoras nazis, el maltrato mental era aún mucho peor. Llegaban a amenazarlas con seleccionarlas para ser mano de obra del crematorio y si no aceptaban de buena manera acabarían dentro del incinerador.

El terror se había extendido por todos los rincones de Birkenau y sus presas, judías principalmente húngaras, no conseguían vencer a la imparable máquina del nacionalsocialismo.

Otro de los testimonios que menciona sin tapujos lo acaecido allí, nos lleva a Stanislawy

Marchwickiej, una de las damnificadas por la *Bestia* de quien decía que era un demonio en carne y hueso que se libraba de los bebés recién nacidos después del parto. Metía su pequeña cabeza dentro de un cubo de agua, en el horno crematorio, o bien los arrojaba al patio aún vivos para ser devorados por las ratas.

En otra ocasión la interna Janina Kosciuszko alegó haber visto a Mandel arrebatarle a una prisionera el bebé de cinco meses que había dado luz a escondidas, para inmediatamente después, lanzarlo a las llamas ante la dramática mirada de su madre.

Eran incomprensibles aquellas inicuas reacciones en la supervisora, ya que, como veremos, a veces mostraba especial ternura por los retoños de sus víctimas. Ahora bien, la ferocidad prevalecía por encima de la presunta bondad de aquella salvaje criminal.

El testimonio de la prisionera polaca Zofia Ulewicz número 30.700 durante la vista judicial por los crímenes de guerra perpetrados en Auschwitz, conmocionaron a la opinión pública al explicar la historia de un niño gitano en el campamento. Parece ser que su padre era el rey de los gitanos en Alemania, así que, como era de esperar, fue enviado junto a su esposa a morir en la cámara de gas. El pequeño que solo hablaba alemán se había quedado huérfano, pero la supervisora comenzó a cogerle cariño y a llevarle consigo montada a caballo. Al fin y al cabo, ella era la «cabecilla» de las mujeres.

En diciembre de 1943 Zofia vio a Mandel llevar en trineo al pequeño gitano, envuelto en mantas y atado a él. De forma intencionada la SS volcó el patín y el crío se cayó al suelo mientras la guardiana se reía a carcajadas. La bipolaridad en sus actuaciones la invitaban a seguir haciendo el mal pero a disfrutar de la ingenuidad del bien.

Esta historia también aparece en el libro *La orquesta de las mujeres de Auschwitz* de la pianista francesa Fania Fénelon, quien aseguraba haber visto a la *Lagerführerin* pasear con un niño en sus brazos a quien vestía con ropas caras, como si fuera un pequeño millonario.

> «Vestía ropita azul, encantadores pantaloncitos y blusita. Era guapísimo. Dirigió a ella la mirada llena de confianza y enseñando las perlitas de dientes, gorjeaba. Ella engatusando, respondía: ¡nein, nein! (no, no).
>
> —¿Bonito verdad? —pregunta. El Niño da vueltas, patea ágilmente, de nuevo sube encima de su muslo y a ella no le preocupa que sus pequeños zapatitos le ensucien la tan siempre cuidadosamente mantenida falda del uniforme oficial. El pequeño la abraza el cuello con sus manitas, la besa y sus pequeños labios están untados de chocolate. Por primera vez, llenas de desconfianza, vemos que Mandel sonríe.
>
> Unos días después, por la tarde, cuando hacía viento y las gotas de lluvia golpeaban nuestras ventanas, entró Mandel cubierta por su gran capa gris. Anormalmente pálida, con los ojos hundidos y ojerosos, exigió que reprodujeran el dueto de *Madame Butterfly* de Puccini.
>
> ¿Lo estaba escuchando? Los labios apretados, la cara cerrada, parecía ausente. Al acabar el canto, se fue callada. Al día siguiente Renata entregó el mensaje que Mandel llevaba personalmente al niño a la cámara de gas. ¿Iba este afán a hacerla todavía más dura?».

Se cree que este asunto fue el único donde la supervisora mostró una verdadera humanidad, piedad y gran compasión. Por el que sufrió y lloró, e incluso, amó sanamente. Mas la *Bestia* seguía paseándose por el campo infundiendo pánico. Su cólera alimentaba la atrocidad de sus movimientos.

No obstante, era un tanto llamativo ver que las guardias femeninas podían desmoralizar a sus reclusas hasta límites insospechados, despojarlas de su dignidad y arrastrar sus vidas por el fango. Durante las sesiones de castigo muchas de las víctimas anhelaban que su campamento estuviese dirigido exclusivamente por hombres, quienes probablemente hubieran sido algo más piadosos. Si echamos un vistazo a los registros de la enfermería, sorprende que casi ningún director fuese tratado por enfermedades venéreas en época de epidemias. María Mandel la primera.

La líder del *Frauenkonzentrationslager* prefería que hubiese plagas de afecciones porque la servían como ayuda a la hora de liquidar al gran número de población que habitaba en Auschwitz-Birkenau. Sus órdenes eran expresas: maltratar, pegar, acuchillar y vejar hasta la extenuación a las internas. Una vez terminado el proceso, les pegaban un tiro o les llevaban a la cámara de gas. Muchas de las mujeres castigadas de ese modo, aún teniendo un hilo de vida, eran arrojadas sin contemplaciones al horno del crematorio. Los gritos y sollozos se escuchaban en todo el campamento. Hasta el personal de la enfermería llegó a quejarse ante sus superiores del comportamiento de Mandel sin éxito alguno.

El *modus operandi* de la *SS-Lagerführerin* en Auschwitz fue el mismo que empleó en Ravensbrük. Se impartían sanciones por las más ínfimas de las acciones, como fumar o tener las manos en los bolsillos. Respecto a fumar, la secretaria del que fuera el presidente de la antigua Checoslovaquia, Edvard Benes, se llevó una de las amonestaciones más sangrientas. La castigaron a permanecer de pie en el búnker durante tres semanas y fue salvajemente torturada.

Mandel propuso incluir a estas sesiones de extrema violencia a toda mujer que hubiese ajustado demasiado su pañuelo, usado cinturón, o no caminase en absoluto. No era de extrañar que todas las presas la temiesen.

## LA ORQUESTA FEMENINA DE AUSCHWITZ

Otra de las pasiones de María Mandel era la música clásica. Su melomanía era tan fuerte que se convirtió en la creadora de la primera Orquesta de Mujeres de Auschwitz. Dicha agrupación constaba de prisioneras cualificadas con amplios conocimientos en instrumentología, cuya misión principal era amenizar la entrada de nuevas reclusas al campamento a modo de bienvenida. Pero no solo eso, estas féminas debían tocar cuando se realizaban las selecciones a la cámara de gas; cuando separaban a las personas sanas de las enfermas; durante el desfile de compañeras que eran desgraciadamente elegidas para tal fin; e incluso, como acompañamiento en discursos oficiales o en la llegada de cualquier transporte al emplazamiento. Aquellas piezas animaban el horror de Birkenau, el destino y la muerte de sus víctimas.

Auschwitz fue uno más de los centros de exterminio que dispuso de músicos propios como parte integral de la vida diaria. Aunque nos parezca sorprendente, durante el Tercer Reich los nazis concibieron el papel de la música y el canto como otra forma más de degradar, humillar y ultrajar a los reclusos, de menoscabar sus esperanzas. Fue una técnica más para estimular la atrocidad cotidiana y una fórmula para destruir un ansia de fortaleza. También es cierto que para los privados

de libertad se trataba de un modo más alegre de luchar por la supervivencia y, en definitiva, por la vida.

Dejando a un lado la mera función lúdica y de entretenimiento en aspectos tan nimios como visitas o discursos oficiales, la música se empleaba diariamente para martirizar a los internos. Tanto en la realización de trabajos forzados como en las rutinarias marchas, se les obligaba a entonar cánticos que dejaban constancia del poder ejercido sobre ellos. Escuchaban melodías reproducidas a través de megafonía durante largas horas, pero si decidían de modo espontáneo tararear melodías propias se les castigaba severamente.

La música era escogida con sumo cuidado. Había cánticos concretos que sonaban durante la selección y otros cuando llegaban trenes al campamento. Esto les interesaba por dos razones: para enmascarar el verdadero fin de aquellos centros y para que se llevasen una impresión positiva de ellos. Cualquier estrategia servía para engañar y acabar con la vida de judíos, polacos, húngaros o presos políticos. Aunque también se sabe que la música les valía para tapar los escabrosos gritos de los reclusos introducidos en la cámara de gas. De hecho, la tasa de suicidio entre los concertistas fue superior a la de la mayoría de los trabajadores del campo. A diario veían con impotencia cómo sus amigos, familiares y compañeros morían de manera lacerante mientras ellos participaban de aquel espectáculo tan ruin.

La autora Krystyna Henke que entrevistó a Louis Bannet, el trompetista de Birkenau, escribió en un artículo:

> «Por muy raro que parezca, y al contrario de un entorno cuya función es erradicar estilos más bajos de vida humana, así definido por los Nazis, incluyendo todas las formas de su expresión cultural, la música sí que se oía en muchos de los campos, aunque no en todos. Hay una importante fuente de la literatura, basada primeramente en los testimonios de los supervivientes, que ilustra la vida musical en los campamentos. Por ejemplo, nos encontramos con 'The Terezin Requiem' de Josef Bor, o 'Music in Terezin 1941 - 1945' por Joza Karas, ambos describen la rica vida musical en Theresienstadt, un guetto que a través de tergiversaciones y propaganda fue alzado como un campo modelo por los Nazis con el fin de mitigar con éxito cualquier duda que la Cruz Roja o cualquier otra autoridad internacional, pudiese haber tenido con respecto al trato humano de los prisioneros».

Volviendo de nuevo a Auschwitz y a su primera orquesta integrada por las mujeres del campo de Birkenau, hay que señalar que aunque fue creada por la *SS-Lagerführerin* María Mandel, el comandante Josep Kramer siempre dio el visto bueno.

La agrupación tenía el beneplácito tanto de la supervisora como del resto de camaradas de las *Waffen-SS*. Para ello contaban con un barracón especial, el número 12 y en otoño de 1943 el número 7. El cuartel tenía suelo de madera, algunos tableros y una estufa a fin de proteger de la humedad los instrumentos musicales. Allí podían dormir más cómodamente que el resto de sus compañeras, ya que recibían muchos más cuidados. Por ejemplo, una alimentación más abundante y de mejor calidad. De hecho, cuando alguna de las concertistas enfermaba recibía una atención más especial que el resto de reclusas.

Sin embargo, las exigencias de Mandel eran generalmente desmesuradas. Tenían que tocar durante horas y horas, independientemente de las condiciones meteorológicas que hubiese, haciendo que las prisioneras trabajasen al ritmo de la música. Si alguna de las componentes se atrevía a parar, era brutalmente castigada.

Mientras que las víctimas de trabajos forzados veían en la orquesta una salida agradable a la supervivencia, estas normalmente sentían haber caído en desgracia. No podían dejar de agradar a Mandel y los altos mandos de las SS porque si no lo hacían acabarían en la cámara de gas. Entre su público más fiel destacaban el doctor Josef Mengele, criminal donde los haya y gran amante de la música clásica; y el comandante Kramer al que le encantaban los conciertos orquestales que las mujeres de Birkenau realizaban todos los domingos para los SS.

Poco a poco el conjunto femenino fue acaparando la atención de verdugos y víctimas que escuchaban con atención cada una de las piezas interpretadas. Entre sus componentes caben mencionar algunas tan célebres como Anita Lasker-Wallfisch (cello), Alma Rosé (viola), Esther Béjarano (acordeón) y Fania Fénelon (piano y canto).

## La obsesión de Alma Rosé

La popularidad de la orquesta aumentó con la llegada de la judía Alma Rosé, violinista, sobrina del compositor Gustav Mahler y cuyo padre fue el director de la Filarmónica de Viena y fundador de la mundialmente conocida *Rosé Quartet*. Alma que continuó con la tradición familiar, se casó con un alemán y fue deportada desde Holanda hasta el campo de Auschwitz-Birkenau en julio de 1943. Aunque nada más llegar la joven violinista enfermó y estuvo a punto de morir, logró curarse y ganarse el favor de las guardianas del Bloque Experimental. Según parece durante la celebración del cumpleaños de un alto mando, Rosé se acercó y se ofreció a tocar para él. Su virtuosismo dejó tan impresionados a los allí presentes que decidieron trasladarla al campamento de Birkenau y más concretamente al cuartel de la orquesta dirigida por Mandel. Entonces, fue nombrada directora de la *Madchenorchester von Auschwitz* (Orquesta femenina de Auschwitz), que aunque ya existía gracias a los esfuerzos de Mandel y de la maestra polaca, Zofia Czajkowska, con la llegada de Alma se inició una etapa musical más profesional.

Siempre se ha dicho que Rosé moldeó la banda convirtiéndola en un conjunto excelente digna de tocar en recintos más apropiados. Con la venia de la supervisora, ella dirigió, organizó y a veces tocó solos de violín durante los conciertos. Con el tiempo y gracias a su magnífico talento, la joven judía se ganó la simpatía y el respeto de sus castigadores Kramer, Mengele y Mandel, algo muy inusual con esta clase de internos.

Además de ser la directora de la orquesta femenina, Rosé tenía el estatus de Kapo en el campamento, lo que la llevó a obtener determinados privilegios y comodidades, al contrario que el resto de sus compañeras. Entre ellos se incluía comida adicional de buena calidad y una habitación privada. Pese a que las otras miembros de la banda no tenían tantos lujos, sí gozaban de una ropa más adecuada y se libraban de los trabajos manuales más duros y pesados.

Alma Rosé era toda una artista. Inflexible en la organización de los conciertos, con una gran perseverancia a la hora de ensayar, siempre buscando nuevas partituras que interpretar para ganarse la admiración de Mandel y sus secuaces. Todas aquellas aptitudes y actitudes lograba trasladárselas

a sus compañeras de agrupación, quienes la obedecían fervientemente.

El repertorio no era demasiado extenso, pero interpretaron piezas tan destacadas como fragmentos de óperas de Wagner, valses de la familia Strauss, el primer movimiento de la *Quinta* de Beethoven, fragmentos de la *Novena* de Dvorak y algo de Schumann, Verdi, Chopin y Tchaikovsky.

Para Rosé, la orquesta femenina se convirtió en prácticamente una obsesión, el único modo de no perder la cordura y la razón y de encadenarse a la vida. Si el horror terminaba por instalarse en su cabeza, las consecuencias serían nefastas. Así que se volcó al cien por cien en la música. Llegó incluso a amonestar a sus compañeras por equivocarse en alguna nota o a interrumpir uno de los conciertos porque un grupo de guardias conversaban en un tono más elevado. Alma exigía silencio y concentración como si se tratase de la Filarmónica de Viena ante un público de lo más exigente.

Según palabras de la escritora polaca encarcelada en 1942 en Auschwitz-Birkenau, Seweryna Szmaglewska, Rosé «dirige calmadamente, como si no estuviera viendo nada a su alrededor. Ella se controla, y sus elegantes movimientos parecen estar dedicados solo a la música». Alica Jakubovie, una mensajera del campo que pudo escuchar los ensayos, afirma que no le gustó tanto la música como cuando Alma Rosé estaba tocando. «Ella no solo era una artista famosa, sino también una maravillosa camarada», escriben Szymon Laks (miembro de la orquesta de hombres de Birkenau) y Rene Coudy. Y Manca Svalbova describe a su amiga con estas palabras: «Ella vivía en otro mundo. La música significaba para ella su amor y sus decepciones, su pesar y sus gozos, su anhelo eterno y su fe, y esta música flotaba muy por encima de la atmósfera del campamento».

Una de las explicaciones más acertadas sobre la orquesta de mujeres se la debemos a la doctora nazi Lucie Adelsberger que afirmó lo siguiente:

> «La música era algo así como un perrito faldero de la administración del campo, y los participantes estaban claramente favorecidos por ella. Su barracón era incluso mejor atendido que la oficina de la administración o la cocina. La comida era abundante, y las chicas de la orquesta llevaban ropas de tela buena y gorras».

Antes de saber cómo termina la historia de la violinista y directora de orquesta Alma Rosé, habría que hacer un alto en el camino y mencionar a la pianista y cantante, Fania Fénelon, quien, además de escribir sus memorias sobre el tiempo que permaneció en la agrupación, se convirtió en el segundo de los miembros musicales más destacados de Birkenau.

## Playing for time

Bajo este título se conocen las memorias de la superviviente del campo de exterminio nazi de Auschwitz-Birkenau, Fania Fénelon, quien además de participar en la orquesta musical femenina, fue una de las damnificadas del Holocausto. Ella consiguió dar una segunda versión sobre Alma Rosé y María Mandel y rodearse de controversia. Pero comencemos por el principio.

Fania Fénelon era hija de un ingeniero judío y de una católica francesa. Estudió en el conservatorio de París y se especializó en piano y canto. En 1943 fue arrestada por ser medio judía y por ayudar a sus amigos de la resistencia. Fue trasladada en enero de 1944 al campo de Birkenau.

Poco después de su llegada y mientras permanecía en su cuartel, un Kapo entró y comenzó a gritar que se buscaban cantantes o músicos. Pese a su debilitado estado, Fénelon se ofreció como voluntaria. La llevaron a una habitación donde tocó *Madame Butterfly* de Puccini ante la que sería su directora, Alma Rosé. Allí empezó su periplo y el comienzo de una nueva etapa en el barracón de los músicos. Según la pianista, siempre había una gran tensión entre los músicos judíos y los polacos antisemitas no judíos. No obstante, Fania disfrutó mucho integrándose en una orquesta femenina con nuevos privilegios y favoritismos. En este sentido la joven no entendía cómo María Mandel o el comandante Kramer podían emocionarse con una pieza de Schubert y después ser unos asesinos despiadados que mataban y gaseaban a miles de personas al día.

> «Nunca habíamos tocado tanto ni tan frecuente. Dábamos hasta tres conciertos cada domingo. Durante el día y también la noche, los oficiales de las SS venían a nuestros barracones y nos exigían su asignación musical. La música, vez tras vez tras vez. En Birkenau, la música era lo mejor y lo peor. Lo mejor: consumía el tiempo y nos permitía olvidar como una droga; después te quedabas sin sentido y agotado. Lo peor, nuestro público —por una parte los asesinos, y por otra, las víctimas—. Y nosotros, ¿también nos estaríamos convirtiendo en verdugos en manos de nuestros asesinos?»[21].

Gracias a Fania y sus memorias podemos conocer mejor la incoherencia, no solo de un momento histórico único y esperemos que irrepetible, sino sobre todo la contradicción latente entre los pensamientos y actuaciones de cada uno de los miembros del imperio nazi. Mandel fue una de ellas, por quien la joven pianista sintió una especie de «admiración». Así lo demuestra a través de *Playing for time*:

> «Mandel, cuyas manos se posaban elegantemente en sus caderas —largas, blancas, delicadas manos que resaltaban sobre la tela gris de su uniforme— nos miraba, sus duros ojos de porcelana azul se prolongaban inquisitivamente en mi cara. Esa fue la primera vez que un representante de la raza alemana me había mirado, se había dado cuenta de mi presencia. Se quitó la gorra y su pelo era de un rubio dorado maravilloso, recogido con unas trenzas gruesas alrededor de su cabeza —en mi imaginación volví a ver el mío otra vez, arreglado por la chica polaca—. Observé todo de ella: su cara, sin ningún rasgo de maquillaje (prohibido por las SS), era luminoso, sus dientes blancos grandes pero bonitos. Ella era perfecta, demasiada perfecta. Un ejemplo espléndido de la raza maestra; de alta calidad para la reproducción. Por tanto, ¿qué hace aquí en vez de reproducir?».

En este sentido, nos topamos con una descripción aún más particular y sorprendente de María Mandel y que recoge de forma excelente la autora Mary Deane Lagerwey en su libro *Reading Auschwitz*. A través de sus líneas personajes como Fania tienen una voz especial al ser uno de los testimonios más relevantes sobre Auschwitz y muy concretamente, sobre la supervisora nazi. Este es uno de estos extractos:

«María Mandel representaba la perfecta mujer joven alemana que salía en la propaganda. Tenía una voz hermosa estilo Dietrich, gutural en el registro inferior. Ella me señaló: "Me gustaría que me cantaras mi pequeña cantante, Madame Butterfly en Alemán"….Mandel se había quitado su capa y había tomado asiento, y parecía muy bella. ¿Podría ser que se imaginase a ella misma como una geisha sentimental? Me odiaba a mí misma en pensar que le daba placer… Este fue el peor momento, el momento más difícil para no tirar la toalla. Después de todos los autodiscursos que me di, haber entretenido a esta mujer de las SS después de una selección me llenó de asco al máximo».

A través de estos relatos Fania Fénelon explica su experiencia como miembro de la orquesta de mujeres de Birkenau, donde a pesar de los privilegios que recibió —ropa limpia, duchas diarias y un aporte de comida razonable—, tuvo que entonar melodías mientras era testigo de las barbaridades más salvajes posibles.

Los conciertos privados eran muy frecuentes, sobre todo para la alta curia nazi. De una de estas situaciones fue testigo la pianista que explica cómo una mujer corrió emocionada, abrió la puerta y gritó:

«"¡Atención! ¡¡Rápido, mujeres!! ¡Se acerca el señor comandante Kramer!".

Paralizadas en una calma impresionante esperábamos a Kramer. Él entró, acompañado de dos oficiales de la SS.

…Camina hacia una de las sillas, se sienta, se quita la gorra y la pone a su lado… Todavía en calma, como debe ser, cuando una habla con un oficial, Alma pregunta temerosa: "¿Qué desea escuchar el señor Comandante?". *Los sueños de Schumann*. Y muy emocional añade: "Esa es una pieza admirable, que le llega a uno al corazón…".

Relajado levanta su cabeza y dice: "¡Qué hermoso, qué emocionante!"».

A lo largo de sus memorias Fénelon también narra la cara oculta de su compañera de banda, Alma Rosé. La tacha de «autócrata fría que se había rebajado ante los alemanes por sus intereses personales», y enfatiza que era «abusiva con los músicos». Esta nueva caracterización de la líder de la orquesta saltó la voz de alarma entre los investigadores. La consideraron excesiva e indignante, ya que lo descrito no se correspondía en nada con la realidad. Algunos expertos aseguraron que Fania había distorsionado el papel de Rosé en la agrupación, seguramente por celos, ya que lo que en verdad hizo esta reclusa judía fue proteger a sus compañeras y mantener un nivel musical alto para intentar complacer a sus captores nazis. Cualquier táctica era válida si con ello nadie moría. Y así fue. Durante el tiempo que Alma Rosé formó parte de la orquesta femenina de Birkenau ningún miembro fue asesinado.

Es por eso que podemos afirmar que ciertos textos de Fénelon han surgido de la ficción, sobre todo por la incongruencia en fechas y hechos inexactos. Aunque hay algunos pasajes reales, muchos de ellos son invención de la propia autora. Pese a estos desacuerdos, es verdad que tales memorias suponen un poderoso documento acerca de la vida de los músicos en los campos de concentración nazis.

## El fin de la orquesta femenina

En la primavera del año 1944 Alma Rosé contrajo una enfermedad, no se sabe concretamente cuál, pero se cree que padeció tifus. En el periodo que la directora de orquesta estuvo gravemente indispuesta, Mandel se las arregló para que la trasladaran a una habitación individual obviando un dato importante, que era judía y que, por tanto, debía de ir a la cámara de gas. Pero no solo eso, el mismísimo Dr. Mengele le proporcionó todo tipo de cuidados, porque, aun siendo uno de los mayores torturadores y asesinos que ha dado la historia, apreciaba a la violinista por el virtuosismo que mostraba al interpretar la música de Schumann.

Rosé no pudo vencer a la enfermedad y falleció en abril de 1944. Con su muerte Auschwitz se quedó definitivamente huérfana, sin orquesta femenina. Nadie logró reemplazarla y María Mandel lloró al enterarse de su fallecimiento.

Si algo debían de agradecerle a Rosé sus compañeras y supervivientes de la agrupación es que la música les salvó la vida y que vivieron para contarlo, un futuro que otras prisioneras de Birkenau no tuvieron la suerte de tener.

A finales de ese mismo año Fénelon y el resto de músicas fueron trasladadas a Bergen-Belsen, un campamento sumido en el caos y con una grave falta de organización y suministros. A causa de las malas condiciones en las que vivían, un nueva epidemia de tifus arrasó el barracón del que precisamente fue víctima Fénelon. Tuvo suerte y no murió allí, ya que coincidió con la liberación británica en abril de 1945. Una vez recuperada realizó una nueva actuación retransmitida por la BBC donde cantó «God Save the Queen» y el himno comunista «La Internacional».

Tras la guerra Fénelon viajó mucho. En la década de 1960 se estableció en la República Democrática Alemana, convirtiéndose en una exitosa cantante y maestra de canto, cuyas memorias la hicieron famosa y víctima de la controversia. Fénelon murió en París en diciembre de 1983.

## FUGA DE DACHAU: EL FIN DE SUS CRÍMENES

En el verano de 1944 y gracias a los logros conseguidos durante su estancia como *SS-Lagerführerin* de Auschwitz-Birkenau, María Mandel la *Bestia* es homenajeada con la Cruz al Mérito Militar Segunda Clase. Aquel premio recompensaba las actividades de una mujer delgada que aunque de facciones delicadas, poseía un temperamento extremado, insoportable y violento. Su «especialidad» era golpear a las prisioneras hasta romperles los dientes o propinarles puñetazos contra su abdomen de tal atrocidad que acaban por desvanecerse del dolor.

Tras dos años de escrupulosa obediencia al comandante Kramer y de «excelentes» trabajos de supervisión en Birkenau, en noviembre de 1944 Mandel es transferida al subcampo de Mühldorf, en el KL Dachau.

Este recinto se construyó como apoyo al complejo principal de Dachau, donde la mano de obra prisionera se dedicaba entre otras cosas, a fabricar el Messerschmitt 262 (Me-262), un avión de combate diseñado para desafiar la superioridad aérea aliada sobre Alemania. La delincuente era una de las guardianas que se aseguraba de que todos los internos cumpliesen con sus tareas de forma escrupulosa, colaborando como no podía ser de otra manera, en las «selecciones» a la cámara de gas. Allí permaneció hasta abril de 1945 cuando al percatarse de la próxima llegada de los aliados,

huyó a través de las montañas del sur de Baviera con destino a su ciudad natal de Münzkirchen (Austria). Tras de sí dejó un pedestal construido a la consternación, el crimen y la maldad con unos 3.600 reclusos intentando sobrevivir a la última etapa de Mühldorf. Imagino que la tan temida supervisora creyó que ese sería un buen plan, que nadie la encontraría. Todo lo contrario.

Después de su espantada, el 10 de agosto de 1945 María Mandel por fin fue detenida por los norteamericanos en su pequeño pueblo. Durante su cautiverio fue interrogada concienzudamente y dejó entrever su inteligencia, manipulación y la especial dedicación empleada durante todos esos años en todos los campos de concentración donde estuvo destinada. Permaneció encerrada un año bajo la supervisión americana. Fue extraditada a Polonia en octubre de 1946 y en noviembre de 1947, tras dos años de custodia, la terrible supervisora es finalmente juzgada por crímenes contra la humanidad en una corte de Cracovia correspondiente a los primeros juicios de Auschwitz.

La vista judicial concluyó el 22 de diciembre de ese mismo año, donde todo el personal capturado fue acusado de ejecutar selecciones para las cámaras de gas e innumerables experimentos médicos y torturas a los convictos.

Un apunte importante aquí es que tan solo 63 de los aproximadamente 7.000 integrantes de las SS que sirvieron en Auschwitz, Birkenau y Buna-Monowitz, incluyendo otros campos satélites, fueron juzgados después de la guerra. El primero de estos juicios se celebró en Cracovia, donde se sentenció a 41 personas, entre ellas María Mandel; y la segunda vista se celebró en Francfort entre diciembre de 1963 y agosto de 1965.

## PENA DE MUERTE EN CRACOVIA

Treinta y seis hombres y cinco mujeres pertenecientes al régimen del *Führer* y que sirvieron con orgullo a su país, tomaron asiento en la sala de Cracovia ante un tribunal expectante por conocer los detalles más escabrosos que se dieron cita en los campamentos de concentración de Auschwitz y Birkenau. Entre los acusados se encontraba la cúpula de la jerarquía: los comandantes Rudolf Hoss y Arthur Liebehenschel, María Mandel que controlaba el campo de las mujeres, Johann Kremer un médico de alto rango, entre otros. El máximo responsable de los acusados, Rudolf Höss, testificó a favor de la acusación como parte de los famosos Juicios de Nuremberg.

Durante el mes que duró esta vista se pudieron escuchar no solo los testimonios de los implicados activamente en la masacre, selección y asesinatos de judíos, como fue el caso de la *Bestia de Auschwitz*, sino también a los supervivientes de aquella catástrofe humana que de forma valiente decidieron alzar la voz y señalar a sus verdugos sin temor a represalias.

Los funcionarios de Auschwitz estaban acusados de pertenecer a una asociación criminal con el objetivo común de cometer asesinatos en masa. Y aunque veinticuatro fueron condenados a morir en la horca —entre ellos Rudolf Hoss, Liebehenschel y Mandel—, la Corte salvó la vida de los procesados con una conducta menos implacable. Tres de los cuarenta y uno recibieron cadena perpetua, siete estuvieron en prisión entre tres y diez años, y uno fue absuelto.

Sin embargo, antes de que la Corte dictase sentencia muchas fueron las versiones escuchadas, algunas con verdadero asombro y otras con auténtico pavor. En su defensa, el abogado de María Mandel, aunque sí reconoció el cargo oficial que poseía la inculpada durante su estancia en Auschwitz-Birkenau, *SS-Lagerführerin*, terminó por cuestionar de manera tajante la participación de

su cliente en las selecciones a la cámara de gas. Se basó en los documentos conseguidos del centro de internamiento, así como en las declaraciones de los testigos, donde señalaba a los médicos de las SS como los únicos responsables de tales encargos. Asimismo, la defensa siguió insistiendo que los casos de ciertas guardianas eran diferentes al resto, ya que eran «personas sencillas de inteligencia limitada, que obedecían ciegamente y llevaban a cabo las órdenes de sus superiores» (Juicio del Personal de Auschwitz-Birkenau, carrete número 15, volumen 84).

Cuando llegó el turno de María Mandel, la supervisora quiso dejar claro que ella había tratado a las prisioneras de manera justa y que solo había golpeado a quienes habían violado la «disciplina» vigente en el campo.

> «Yo no tenía ni látigo ni perro. Cumpliendo con mi servicio en Auschwitz me vi obstaculizada por la terrible severidad de Hoss, dependía totalmente del comandante y yo no podía impartir ninguna pena.
>
> Maria Mandel-Lagerführerin del campo femenino:
>
> ¡Estimado Tribunal Superior! Es la primera vez en mi vida que se me acusa de algo ante el juez. De la selección se encargaban los médicos y el comandante del campo. El Bloque 25 ya existía antes de mi llegada. Los enfermos que allí se ubicaban han sido seleccionados por médicos para la acción del Sonder-behandlung. El día 1 de septiembre de 1943 desde Berlín ha llegado el Oberscharführer Hössler y yo le he cedido todas mis responsabilidades de jefa del Campo femenino. Hasta su retirada yo trabajaba en el despacho. Hossler ha sido retirado de su puesto por su crueldad. Yo no tenía ni látigo ni perro. Mi servicio en Auschwitz ha sido más difícil por la crueldad de Hossler. Yo dependía totalmente del comandante y no pude penar a nadie».

Sus palabras también crearon cierto revuelo cuando la procesada se dirigió a la superviviente Bertha Falk y le dijo: «Entiendo que usted sueña con una patria, pero recuerde que no hay vida para los que no se rinden». Al pronunciar aquellas palabras, una fuerte emoción embargó los rostros de los inculpados y sus defensores. Se consideraban inocentes, los damnificados de un sistema a quien señalaban como el único culpable del atroz exterminio. Mandel y el resto de los convictos creían ser simples ruedas, meras piezas de un engranaje mayor conducido por Adolf Hitler. Las víctimas que sufrieron aquella mole de odio y crimen, lloraban desconsoladamente. Quizá aquí se cumpliría la máxima del Líder alemán cuando decretaba: «las grandes masas sucumbirán más fácilmente a una gran mentira que a una pequeña». ¿Verdugos o víctimas?

Llega el último día del juicio. El 22 de diciembre de 1947. Ante una gran expectación, el presidente del Tribunal, el Dr. Alfred Eimer, inicia la lectura de la sentencia a los acusados. Son las 9,40 a.m. y fiscales y abogados defensores ya ocupan sus asientos. En la sala reina un silencio unánime mientras los prisioneros muestran un gran nerviosismo. Los acusados principales: Arthur Liebehenschel, Hans Aumeier, Maximiliano Grabner, Karl Mockel llevan uniformes militares, mientras que María Mandel lleva un abrigo marrón desabrochado y mira de forma inexpresiva hacia delante. Algunos observan con ansiedad a los jueces. La sala está repleta de curiosos y medios de comunicación que no quieren perderse la lectura de la sentencia. Incluyo a continuación la información que escribió el periódico *Echo Krakowa* sobre aquel día tan crucial:

«Con puntualidad, a las 9:50, el juez Eimer empieza a leer la sentencia, que está traducida simultáneamente a varios idiomas. Los acusados, con auriculares puestos, están de pie. Pasan los minutos y ellos se quedan a la espera. Sus caras, demuestran síntomas de una enorme tensión y nervios —informaba el diario *Echo Krakowa* del día 24 de diciembre 1947—.

La cara de Liebenschl parece una máscara. Está pálido, con los labios apretados y los ojos cerrados durante toda la lectura de la sentencia.

María Mandel tiene un aspecto diferente. Está intentando controlar sus emociones con todas sus fuerzas pero no lo consigue. La mujer que con un gesto de la mano condenaba las prisioneras del campo a la muerte, ahora respira muy rápido, le tiembla el rostro y tiene rubores en la cara.

¿Y qué pasa con Aumeier? ¿El asesino principal de Auschwitz? Durante todo el proceso estuvo muy atrevido y audaz y ahora también está de pie, con la cabeza levantada, escuchando la sentencia sin mover ni un músculo de la cara.

Grabner es su antítesis. Está desesperado. Cabeza gacha, brazos encogidos que demuestran una apatía total de este verdugo de Auschwitz, tan activo en su tiempo.

Orlovsky y Bogusch no se controlan, no pueden parar las lágrimas.

El Dr. Jerzy Ludwikowski de Wisnicz estuvo presente en el dictamen de la sentencia. Se acuerda de una sala muy grande. Para una parte del público había sillas, el resto estaba de pie. No pudo ver de cerca a los acusados, porque estaba más lejos y de pie, pero se acuerda de la tensión que había en la sala. Hacía calor y bochorno, el juez seguía leyendo la larga sentencia para concluir dictando la pena».

Durante la lectura del veredicto de más de cien páginas el tribunal permitió a los reos que permanecieran sentados para explicar entre otras cosas que la legislación de Nuremberg también se reflejaba en la legislación polaca; que se trataba de un decreto sobre el castigo de los criminales de guerra nazis en manos de organizaciones criminales, de organizaciones con delitos por crímenes de guerra, por crímenes contra la paz y contra la humanidad.

Los jueces de Auschwitz corroboraron que los dictámenes más altos, incluida la pena de muerte, sería para aquellos que dieron las órdenes destinadas al exterminio y la destrucción de los presos hasta causarles directamente la muerte. Por el contrario, los obedientes «siervos» tendrían un futuro más alentador.

La lectura de la sentencia duró todo el día y al finalizar, los presos fueron trasladados a la cárcel de Montelupich (Cracovia), prisión que durante la Segunda Guerra Mundial ya había sido utilizada por la GESTAPO para encarcelar a presos políticos, miembros de las SS y del Servicio de Seguridad (SD) culpables de alta traición, espías británicos y soviéticos, o soldados que habían desertado de las *Waffen-SS*. Al finalizar la contienda, Montelupich se reformó en prisión soviética donde la NKVD (Policía Secreta de la Unión Soviética) torturaba y asesinaba a soldados polacos del Ejército Nacional.

Una vez que los funcionarios nazis fueron llegando al centro penitenciario cracoviano, sus

abogados defensores iniciaron una serie de medidas de clemencia para librarles de la muerte. De hecho, enviaron cartas escritas en lápiz y en lengua alemana pidiendo al entonces presidente polaco, Bolesiaw Beirut, que perdonase la vida de estos cautivos. La más completa fue la petición del *SS-Oberscharführer* (suboficial) Maximilian Grabner con siete páginas; el *SS-Obersturmbannführer* (Teniente Coronel) Arthur Liebehenschel y la *SS-Lagerführerin* María Mandel con dos páginas; y por último, el *Lagerführer* (Líder del Campo) Hans Aumeier con una. Todos los manifiestos tenían los mismos argumentos, mantenían su absoluta inocencia y aseguraban no haber cometido los asesinatos que tristemente se les imputaban.

Pero los días fueron pasando y sus clemencias no obtenían respuesta alguna. El nerviosismo comenzaba a inundar las celdas de los verdugos nazis.

## EL DÍA DE LA EJECUCIÓN

Un día antes de que María Mandel fuese ejecutada la entonces supervisora de Auschwitz tuvo la oportunidad de «purgar sus pecados» en el baño común de la prisión. Esa mañana Mandel y su compañera Therese Brandl se encontraban en las duchas cuando se percataron de una cara que les resultaba del todo familiar. Se trataba de la exsuperviviente Stanislawa Rachwalowa, reclusa de Auschwitz que particularmente había sufrido las agresiones y vejaciones de la afamada bestia nazi. Pese a su liberación al final de la guerra, volvió a ser encarcelada por sus actividades contra el comunismo y enviada a prisión, la misma donde dormían sus verdugos.

La joven polaca jamás se imaginó que algo así podría ocurrirle, más bien soñaba con ver a sus carceleros detenidos y degradados esperando su condena con miedo y desesperación, tanta como la que había sentido ella tras las rejas de Birkenau.

La situación fue muy inquietante porque de repente Stanislawa observa que Mandel se dirige hacia ella. Volvían a encontrarse cara a cara después de tanto tiempo. Pero la polaca estaba aterrorizada, sin saber qué hacer, desnuda y mojada. Durante esos instantes rememoró los castigos más severos que la supervisora le propinó en un pasado. Sin embargo, Mandel la miró con el rostro bañado en lágrimas y con un sentimiento absoluto de humillación dijo lentamente y con claridad: «Ich bitte um Verzeihung» (Le ruego que me perdone). Entonces, el rencor y el odio que Stanisiawa pudiese tener hacia ella se esfumó completamente al responderle: «Ich verzeihe In Haftlingsnahme» (Le perdono en nombre de los prisioneros). Esto hizo que Mandel se pusiese de rodillas y comenzase a besarle la mano. Tras el agradable incidente todas regresaron a sus respectivas celdas, pero antes de perderse de vista Mandel volvió la cabeza y sonriendo dijo en perfecto polaco: «Dzinkuje» (Gracias). Fue la última vez que víctima y verdugo se vieron.

El 24 de enero de 1948 a las 7:09 de la mañana, María Mandel fue llevada a la sala de ejecución junto con otros cuatro confinados. En la estancia se prepararon cinco nudos corredizos pero la primera en ser ejecutada fue la supervisora. La *Bestia* había caído en su propia trampa, la de la muerte, aquella a la que tantas veces había desafiado en nombre de otros. Sus últimas palabras antes de ser ahorcada fueron: «¡Viva Polonia!».

Quince minutos después su cuerpo y el de sus camaradas fueron examinados, declarados muertos y enviados a la Escuela de Medicina de la Universidad de Cracovia. Allí los estudiantes se toparon con el cadáver de una mujer rubia de 36 años de edad, de 1,65 m, 60 kilos de peso y con marcas en

su cuello.

# HERTA BOTHE

## LA SÁDICA DE STUTTHOF

**Nombre real:** Herta Bothe o Herta Lange (al casarse)
**Apodo:** La sádica de Stutthof
**Nació:** Teterow, 18 de enero de 1921
**Murió:** Se desconoce
**Puesto:** Aufseherin en los campos de concentración de Ravensbrück, Stutthof y Bergen Belsen; y Oberaufseherin en Bromberg Ost
**Tortura preferida:** dar latigazos, golpear con un palo de madera y disparar a sangre fría
**Nº asesinatos:** de 50 a 150 crímenes por día.
**Condena:** 10 años de prisión y liberada en 1951.

*Qué quiere decir, ¿que cometí un error?, no... no estoy segura de lo que debería responder, ¿cometí un error? No. El error fue el campo de concentración, pero yo tenía que hacerlo, de otra forma yo habría sido puesta ahí. Ese sí fue mi error.*

Herta Bothe

Los rasgos marcados de su cara, su pesada mandíbula y su mirada desafiante caracterizaron a otra de las guardianas más aterradoras que ha dado la historia del Tercer Reich. Herta Bothe, exenfermera reconvertida en *Aufseherin* en Stutthof, Ravensbrück y Bergen Belsen, fue descrita como una «supervisora despiadada», ruidosa y arrogante que irrumpía repentinamente en el *Judenältester* (el campamento judío) emitiendo teatrales y calculados gritos a sus prisioneras cada vez que estas no realizaban correctamente sus tareas. Me refiero a lavar los platos o incluso a hacer la cama. Si tales quehaceres no se habían hecho con el suficiente cuidado, Bothe abofeteaba duramente y sin miramientos a las «responsables» de aquel desaguisado. Su único objetivo era intimidar, atormentar y humillar a una población recluida entre cuatro paredes.

Numerosos testigos aseguraron durante el juicio que *La sádica de Stutthof*—así denominada entre sus camaradas— maltrataba sin ninguna piedad a los reclusos hasta el punto de dispararles a bocajarro. Día tras día y sin motivo alguno Bothe castigaba impunemente a unos siete u ocho internos mediante la privación de comida. Les retiraba el pan, el agua o cualquier alimento que pudiesen ingerir. Sus visitas no tenían otro propósito que el de causar la consternación, la humillación y como no, la muerte.

Durante el juicio de Belsen celebrado en septiembre de 1945, Herta Bothe negó todos los cargos que se le imputaban y aunque los testimonios ratificaban que ella había sido responsable de numerosas muertes violentas, simplemente fue condenada a diez años de prisión por usar su pistola

contra los confinados. Para remate y como un acto de indulgencia por parte del Gobierno Británico, Herta fue liberada el 22 de diciembre de 1951.

La ciudad alemana de Teterow, en el distrito de Mecklenburg al noroeste del país, vio nacer el 8 de enero de 1921 a Herta Bothe, una de las mujeres más relevantes de los *Konzentrazionslager* nazis durante la Segunda Guerra Mundial.

Si bien la mayoría de las guardianas de las *Waffen-SS* apenas sabían leer o escribir, Bothe se caracterizó no solo por trabajar desde una edad muy temprana, sino por su especial interés en ayudar al prójimo. Su incansable vehemencia hizo que en 1938 y a la edad de 17 años compaginase diferentes tareas. Por un lado, Herta se dedicaba a ayudar a su padre en la pequeña tienda de maderas que tenía en su pueblo natal, un negocio relevante en aquella época; y por otro, bregaba temporalmente en fábricas además de ejercer como enfermera en un hospital industrial. Su conducta para con los demás era prácticamente ejemplar. Desgraciadamente, este cambió poco tiempo después.

No se conocen quiénes fueron sus progenitores, ni sus nombres, ni tampoco si tuvo hermanos o familiares cercanos que pudiesen esclarecer más detalladamente quién fue Herta Bothe. Es como si esa parte de su vida, la infancia y la adolescencia, hubiera querido borrarlas de un soplo, enterrarlas.

## DE ESPÍRITU ARIO Y NAZI

Podemos decir que sus «mejores años» comenzaron tras su ingreso en la *Bund Deutscher Mädel* (La Liga de Mujeres Alemanas-BDM), que fundada en 1930 como rama femenina de las Juventudes Hitlerianas y establecida por el Partido Nazi (NSDAP), sirvió para captar nuevos miembros que estuvieran dispuestos a dar la vida por su patria. A cambio les esperaría el honor y la gloria.

Aunque el alistamiento no era de carácter obligatorio, Herta encontró en aquella organización unas tradiciones que la entusiasmaron. La doctrina nacionalsocialista flasheó sobremanera a una jovencita que necesitaba sentir que su nación contaba con ella. Al fin y al cabo, pertenecer a la BDM era un privilegio solo meritorio para ciudadanos alemanes, arios y sin enfermedades hereditarias.

En 1939 Bothe se unió a la organización donde inmediatamente destacó en el ámbito deportivo. La vitalidad que desplegaba en cada una de las disciplinas entusiasmaron tanto a sus superiores, que en septiembre de 1942 la reclutaron como guardia del campo de concentración de Ravensbrück. Durante cuatro semanas se llevó a cabo el proceso de entrenamiento y adiestramiento de Herta para formar parte de las SS y del personal de supervisión. Allí se topó con Irma Grese o Dorothea Binz con quienes casualmente compartiría sus inhumanas fechorías, sus sangrientos suplicios y sus atroces perversiones. Aun así, cuando durante el juicio le interrogaron sobre el motivo por el que trabajó en este campamento, Bothe simplemente dijo que en realidad se había negado a hacerlo pero que no le hicieron caso.

No sabemos si aquella instrucción le sirvió para despertar su espíritu criminal o para fomentar las múltiples degeneraciones, pero tras treinta días en el «Puente de los Cuervos», la joven alemana inició su terrorífica carrera.

Antes de acabar el año el 21 de noviembre de 1942 Herta Bothe fue enviada por fin a su primer destino: el campo de concentración de Stutthof, ubicado cerca de Danzig al este de Gdansk (Polonia). Allí desarrollaría tareas como *Aufseherin*.

## LA SÁDICA DE *STUFHOF*

Este campamento fue el primero en ser construido por el régimen nazi fuera de sus fronteras. Originalmente y desde noviembre de 1939 Stutthof fue un centro de internamiento civil administrado por la policía de Danzig. Ahora bien, en 1941 se convirtió en lo que llamaron un campo de «educación laboral» administrado por el *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad Alemana-SD), para acabar siendo finalmente en enero de 1942 un campo de concentración regular.

Emplazado en una zona aislada, húmeda y boscosa al oeste del pequeño poblado de Stutthof, su ubicación lo hacía ser aún más «especial». Allí perecieron más de 85.000 personas de las 110.000 deportadas pero no solo por las condiciones catastróficas del campamento, el hambre y las enfermedades, sino por las muertes y ejecuciones generales que el personal encargado efectuaba diariamente. No había escapatoria alguna. Stutthof, como el resto de campos de concentración levantados por los nazis, se encontraba amurallado y rodeado por alambradas, algunas de ellas electrificadas. A medida que la población del cuartel crecía iban construyendo más barracones. En los dos años previos a la liberación de los aliados en mayo de 1945, se edificaron treinta nuevas naves y se añadió un crematorio y una cámara de gas.

Fue en 1943 cuando Stutthof se incluyó en el programa de la tan temida Solución Final, convirtiéndose por tanto en un campo de exterminio de masas. Tal llegó a ser la sobresaturación de reclusos, que según llegaban a las instalaciones eran automáticamente eliminados en las cámaras de gas del centro. Como complemento a esta medida, algunos murieron después de pasar por unos vagones móviles con el mismo gas letal. Tenían capacidad para 150 personas por ejecución.

El óbito se cernía en aquel recinto donde los presos estaban expuestos a la esclavitud laboral en empresas propiedad de las SS. La malnutrición, las pésimas estipulaciones sanitarias, enfermedades y epidemias acabaron con muchos de ellos, sin contar con las torturas físicas y psicológicas procedentes de ciertas guardianas —como Herta Bothe—, fusilamientos, ahorcamientos, inyecciones letales y un largo etcétera. Las condiciones de vida no solo eran infrahumanas, sino sobre todo brutales.

Herta Bothe fue una de las 130 mujeres que sirvieron en el complejo de los campos de Stutthof durante el periodo más cruel y trágico. Treinta y cuatro de aquellas guardias femeninas incluyendo ella, fueron acusadas de crímenes contra la humanidad al final de la guerra. Si alguna vez se habló de horror fuera de Alemania este fue en Stutthof.

Su liberación se produjo el 9 de mayo de 1945 gracias a las tropas del Ejército soviético, pero poco pudieron hacer ya para salvar la vida de los reos asesinados, ciudadanos de más de 25 países diferentes (polacos, rusos, judíos, italianos, españoles, gitanos, etc.) entre hombres, mujeres y niños.

## La agonía de las víctimas

De los testimonios recopilados para documentar fielmente este capítulo, me he encontrado con el de la rumana Teréz Mózes, quien en su libro *Staying Human Through the Holocaust* explica cómo vivió la guerra y su paso por los diferentes campos de concentración, Stutthof y Auschwitz incluidos. Respecto al primero, a Teréz le impresionó que las mujeres que esperaban a la entrada del campamento debían desnudarse, mientras otras de uniforme las hablaban y gritaban. Era

prácticamente imposible conocer a nadie en aquel tumulto. Cada arribada a un nuevo centro nazi traía consigo acontecimientos aún más inesperados.

> «En Stutthof, no nos llevaron a los baños. No nos dieron ropa. No nos quitaron nada. En los barracones a los cuales estábamos asignadas, nuestras supervisoras eran una mujer de pasado dudoso llamada Ilse y su amiga Max. Según las normas, la revista tenía que hacerse tres veces al día, pero en realidad era cuando les apetecía, a veces muchas veces al día.
>
> Ilse y Max, una con un palo y la otra con un látigo, nos pegaban con todas sus fuerzas mientras pasábamos a través de la puerta. Teníamos tanto miedo de las palizas que preferíamos saltar desde la ventana, y no éramos las únicas. Cuando daban la señal, huíamos. Sin embargo, después de unos días, nuestros brazos y espaldas estaban cubiertos de heridas y las piernas y brazos estaban magullados por saltar desde la ventana»[22].

Aquellos primeros días eran demasiado similares al del resto de cautivas de otros *Konzentrazionslager*. Unas pocas órdenes, inquebrantables y mezquinas, hicieron que cientos de guardianas obedecieran sin rechistar a sus superiores alegando que podía tocarles a ellas. Habría que imaginar el rostro de los supervivientes mientras buscaban a sus familiares entre el montón de cadáveres apilados esperando ser sepultados. Cuando creían haberlos encontrado, estaban tan demacrados y destrozados que no podían ni contener el llanto. La máquina de exterminio seguía jugando con ellos.

> «Aunque Stutthof fue solo una décima parte del tamaño de algunos campos más conocidos como Auschwitz y Dachau, en gran medida seguía siendo la misma fábrica despiadada de muerte. Con sus chimeneas elevándose sobre el campo escupiendo humo humano lo suficientemente denso como para oscurecer el cielo a su alrededor, causando una nube brumosa casi permanente en el sitio, era tan severo y tan mortal como los campamentos en el sur y el este»[23].

El testimonio de Alexander Lebenstein, único superviviente entre los miembros de 19 familias judías que habían estado viviendo en Haltern am See, nos da una idea de la catástrofe que supuso para él el Holocausto Nazi de la Segunda Guerra Mundial.

El joven Alex que cuando fue detenido tenía tan solo once años, perdió su casa, sus posesiones, su vida pero sobre todo su familia. Tras el conflicto decidió regresar a su ciudad natal pero allí se topó con amigos de la infancia, muchos de los cuales eran nazis, que le dejaron bien claro que aún querían un pueblo *Jude frei* (libre de judíos). Él juró que jamás volvería a Alemania. La guerra había acabado, pero todavía no se había terminado con los prejuicios ni con las demenciales ideas que la había originado años atrás. «Una era construye ciudades. Una era las destruye», sentenció en más de una ocasión el ilustre Séneca.

Entre los recuerdos que decidió plasmar sobre el papel se encuentra aquel donde rememora cómo guardianas como Herta Bothe, disparaban a los prisioneros con cualquier pretexto. Se trataba de un acto cotidiano que con el tiempo consiguió hacerle inmune a la monstruosidad.

> «Recuerdo estar de pie durante horas y horas en los pases de revista dos o tres veces al día, de cara a las chimeneas del crematorio escupiendo nubes negras noche y día, llenando el cielo de un olor horrible a carne quemada. Si llovía, el humo no subiría al cielo y tendríamos polvo y ceniza en nuestra piel y ropa. Lo peor era el olor de los crematorios que lo impregnaba todo en el campo».

La muerte estaba en todas partes, lo inundaba todo, pero hubo quienes consiguieron librarse de ella, simplemente viviendo sin pensamientos de un mañana. El futuro no existía, todo era presente y sobrevivir la única cuestión importante. Para Alexander Lebenstein las puertas del infierno se encontraban en Stutthof y Herta Bothe se había reencarnado en el Innombrable. Si había un ser perverso en aquel tétrico recinto, esa era la *Sádica de Stutthof* que aprovechó su corta estancia para practicar numerosas aberraciones y para sembrar el pavor entre los internos. Su fama incendió de tal forma los barracones que la *Aufseherin* logró colarse y entrometerse en todos y cada uno de los centros adonde fue trasladada tiempo después.

Su siguiente destino fue uno de los subcampos de Sutthof designado para mujeres conocido como Bromberg Ost. En julio de 1944 y tras la orden de traslado de su superiora Gerda Steinhoff, la joven se unió al equipo de inspección del campamento junto con otras seis camaradas. En esta ocasión su cargo fue de *Oberaufseherin*.

## EN BERGEN-BELSEN

El 21 de enero de 1945 y tras el apoyo «logístico» en el subcampo de Bromberg Ost, Herta Bothe, que contaba ya con 24 años de edad, fue una de las guardianas responsables de acompañar a las denominadas «marchas de la muerte» que consistieron en la migración de reclusas desde la Polonia central hacia el campo de concentración de Bergen-Belsen en el estado de Baja Sajonia (Alemania).

Para que nos hagamos una idea, la distancia entre un campo y otro era de unos 700 kilómetros y las internas estaban obligadas a hacerlo a pie. Durante el largo recorrido las más débiles terminaron muriendo por agotamiento, inanición y por el trato vejatorio de sus «niñeras». Si a esto le sumamos que en la ruta hacia Bergen-Belsen se desviaron otros 600 kilómetros más para acampar en el KL Auschwitz-Birkenau, la sensación de extenuación iba *in crecendo*. Durante los pocos días que permanecieron en este campamento, las confinadas que aún seguían vivas tuvieron que aguantar la actitud descortés, por no decir denigrante, de sus anfitrionas. Tras el parón la marcha se reanudó para llegar a Belsen entre el 20 y el 26 de febrero de 1945, unos 30 días después de su partida de Bromberg Ost.

En el tiempo que Herta Bothe formó parte del personal del campo de concentración de Bergen-Belsen —unos dos meses aproximadamente— la guardiana aria desempeñó diversas tareas al igual que el resto de compañeras. Según su propio testimonio, nada más llegar tuvo que encargarse de la supervisión de los baños públicos; en días posteriores, trabajó en la cocina con sus camaradas masculinos para llevar comida a los cerdos; y sobre mediados de marzo, se dedicó a supervisar a la Brigada de Mujeres para la Búsqueda de Madera que estaba compuesto por 60 - 65 convictas. Pero

nada más lejos de la realidad. En el juicio de Belsen celebrado el 17 de septiembre de 1945 las declaraciones juradas de los testigos de aquella masacre indicaban todo lo contrario. A pesar de que la *Aufseherin* pretendía pasar desapercibida en comparación con sus homólogas Irma Grese o María Mandel, finalmente sus actos salieron a la luz. El escándalo de aquel litigio se tornaba a ser aún más sobrecogedor cuando las protagonistas en cuestión fueron las guardias femeninas del campo.

Uno de los primeros en subir al estrado fue un superviviente checo de 17 años llamado Wilhelm Grunwald, quien tras ver diversas fotografías aportadas como prueba, reconoció en la número 25 a una de las mujeres de las SS. Era Herta Bothe.

> «Entre el 1 y el 15 de abril de 1945 vi llevar a varias reclusas muy débiles un recipiente de comida desde la cocina hasta el bloque. Como estaba lleno y pesaba mucho, las mujeres no podían aguantar el peso y lo ponían en el suelo para descansar. En ese momento vi a Bothe disparar a las dos presas con su pistola. Ellas se desplomaron, pero no puedo decir si estaban muertas o heridas, pero como estaban muy débiles, delgadas y desnutridas, no me cabe la menor duda que murieron»[24].

## Retahíla de pruebas

A Katherine Neiger, checa de 23 años, las guardianas de Belsen la habían puesto a registrar el número de mujeres (internas) que fallecían a diario en el campo. Durante los primeros días, las cifras eran bajas, pero a medida que fueron llegando las prisioneras, las muertes aumentaron. La joven rea aseguró ante el Tribunal que durante el mes de enero de 1945 morían diariamente entre 15 y 20 personas y que hasta el último día de marzo contabilizó un total de 349. Esta cifra no era exacta ya que no se reportaban todas las defunciones y la mayoría de los cadáveres acababan siendo apilados a la intemperie.

Unas 900 mujeres de su grupo murieron en aquel periodo a causa de la desnutrición, las enfermedades y por supuesto, por los malos tratos perpetrados por el personal femenino de las *Waffen-SS*.

Gracias a las pruebas testificales fotográficas expuestas en su interrogatorio, Katherine logró reconocer a prácticamente todas las acusadas que se sentaron en el banquillo. Entre ellas, Elisabeth Volkenrath, Herta Ehlert, Gertrud Sauer y por supuesto, Herta Bothe. A esta última también la señaló en la impronta número 25, diciendo que solía verla golpeando a las niñas enfermas con un palo de madera.

Aquella fotografía número 25 estaba sirviendo para que los múltiples supervivientes recordasen algunos de los sucesos más trágicos vividos durante su encierro. Casi se podía respirar su angustia y su dolor.

Otra de las declarantes fue la polaca de 18 años Sala Schifferman que trabajaba en la cocina número 4 del campamento de las mujeres y que aseguró que un día en concreto —no recuerda si en el mes de enero o febrero de 1945—, algo trágico le ocurrió a una amiga suya por culpa de la demente *Aufseherin*.

> «… una húngara a quien yo conocía por el nombre de Eva, de 18 de edad, se acercó a la cocina para comer algunas cáscaras de nabo que se encontraban en un montón fuera de la cocina. Esta niña vivía en el mismo bloque que yo, que era el bloque 203. Como ella estaba cogiendo las cortezas, Bothe vino de un lugar de trabajo cercano. Ella ordenó a una de las chicas de la cocina que trajera un gran trozo de madera y entonces comenzó a golpear a Eva con él. Después de los primeros golpes la chica se cayó. Yo y otras chicas de la cocina gritamos a Bothe que Eva era demasiado débil para soportar la paliza. Bothe replicó: "La golpearé hasta la muerte". A continuación Bothe le pegó a la chica en la cabeza y por todo el cuerpo. Después de unos diez minutos paró y Eva se quedó muy quieta, sangrando profusamente de la cabeza. Luego Bothe me ordenó a mí y a otras chicas que llevásemos el cuerpo a una habitación en el bloque al lado del hospital donde ponían todos los cadáveres. Definitivamente la chica fue asesinada por la paliza. Una interna que yo creo que era médico examinó el cuerpo y dijo que la chica estaba muerta. No sé el nombre de la doctora. No la he visto desde la llegada de los británicos».

Luba Triszinska, una judía rusa detenida y llevada a Belsen, describió a la Corte que los maltratos impartidos a las reclusas estaban a la orden del día. Ella había sido testigo de algunas de esas palizas que en ocasiones causaban la muerte de las víctimas. Entre las responsables que mencionó se encontraba Bothe, que por entonces se ocupaba de un Kommando de vegetales. «Las palizas a las que me refiero se las dieron con un palo pesado», recalcó Luba.

Hildegarde Lohbauer fue otra de las supervivientes de este campo de concentración que delató las artimañas de Bothe durante el juicio. De nacionalidad alemana, Lohbauer fue recluida en un centro de internamiento al negarse a trabajar en una fábrica de municiones. Estuvo en Auschwitz, Ravensbrück y finalmente en Bergen-Belsen hasta su liberación.

> «Al principio yo fui una presa común, pero en los últimos dos años mi trabajo ha sido como *Arbeitsdienstführerin* (ayudante en jefe de la mano de obra), cuyo deber es reportar el número de personas especificadas por las autoridades del campo para los grupos de trabajo».

Este nuevo cargo le permitió relacionarse más directamente con sus supervisoras de las SS y conocerlas un poquito mejor. En innumerables ocasiones fue testigo del trato vejatorio a sus compañeras, de actuaciones severas carentes de razones ante las que Lohbauer no podía hacer nada. Si movía un dedo ella sería la siguiente víctima. No quería revivir lo que le sucedió en Auschwitz en 1943 cuando recibió 15 latigazos en la espalda por fumar. «El castigo fue llevado a cabo por dos compañeras de prisión, una de ellas me retuvo sobre un taburete de castigo, mientras que la otra me pegaba con una palo de madera maciza». Curiosamente, ella misma dilucidó que a veces y debido a su cargo como *Arbeitsdienst* también había pegado a las internas, pero solo con la mano y para mantener el orden. ¿Hasta qué punto se contagiaba este salvajismo?

La exrea afirmó además que pese a que el personal de las SS no podía llevar pistolas, en verdad sí lo hacían. «Los SS iban armados y creo que los disparos se llevaron a cabo en el exterior de las

zonas de trabajo de Belsen y Auschwitz, aunque yo nunca fui testigo». Finalmente, Lohbauer señaló a Herta Bothe como una de las mujeres de las *Waffen-SS* que debía ser castigada por haber pegado y maltratado a los confinados. Lo había visto con sus propios ojos.

> «Me preguntaron si había visto que estaban golpeando a los presos y dije "si", y me preguntaron cómo deberían ser castigados y mi respuesta fue "yo, como prisionera, realmente no puedo decir qué tipo de castigo deberían de haber infligido"».

Cada uno de estos testimonios y los que veremos más adelante de forma más extensa en relación con el proceso judicial de Belsen, nos dan una ligera idea de lo que en realidad Herta Bothe fue capaz de hacer durante su estancia en este campo de concentración. Podía negar lo que hizo —y así fue— pero las pruebas hablaban por sí solas. Su carrera como personal de estos campamentos de exterminio no fue otro que la de ayudar a aniquilar a los miles de confinados que se amotinaban en los barracones. ¿Para qué les interesaría a las SS la figura de Bothe si no era para esta faena? El Kommando de madera al que inicialmente ella hacía referencia no conllevaba en absoluto la crueldad que desplegó durante sus escasos 60 días en Belsen, sin mencionar el resto de homicidas actuaciones consumadas en sus destinos previos. Si durante sus paseos matutinos llevaba o no un arma de fuego podía ser hasta irrelevante. El cúmulo de víctimas y las declaraciones de los supervivientes serían lo que haría justicia posteriormente.

## ARRESTO Y PROCESO JUDICIAL

El 15 de abril de 1945 el personal del campo de concentración de Bergen-Belsen con el comandante Kramer a la cabeza se rindió y el ejército británico procedió a la liberación. A su llegada se dieron de bruces con la tragedia personalizada. En montones, como si se tratasen de sacos de patatas, había 10.000 cuerpos sin enterrar y unos 40.000 prisioneros enfermos y moribundos. Unos días después 28.000 internos murieron. Ni los aliados pudieron hacer nada para salvarlos.

Una vez que el ejército inglés arrestó a todo el personal nazi, separando a las guardianas del resto, pudieron mirar de frente a las responsables de aquella barbarie. Herta Bothe, descrita por muchos como la mujer más grande que nadie había arrestado hasta el momento, permanecía con una media sonrisa en espera de conocer su futuro inmediato. Aquella mujer no solo sobresalía por su altura, sino porque era una de las pocas que usaba zapatos civiles normales y corrientes en comparación con el resto de *Aufseherinnen* —como Irma Grese— que vestían botas altas de cuero negro.

En las siguientes horas los británicos obligaron a los detenidos a arrojar los cadáveres de los cautivos muertos en fosas comunes al lado del campo principal. En cambio, Herta Bothe fue una de las pocas guardianas que se ofrecieron voluntariamente a ayudar, imagino que pensando que con ello purgaría sus pecados. Lejos de ello, fue llevada a juicio como criminal de guerra.

En alguna de las instantáneas incluidas en este volumen puede verse a la *Aufseherin* demacrada y con ojeras después de enterrar cerca de 30.000 cadáveres. Por entonces la *Sádica de Stutthof* recuerda que durante los días de la liberación, se sentía aterrorizada porque los aliados no les

permitían usar guantes para enterrar a los difuntos. De hecho, temía contraer el tifus por la descomposición que presentaban los cuerpos.

Bothe explicaba que cuando trataba de levantar los cadáveres, estaban tan podridos, que los brazos y las piernas acababan por separarse del tronco. También recordaba cómo aquella extracción de cuerpos esqueléticos le causó dolor de espalda. Eran lo bastante pesados como para que tuviera que pararse a descansar cada cierto tiempo, algo que ella jamás permitió a quienes ahora estaba sepultando.

Pese a que las tropas británicas trajeron excavadoras para cooperar en el transporte de los cadáveres a las fosas comunes, la mayor parte del trabajo lo hicieron los exguardias del campo de forma manual. Aquel pudo ser el primer justo correctivo por las horribles condiciones en las que habían dejado el campamento.

Una vez que completaron los entierros masivos, Herta y el resto del personal fueron detenidos y llevados a la prisión de Celle. A partir de aquí arrancó la odisea judicial de los 45 responsables de Belsen con el comandante Josef Kramer a la cabeza. El 17 de septiembre de 1945 fue la fecha elegida para juzgar a estos criminales de guerra en la Corte de Lüneburg (Baja Sajonia).

## Nuevos testimonios contra Bothe (y a favor)

La *Aufseherin* también sufrió lo que denominamos como traición entre los suyos. Es decir, sus propias camaradas, compañeras en el campo de concentración, detallaron sin ningún escrúpulo las andanzas de su supervisora. Ejemplo de ello fue el caso de Herta Ehlert, una vendedora alemana que decidió alistarse en las SS y que durante tres años recibió instrucción en Ravensbrück. Terminó en Belsen a principios de febrero de 1945.

Las condiciones con las que se encontró eran las peores que había visto nunca. Fue en aquel tiempo cuando conoció a Herta Bothe. De ella afirmó sin ningún miramiento que fue responsable de golpear a reclusos indefensos, además de mentir respecto a sus ocupaciones reales en el campamento. Una vez concluido el interrogatorio por parte del capitán Phillips, Ehlert ni siquiera quiso cruzar mirada alguna con la que había sido su superior, la número 37.

Dos hermanas, Ilse e Ida Forster, que se alistaron en las SS sobre el año 1944 y que trabajaron en las cocinas del campo de Belsen, narraron al Tribunal que normalmente tenían que abofetear a los prisioneros para

evitar que robasen comida o que cogieran más de la que les correspondía. Para ellas era normal esta clase de maltrato a los internos, pero en ningún caso sentían ninguna emoción cuando lo llevaban a cabo. De este modo habló de Ehlert, Volkenrath o Bothe, como algunas de las guardianas que ejecutaban estas acciones junto a ellas. Durante el interrogatorio efectuado por los diferentes abogados, tanto Ilse como Ida dudaron acerca del trabajo que tenía la *Aufseherin* Bothe. Mientras una decía que era la encargada del Kommando de los vegetales, la otra aseguraba que supervisaba el de madera.

Otra de las acusadas que se sentó en el banquillo junto a Herta Bothe fue Charlotte Klein, una asistente de laboratorio que el 1 de agosto de 1944 fue reclutada por las *Waffen-SS* para su formación en el campo de Ravensbrück. Tras cuatro días de instrucción fue enviada a Stutthof donde permaneció hasta mediados de septiembre de ese mismo año. Poco tiempo después, entre el 20 y el

26 de febrero, llegaron a Belsen en compañía de Bothe con un convoy de mujeres. Eran las famosas Marchas de la Muerte. Acababan de evacuar Bromberg Ost.

Ya la primera noche en Belsen Klein tuvo que encargarse de los baños para después hacer lo mismo con el Kommando de madera y en la tienda del pan. No obstante, poco después enfermó de tifus y permaneció en cama hasta el día de la liberación. La actitud de la acusada era distante mientras era cuestionada por el fiscal y los abogados. Como se suele decir, no soltaba prenda. De hecho, cuando el capitán Phillips le preguntó sobre Bothe, ella se limitó a decir que tan solo compartió habitación con ella en Belsen y que jamás la había visto llevar pistola. Este primer acto de camaradería llenaba con un pequeño halo de luz el sombrío destino que se iba tejiendo en torno a la *Sádica de Stutthof*. Por suerte para ella no fue el último.

Una enaltecida Gertrud Rheinholdt, reclutada por las *Waffen-SS* en julio de 1944, quiso dejar claro que sí había conocido a Herta Bothe. Lo hizo en el campo de concentración de Bromberg Ost y llegó con ella a Belsen entre el 20 y el 25 de febrero de 1945. Casualmente, también fueron compañeras de cuarto y tampoco —como ratificó Klein— la había visto portar armas o por lo menos no sabía si tenía una. Aquellas tres guardianas se habían convertido en buenas y viejas amigas, algo contra lo que el Tribunal no podía competir.

Llegó el turno de la protagonista. Herta Bothe debía declarar.

## Negación absoluta

El lunes 29 de octubre de 1945 y tras varios días escuchando los testimonios que avalaban su culpabilidad, Herta Bothe se subió al estrado y después de jurar toda la verdad y nada más que la verdad, comenzó una retahíla de insólitas «certezas». Era el momento de escuchar su defensa.

Durante varios minutos la guardiana aclaró cuáles fueron las tareas que cumplió en los diversos campos donde permaneció y las fechas en las que estuvo. Ahora bien, no mencionó fechoría alguna hasta que el capitán Phillips inició su turno de preguntas.

Negó que llevase pistola y por supuesto que disparase a dos jóvenes reclusas que porteaban comida. Según Bothe, el testigo que afirmó tal dato, Wilhelm Grunwald, mentía. También impugnó la declaración de Schifferman que la acusaba de haber matado con un palo a una niña llamada Eva, aunque reconoció haber pegado en alguna ocasión a algún confinado:

> «Sí, con mis manos, porque robaban madera y otras cosas. Nunca he golpeado a nadie con un palo, un trozo de madera o una porra de goma.
>
> (…) Nunca he pegado a prisioneros. Yo no tenía nada que ver con los internos».

Durante el turno de preguntas del coronel Backhouse, este cuestionó a la inculpada su instrucción en el campo de Ravensbrück en octubre de 1942. Incluso le preguntó qué es lo que había aprendido y si entre las tareas que la enseñaron se encontraba la de golpear a los presos de manera regular. La guardiana respondió con un tajante «No». De hecho cada vez que el letrado le cuestionaba su declaración en relación con los maltratos a reos, Herta continuaba rechazando cualquier implicación al respecto. Su severo talante no dejaba entrever ni una pizca de verdad en todo aquello, o por lo

menos, la realidad que se había contado allí hasta el momento. No evidenció ni el más mínimo arrepentimiento o remordimiento cuando salió a la palestra el tema de la escasa alimentación que recibían los reclusos. Bothe se limitó a responder con un «yo no podía decir que era demasiado para ellos» a lo que el abogado siguió preguntándole…

> «P: Yo sugiero que en uno de los días en los que usted pasaba por la cocina, vio a una chica coger algunas cáscaras de nabo, y que usted ordenó a las chicas de la cocina traer un palo o un trozo de madera y comenzó a pegarle con él. ¿No es así? R: No.
>
> P: ¿No le gritaron las chicas en la cocina, diciéndole que parara, y usted dijo que la golpearía hasta la muerte, y entonces continuó pegándole hasta que finalmente murió?
>
> R: No, eso no es cierto.
>
> P: ¿No le ordenó a algunas de las mujeres, incluyendo Schifferman, llevarse el cuerpo?
>
> R: No».

El testimonio de la *Sádica de Stutthof* estuvo llena de contradicciones. Una de ellas aludía nuevamente a los agravios a los prisioneros en el campo de Bergen-Belsen. Si anteriormente negaba haber perpetrado actos de esta clase, ahora afirmaba haberlo hecho pero a modo de reprimenda.

> «P: Cuando los presos eran sorprendidos robando, ellos generalmente recibían una paliza bastante severa, ¿no es así?
>
> R: Cuando los prisioneros trabajaban en mi Kommando y eran pillados robando, entonces los abofeteaba en la cara.
>
> P: ¿No les golpeó de forma severa con un palo?
>
> R: Era muy raro que pillase a alguien. Los abofeteaba en sus caras. Generalmente uno hacía guardia y el otro robaba, y siempre que llegaba ellos ya se habían escapado».

A medida que Herta Bothe iba respondiendo a las preguntas del Tribunal, más se iban destapando algunas mentiras y se iban descubriendo muchas verdades. ¿Cómo era posible que esta mujer no hubiese visto los cuerpos depauperados de los internos al lado de las fosas? Según la vigilante nazi, nunca vio nada parecido. Todo lo contrario que el Ejército británico, que a su llegada a Belsen se topó con 10.000 cadáveres inertes apilados unos encima de los otros. Las alegaciones finales por parte de su abogado, el capitán Phillips, tenían que ser concluyentes si quería que su cliente se librase de una muerte segura. Aquel discurso logró convencer a la Corte.

## Justificando la barbarie

Dicen que el mejor ataque siempre es una buena defensa y en el caso de Herta Bothe así fue. El alegato final que su abogado expuso ante el Tribunal de Belsen corroboró lo que todos temían desde

hacía días, que el Capitán Phillips conseguiría que la *Aufseherin* no muriese en la horca.

En un intento por disculparla de las supuestas acciones perpetradas durante sus años en los diferentes campos de concentración, el letrado quiso exculparla de toda responsabilidad argumentado lo siguiente:

> «La pregunta, sin embargo, se rige por el principio fundamental de que los miembros de las fuerzas armadas están obligados a obedecer las órdenes legítimas y que por tanto, no pueden eludir su responsabilidad si, en obediencia a un mandato, ellos cometen actos en el que ambos violan las reglas impugnadas tanto de la guerra como de la indignación de la opinión general de la humanidad».

Pero, ¿por qué otros camaradas de Bothe sí eligieron contravenir las órdenes de sus superiores en pos del bien común? A este punto el capitán Phillips prefirió eludir tal grado de responsabilidad y echar esa carga a los altos cargos de la jerarquía nazi que dirigían los centros de internamiento donde la acusada estuvo destinada. Al fin y al cabo, cuando parece que no hay elección siempre hay una salida o un camino correcto. La historiadora Kathrin Kompisch así lo asegura: «Siempre ha habido opciones, incluso dentro del Tercer Reich, y las mujeres tomaban a menudo sus propias decisiones tanto como los hombres». Después de todo y como estamos viendo a lo largo de este libro, no solo el hombre tuvo una parte importante y destacada dentro del Nazismo, la mujer también participó de los delitos más infames y brutales de todas las esferas del gobierno alemán. El destacamento femenino supuso el brazo ejecutor e indispensable para que el mecanismo nazi siguiera adelante.

Después de aquella breve introducción y tras mencionar la defensa de otras compañeras de Bothe, llegó el turno de la *Sádica de Stutthof*. De ella dijo que lo único que probaba su culpabilidad eran las declaraciones juradas ante la Audiencia. Ciertamente, no se había encontrado evidencia alguna que la implicase en tales delitos. A partir de ahí el abogado afrontó un discurso implacable donde empezó por desmontar una a una las confesiones de los testigos. Mencionó primeramente a Wilhelm Grunwald, ya que cuando le tomaron declaración tan solo tenía 17 años, algo pertinente para tenerlo en cuenta en la evaluación. Respecto a la posesión de un arma, Phillips se apoyó en los testimonios de sus «buenas amigas» Charlotte Klein y Gertrud Rheinholdt, que ratificaron que nunca poseyó una pistola y que jamás se encontró prueba que lo demostrase.

Cuando mencionó el crimen de la joven húngara llamada Eva, el capitán se excusó en que ni las fechas ni el lugar donde se produjo coincidían con las presentadas por su defendida. Por tanto, aquel asesinato no pudo haberse cometido tal y como reveló la testigo. Esta acusación debió de hacerse por algún tipo de rencilla personal contra su carcelera. Por otro lado, Phillips incidió en la falsedad de los testimonios escuchados durante el proceso judicial, argumentando que si bien Bothe había reconocido haber abofeteado a algunas de sus internas por robar, la verdad era que jamás les provocó daños severos o la muerte. Aquí se amparó en la poca certeza que demostraron los atestiguantes cuando les pidieron que señalasen a la inculpada. Parece ser que nadie lograba identificar su cara. Finalmente, el alegato del abogado defensor concluyó diciendo:

> «Ningún testigo de la acusación que había llegado a la Corte, tenía nada que decir en contra de Bothe; y sin embargo, sus tareas habían sido de carácter

público. Sin duda, la deducción debe ser clara, ella no había hecho nada muy malo, ¿no?».

Ahora tocaba al Tribunal de Justicia determinar la culpabilidad o inocencia de la procesada, de quien no solo debía considerar la participación en la responsabilidad de sus acciones —tal y como acotaba el capitán Phillips—, sino también las condiciones generales por las que lo hizo. En conclusión, el abogado sugirió que lo importante era averiguar el grado de control que los encausados podían ejercer en aquellas condiciones, y no podían olvidar que Herta Bothe solamente estuvo a cargo del Kommando de madera. Por tanto, ¿qué dominio podía tener ella sobre esas circunstancias cuando llegó al campamento? «Todas ellas eran gente de pueblo, y era deber de la Corte limitar el castigo a los delincuentes reales», instó el letrado. Su defendida tenía derecho a ser absuelta.

## La responsabilidad de la acusada

El capitán Phillips ya se lo había pedido al Tribunal durante su discurso de clausura, que la sanción a la acusada fuese proporcional a su participación en la responsabilidad de los hechos. Si no ocupaba un cargo importante, no debía de ser sentenciada como tal.

Llegado el momento, el General de División Berney-Ficklin que presidía la Corte aquel 17 de noviembre de 1945, procedió a leer la sentencia.

La número 37, Herta Bothe, fue encontrada culpable del primer cargo. Es decir, de cometer crimen de guerra en Bergen-Belsen (Alemania) entre el 1 de octubre de 1942 y el 30 de abril de 1945, cuando violó las leyes y costumbres de la guerra al maltratar a algunos de los reos que tenía a su cargo causándoles incluso la muerte. Por ello, la *Aufseherin* fue condenada a pasar 10 años en prisión, una sentencia digamos menor, en comparación con las de sus homólogas que supuestamente habían cometido los mismos delitos que Bothe.

## SU VIDA DESPUÉS DE LA GUERRA

Seis años tardó Herta Bothe en salir de la cárcel de Celle donde fue internada nada más terminar la vista judicial. Aún no había cumplido la pena completa, cuando el 22 de diciembre de 1951, y como acto de clemencia del Gobierno Británico fue puesta en libertad. Su buen comportamiento, además del buen hacer de los ingleses, le había servido para olvidarse de su pesadilla y germinar una nueva etapa al margen de los nazis.

Algunos datos apuntan a que la *Sádica de Stutthof* logró casarse y cambiar su apellido por el de Lange. Aquella fue una buena forma de poner tierra de por medio y desechar quien había sido hasta ese momento. De este modo nadie la reconocería, nadie sabría quién había sido, qué había hecho durante la guerra y por qué había salido de la cárcel. Podemos decir que consiguió su propósito, disminuir su responsabilidad diciendo que en verdad eran los hombres los únicos engranajes posibles del *Führer*. Los únicos que daban las órdenes.

Un conocido director de cine documental alemán llamado Maurice Philip Remy, aseguró en el

2009 que fue la última persona en entrevistar a Herta Bothe. Lo hizo para un reportaje llamado *Holokaust* en el año 2000. En declaraciones hechas al periódico *The Sun*, Remy espetó por ejemplo:

> «Ella tenía recuerdos horribles de los campos de concentración pero no tenía capacidad de dar sentido a su papel en ellos. (…) Ella no tenía ningún remordimiento. Ella no podía entender que había hecho algo mal. Sentía que era una víctima».

A sus 79 años y desde su residencia en una comunidad modesta al noroeste de Alemania, Herta Bothe accedió a hablar para el equipo de Remy y el documental que estaban preparando sobre el Holocausto. Durante la entrevista hubo momentos donde la *Exaufseherin* se puso a la defensiva en lo que respecta a la cuestión de si debió entrar o no como guardiana en los campos de concentración. A pesar de los años transcurridos, aún se la veía nerviosa pero capaz de responder cosas tan espeluznantes como esta:

> «Qué quiere decir, ¿que cometí un error?, no. No estoy segura de lo que debería responder, ¿cometí un error? No. El error fue el campo de concentración, pero yo tenía que hacerlo, de otra forma yo habría sido puesta ahí. Ese sí fue mi error».

En la actualidad nadie sabe de su paradero. Si aún sigue viva con más de 90 años, o si finalmente murió el 16 de marzo del 2000. Los expertos no logran ponerse de acuerdo.

De lo que sí podemos estar seguros es de que vivió apartada del mundo, en silencio, sin querer llamar la atención, ni para recordar. Y cuando lo hizo, con aquellas nefastas afirmaciones, la herida del Holocausto volvió a abrirse. Toda aquella pantomima sobreactuada durante el juicio le había servido para ser libre, pero no para arrepentirse.

# DOROTHEA BINZ

## LA BINZ

**Nombre real:** Dorothéa (Theodora) Binz
**Apodo:** La Binz, Thea, Theodora.
**Nació:** Düsterlake, Kreis Templin (Alemania), 16 de Marzo de 1920
**Murió:** Hamelín, 2 de Mayo de 1947
**Puesto:** SS-Oberaufseherin en el campo de concentración de Ravensbrück
**Tortura preferida:** Flagelaciones en el búnker de castigo.
**Nº asesinatos:** cerca de 100.000 personas (mujeres y niños).
**Condena:** Muerte en la horca.

*En el juicio, a la pregunta de su abogado sobre el maltrato a las prisioneras, Dorothea Binz responde*:

*Creo que prefieren eso a ser privadas de su comida, o algo más.*

Basó toda su carrera en ser miembro de las SS en el campo de concentración de Ravensbrück donde desempeñó todo tipo de degeneraciones, martirios y humillaciones. Lejos de captar la atención de sus camaradas con respecto a sus «inusuales» hábitos, Dorothea Binz fue quizá, una de las guardianas del Nacionalsocialismo que pasaron más «desapercibidas» al no generar demasiados escándalos. Esto no quiere decir que no se convirtiera en una de las peores criaturas que ha tenido el equipo de supervisión de un campamento. Binz rebosó absoluta inclemencia como *Oberaufseherin* (supervisora).

Golpear y azotar sin piedad a los prisioneros era una de sus habituales costumbres, además de entrenar a sus alumnas más aventajadas en lo que pasó a definir como «placer malévolo». Una de sus pérfidas pupilas fue Irma Grese, ese *Ángel de Auschwitz* que antes de ser transferida pasó un tiempo en Ravensbrück bebiendo de la miel del crimen. Todo cuanto Grese aprendió sobre crueldad y sacrificios se lo debió a Mandel y a Binz. Esta última caminaba por el recinto con un látigo en la mano y siempre acompañada de un fiero pastor alemán. Los abusos y las torturas estaban a la orden del día, hasta que con el fin de la guerra decidió huir. Fue capturada en mayo de 1945 y condenada a morir en la horca el 2 de mayo de 1947 por incurrir en crímenes de guerra. Tenía 27 años.

Su nombre completo era Dorothea Theodora Binz y nació el 16 de Marzo de 1920, en la localidad alemana de Groß-Dölln (Forsthaus Düsterlake) en el seno de una familia de clase media. Precisamente, esta población se encuentra ubicada muy cerca del que sería su «hogar» años después: Ravensbrück.

Se sabe relativamente poco sobre su vida familiar temprana. Era la segunda hija del matrimonio formado por Walter Binz, un ayudante de técnico forestal, y la heredera de un vivero y de varias de tierras de cultivo de la zona. Se desconoce su nombre.

Cuando la niña tenía cuatro años, el clan Binz decide trasladarse a la localidad de Friedrichsfelde en Joachimsthal (Brandemburgo) donde el progenitor ejerce como ingeniero forestal. Durante este periodo Dorothea tiene una nueva hermana. Sin embargo, en diciembre de 1933 y tras la jubilación del padre, emprenden una nueva vida mudándose a Alt-Globsow muy próximo a Fürstenberg/Havel. En ese tiempo Dorothea asiste a un colegio de primaria y secundaria, así como a la Escuela Secundaria Superior, pero a los quince años abandona las clases.

En algún momento de su adolescencia trabajó como ama de llaves, empleo que desempeñaba con poco esmero y que aceptó debido a la necesidad económica por la que atravesaba su parentela. Según parece después recibió una especie de aprendizaje sobre el servicio de alimentos y tuvo una corta «carrera» en la industria alimentaria. De hecho, en su declaración durante el proceso de Ravensbrück celebrado en el barrio de Hamburgo, Rotherbaum, ella afirmó haberse formado como «directora de cocina». Aunque como veremos más adelante, la realidad fue bien distinta. Jamás llegó a aprender un oficio concreto y a lo sumo ejerció como *Tellerwäscherin* (fregaplatos) en algún momento puntual.

Imagino que como le ocurrió a otras guardianas, Dorothea Binz se dejó seducir por la radiante estela del nazismo que dejaba tras de sí una especie de inagotable fascinación. El enigmático encanto que desplegaba el *Führer* impregnaba cada uno de los símbolos del *Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei* (Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores), NSDAP, sobre todo los flamantes uniformes, vehículos, y por supuesto, los considerables «beneficios» económicos. De este modo la joven Dorothea decidió acudir a la oficina local de las SS en su localidad para ofrecerse como voluntaria en la cocina del campo de concentración de Ravensbrück. Lo consiguió.

El 26 de agosto de 1939 Binz comenzó una nueva vida. Por un lado, iniciaba una etapa como miembro del Partido Nazi y todo lo que eso conllevaba; y por otro, empezaba la formación necesaria para convertirse en guardiana del campamento junto con otras compañeras. Allí encontró uno de los mejores lugares para dar rienda suelta a su naturaleza sádica, oculta hasta ese momento para los demás, e incluso, para ella misma.

## SE INICIA EL ENTRENAMIENTO

Para las mujeres afiliadas al NSDAP llegar a Ravensbrück significaba adiestramiento. Ellas serían las encargadas de «cuidar» y salvaguardar la seguridad de un recinto que, poco a poco, fue trastocándose en una gigantesca celda de castigo. La salubridad brillaba por su ausencia, dejando paso al continuo fluir de muertes y cadáveres, víctimas según los informes del departamento de control y administración de Ravensbrück, de enfermedades tales como tuberculosis, tifus, disentería o neumonía. Pero la realidad era otra. Más de 300 mujeres morían cada día por culpa del hambre, el frío, el exceso de trabajo y por supuesto, de las vejaciones perpetradas contra ellas. Imaginémonos por un momento qué supuso para aquellas presas ver cómo mensualmente se sumaban nuevas aprendices de *Aufseherin* deslumbradas por el protocolo y el poder del nazismo. Terror e incertidumbre es lo que había en sus caras. Lo podemos corroborar en las innumerables improntas y vídeos de prestigiosos documentales. La vida de aquellas prisioneras se había transformado en extenuación y miseria, desasosiego y conformismo ante un final tristemente predecible.

La primera vez que Dorothea Binz se paseó por las calles de su flamante morada, pudo

comprobar un caos indescriptible y aun así, no salió corriendo. En lugar de sentir un pasmoso recelo ante esta situación como haríamos cualquiera de nosotros, debió de tener una sensación de familiaridad y preponderancia.

Durante el tiempo que Binz residió en Ravensbrück hasta su huida en 1945 estuvo bajo las directrices de camaradas tan conocidas como Emma Zimmer, la tremenda María Mandel, Johanna Langefeld, Greta Boesel o Anna Klein-Plaubel. Con un equipo como este era evidente que Dorothea también se dedicara a escribir con sangre su propia historia.

En el proceso judicial Binz declaró haber trabajado «un año entero entre otros vigilantes de *Außenkommandos* (comandos exteriores)». Conforme al *Arbeitseinteilung Kontrollbuch* (libro de control de la división de trabajo), que se puede consultar en el Museo Memorial de Ravensbrück y que a su vez forma parte de la Fundación de Museos Memoriales de Brandemburgo, esto no sería cierto, ya que se puede verificar que entre octubre y noviembre de 1939 montó guardia en el aserradero de madera donde había diez mujeres trabajando; en mayo de 1940 también se encargó de supervisar a las prisioneras que se dedicaban a la conducción de basuras, la limpieza de suelos o la cocina; e incluso, llegó a gestionar al personal de construcción del campamento. Por tanto, su testimonio era totalmente incoherente. Binz había sido parte activa de aquella inclemencia tan difícil de entender por sus nuevos verdugos.

Un buen rendimiento y una excelente disposición a la obediencia le valieron a finales de verano del año 1940 un ascenso como subdirectora del bloque de celda que tenía como supervisora directa a Mandel *la Bestia*. En los dos años que estuvo en Ravensbrück instó a Binz a que la ayudara en la ardua labor de ejecutar castigos corporales en el turbador búnker. La nueva pupila se convirtió prácticamente en su ojito derecho y cumplieron con los sacrificios más duros. A partir de aquel instante Dorothea fue tildada como la «guardiana de la barbarie». De nada le valieron las diferentes divisiones en las que estuvo —cocina o lavandería—, su trabajo preferido lo realizaba en la celda de castigo.

Mandel y Binz torturaron y asesinaron mano a mano a cientos de reclusas con inanición. Su único pecado, no ser de raza aria.

Esta etapa, casi idílica, le valió a Dorothea para actuar como una segunda instructora de Irma Grese. Binz y Mandel enseñaron a la rubia con carita de ángel todo lo necesario para impartir el miedo y la perversión a su llegada a Auschwitz. Las tres mujeres, cada una a su manera, se llegaban a coordinar cuando querían atormentar a sus presas con atroces prácticas sexuales. Con ellas afloraron las aguas poco profundas de la bestialidad.

Como vemos, Ravensbrück más que ser un centro de entrenamiento donde aprender a controlar a los confinados, era la mayor universidad de la saña y el homicidio. Las principales vigilantes y guardianas que salieron de estos espantosos «cursillos» se comportaron como verdaderas «asesinas en serie».

A pesar del bucólico paraje que rodeaba a Ravensbrück, con casitas de maderas pintadas con colores ocres y verdes en medio de la vegetación, así como la magnífica vista del lago, lo cierto es que aquel campo inaugurado con prisas llegó a parecer un almacén de cadáveres en muchos momentos. Una de las supervivientes, Barbara Reimann, recuerda que aunque los altos mandos del campamento eran hombres, la verdadera inhumanidad provenía de sus vigilantes, especialmente de las guardianas femeninas. Las *Aufseherinnen* eran las responsables de impartir la férrea disciplina diaria repleta de normas, castigos y restricciones, y «donde la amenaza del búnker de castigo era casi

una sentencia de muerte», afirmaba Kristina Ussarek.

Con la promoción de su adorada camarada María Mandel para ser trasladada a Auschwitz en otoño de 1942, la sustituye Johanna Langefeld. Pero a partir del 3 de julio de 1943 Dorothea asume los asuntos oficiales correspondientes al cargo de *Oberaufseherin*. Desde entonces Binz pasa a ejercer como *Arbeitsdienstführerin* (ayudante en jefe de la mano de obra) e incluso como *Stellvertretende Oberaufseherin* (adjunta de la supervisora jefe) en colaboración con Gertrud Schreiter. Su carrera comienza a ser meteórica hasta que por fin la recompensa llega en forma de ascenso. En febrero de 1944 Dorothea es oficialmente *Oberaufseherin*, la nueva supervisora en jefe de Ravensbrück.

## SE DESATA LA VIOLENCIA

Detrás de una apariencia francamente atractiva y dulce, de hermosos cabellos rubios y ondulados y ojos claros, se escondía una de las dementes con mayor sangre fría de todo el campamento. Binz era tan concienzuda a la hora de desempeñar sus funciones que rara era la ocasión en que sus víctimas sobrevivieran.

Como miembro del personal de mando entre 1943 y 1945 dirigió la formación y la faena asignada a más de 100 guardias de sexo femenino. Entrenó a las féminas más violentas de las *Waffen-SS* como la anteriormente mencionada, Irma Grese, alumna más que aventajada junto a Ruth Closius, que impresionó gratamente a sus superiores por la brutalidad demostrada hacia las internas. Gracias a su despiadado arrojo fue promovida como *Blockführerin* (supervisora del barracón).

Tal y como se recoge en la documentación guardada por el archivo oficial del gobierno británico acerca del Caso Ravensbrück, las tareas realizadas por Dorothea Binz como supervisora en jefe consistían en lo siguiente:

> «La ejecución de las primeras revistas comenzó dos veces por día. […] Intercambio de prisioneros en el campo de concentración, resumen de entradas y salidas, controles de bloqueo, reportes de acceso, registro de quejas de los prisioneros, breves interrogatorios».

Pero estos deberes nada se correspondían con la realidad. El ensañamiento practicado por Dorothea y sus adeptas era inflexible y destructor. Numerosos testimonios acusan a la nazi de haber golpeado, abofeteado, pateado, azotado, pisoteado y abusado de las internas de forma continua. Los testigos afirmaban que cuando Binz se personaba en la gran plaza central conocida como *Appellplatz* para hacer revista y hacer el recuento, «se hacía el silencio». Estaba prohibido hablar, sentarse, mirar al compañero y por supuesto a los superiores. Los llamamientos podían durar entre dos y cinco horas todas las mañanas, incluso en pleno invierno cuando el gélido viento azotaba aquellos cuerpos desnudos tan solo cubiertos con algún harapo. En Ravensbrück los pases de lista eran obligatorios, sobre todo porque cada día morían decenas de reclusas víctimas de la fiereza.

Después de terminar el recuento pertinente se hacía otra convocatoria para que cada interna se personase en el *Lagerstrasse* ante su fila de trabajo. Una vez organizadas y antes de abandonar el lugar recibían un poco de líquido. La miseria alimentaria se ceñía sobre esta pobre gente. Durante su

interminable jornada las reas se hacían cargo de la limpieza del terreno frío y pantanoso que rodeaba el campo, y por supuesto, de la perforación del suelo para construir fosas donde se lanzarían los cuerpos inertes de muchas de sus compañeras. Al mediodía una nueva señal avisaba a las esclavas laborales que era la hora de comer. Para entonces las asistentes de Dorothea distribuían un pedazo de pan, alimento insuficiente para que una persona adulta pudiese vivir dignamente. Pero no había más, no les daban nada más, por lo que las prisioneras solo podían acostumbrar a su estómago a callar y a arreglárselas con aquella miseria.

Mediante la privación de enseres los nazis les robaron el orgullo y la autoestima, les atacaron en la honorabilidad. Las cautivas que sobrevivían a los azotes de la injusticia se fueron desfigurando hasta ser pellejos andantes muertos en vida. Su única esperanza, morir rápidamente y sin dolor. Pero los trabajos forzados eran cada vez más duros, más largos y más agotadores. La debilidad fue impregnando el aliento de unas mujeres que sintieron la inclemencia de su propio género ávido de crimen y sangre.

Con la noche reinaba el silencio, la oscuridad y posiblemente el descanso, pero no tuvieron esta suerte. Para estas mujeres encarceladas en una prisión donde el martirio era la voz cantante, el crepúsculo se mezclaba con el dolor y la ansiedad. A veces era mucho peor que el día. De hecho, cada dos semanas las presas de Ravensbrück tenían turnos que iban desde la puesta del sol a las siete de la tarde. La intimidación, las imágenes de golpes y abusos y los gritos ensordecedores recorrían el campo de internamiento.

De igual modo se tenía constancia de que la *Oberaufseherin* deambulaba por el recinto con un látigo en la mano y que siempre iba acompañada de su fiel amigo, un pastor alemán entrenado para atacar a la menor señal. Cualquier cosa que pudiera molestar mínimamente a la supervisora de las SS era suficiente para atizar en la cabeza de una mujer hasta causarle la muerte, o efectuar fusilamientos, o selecciones masivas que llevarían a las víctimas a la cámara de gas. *La Binz*, que era así como fue apodada por sus reas, no tenía escrúpulo alguno y jamás lo había conocido. El hambre, el abandono, el maltrato severo y el frío fueron algunos de los ingredientes básicos para lograr «domar» a todo un campamento femenino.

Su mayor objetivo eran las mujeres más débiles y desnutridas que nada podían hacer ante agotadoras jornadas de trabajo o depravaciones injustificadas e inhumanas. Su destino más próximo: la muerte.

> «El hambre era nuestro compañero más cercano. Estaba con nosotros cuando nos levantábamos y venía con nosotros a la cama sin dejarnos ni un segundo»[25].

Efectivamente, el hambre era lo único que ocupaba día y noche la mente de las internas. Las raciones de comida eran tan escasas, por no decir que insignificantes, que no pensar en ello hubiera sido cuanto menos extraño. «El hambre era el demonio del campo», recordaban algunas de las supervivientes. Incluso Primo Levi se atrevió a afirmar: «The Lager is hunger» (El campamento es el hambre). Esta había pasado a ser una nueva forma de aniquilación.

La salvaje Binz podía cometer los apaleamientos más crueles que pudiésemos imaginar, cargados de esa actitud despreocupada y arrogante que le caracterizaba. Un ejemplo de ello fue la ocasión en que Dorothea se encontraba en un *Arbeitskommando* (destacamento de trabajo) en un bosque a las afueras del campamento. Una de las reclusas agazapada tras un árbol contaba lo siguiente:

«Dorothea observó a una mujer que pensaba que no trabajaba lo suficiente. Dorothea se acercó a la mujer, y la abofeteó hasta el suelo, después cogió un hacha y empezó a rajar a la prisionera hasta que su cuerpo sin vida no era más que un masa sangrienta. Una vez acabado, Dorothea limpió sus botas brillantes con un trozo seco de la falda del cadáver. Se montó en su bicicleta y pedaleó sin prisa de vuelta a Ravensbrück como si no hubiera pasado nada».

Otra de las exprisioneras del campo de internamiento, la francesa Genevieve de Gaulle-Anthonioz, sobrina de Charles de Gaulle (el 18° presidente de la República Francesa) y activista de los derechos humanos, comentó después de la guerra, haber visto a una de las secuaces de Binz, la famosa Ruth Closius «cortar el cuello de un prisionero con el borde de la pala». Asimismo, apuntar que el escritor Frédérique Neau-Dufour recoge en su libro *Genevieve de Gaulle-Anthonioz: l'autre De Gaulle*, numerosas declaraciones de la que fuera sobrina de uno de los dirigentes franceses de la década de los años sesenta, explicando:

> «Fui deportada a Ravensbrück en un convoy de mil mujeres, procedentes de todos los medios, muchachas, ancianas, comunistas, anarquistas, monárquicas. Una cosa teníamos en común: el haber rechazado, en un momento dado de nuestra vida, lo inaceptable».

No consentir lo inadmisible le supuso vivir uno de los episodios más dramáticos de su vida que años después plasmaría en varios volúmenes. Por el contrario, muchas de sus compañeras no corrieron la misma suerte. Sus esperanzas se desvanecieron por el camino, y la locura de la aberración y la inmolación acabó con su existencia.

Entre la documentación requisada existe un informe que dice que la mismísima Dorothea Binz, se hizo con un hacha para matar a un prisionero polaco procedente de la mano de obra del campamento. Como vemos, la necesidad de atacar a los enfermos y a los débiles era abrumadora. Ya lo señalaba anteriormente. Y si en este lance empleó una guadaña para asesinar a uno de sus inferiores, la realidad era que el látigo se había convertido en una extensión de su propia mano.

En una ocasión, y según cuenta una superviviente del Holocausto, durante la etapa de supervisión de Dorothea Binz, trajeron al campo a 50 camaradas para recibir instrucción. Las novatas fueron separadas y llevadas ante las reclusas. Una vez delante de ellas, la *Aufseherin* les ordenaba que las golpearan sin ningún escrúpulo. De las 50 mujeres tres habían pedido explicaciones para cumplir el mandato y tan solo una se había negado. Esta última fue encarcelada más tarde.

Semejante «prueba» permitía a la supervisora jefe del campamento ver la posible trayectoria sádica de sus futuras ayudantes.

A este respecto, después de 1945 el experto nazi el Dr. Eugen Kogan escribió un informe para los aliados acerca de las guardias del sexo femenino. En él indicaba algo clave:

> «Simplemente fueron atraídas hacia la ideología de las SS como la forma de vida que les gustaba y que les hacía sentir cómodas. Aquí podían proyectar su "hijo de puta interno" en otra persona y patearlo con un entusiasmo que oscilaba hasta el sadismo».

## CRIMEN Y CASTIGO

A lo largo de la biografía de su antecesora María Mandel ya conocimos de cerca las inusuales actividades que se practicaban en el interior del famoso búnker. Pero si con *la Bestia* aquel espacio fue de lo más pérfido, con Dorothea la cosa no fue a menos. Más bien todo lo contrario. Escuchar la palabra búnker por parte de algunas de las guardianas provocaba un inmediato terror en las prisioneras. Se podría decir que era uno de los términos relacionados con el horror en Ravensbrück.

Ser «invitada» a pasar una temporada en el interior de aquel emplazamiento significaba estar condenada a padecer las mayores torturas que jamás te hubieras imaginado. De hecho, pocas de las internas que visitaron este lugar salieron con vida. Existía una alta probabilidad de morir allí dentro.

Me gustaría recordar a grandes rasgos que este edificio de apariencia inocua se encontraba dentro de las paredes del campamento y más concretamente en la zona principal del mismo. Contenía 78 células primitivamente amuebladas repartidas en dos pisos y se experimentaban las formas más severas de castigo oficial que Ravensbrück podía ofrecer.

Las convictas que eran enviadas allí estaban acusadas de delitos muy graves. Las dos transgresiones más importantes eran: participar en un sabotaje y tratar de escapar. A pesar de todas las precauciones y la vigilancia de las guardianas, se registraba una buena cantidad de quebrantamientos en los lugares de trabajo de Ravensbrück. Una de las formas más habituales de desobediencia era la desaceleración en el ritmo de trabajo de las internas lo que disminuía la producción. Cuando se localizaba a la persona responsable de esta clase de atentados, se procedía a la ejecución inminente de la presa, pero sin atraer la más mínima atención. En claro contraste con las ejecuciones realizadas a los hombres, que se hacían abiertamente. De ahí que los ajusticiamientos femeninos hayan permanecido tanto en secreto y que solo se hayan conocido gracias al testimonio de sus supervivientes.

Sin embargo, nadie podía tachar a estas rebeldes de ser infractoras de algunas de estas faltas ya que no había ningún procedimiento legal que determinase su inocencia o culpabilidad. El mecanismo era el siguiente: una guardiana hacía un informe, posiblemente por recomendación de la funcionaria de prisioneras (Dorothea Binz), que a su vez era enviado al líder del campo. Este podría realizar una investigación y/o proceder a la orden de encarcelamiento al búnker durante un máximo de tres días. Un encarcelamiento más largo requería la aprobación del comandante.

No había audiencia alguna, la única evidencia existente era lo que la supervisora aseguraba que había ocurrido para que la interna fuese castigada. Una confinada recuerda cómo fue llevada hasta su celda en el búnker:

> «Se llevaron mis zapatos. Entonces Binz [la supervisora jefe] me llevó por un pasillo detrás de un escalera de hierro hasta una celda en la planta baja. Se cerró la puerta y estaba completamente oscuro. A tientas, me topé con un taburete que estaba fijado al suelo. Frente a una mesita plegable, en la esquina izquierda, había una litera; al lado de la puerta del baño, delante de las tuberías del agua y justo a la derecha de la puerta, había un radiador frío. En lo alto de la pared arriba de la puerta había una pequeña ventana con una persiana que quitaba toda la luz. La celda tenía cuatro pasos y medio de largo por dos pasos y medio de ancho»[26].

Como ocurrió durante la etapa con María Mandel, las detenciones perpetradas en el búnker de Ravensbrück significaban simplemente fustigación. Las reclusas permanecían en una oscuridad casi total, sin comer durante varios días, debido al cautiverio que les habían impuesto. Con la llegada del invierno las condiciones en el edificio del crimen empeoraban considerablemente. Los habitáculos de la planta baja no tenían calefacción y tampoco les facilitaban mantas por lo que muchas internas morían congeladas después de horas de palizas y vejaciones. Casi cada día las presas eran despojadas de sus pocas ropas para lanzarlas chorros de agua congelada a presión. Tras el manguerazo pertinente se iniciaba una serie de golpes y puñetazos que terminaban con la víctima al borde de la muerte. Incluso habían creado una cuadrilla de presidiarías que se encargaba de amontonar los cadáveres. Le habían asignado la difícil tarea de recoger los cuerpos de sus compañeras asesinadas, tanto en el búnker como en cualquier parte del campo. Una de las más veteranas era la comunista alemana, Emmi Handke, quien señaló que casi todos los cuerpos que sacaban del búnker mostraban signos de violencia. Una de sus peores experiencias fue tener que retirar los restos de una mujer embarazada de veinte años que pertenecía a su propio bloque. Esta no solo había sido linchada, sino que, además, su cuerpo permanecía congelado en el suelo de la celda.

En este sentido es necesario apuntar que el castigo corporal del que hacían gala Binz y sus auxiliares ya dio comienzo en 1940 durante la visita del *Reichsführer-SS* Heinrich Himmler a las instalaciones de Ravensbrück, cuando las prisioneras fueron golpeadas por la supervisora en presencia del comandante y de un doctor. Dos años más tarde el propio Himmler ordenó «afilar» los castigos corporales. A partir de entonces las reclusas fueron azotadas y apaleadas en sus desnudas nalgas en presencia de las autoridades del campo.

En lugar de las guardianas ahora los guantazos los darían las propias internas extranjeras a sus compañeras de celda y todo a cambio de recibir pequeñas primas de comida o cigarrillos. Eso sí, Himmler estipuló también que las féminas jamás azotarían a prisioneros alemanes. Este procedimiento de castigo se realizaba en una sala especial en la planta baja del búnker denominada *Prügelraum*, algo así como la «habitación de los azotes».

Entre las detalladas descripciones sobre estas sanguinarias «convocatorias» está la de la víctima Martha Wolkert, una campesina arrestada por desarrollar lo que los alemanes denominaban *Rassenschande* o «profanación de la raza». Supuestamente estaba siendo acusada de mantener relaciones sexuales con trabajadores polacos, mientras que su marido permanecía ausente en el servicio militar. En su defensa, Martha alegó que de lo único que podían inculparla es de haberles regalado ropa vieja de su esposo porque sentía pena por ellos. Pero alguien informó a la GESTAPO por su indiscreción y ahí acabó su suerte. Después de raparle la cabeza públicamente en la plaza principal de su ciudad, la joven agricultora fue enviada a Ravensbrück. Una vez allí ella y otras veinte y dos mujeres fueron escoltadas hasta el búnker para recibir su castigo una por una. Así lo vivió Martha:

> «[La supervisora jefe] Binz me leyó la orden de arresto y mi castigo: dos tandas de 25 latigazos [Schlage, "hits"]. Después [el Comandante] Suhren me ordenó subirme al potro. Mis pies fueron fijados en una abrazadera de madera, y el de la placa verde me ató. Me levantaron el vestido por encima de la cabeza para mostrar mi parte posterior. (Teníamos que quitarnos nuestra ropa interior antes de salir de los barracones). Luego me envolvieron la cabeza en una manta,

presumiblemente para amortiguar los chillidos.

Mientras estaba siendo atada, respiré hondo para que no me pudiesen atar tan fuerte. Cuando Suhren se dio cuenta, se arrodilló y apretó la correa tan fuerte que me causó un dolor horrible.

Me ordenaron contar cada látigo en voz alta, pero solo llegué hasta once. Solo oía, muy aturdida, como el de la placa verde seguía contando. También grité porque me parecía que disminuía el dolor. En aquel momento me di cuenta que alguien me tomaba el pulso. Sentí mi trasero como si estuviera hecho de cuero. Cuando salí fuera, me encontré terriblemente mareada».

Menos de una semana más tarde Martha Wolkert regresó al búnker para recibir una segunda tanda de 25 latigazos. Apenas llegó a contar hasta siete antes de perder el conocimiento. Después de aquello su simpática jefe de bloque la llevó al cuartel de los enfermos.

La mayoría de las ejecuciones que se vivieron en Ravensbrück se realizaron mediante fusilamiento. En ocasiones estas se efectuaban fuera de los parámetros del mismo campamento, en las zonas boscosas del sur, aunque otras veces, se practicaban en la parte principal del recinto, en lo que se conocía como *Erschiessungsgang* o «pasillo de tiro». Sin embargo, nadie podía ver aquellas trágicas escenas, tan solo las mujeres que habían sido condenadas ya que se encontraban fuera de los muros del campo. Además, el único acceso posible era a través del crematorio. De hecho, el posicionamiento de esta zona no era casual, porque una vez que la víctima había recibido el disparo, su cadáver podía ser arrojado a través de la ventana abierta del horno.

Uno de los presos que trabajaba en el incinerador fue Horst Schmidt, uno de los mayores testigos en las ejecuciones. En concreto Horst recuerda la de dos mujeres a manos de un par de camaradas de las SS. Las dispararon a quemarropa o *Genickschuss*. El sonido podía escucharse en todo el bloque, pero las reclusas jamás diferenciaban de qué parte del emplazamiento provenía. A veces, incluso, utilizaban armas equipadas con un dispositivo silenciador para evitar despertar la curiosidad del resto del barracón.

Se sabe que miles de mujeres fueron ejecutadas en Ravensbrück, pero a falta de pruebas, ni siquiera conocemos los espantosos correctivos que finalmente recibieron. La mayor parte de los registros de las SS fueron borrados o eliminados y únicamente nos quedan los diarios y documentos escritos por sus víctimas. Uno de los testimonios más oportunos sobre los mártires de este campo de internamiento es el poema titulado *Necrologue*, escrito por la reclusa y miembro del Partido Comunista Johanna Himmler, que nada tiene que ver con el líder de las SS:

Un día hermoso llega a su fin
se acaba el día laboral en el campo.
Inmóvil y en silencio se queda
el trozo de bosque que rodea al campo.
Inmóvil y en silencio
Ocho mil mujeres en el pase de revista de la tarde.
Ocho mil mujeres,
¡Desde niños a mujeres mayores!

Todo parece tranquilo y apacible
Sin embargo en estas caras hay
Una pregunta que les corroe, con esperanza de algo….
¡Crack! ¡Un disparo repentino!
Los disparos irrumpen en el silencio,
Lágrimas en los corazones y
Los nervios de ocho mil mujeres.
Otra vez silencio profundo, ni un sonido,
Las caras aún más pálidas a causa
De los disparos, cabezas gachas, y
En muchos ojos aparecen lágrimas.
Ellos saben que en el otro lado del muro
Tienen camaradas femeninas quienes
En la flor de la juventud están respirando por última vez,
Algunas muy jóvenes. —Sin embargo por la mañana
Iban riendo y diciendo adiós camino a las celdas de la muerte.
Solo podemos permanecer de pie y permanecer de pie
Y usar el silencio como un tipo de
ceremonia interna de despedida,
Un pase de revista por sus muertes grandes y valientes.
¡Ocho mil mujeres!
¿Quién podría tener este honor?
La tarde ya está desapareciendo,
La oscuridad lo esconde todo
En su bruma pacífica, hasta
Cubrir los crímenes nacidos del odio ciego.
De los corazones de ocho mil mujeres
Viene el grito no pronunciado:
¿Por cuánto tiempo más? ¿Por cuánto tiempo más?

Como vemos, el sistema nazi dio rienda suelta a un poder virtual de miembros destacados de las SS como fue el caso de las supervisoras. Si en algún momento el *Führer* y sus secuaces pensaron en regular aquellas atrocidades, esta quedó en el olvido, porque la decadencia continuó hasta el final de la guerra.

## LA BINZ ENAMORADA

Las sesiones de tortura y crueldad despiadada, de sangre mezclada con las lágrimas de las confinadas, eran una constante en el campo de concentración liderado por Dorothea Binz. Existían evidencias claras de que la supervisora pegaba, abofeteaba, pateaba, azotaba, disparaba y abusaba

de las mujeres durante largos periodos de tiempo, además de entrenar perros para atacarlas. Sin embargo, muchas de las reclusas que probaron la severidad de su trabajo concuerdan en afirmar que esta estaba enamorada. Algo curioso para una persona (si le podemos denominar con este calificativo) que supuestamente irradiaba felicidad por los cuatro costados. Hasta aquí podríamos pensar que llegamos a su punto débil, pero lejos de la realidad. Aquel por quien suspiraba no era otro que Edmund Bräuning, *SS-Schutzhaftlagerführer* y adjunto del comandante Rudolf Hoss, un individuo particularmente violento. De hecho, algunos expertos subrayan que el ensañamiento de Binz podría explicarse por aquella romántica relación que mantenían entre ambos camaradas, ya que Bräuning animaba a su amada a perpetrar todo tipo de abusos. Durante sus largos y apasionados paseos alrededor del campamento, Edmund la incitaba a acompañarle para observar las afrentas efectuadas a las reas, para a continuación, alejarse riéndose por lo que acababan de ver. La relación duró hasta finales de 1944, cuando Bräuning fue trasladado al campo de concentración de Buchenwald. Vivieron juntos durante casi dos años en una casa fuera de las murallas del campamento, haciendo de su morada un hogar. En este sentido podríamos definir la violencia de Dorothea Binz como un acto de amor. «Por amor» explican numerosos expertos. No obstante, ¿hasta qué punto el amor había cambiado la personalidad de la *Aufseherin*? ¿Este era el verdadero culpable? Si echamos mano de los acontecimientos, nos damos cuenta de que ciertamente no era así, que la líder nazi ya poseía rasgos criminales que se reflejaban en su rutina diaria.

## HABLAN LAS VÍCTIMAS

Mientras tanto el tormento del látigo en el búnker hacia mella en las más rebeldes de Ravensbrück. En una ocasión la rusa Zina M. Kudrjawzewa fue víctima de varias tandas de azotes debido a que le habían confiscado un billete donde había garabateado un pequeño poema. Las prisioneras ni siquiera tenían derecho a expresarse mediante la escritura. Su castigo fueron 15 latigazos y la privación de alimentos durante veinticuatro horas. Unos días después fue conducida de nuevo al búnker por el mismo motivo. Permaneció tres días sin comer al fondo de un calabozo frío y húmedo. Creyó que moriría.

La Binz ya se había ganado la mayor de las famas, ser la peor de las guardianas del campamento, la más perversa y maquiavélica del momento. Aunque tanto sus antecesoras como sus sustitutas no se quedaron atrás.

Sus ademanes denostaban una irrefrenable autoridad digna de temer por todo aquel que la rodease, tanto internas como camaradas y auxiliares. Nadie se libraba de la brusquedad de sus manos. Disfrutaba paseándose y regodeándose ante sus inferiores. Así lo admitió durante el interrogatorio que le hicieron el 6 de enero de 1947 ante el tribunal militar británico en Hamburgo, cuando sostuvo que abofeteó y golpeó con una regla a las presas que se mostraban «insolentes» o si negaban «las acusaciones ya probadas». Creía que «la verdad ya había sido establecida».

El tradicional castigo de «el látigo» era muy conocido por todos los habitantes del campamento en Ravensbrück. 25, 50 o 75 eran los golpes que debían soportar las víctimas en aquellas palizas infrahumanas que nos hacen remontarnos incluso a la época de los romanos.

Siguiendo con la recopilación de testificaciones, me gustaría mencionar una que se encuentra en el libro titulado *Ravensbrück* escrito por Germaine Tillion, antropóloga de la resistencia francesa y

otra de las víctimas de Binz, que durante su estancia en el centro de internamiento fue testigo de lo que sucedía durante las actividades habituales de la *Aufseherin* y su célebre «25», «50» o «75» latigazos.

> «La víctima estaba tumbada semidesnuda, aparentemente inconsciente, llena de sangre desde los tobillos hasta la cintura. Binz la miraba y sin mediar palabra la pisoteó en sus sangrientas piernas y empezó a mecerse a sí misma, equilibrando su peso desde los dedos de los pies hasta los tacones. Quizá la mujer estuviese muerta; de cualquier modo ella estaba inconsciente porque no movía nada. Después de un rato cuando Binz se fue, sus botas estaban embadurnadas de sangre».

Disfrutaba tanto asistiendo a aquellas penas de flagelación infligidas a una detenida. «El diablo es optimista si cree que puede hacer peores a los hombres», decía Karl Kraus. Leyendo estos escalofriantes testimonios se podría pensar que en realidad hasta le producía un verdadero éxtasis sexual, como ha sido el caso de alguna de sus secuaces. Binz se divertía hasta la saciedad ordenando a las prisioneras que se pusieran en posición de firmes durante horas y horas, mientras ella las abofeteaba la cara con total impunidad. Incluso cuando algunas de aquellas mujeres se derrumbaban víctimas del agotamiento, Dorothea se acercaba hasta ellas y se reía sonoramente. Aquella risa un tanto diabólica, como sus internas se atrevían a cuchichear, se basaba en el placer malicioso de ver el sufrimiento ajeno hasta límites insospechados.

Lo que para los nazis era una «muerte natural» para la gente corriente y cuerda se trataba de hambre, palizas y un trabajo agotador. La muerte en este campo de concentración estaba científicamente organizada. Hasta un funcionario alemán llegó a escribir en octubre de 1944 que la «mortalidad en Ravensbrück era insuficiente y debería llegar a 2.000 muertos al mes con efecto retroactivo de 6 meses». No me extraña que las mujeres retenidas allí fueran presas del pánico al ver a la que sería su tutora, Dorothea Binz, pasearse con gesto tétrico por los barracones. Con cada golpe que propinaba a aquellos despojos humanos, los ojos de la guardiana brillaban con una alegría a veces infame a veces voraz.

Una superviviente llamada Olga Golovina, que había sido encarcelada en Ravensbrück a la edad de 21 años, explicó 39 después y con lágrimas en los ojos:

> «Recuerdo a la guardiana Dorothea Binz paseando por el campamento. Aún puedo verla ante mis ojos. Una prisionera agotada pasa a su lado, tropieza y cae. Con denodados esfuerzos se pone de pie y se va tambaleándose.
>
> Semejante escena era suficiente para Dorothea. Ella pedaleó más fuerte, aumentó la velocidad y atropelló a la miserable interna. Luego llamó a los perros y se los lanzó. ¡Los perros eran salvajes, feroces, adiestrados especialmente para destrozar a la víctima hasta que dejaba de respirar!».

Uno de los testimonios quizá más impactantes acerca de la bestialidad infligida por Dorothea Binz, es lo que describe la reclusa Charlotte Müller —detenida por negarse a renunciar a sus creencias—, acerca de la paliza que dieron a una compañera suya. La ya mencionada anteriormente, Martha Wolkert.

«Un martes por la mañana durante el conteo de presos, me dijeron que debía acudir antes de la construcción de celdas. Mi Blockalteste me llevó allá. Allí esperaban veintidós mujeres de diferentes bloques.

L a *Oberaufseherin* Binz llegó, abrió la puerta y nosotras debíamos organizamos de dos en dos a la entrada del sótano. No se dijo ni una sola palabra, cada una estaba ocupada consigo misma. Todas tenían miedo. Después de un rato llegó el *Lagerkommandant* Suhren, el médico del campo —él siempre debía estar presente—, un hombre de las SS y Schlagerin, una *Grünwinklige* (alguien que se encarga de dar golpes).

A continuación, Binz llamó a cada mujer por su número para que entrara en el cuarto de castigo. Después debían volver al final de la fila. Yo fui llamada casi al final. Mi corazón se me quería salir del miedo, cuando alcancé a ver cómo la *Grünwinklige* arrastraba a mi compañera de delante hacia la puerta de la habitación contigua. Binz dictó mi orden: "¡Dos tandas de veinticinco golpes!".

(…) Se me ordenó contar en voz alta los golpes, pero solo llegué a hasta once. Sentí mi trasero como si estuviera hecho de cuero. Cuando regresé a la fila, me sentí mareada. Por fin habíamos sobrepasado el castigo corporal. Suhren, la Binz y el comandante de las SS Pflaum llegaron a la entrada del sótano. Entonces Suhren dijo en un tono áspero: "¡Hagan todas fila! ¡Dense la vuelta y levántense las faldas!"

A continuación, los tres miraron nuestros traseros. Se reían y hacían comentarios vulgares. ¡Después de esta tortura, esta humillación y esta burla! […]».

Los desprecios y desdenes de las guardianas del campo, incluida Binz, constituían una norma común entre las camaradas nazis. El deporte nacional en Ravensbrück era mofarse de la degeneración de unas pobres mujeres al borde del óbito. Las reclusas veían a los famosos *appells* como la única forma de degradación que tenían sus superiores para vencer su resistencia mental. Esta se debilitaba por momentos gracias al trato vejatorio sometido. Sin embargo, es curioso cómo eran las propias víctimas las encargadas de construir todo lo necesario para el buen funcionamiento del campo. Desde oficinas, almacenes, hasta fábricas pasando por la estructura de otros campamentos secundarios. Todo lo que se ponía en marcha allí era gracias a las cientos de supervivientes que hacían precisamente eso cada día, sobrevivir al horror y a la desmesura, no ya de una guerra sino de la condición humana en la que se había corrompido todo.

Tal y como asegura otra de las damnificadas de esta historia, la componente de la resistencia francesa, Marie Jo Chombart de Lauwe, en el libro *Ravensbrück, el infierno de las mujeres*: «el señor Himmler nos explotaba hasta la muerte mientras obtenía grandes beneficios». Y es que Marie Jo fue otra de las testigos de la saña que se vivió en aquellas cuatro paredes, de la rabia desatada por l a *Aufseherin* Binz. La veía a menudo porque obligatoriamente tenía que pasar por delante del barracón de las guardianas cuando iba a trabajar. Dorothea se colocaba delante junto al jardín, siempre acompañada de un perro, esperando a «la deportada idónea sobre la que pudiera descargar

su ira».

> «Un día muy frío de invierno no me di cuenta que ella estaba allí sentada. Yo llevaba las manos dentro de las mangas para protegerme del frío, lo que no nos estaba permitido. Me vio y me pegó con la porra en la nariz y la cara hasta que caí al suelo»[27].

Alemania no solo era nazismo, también existía esa parte rebelde y en continua lucha ferviente contra el régimen de Hitler, que en absoluto profesaba ni sus ideas ni sus convicciones. Los propios alemanes se enfrentaron al *Mesías Negro* —que era así como proclamaban al Canciller visionarios ocultistas como Eckard— para erradicar un sistema político dictatorial, racista y por supuesto, criminal. Entre los grupos que combatieron apasionadamente por la libertad se encontraba el Partido Comunista de Alemania (KPD). Una de sus miembros, Barbara Reimann, fue detenida por la GESTAPO por realizar campaña contra el nacionalsocialismo y por formar parte de esta ideología. En un primer momento fue recluida en Ravensbrück como medida disciplinar. Allí coincide con *La Binz* a quien describe con estas palabras:

> «Dorothea Binz era la jefa de las guardianas y una mala bestia. Tenías que mantenértela lejos, porque era realmente muy peligrosa. Con su látigo golpeaba a izquierda y a derecha, y la gente echaba a correr. Y si no eras lo suficientemente rápida, o si ella estaba de mal humor, podía dar una paliza a una prisionera y dejarla muy malherida. Se ponía caliente apaleando prisioneras»[28].

Uno de los instantes más angustiosos y temidos por Barbara era el de las selecciones. La *Aufseherin* se personaba gritando en cada uno de los barracones para hacerlas formar en el patio, empezando primeramente por el pabellón de la enfermería. En una ocasión la comunista fue testigo de cómo una joven polaca con bronquitis era sacada a rastras de la sala y aunque ella quiso ayudarla, un hombre de las SS le amenazó diciéndola: «Un paso más y te vas tu también con el transporte». Nadie pudo hacer nada por aquella chica de tan solo diecinueve años, que se convirtió en la primera mujer gaseada y quemada de su barracón. «Aquella fue la primera selección que presencié y no lo olvidaré nunca», explicaba Barbara.

La impunidad que dotaba el Grossdeutsches Reich a las guardianas y sus aberraciones eran sobrecogedoras. Y nadie de las allí presentes podía hacer nada para evitarlo porque ponía en riesgo también su propia vida. Ayudar o morir, siempre fue el gran dilema de las reclusas de estos campos de concentración.

## SUPERVIVIENTES ESPAÑOLAS EN RAVENSBRUCK

Más de 132.000 mujeres procedentes de 40 países cruzaron la entrada de «El Puente de los Cuervos». Entre ellas hubo 400 españolas que fueron apresadas por su lucha contra el Gobierno alemán y sus consignas. Aquel pantanoso lugar albergó la parte más dantesca e implacable de un centro de internamiento, y aunque poco se habla de la deportación femenina, hay que decir que fueron las que mayor carga soportaron.

Tanto hombres como mujeres sufrieron y lloraron por la fiereza que les rodeaba, por el olor constante a muerto y el hedor de la descomposición, pero las internas se llevaron si cabe, sufrimientos adicionales actualmente impensables en un país del Primer Mundo. Me refiero a experimentos propios de la condición femenina: pruebas médicas tales como la esterilización, la aceleración de la menopausia, el asesinato de sus hijos en presencia suya, y por supuesto, la prostitución.

El impacto que sufrieron estas féminas superó con creces el aspecto físico o psicológico, penetrando con gran angustia en la moral. Entre las miles de reas que padecieron humillaciones y atrocidades a lo largo de su estancia en el campamento se encontraba un grupo de jóvenes españolas que llegaron hasta Ravensbrück alzando su puño en busca de libertad. Sus gritos se ahogaban entre los sollozos de la cámara de gas y aunque el silencio era lo único que les mantenía en pie, siempre tuvieron fe —si podemos llamarlo así— en salir vivas de aquella locura vestida de infierno.

## Neus Catalá

Esta catalana procedente de la localidad de El Priorat (Tarragona), de raíces campesinas y diplomada en enfermería, fue miembro fundador del PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya).

> «Junto con su primer marido, Albert Roger, fallecido durante la deportación, participó en actividades de la Resistencia francesa y llegó a ser enlace interregional con seis provincias a su cargo. Su casa era un punto clave donde escondía a guerrilleros españoles y franceses y a antiguos combatientes de las Brigadas Internacionales. Centralizaba la transmisión de mensajes, documentación y armas. Hasta que fue denunciada a los nazis»[29].

Tras su detención por la GESTAPO el 11 de noviembre de 1943, fue trasladada a la prisión de Limoges, donde la maltrataron salvajemente. Ese sería el principio de su historia. Dos meses después, la llevaron a Ravensbrück a bordo de un tren de ganado.

> «Con una temperatura de 22° bajo cero, a las tres de la madrugada del 3 de febrero de 1944, mil mujeres procedentes de todas las cárceles y campos de Francia llegamos a Ravensbrück. Era el convoy de las 27.000, así llamadas y así conocidas entre las deportadas. Entre esas mil mujeres recuerdo que habían checas, polacas que vivían o se habían refugiado en Francia, y un grupo de españolas.
>
> Con 10 SS y sus 10 ametralladoras, 10 "aufseherin" y 10 "schlage" (látigo para caballos), con 10 perros lobos dispuestos a devorarnos, empujadas bestialmente, hicimos nuestra triunfal entrada en el mundo de los muertos»[30].

A su llegada al campo de concentración dio comienzo el ritual del terror. Primeramente las duchas de «desinfección», pelo rapado al cero, inspección de todos los rincones del cuerpo, uniforme de rayas y la asignación del número de prisionera. El de Neus fue el 27.534 y allí se topó con una realidad escalofriante: una mujer electrocutada, enroscada y enganchada en la alambrada

eléctrica; dos kapos arrastrando a otra mientras una SS la golpeaba con el látigo sin darse cuenta que ya había muerto hacía unas horas.

«En Ravensbrück se acabó mi juventud el 3 de febrero de 1944…», asintió Neus. Entró en un mundo inconcebible para la mentalidad del ser humano. Un infierno como describieron cada uno de los supervivientes de aquel horror. «Dante ha descrito el infierno, pero no ha conocido Ravensbrück, ni Mauthausen, ni Auschwitz, ni Buchenwald. ¡Dante no podía ni imaginar el infierno! Yo tengo una película en la cabeza en blanco y negro, tal como era todo, porque allí no había colores», seguía explicando la damnificada española. No había colores pero sí olores. Olores a carne quemada, a llagas, gangrena, suciedad… Aromas a los que tanto Neus Catalá como el resto de sus compañeras se tuvieron que acostumbrar. Pero ¿cómo se puede uno habituar a vivir así? Dicen que el hombre ante las vicisitudes se crece y desarrolla mecanismos nuevos de defensa. Eso fue lo que precisamente hicieron aquellas mujeres.

Entre las denigrantes situaciones que tuvo que pasar se encuentran los exhaustivos controles ginecológicos desempeñados sin ninguna higiene y en condiciones asombrosamente penosas. De hecho, utilizaban el mismo utensilio para examinar a todas las reas y aquellas que estaban embarazadas tenían poca, por no decir ninguna, esperanza de siquiera sobrevivir.

> «A todo mi grupo nos pusieron una inyección para eliminarnos la menstruación con la excusa de que seríamos más productivas. Ocurrió en 1944; no la volví a tener hasta 1951. (…) Se salvaron muy pocas; los bebés nacidos eran automáticamente exterminados, ahogados en un cubo de agua, o los tiraban contra un muro o los descoyuntaban. Ellas agonizaban por las malas condiciones higiénicas del parto o se volvían locas por la impotencia de presenciar tales asesinatos»[31].

La tierra de Ravensbrück se convirtió en la peor de las pesadillas, en la mayor película de terror creada hasta el momento. Si allí lloraron las víctimas fue sangre y no por los muertos, sino por los vivos que permanecían hechos ovillos esperando ser golpeados de nuevo. Muchas de estas mujeres pensaron en quitarse la vida ellas mismas. ¿Y quién no en su situación? Sin embargo, Neus decía que aunque «jamás pensé en el suicidio, sí que deseé un día irme a dormir y no volverme a despertar».

Algo que me llama poderosamente la atención de Neus Catalá, la joven republicana encarcelada en Ravensbrück a la edad de 29 años, es que aún viviendo entre salvajes, llegó a reírse en muchos momentos y a sentirse una mujer redimida. «He sido deportada, he estado esclava en el campo y me he sentido libre a pesar de todo», razona con total tranquilidad en la obra *Ravensbrück, el infierno de las mujeres*.

## Conchita Ramos

De padre francés y madre española, tan solo contaba con 19 años cuando fue trasladada a Ravensbrück. Participó de forma activa en la Resistencia organizando grupos de maquis en la zona francesa del Ariege. Tras su arresto por la GESTAPO, se iniciaron un total de siete interrogatorios cuya herencia fue el desencadenamiento de una fuerte artrosis a partir de los años 50. Durante

aquellos suplicios su único objetivo fue no hablar, a pesar de los golpes y bastonazos que recibió por parte de los camaradas nazis. «Vi cómo les arrancaban las uñas de pies y manos a hombres y mujeres. Tenía miedo de hablar, pero no lo hice».

Conchita junto con su tía Elvira y su prima María, fueron conducidas al «Puente de los Cuervos» en un convoy al que denominaron «Tren Fantasma». Llegó a haber 700 hombres y 65 mujeres. Tardaron dos meses en arribar a su destino final. A su llegada, Conchita con el número 82.470, recuerda la primera selección:

> «En Ravensbrück he visto a las SS pegar con saña por cualquier cosa, a mujeres mayores, a los niños, y hemos pasado horas inmóviles al pasar lista en la *Appellplatz*. Allí, quietas bajo un frío tremendo y débiles, algunas caían y no las podías ayudar o te echaban a los perros encima»[32].

Las guardianas del campamento eran tan fieras como sus animales y agasajaban y maltrataban brutalmente a las mujeres que yacían en el suelo. Aquellas palizas impactaron sobremanera a Conchita, quien además presenció cómo los más pequeños eran atizados y asesinados sin escrúpulo alguno. El tema de la maternidad siempre fue uno de los temas más dolorosos a recordar para esta hispanofrancesa.

> «Muchas fueron detenidas y no supieron durante años qué pasó con sus hijos. Los buscaron después con la ayuda de la Cruz Roja. Algunas tuvieron suerte y los encontraron en orfelinatos. Otras jamás volvieron a saber nada más».

Una de las vivencias que le marcó especialmente, fue cuando accidentalmente contempló el asesinato de tres niños a manos, y así nos da a entender por los datos recopilados, de Dorothea Binz, la supervisora en jefe en esa época. Aquel suceso le embargó de horror, llenándole de impotencia.

> «Lo recuerdo perfectamente. Uno de ellos, el más pequeño, tenía solo tres o cuatro años y corría por la calle de los barracones. Una de las *Aufseherinnen* le gritó, pero el niño no la escuchó y ella le lanzó el perro. Lo mordió y lo destrozó. Después ella lo remató a palos».

El único pensamiento de Conchita y del resto de sus compañeras era cavilar que quedaba un poquito menos, que pronto se terminaría todo. La idea de ser liberadas era lo único que las hacía resistir y mantenerse con vida. Pero no se lo ponían nada fácil a aquellas prisioneras que trabajaban de sol a sol, víctimas de la esclavitud y la agresividad. En el caso de la joven española, al finalizar su jornada —dado que trabajaba en la fábrica a las afueras de Ravensbrück—, siempre dormía fuera, al borde de la carretera. Daba igual si hacía frío, nevaba, si llovía o había hielo, su casa era el suelo del prado. Incluso allí también se vivían dramáticas escenas repletas de sangre.

> «Una noche llegamos a un bosque de pinos. Los árboles eran jóvenes, y las ramas bastante bajas, lo que hizo que nosotras enseguida buscáramos uno grueso para reunirnos todas bajo el árbol. Encontramos un pino que las ramas tocaban casi al suelo; nos pusimos todas debajo, como pudimos, y aquella noche los SS,

dispararon con las ametralladoras y mataron a todos los que quedaban de la columna; todos, hombres y mujeres, fueron asesinados mientras dormían. Cuando se hizo de día y vimos aquella carnicería, es indescriptible el horror que sentimos, sabíamos que eran malvados y sin entrañas, pero ver estos crímenes gratuitos»[33].

Al igual que le ocurrió a Neus Catalá, Conchita Ramos también fue testigo de cómo los supuestos médicos del campamento realizaban toda clase de aterradores experimentos para probar absurdas teorías científicas.

> «Cuando me dijeron "te enseñaremos a las *petites lapines* —conejitas—", yo, inocente, preguntaba si acaso conseguiríamos conejos para comérnoslos. Nos llevaron a un barracón donde vi mujeres a las que les habían operado las piernas, cortado tendones, los músculos, rasgado la piel, se les veía el hueso, todo para experimentar con el cuerpo humano. Tenían unas cicatrices horribles. A otras les inoculaban productos químicos o las amputaban».

Un tiempo más tarde y debido a su juventud fue conducida junto a su tía y su prima a un Kommando a las afueras de Berlín llamado Auberchevaide. Allí trabajarían día y noche fabricando material de aviación. Junto a ellas otras 500 mujeres. «Yo debía controlar las piezas, pero hacíamos sabotajes. Lo hacíamos todas. Me dieron muchos bastonazos», contaba orgullosa Conchita.

Con la llegada del bando aliado, la española salvó su vida y quedaron solamente 115 mujeres más. Su valentía le valió numerosas condecoraciones como la Legión de Honor del Gobierno francés y la Medalla de la Resistencia. Sin embargo, nada podía borrar ya las huellas de la inhumanidad, el salvajismo y la tortura. El silencio fue traumático, pero el reencuentro con su familia y el nacimiento de su primer hijo en noviembre de 1947 lograron eliminar poco a poco sus angustias y miedos.

> «Cuando vuelvo el pensamiento atrás, me digo siempre: "Después de lo vivido, no hay que desesperar; estamos juntos en vida, ya encontraremos la solución". Los que hemos vivido tanta tragedia, nos volvemos filósofos y optimistas, como quieras»[34].

## Mercé Núñez

«Paquita Colomer», que era así como Mercedes Núñez era conocida entre sus compañeras del campo de concentración de Ravensbrück, nació en Barcelona en 1911 en el seno de una familia acomodada con una joyería en Las Ramblas. De padre gallego y madre catalana, Mercé a la edad de 16 años ya trabajaba como secretaria de Pablo Neruda, en aquel entonces, cónsul de Chile en la ciudad condal. Ejerce labores burocráticas en las sedes del comité central del PSUC y UGT hasta que en enero de 1939, decide trasladarse a Francia para asumir la organización del PC en La Coruña. Poco después es detenida y llevada hasta la prisión de Betanzos. En 1940 la trasladan a la Cárcel de las Ventas de Madrid donde fue condenada a 12 años y un día por «auxilio a la rebelión militar».

No se sabe si por un error o por obra del destino, el General Juez del Juzgado de delitos de

espionaje procesa la orden de su liberación y Mercedes es excarcelada el 21 de enero de 1942. A partir de ese momento, comienza una vorágine: primero huye a Francia, donde pasa un tiempo en el campo de internamiento de Argelés; después se convierte en parte activa de la Resistencia; y cuando se encontraba trabajando como cocinera en el Cuartel General de Carcassone facilitando toda clase de información, un chivatazo hace que la GESTAPO la encuentre y la detenga en 1944. Inicialmente la llevan al campo de Saarbrücken para acabar en el de Ravensbrück.

Para Mercé los alemanes no hablaban un idioma, no emitían palabras, más bien expresaban aquel fanatismo y brutalidad mediante «ladridos». Lo que hacían era «ladrar»:

> «Grupos de SS. Ladrando insultos; [sic] el "obermeister" ladra de tal manera que le puedo ver todas las muelas de oro y hasta la garganta; [sic] los altavoces ladran en alemán.»[35].

De hecho, la prisionera española, perpleja ante los acontecimientos que allí se sucedían, no daba crédito a cómo los nazis mantenían a las presas durante horas y horas totalmente desnudas, exponiéndolas en público mientras se mofaban de ellas y las maltrataban. La respuesta de Mercé era permanecer impertérrita mientras le chirriaban los dientes del desespero. Cuando alguna de las supervisoras la miraba no tenía «vergüenza en verme desnuda en su presencia, como si fuese un perro más o una piedra. Es el momento en que termino por excluirlos de la comunidad humana. Para mí son bípedos y basta».

Pese a la aparente fortaleza física que mostraba la catalana, en realidad, su salud no era para nada buena. Cada día intentaba disimular su empeoramiento. Esto le ayudó a salvarse de la cámara de gas y para ser tildada de apta en el trabajo. Ese «premio» le valió para iniciar tareas en el combinado metalúrgico HASAG donde fabricaban obuses en un campo de concentración a las afueras de Leizpig. Su afán por entorpecer el buen funcionamiento de la máquina del Imperio Nazi, comenzaba por la propia cadena de producción donde ella se encontraba.

> «Muy concienzudamente me harto de enviar al desguace obuses buenos, de dar como perfectos los defectuosos y enviar a desbarbar los que tienen medidas correctas. Tenemos que recordar que cada obús inutilizado son vidas de los nuestros ahorradas».

La lucha interna de Mercé por derribar la monstruosidad de aquellas gentes se hacía constar en cada una de sus maniobras. Y aunque su salud seguía de mal en peor, ella aguantaba y soportaba, no solo las palizas que la propinaban, sino, sobre todo las humillaciones consumadas contra algunas de sus camaradas.

El sufrimiento era uno de los ingredientes más difíciles y crueles en el día a día de estas mujeres, que veían cómo el hambre y la muerte las rodeaba continuamente. Los niños fueron las víctimas más débiles de esta barbarie. Cuenta Mercé que en una ocasión una de las guardianas arrebató a una joven madre su bebé de tres días. La condenó a trabajar y a producir para una de las empresas alemanas que practicaba la esclavitud laboral. Si le quedaban fuerzas para vivir, tenía que ser destinado para ellos. El niño fue llevado a la cámara de gas.

A este respecto, hay situaciones límite que a la misma Mercedes le generaban vergüenza por los

sentimientos que le removían. Me refiero, por ejemplo, a aquella donde los mandos superiores del campo procedían a escoger cincuenta mujeres, que bien por tener una mala salud, o bien por no ser aptas para el trabajo, acabaron siendo designadas como «transporte» (la cámara de gas). Es en ese preciso instante cuando Mercedes, que como apuntaba tenía una salud muy deficiente, temiendo ser elegida se hizo esta reflexión: «¿Por qué aquella idea indigna, por qué aquella especie de alivio cada vez que el comandante señala una nueva víctima? Me doy asco a mí misma». Desgraciadamente, era su vida o la de sus compañeras. Era una triste realidad ensombrecida de extrañas emociones. Pero siguiendo con la historia que explicaba, llegó el momento del macabro cómputo final, y cuando ya habían sido escogidas cuarenta y nueva mujeres, la joven española ayuda a Madame P. susurrándole que se quite las gafas y las esconda. Eso era signo inequívoco de debilidad en un centro de trabajo, pero decide no condenarla. ¿Quién es ella para hacerlo? Así que Mercé ayuda a la pobre mujer aún a sabiendas de que podría no salvarse y terminar en la fosa. No practica el silencio y ambas mujeres consiguen escapar a la muerte.

Hazañas como esta, a veces salpicadas por tentaciones y debilidades egoístas, son las que inundan todos los campos de concentración nazis.

A comienzos de abril de 1945 Mercedes, aquejada por una grave hemotitis (hemorragia en el aparato respiratorio), es ingresada en la enfermería del *Schoenenfeld (Revier)*, la antesala de la cámara de gas. Pero tuvo suerte, el mismo día que iba a ser gaseada —el 14 de ese mes— las tropas aliadas llegan a las instalaciones. La joven republicana se había salvado por los pelos. A partir de aquí inicia una nueva vida. Se casa con Medardo Iglesias, capitán de asalto durante la república, y tienen un hijo, Pablo Iglesias Núñez. El 10 de abril de 1959 el gobierno francés le concede la *Médaille Militaire* y el Presidente de la República Charles de Gaulle, el título *Chevalier de la Légion D'Honneur*, el 2 de enero de 1960.

Una de las más famosas reflexiones de Mercé, alias «Paquita Colomer», la hizo en su segundo libro *El carretó dels Gossos*, mencionado anteriormente. Este pensamiento, al finalizar la obra, le dota de cierto sentido moral al narrar sin ningún tapujo:

> «Escribo porque se tiene que contar, aunque no sepa demasiado, con mi vocabulario empobrecido por el auxilio; porque no se trata de hacer obra literaria, sino de decir la verdad.
>
> [sic] Después hubo un largo paréntesis de sanatorios, hospitales casas de reposo, recaídas y quirófanos. Hubo que vencer el miedo de volver a la vida normal, aprender de nuevo, como una criatura pequeña, los gestos sencillos: pagar el alquiler, ir al horno a comprar el pan, saludar a un vecino; salir del ghetto moral, del "yo ya no soy como los demás", "los que no han ido a los campos no pueden comprender". Y no decirse nunca "yo ya he hecho bastante, ahora que los jóvenes…", sino darse a la vida plenamente, caminar siempre al lado de los que van adelante sin dejarse como dice Maragall, "llevar a la tranquila agua mansa de ningún puerto"».

## Secundina Barceló

Durante el proceso de rigurosa investigación y documentación para la creación de esta obra, se ha dado la circunstancia de que en el caso de Secundina Barceló no hay muchos datos biográficos, ni siquiera fotos públicas. De hecho, el único testimonio que existe es el que dejó a Neus Catalá, otra de las supervivientes de Ravensbrück a la que ya hemos hecho referencia, para el libro que esta publicó con testimonios de otras 49 mujeres españolas y que tituló: *De la Resistencia y la Deportación*.

Por lo que sabemos, en febrero de 1939 Secundina Barceló entra en Francia huyendo hacia el exilio a través de la frontera de Puigcerdá. Miles de republicanos españoles la acompañaban. Pero fue apresada e internada un par de días en un hangar de la estación de La Tour de Ca-rol, junto a otras mujeres, niños y hombres de edad avanzada. De allí fue trasladada a Los Andelys, alojándose en una antigua cárcel de menores hasta junio de 1940. Poco después huyó de las tropas alemanas junto al resto de la población. Finalmente acabó en París.

Tras pasar unos días refugiada en un «garaje de asilo» permaneció en el cuartel Les Tourelles junto a un numeroso grupo de españoles donde su compañero, Rafael Salazar, entró en contacto con José Miret, uno de los dirigentes españoles de la MOI (Mano de Obra Inmigrada-*Main d'oeuvre immigrée*). En el cuartel emprendieron un trabajo de organización, distribución de octavillas y prensa clandestina entre los españoles. A su vez se utilizó a Secundina de enlace y para el reparto de diarios, hasta que en enero de 1941 se marchó a Orleáns. Allí realizó las mismas actividades, pero a mayor escala. En enero de 1942 su compañero Rafael Salazar es enviado a la Bretagne y Secundina se queda sola en Orleáns con su hijo de 9 años:

> «… a pesar de tener que trabajar para poder comer, continué las actividades clandestinas, poniendo a la disposición de la organización clandestina la habitación que ocupábamos y que fue a menudo utilizada para reuniones de los dirigentes de la MOI y de los "maquis" de la región; y también algunos perseguidos por los nazis o la Milicia se camuflaban varios días en mi casa, hasta que se les podía encontrar otro sitio seguro o los medios para hacerles pasar a zona no ocupada»[36].

En cambio, alguien que quería librarse de la cárcel y que trabajaba para la resistencia, la denunció y fue detenida el 19 de julio de 1944. Los agentes de la GESTAPO irrumpieron en su casa a las tres de la tarde haciendo un registro general e incautando la prensa, las octavillas y lo que encontraron de valor. Si dicha incursión se hubiera realizado horas antes, la hubieran descubierto en plena reunión con otros responsables españoles, franceses y de la MOI.

Tras su captura, Secundina fue llevada a las oficinas de la GESTAPO en Orleáns, donde la tuvieron 15 días de interrogatorio «acompañados de bofetadas, puñetazos, quemaduras con cigarrillos en los brazos. Ante mi silencio, más tarde emplearon la matraca, luego el lavabo y finalmente, el suplicio de la bañera. Como continuaba sin querer hablar, me amenazaron con que, si no daba los nombre y domicilios de los responsables de la Resistencia local y regional, detendrían a mi hijo y lo colgarían».

Durante ese tiempo algunos de sus compañeros de batalla fueron detenidos, y cuando por fin permitieron a Secundina salir al patio, estaba tan desfigurada que sus camaradas tan solo pudieron reconocerla por los zapatos que llevaba.

«A principios del mes de agosto de 1944 fui de Orleans a la cárcel de Fresnes, donde estuve hasta el 15 del mismo mes, en que fui deportada a Ravensbrück, siete días y siete noches de viaje, 70 mujeres por vagón de mercancías, en las condiciones trágicas conocidas por todos los deportados.

Hice la cuarentena en Ravensbrück, que duró menos de un mes, en un block infecto (como todos), hacinadas y maltratadas (como todas) y nos hicieron trabajar transportando arena de un lado para el otro, y al mediodía la clásica "gamella" de un líquido pomposamente llamado "sopa", que era tan infecto como el block…».

Tras un tiempo en Ravensbrück, soportando toda clase de aberraciones y tratos inhumanos, transfieren de nuevo a Secundina, pero esta vez al campo satélite de Abteroda donde estuvo unos meses trabajando en una fábrica de material de guerra. Cumplido el plazo, vuelve a ser deportada ahora al campo de Markkleeberg. De día cumplía tareas con un pico y una pala y por la noche como refuerzo en la descarga de vagones de carbón.

Sin embargo, cuando los aliados empezaron a ganar terrenos a los alemanes, estos decidieron abandonar el recinto junto con las prisioneras a quienes hicieron caminar por la carretera en dirección a Checoslovaquia. Fueron días interminables. A lo largo de esa caminata y en un despiste de los guardias, Secundina y otras tres compañeras suyas consiguieron escapar corriendo campo a través hasta que por fin dieron con uno de trabajadoras voluntarias. Allí les dieron de comer y las escondieron hasta la llegada de las tropas soviéticas ocho días después.

A finales de 1945 y tras pasar unos días en un hospital de campaña americano, Secundina consiguió llegar a París y refugiarse en el hotel Lutetia. Su afán de lucha y supervivencia dotaron a esta española de unas ganas inmensas por derrocar el sistema de gobierno nazi pese a las trabas físicas y emocionales a las que fue sometida. La resistencia que tuvo le valió su ulterior liberación.

## LA FIESTA DE NAVIDAD DE 1944

Si hay algo inaudito en toda la historia de Dorothea Binz, no son ya los ademanes bruscos, ni las miradas ávidas de depravación, ni siquiera sus actuaciones repletas de encarnizamiento, o delincuencia. Si existe algo que me ha dejado noqueada mientras investigaba a este demonio vestido con piel de mujer, es la incongruencia mostrada en la Natividad de 1944, cuando permitió que un grupo de prisioneros de Ravensbrück organizasen una fiesta de Navidad para los niños encarcelados. Si hasta aquí hemos conocido la faceta más sádica de la personalidad de la *Oberaufseherin*, a lo largo de las próximas líneas descubriremos que detrás del monstruo también había una persona de carne y hueso. O eso parecía.

Aquí me pregunto, ¿por qué esperar a las Pascuas para sacar su «verdadero yo»? ¿Es posible que inusualmente *la Binz* supiese lo que era la compasión? Veamos qué sucedió.

Un mes antes de la Navidad de 1944 una organización conocida como el Comité Internacional de la Infancia vio la luz en el centro de internamiento de Ravensbrück, cuyos representantes procedían de casi todos los barracones. Su objetivo principal era planear, organizar y dar una fiesta navideña a los infantes que allí residían en un intento por llenar de alegría y color un lugar horrible con

circunstancias aún más tétricas. En este sentido, si para aquellos chiquillos la Navidad era un momento indispensable en sus vidas, para los integrantes del comité supuso una válvula de escape ante tanta muerte y destrucción.

Una vez que la idea de la fiesta recorrió todos los rincones del campamento, las reclusas comenzaron a entusiasmarse. La expectativa y la emoción que suscitaba toda aquella celebración les hacía olvidarse de su propia tragedia personal. Nada les entusiasmaba tanto como regalar solidaridad a unos críos que no tenían ni culpa ni pena de lo que los adultos estaban haciendo.

Todo el mundo quería colaborar, planificar, dar ideas y sobre todo participar en aquella risueña gala. Para ello, a principios de diciembre se idearon cuentos y canciones especiales para la ocasión; contarían con el llamado «Hombre de la Navidad», el equivalente a Santa Claus; y por supuesto, habría comida extra para los niños, así como pequeños regalos. Todo era poco para alegrar la vida de una infancia truncada por la guerra y por el radicalismo del Nacionalsocialismo.

Una de las partes del programa más especial y que inspiraba una mayor agitación entre las féminas encargadas de llevarla a cabo, era un espectáculo de *Kasparltheather* (títeres). La imaginación y las risas estaban aseguradas.

Aquí me gustaría recalcar que cualquier actividad que se hiciese en el campamento debía de ser aprobada por las autoridades del campo. Todo lo que sucedía y sucediese tras aquellas rejas debía de pasar por las manos de la supervisora en jefe Binz y sus ayudantes. De hecho, en cuanto al evento navideño se desconocen qué negociaciones se produjeron y cómo consiguieron su aprobación. Pero así fue, permitiendo al comité usar un cuartel que recientemente había sido anulado y desinfectado y que se conocía como Bloque 22.

Tras la obtención del permiso el equipo de trabajo de la madera se encargó de construir el escenario y el teatro de marionetas; el de la pintura de dejarlo todo listo y embellecido; y los presos soviéticos de dejar apunto la iluminación y los aspectos más técnicos. Una artista checa fabricó las cabezas de los títeres y las reclusas francesas cosieron sus trajes. Incluso, talaron un magnífico árbol navideño para que todo fuera perfecto decorándolo con papel de aluminio y velas.

La celebración de esta fiesta también contemplaba la comida, así que la mayoría de las presas comenzaron a guardar pan y mermelada por si sus captores no cumplían su palabra de dar ración extra a los niños. Además, las internas fabricaron los regalos con sus propias manos, sirviéndose de las telas robadas de alguna de las fábricas textiles de las SS donde trabajaban a diario, e incluso, idearon la forma de hacer juguetes con cualquier cosa que se encontraban. Pero una semana antes de la celebración de la fiesta, el personal nazi con Dorothea a la cabeza, empezó a sospechar que sus reas estaban robando materiales, por lo que iniciaron una especie de controles en los que se confiscaron algunos de estos regalos. Tras el incidente, el comité infantil decidió ser más cuidadoso con el tema de los presentes. Para ello en vez de entregarles los juguetes el mismo día de la fiesta, sería el Hombre de Navidad quien se los colocaría bajo sus almohadas.

Aunque el entusiasmo de los adultos era evidente con tal de hacer felices a las criaturas, lo cierto es que a causa de los conflictos internos surgidos entre las reclusas durante la organización del evento, finalmente hubo una escisión en el comité. Las desavenencias vinieron de parte del grupo de reclusas de Polonia que querían una fiesta religiosa con historias procedentes de la Biblia y música genuina para los 96 - 100 niños polacos del campo. Para ellas el evento organizado por el Comité Internacional de la Infancia, del que formaban parte las comunistas, se estaba convirtiendo en una celebración demasiado laica en la que no estaban para nada de acuerdo. Así que ahora había dos

fiestas de Navidad.

Llegó el gran día. La tarde del 23 de diciembre de 1944 el Comité Internacional de la Infancia en Ravensbrück inició su especial fiesta navideña para todos los niños del campo de concentración, excepto para los polacos. El Bloque 22 fue transformado completamente y a la llegada de los más pequeños se encontraron con tableros forrados de papel de aluminio donde se habían depositado raciones de salchichas y mermelada. En otra de las estancias del barracón, aquel donde se encontraba el escenario del teatro de títeres, se habían apilado filas de taburetes para que no se perdieron el más mínimo detalle.

Todos se encontraban sentados ya cuando las confinadas encargadas de tocar música llegaron a la sala. Aquella tarde la habitación tenía una iluminación especial. Las velas del árbol de Navidad lo inundaban todo, aportando un ambiente cálido al frío bloque. Momentos antes de que todo diera comienzo, los niños se sentían entusiasmados, alegres, esperando expectantes.

En la puerta, una de las representantes del comité notificó al oficial al cargo el tiempo que duraría aquella velada. Entonces, la *Oberaufseherin* Binz y su amante el *SS-Schutzhaftlagerführer*, Edmund Bräuning, entraron en la sala para unirse al espectáculo. Al verles, los chiquillos se pusieron firmes. Allí de pie, los pequeños escucharon un breve discurso del ayudante del comandante que los alentaba a ser buenos compañeros para que pudieran celebrar la próxima Navidad en casa. Los menores lo miraban temerosos, le tenían pavor.

Al finalizar el banal alegato, dio comienzo la fiesta mientras el coro interpretaba *Oh Tannenbaum*. Entretanto los dos superiores se colocaron en la primera fila. Todos cantaban con aparente felicidad. Pero repentinamente, los niños dejaron de alzar la voz. De sus labios no salía ya ninguna nota, no podían cantar más, así que comenzaron a llorar y sollozar. Primero en silencio, pero después más y más fuerte. Los recuerdos de su última Navidad en casa les hizo derrumbarse y acordarse de que no tenían a sus familias cerca. Nadie podía cantar. El coro tan solo dio unos pequeños compases, pero no pudo evitar que las lágrimas corrieran por sus rostros. La sala se llenó de absoluta tristeza, de rabia contenida, de miedo por no saber si volverían a sus hogares tal y como les había recordado Bräuning en su sombrío discurso.

Y entonces sucedió lo que nadie se esperaba.

> «La brutal Oberaufseherin Dorothea Binz, se levanta pálida y sale corriendo, tras ella sale Bräuning. ¿Tal vez se sintió culpable, o quizá le quedaba en el último rincón de su corazón, un poco de compasión que no quiso demostrar? ¿Acaso sentían la injusticia que les habían causado a estos niños? Nosotras respiramos con alivio cuando ellos salieron de la habitación. Las compañeras se calmaron rápidamente. Apagaron las velas y encendieron lamparitas de colores en el teatro de muñecos: cuando Kasperle apareció y fue engañado por el insolente Atze, lentamente los niños olvidaron sus penas. Ya se podía escuchar una tímida risa. El barullo detrás del telón se hizo cada vez más alegre, Atze cada vez mas descarado, y Kasperle saltaba de un lado para el otro del escenario. En ese instante estalló una fuerte risa. Lo habíamos logrado, los niños comenzaron poco a poco a olvidar la realidad que les rodeaba. Las luces del árbol de Navidad fueron encendidas nuevamente y ahora llegó la hora de abrir los regalos: ¡Dos rebanadas de pan para cada niño!»[37].

Desde su apertura el 15 de mayo de 1939 la Navidad de 1944 supuso el mayor acto de solidaridad jamás visto en el campo de Ravensbrück. La propia Dorothea Binz, una de sus más atroces maltratadoras y asesinas, también sucumbió aparentemente a aquel espíritu navideño. Son bastantes las conjeturas que podemos extraer tras su inesperada reacción. Imagino que ver a todos aquellos niños llorando porque en el fondo sabían que esa iba a ser la última vez que celebrarían algo así, la debió de conmover o si cabe, remover las extrañas. De todas formas, para reclusas comunistas como Erika Buchmann, la momentánea generosidad exhibida por sus verdugos no significaba un acto solidario en sí mismo, sino el pánico que tenían al saber que el ejército soviético ya se iba acercando.

Porque, ¿hasta qué punto criminales de la talla de Binz mostrarían un arrojo de humanidad si por otro lado, participaban activamente en la selección de niños para experimentación y gaseamientos? No podemos hablar de lógica, porque es evidente que todo lo que acontecía tras los muros del campamento, no la tenía. Los miembros del Tercer Reich jamás la tuvieron.

## HUIDA DEL «PUENTE DE LOS CUERVOS»

La guerra iba avanzando y el bando aliado iba ganando terreno a los alemanes, quienes poco a poco iban sintiendo lo que era el miedo, pero no el temor a ser encarcelados y juzgados, sino el pavor a perder el poder que habían conseguido en los últimos años. Ya lo auguró el ministro de Propaganda nazi, Joseph Goebbels, en uno de sus muchos artículos correspondientes a los diarios publicados bajo el título *Die Tagebucher von Joseph Goebbels*: «No sentimos compasión por los judíos, la única compasión es hacia el pueblo alemán». En aquellas palabras radicaba la crueldad de unos actos ejecutados por sus subordinados, que en obediencia a Hitler y a la ideología nazi, aniquilaron a seis millones de personas. «No podemos fusilar a tres millones y medio de judíos, no podemos envenenarlos, pero tenemos que ser capaces de dar los pasos suficientes para llevar a cabo con éxito su exterminio», declaró en otra ocasión el político germano.

Este espíritu de superioridad, oriundo de las más altas esferas, era el que también reinaba a pie de campo, en los de Ravensbrück, Auschwitz, Bergen-Belsen, Dachau y tantos otros. Allí el personal responsable de vigilar a los reclusos, como la supervisora en jefe Dorothea Binz, repartía todo tipo de maltratos. En su afán por mantener su rango y poder sobre los demás, continuó con su rutina de sacrificios y aberraciones tanto en el interior del temido búnker como fuera de él. Pero el tiempo corría velozmente y el régimen nazi iba perdiendo terreno con relación a sus enemigos. Era el momento de alejarse y Binz no podía quedarse atrás.

Unos días antes de la liberación del campo de concentración de Ravensbrück, la *Oberaufseherin* y el resto de guardias procedieron a evacuar el campamento para evitar ser sorprendidos por el ejército ruso, quien según las noticias que les llegaban, estaba cada vez más cerca. De este modo y para evitar que el mundo supiera de la existencia de estos centros de exterminio, no solo se procedió a la destrucción de toda clase de documentación que les incriminara sino que además, se iniciaron las llamadas «marchas de la muerte». Estas consistían en el traslado forzoso de miles de prisioneros, unos 20.000 en aquel momento, de Ravensbrück hacia el interior de Alemania. Entre los cabecillas de aquella magna evacuación se encontraba, cómo no, *la Binz*.

Durante aquellos días, hablamos que esta situación se produjo hacia el 27 de abril de 1945 y que

la liberación del campo fue tan solo tres días después, no se sabe a ciencia cierta qué ocurrió en aquellas largas caminatas donde los reclusos, hombres y mujeres, no tenían nada que llevarse a la boca. Muchos murieron por el camino, otros fueron asesinados por convertirse en un lastre y algunos más, quizá mentalizados por las circunstancias, preferían seguir andando hasta la extenuación. En cambio, algunas informaciones apuntan a que en realidad esta supervisora decidió huir por su cuenta, deshaciéndose de su uniforme y de su identidad y dejando atrás la destrucción de la que había formado parte. Por suerte, mientras Ravensbrück era liberado del horror por militares rusos el 30 de abril, Dorothea Binz era capturada por los británicos en Hamburgo el 3 de mayo. Al final, el demonio había sido enjaulado.

La criminal y varias auxiliares de las SS fueron trasladadas a una prisión de reciente creación en la ciudad de Recklinghausen, lugar antiguamente utilizado como satélite por el despreciable campo de concentración de Buchenwald.

La *Oberaufseherin* Binz y sus camaradas fueron juzgados en Hamburgo entre el 5 de diciembre de 1946 y el 3 de febrero de 1947. Esta vista fue la primera de los siete procesos que se celebrarían para averiguar lo acontecido en este campo de concentración. Recibieron el nombre de los Juicios de Ravensbrück. Todos los inculpados (Dorothea Binz, Johann Schwarzhuber, Gustav Binder, Rolf Rosenthal, Greta Bosel, entre otros) fueron acusados conjuntamente de:

> «cometer un crimen de guerra en cuanto que ellos, siendo miembros del personal del campo de concentración de Ravensbrück entre los años 1939 - 1945, y en violación de la ley y de los acuerdos de guerra, cooperaron en el maltrato y asesinato de los internos nacionales de los Países Aliados».

## PRIMER JUICIO DE RAVENSBRÜCK

Durante aquel proceso judicial presidido por el mayor V.J.E. Westropp la estrategia del abogado defensor de Dorothea Binz, el Dr. Alfred Beyer, fue clara: acarrear toda clase de responsabilidades a sus superiores directos respecto a las decisiones tomadas en el campo de concentración. Es decir, todo cuanto la *Oberaufseherin* hizo o deshizo durante su estancia en Ravensbrück, fue gracias al cumplimiento de órdenes que recibía de la comandancia. Sin embargo, ¿por qué y para qué se interrogaba a las prisioneras del campamento? Esa era una de las muchas cuestiones que emergieron a lo largo de la vista y que Binz respondió argumentando que era una forma de proteger el centro.

También se habló de los famosos castigos corporales que «supuestamente» infligía en primera persona —como hemos visto anteriormente, lo hacía con severidad—, y que según parece solo debían de llevarse a cabo en situaciones excepcionales.

Cuando su abogado pregunta a Dorothea sobre la posibilidad de que las presas en realidad se sentían satisfechas con el trato recibido, ella replica: «Creo que prefieren eso a ser privadas de su comida, o algo más». Aquí la supervisora dejó entrever los castigos que imponían el comandante del campo y el *Schutzhaftlagerführer* (su adjunto). Según datos aportados por la acusada, ella llegó a entregar a sus superiores en torno a 50 o 60 denuncias escritas por las prisioneras. Estas se las entregaban al *Funktionshaftlinge* (prisioneros que se utilizaban como guardias), quien a su vez se las hacía llegar a la *Oberaufseherin*.

Durante su interrogatorio Binz confesó haber abofeteado o golpeado con una regla a alguna rea impertinente, pero negó que hubiera denuncias ya probadas sobre el tema. Incluso indicó haber sido testigo presencial de aquellos presuntos delitos y que si en algún momento se volvió violenta, fue tan solo una cuestión de hacer cumplir «el orden y la disciplina» en el centro. La única forma de garantizar que los 30.000 presos pasaran lista para ir a trabajar era recurriendo a la fuerza.

La cobertura de prensa en el juicio de Ravensbrück fue fundamental para dar a conocer al mundo lo que había sucedido durante la guerra. Al fin y al cabo en este proceso declararon numerosos supervivientes, por lo que se hacía imprescindible la participación de la mayoría de países de Europa. La cadena BBC fue una de las encargadas de informar sobre los experimentos realizados, aunque las mejores improntas se obtuvieron gracias a una cámara robada del campamento donde había fotografías de las propias víctimas con sus heridas infectadas y sus piernas mutiladas. Aquello conmocionó a la opinión pública.

En las primeras tres semanas de juicio y procedentes de nueve países diferentes, un total de veintiún testigos declararon sobre las condiciones de vida que prevalecieron en el campo. Y a principio de enero de 1947 los reportajes de los periódicos empezaron a mostrar la magnitud de las vejaciones realizadas por los médicos alemanes en los recintos de internamiento.

Los diarios británicos como el *Daily Mail, The Sunday Dispatch* y *The Dotty Express* enviaron corresponsales propios para cubrir el juicio e informar diariamente sobre lo que sucedía en la sala. Había opiniones para todos los gustos. Algunos se posicionaban a favor de los acusados, disculpándolos completamente, mientras que otros los señalaban para ser ajusticiados por un verdugo. De hecho, una mujer que conocía Ravensbrück puso en duda la calidad de los declarantes pese a sentir júbilo por la condena a muerte de la mayoría de los imputados. En una carta escrita en marzo de 1947 a una amiga suya le cuenta:

> «He seguido el juicio de Ravensbrück y estoy satisfecha de que la bruja, Binz (la acusada), esté acabada. Ahora su cabeza de ángel comenzará a pudrirse. No estoy contenta con el resto de los veredictos. Tuve la sensación de que los testigos no fueron lo suficientemente claros. Bien, dime Kate, ¿dónde están los demás?. Aún están desaparecidos; ¿no fueron detenidos?»[38].

Por otra parte, durante las ocho semanas que se prolongó este primer proceso, acudir a la corte se había convertido prácticamente en un evento social. Una vez dentro, la gente comentaba qué ocurría en su interior, pero sobre todo cuál era el verdadero comportamiento de los acusados. «Ellos están sonriendo y moviendo sus manos», decía un testigo.

> «Pero sus caras muestran claramente que son completamente indiferentes al juicio. Estas bestias que arrancaron los dientes de oro de gente inocente y que les golpearon y destrozaron, no se dan cuenta de que son justamente acusados por la nación alemana y no por la británica. La mayoría de ellos son bastante jóvenes, y aunque parecen algo cambiados, uno se da cuenta enseguida de que han terminado con su vida. El excomandante del campo parece como un gitano viejo»[39].

El 3 de febrero de 1947 el Major Westropp leyó el veredicto. Juzgaba y condenaba a Dorothea Binz, *Oberaufseherin* de Ravensbrück, a morir en la horca por cometer crímenes de guerra. Los dramáticos y escalofriantes testimonios que se escucharon en la sala la señalaron como uno de los brazos ejecutores e indiscutibles de aquella masacre.

## Murió con entereza

A las nueve de la mañana del 2 de mayo de 1947 en la prisión de Hamelín, Dorothea Binz se encontró cara a cara con su verdugo, el británico Albert Pierrepoint, quien le señaló dónde debía colocarse para proceder a la ejecución. Justo en ese mismo lugar, pero dieciséis meses antes, tres de sus alumnas más aventajadas, Irma Grese, Elisabeth Volkenrath y Juana Bormann, habían encontrado la muerte. Curiosamente, la supervisora nazi se enfrentó a su ejecución con la misma entereza y serenidad con la que tiempo atrás lo habían hecho sus camaradas.

Allí se encontraba Binz, con los pies en la trampilla, esperando a que Pierrepoint le colocase la capucha negra y la soga alrededor del cuello. Unos segundos después se pudo escuchar el crujido de la muerte. Dorothea Binz, la despiadada criminal que había asesinado cruelmente a miles de mujeres, acababa de morir.

# HERMINE BRAUNSTEINER

## LA YEGUA DE MAJDANEK

**Nombre real:** Hermine Braunsteiner o Hermine Ryan (al casarse)
**Apodo:** La Yegua de Majdanek, Kobyla, Mare of Majdanek.
**Nació:** Viena, 16 de julio de 1919
**Murió:** Bochum (Alemania), 19 de abril de 1999 (sin confirmar)
**Puesto:** Oberaufseherin en el campo de concentración de Ravensbrück y Aufseherin en el de Majdanek
**Tortura preferida:** Propinar patadas a modo de coces y fustigar con un látigo en el rostro del reo
**Nº asesinatos:** cerca de 200.000 personas
**Condena:** en su primer juicio solo cumplió 3 años de cárcel; vivió libre en EEUU hasta que fue capturada y juzgada en el Tercer Juicio de Majdanek. Aquí obtuvo dos cadenas perpetuas pero fue puesta en libertad después de 15 años.

*Después de 15 o 16 años, ¿por qué molestan*
*a la gente? Yo fui castigada lo suficiente.*
*Estuve en la cárcel durante tres años.*
*Tres años, ¿te lo puedes imaginar?*
*¿Y ahora quieren algo de nuevo de mí?*

Hermine Braunsteiner

No siempre la justicia apresa a quienes cometen delitos del calibre que entraña este libro: los crímenes de guerra. Hermine Braunsteiner fue una de las «afortunadas». Célebre por su sadismo en los campos de concentración de Ravensbrück y Majdanek, la guardiana nazi desplegó sus malas artes contra mujeres y niños ensañándose con ellos a patada limpia. Aquella crueldad acababa normalmente con la muerte de sus víctimas. De ahí que la denominasen *la Yegua*. Una de sus coces podía dejar fuera de combate a cualquiera. Pero la atrocidad de la *Aufseherin* no solo se reducía a este tipo de castigos, muchas de las supervivientes del centro de internamiento relataron durante el juicio cómo en una ocasión había matado de un tiro en la cabeza a un pequeño al que su padre pretendía ocultar, o cómo parecía disfrutar propinando severos latigazos en el rostro de sus prisioneros.

Pero toda aquella violencia quedó impune ante la ley cuando tres años después de su detención, hablamos del año 1950, fue puesta en libertad. Entonces, Braunsteiner decide mudarse a Estados Unidos y tras su boda con un electricista americano se cambia el apellido por el de Ryan. Se había transfigurado en la vecina perfecta del barrio neoyorquino de Queens. Su tranquilidad concluye cuando, pese a conseguir la nacionalidad americana, el famoso «cazador de nazis» Simon Wiesenthal da con su paradero en el año 1964 e informa inmediatamente a las autoridades. A partir de aquí se

inicia una batalla para obtener su extradición al país de origen y para que sea juzgada de nuevo. El proceso se lleva a cabo en Düsseldorf en el año 1975 y concluye seis años después —uno de los juicios contra criminales de guerra nazis más largo de la historia—. Aún siendo sentenciada a dos cadenas perpetuas por asesinar a un total de 1.082 personas, en abril de 1996 el primer ministro alemán Johannes Rau, le perdona el resto de la pena merced a su mala salud. Muchos ratifican que la *Aufseherin* murió en 1999 en Bochum; ahora bien, un periodista del *New York Times* aseguró que pudo entrevistarla en el 2004.

Hermine Braunsteiner vino al mundo el 16 de julio de 1919 en la ciudad austríaca de Viena en el seno de una familia de clase trabajadora y humilde. Su padre Friedich Braunsteiner trabajaba de chófer de una

fábrica de cerveza, aunque hay informaciones que apuntan a que además, ejercía como carnicero. Su madre, María, era asistenta del hogar y se dedicaba a limpiar negocios y casas. La pequeña Hermine, la más joven de siete hermanos, fue instruida bajo la más estricta educación católica, algo sorprendente cuando profundizamos sobre su «carrera profesional» en los campos de concentración. De hecho, en su casa no se hablaba de política, ni se discutía sobre ello. Ninguno de los miembros de su familia mostraba interés alguno ante tal circunstancia, podemos decir que sus progenitores sentían una total indiferencia frente a los temas gubernamentales o estatales. No obstante y contra todo pronóstico, su hija acabaría formando parte de uno de los aparatos políticos más descabellados del siglo XX: el nazismo.

Aquella jovencita alta, rubia y de ojos azules, bastante atractiva y de mirada intensa, tenía un sueño: ser enfermera. Imaginamos que aquel afán por dedicar su vida ayudando a sus allegados, tenía mucho que ver con el acérrimo sentimiento católico que le habían inculcado desde niña. Su frustración fue grande al no poder hacer realidad su deseo —solo estuvo ocho años en el colegio—, así que tuvo que conformarse con trabajar en una fábrica de cerveza además de como empleada doméstica.

Entre 1937 y 1938, un año antes de afiliarse al partido nazi, se marchó a Inglaterra para ejercer como asistenta en la casa de un ingeniero estadounidense.

El 15 de marzo de 1938 tras el *Anschluss* (unificación) de Alemania y Austria donde el país austríaco se incorporaba a la Alemania nazi como una provincia del III Reich —pasando de denominarse Osterreich a Ostmark—, Hermine se convierte automáticamente en ciudadana alemana y decide regresar a Viena. Pocos meses después y ante las pocas expectativas laborales, vuelve a mudarse, pero esta vez a Berlín. Allí conoce la política de Hitler y tal y como les sucedió a muchas de las que serían sus camaradas, la fascinación le llevó a afiliarse al partido nazi. Aquella nueva ciudad le abre los ojos y le descubre un mundo muy distinto al que ella estaba acostumbrada. Para mantenerse encuentra trabajo en las fábricas de aviones Heinkel, factoría de donde salieron algunos de los aviones más rápidos de la época. Pero el sueldo que era más bien bajo no daba ni tan solo para vivir dignamente. Así es que Braunsteiner, dicen las malas lenguas que presionada por su casero, se arriesga a presentarse como guardiana de prisioneros en los campos de concentración. La tentación de cobrar cuatro veces más le hizo caer irremediablemente en la trampa y el 15 de agosto de 1939 comienza su entrenamiento como *Aufseherin* a las órdenes de María Mandel en el campamento de prisioneros de Ravensbrück.

## GUERRA ENTRE «BESTIA» Y «YEGUA»

Aquel verano se preveía diferente para la recién llegada Hermine Braunsteiner. Después de su polifacética trayectoria laboral, «El Puente de los Cuervos» sería un nuevo escalafón, un reto a superar día tras día. Su único objetivo era demostrar ante sus camaradas que ella sí servía para el puesto de guardiana y si tenía que contentarles de alguna forma un tanto «especial», lo terminaría haciendo.

Lo que empezó siendo una corta etapa de instrucción, tal y como les había sucedido a otras compañeras, acabó por ser su primer destino como *Aufseherin* a cargo de un número determinado de prisioneros. Se exhibía ante ellos con ciertas dotes de soberbia, altivez y sobre todo violencia. Poco a poco fue desplegando su lado más inhumano y bárbaro. Practicaba originales procedimientos infringiendo patadas a los internos hasta dejarles inconscientes. Entre las supervisoras que Braunsteiner tuvo durante su etapa más dorada estaban las *Oberaufseherin* Emma Zimmer, Johanna Langefeld o María Mandel, quienes conocían a la perfección su *modus operandi*. Ninguna de ellas le replicó lo más mínimo si se excedía en sus acciones, más bien todo lo contrario. Con la única con quien llegó a tener problemas en los últimos meses de permanencia en Ravensbrück fue con *La Bestia de Auschwitz*. Ambas se hacían notar, de eso no cabía duda; sus sanguinarios métodos eran muy populares en todo el recinto y ninguna quería perder ni su hegemonía ni su poder frente al comandante Max Koegel. Esto es, de marzo a octubre de 1942 Mandel y Braunsteiner empezaron una batalla campal para ver quién continuaba con la supervisión de Ravensbrück. Sin embargo, Hermine perdió y la relegaron a ser su auxiliar.

Si las perversiones tuvieron nombre, esas llevaban el de las dos criminales nacionalsocialistas.

En las dilatadas jornadas en el temido búnker donde se castigaba a las reclusas por cualquier disparate, Mandel y Braunsteiner desplegaban su lado más maquiavélico dando rienda suelta a sus fantasías más enfermizas. Los gritos de sus víctimas se podían escuchar en varios kilómetros a la redonda. La aparición de estas dos féminas hacía tremular al mismísimo lucifer. Algunos escritores y dramaturgos como Eugene Ionesco, se atrevieron a garantizar que «la única explicación para el Holocausto Judío está en la demonología».

Pero algún día tenía que zanjarse esa insostenible situación entre las dos guardianas. Por ello, en octubre de 1942 mientras que María Mandel fue transferida al *KL Konzentrazionslager* de Auschwitz, Hermine Braunsteiner hizo lo propio pero al de Majdanek donde ejercitó todo lo aprendido en su destino anterior. Su espeluznante fama ya la precedía, por lo que cuando llegó, muchos de los confinados que esperaban el milagro de la liberación supieron que no llegarían a conocerla jamás.

## MAJDANEK Y EL GASEAMIENTO DE PRESOS

Aquel centro de destrucción humana fue construido por la Alemania nazi en la Polonia ocupada. Ubicado a unos cuatro kilómetros de la ciudad de Lublin —cerca de la frontera con Ucrania— este centro se erigió en 1941 por órdenes expresas del comandante de las SS Heinrich Himmler. El principal cometido era recibir a prisioneros de guerra polacos capturados por los nazis. En cambio, bajo la supervisión del comandante Karl Otto Koch este fue transformado en un campamento de

internamiento para toda clase de reclusos.

Si comparamos a Majdanek con otros campos de su misma índole, podemos destacar que este no estaba escondido en ningún lugar apartado para que nadie supiera de su existencia. Ni tampoco tenía un bosque alrededor o estaba cercado por zonas de exclusión. Cualquier civil que se pasease por los aledaños podía divisar lo que acaecía en su interior.

Al principio, Majdanek albergó a unos 50.000 prisioneros de guerra pero con la llegada de judíos deportados en febrero de 1943, la población aumentó a 250.000 reos. Fue en ese preciso instante cuando este campo de concentración se transformó en uno de exterminio.

Su capacidad iba en aumento. Las avalanchas de trenes plagados de deportados inundaban las calles de un recinto que, poco a poco, tuvo que ampliarse y dividirse en seis campos diferentes. Por un lado, tenían una zona de aislamiento para mujeres dirigida y supervisada por guardianas tan depravadas como Elisabeth Knoblich, Else Erich y la mismísima Hermine Braunsteiner. También disponían de un hospital para desertores rusos; había una zona de alejamiento para prisioneros políticos polacos y judíos de Varsovia; y el número cuatro, albergaba a prisioneros soviéticos y rehenes civiles. En el campo cinco habían levantado un hospital para hombres y en el número seis, la zona de las cámaras de gas y crematorios.

En el distinguido como «Campo de mujeres» los niños acompañaban a las féminas y eran custodiados, seleccionados y eliminados por sus cuidadoras. En menos de tres años la población de Majdanek se redujo de 500.000 seres humanos —de 28 países y de 54 grupos étnicos— a 250.000. Los nazis se encargaron de asesinarles y seleccionarles para las cámaras de gas —entre ellos a 100.000 mujeres—. Inclusive, cuando se daban casos donde la madre no quería separarse de su pequeño, esta era liquidada con gas junto a su hijo.

La situación que soportaban los cautivos en Majdanek era humanamente insostenible. La esclavitud a la que estaban sometidos era increíble. Trabajaban doce horas al día y los únicos alimentos que recibían era medio litro de té a la hora del desayuno y poco menos de un litro de sopa en la comida. Las bajas por inanición iban *in crescendo* a diario, aunque en verdad, el motivo real por la que toda esta gente moría era la violencia ejercitada contra ellos. Braunsteiner era una de las más «respetadas» por la temeridad que irradiaba contra sus prisioneras. Sobresalía por su crueldad y sadismo, por patear a las ancianas hasta matarlas, por pisotear sin escrúpulos. Por eso la apodaron *the mare* (la yegua), *kobyla* (en polaco), o la *Stute von Majdanek* (en alemán). Aquellas patadas eran estrepitosamente insoportables.

Desde el 16 de octubre de 1942 la muchachita rubia de ojos azules que había engatusado a sus superiores con tan solo 23 años, campaba a sus anchas en Majdanek. Después de su llegada al campamento la *Aufseherin* pasó de trabajar en una fábrica de ropa a cumplir la orden de ayudar en lo que se conocería como «el exterminio total».

Durante aquel otoño el comandante Koegel decreta el gaseamiento masivo de presidiarios a causa de la sobrepoblación que estaba sufriendo el campo. Como en un primer momento, el número de reclusos destinados a morir no eran muchos, se utilizaron botellas de monóxido de carbono. Al final, con el transcurso de los meses, se determina que la eliminación total de la población reclusa judía de Majdanek se haría usando el Zyklon-B.

En enero de 1943 y gracias a su talante demoledor Braunsteiner fue promovida como asistente de guardia de su camarada Elsa Erich y de otras cinco mujeres más. Aquí su papel fue crucial, ya que se

ocupó de las selecciones de reos que morirían en las cámaras de gas. Majdanek tuvo dos patíbulos, siete cámaras de gas y varios hornos crematorios.

## El grito desgarrado de las reas

Según numerosos testigos, Hermine Braunsteiner realizaba su ronda por el «Campo de las mujeres» vistiendo unas botas altas negras con tacones reforzados de acero. Con ellas podía patear y golpear a las internas hasta la muerte. En el caso de que los ataques no terminasen con la vida de la rea, los impactos habían sido tan demoledores que le podía dejar con la cara completamente desfigurada.

Sus azotes con un látigo también eran del todo conocidos por las prisioneras del campamento, acciones que jamás fueron reprendidas por las demás compañeras. Su sombrío talante hacía temblar a todo aquel que se presentase a su lado. Algunas de las testificaciones más lúgubres describen a Braunsteiner como una mujer atroz, excesivamente sádica y de sangre fría.

En el tercer juicio de Majdanek celebrado en la ciudad de Düsseldorf en noviembre de 1975 —casi veinte años después de la puesta en libertad de Braunsteiner—, una de las internas que había conseguido sobrevivir declaró haber visto a la acusada ayudando a cargar en los camiones a los niños que iban a ser conducidos a las cámaras de gas.

Eva Konikowski, exprisionera católica y polaca que fue apresada por ayudar a familias judías, aseguró ante la Corte que en un ocasión *la Yegua* le había golpeado con una «porra de goma» por no haber efectuado apropiadamente las tareas de lavandería del campo. Aún conservaba las marcas de aquella paliza en su brazo. También señaló que esta criminal junto con su supervisora Else Ehrich, habían conducido a las cámaras de gas a numerosos pequeños. «Les dieron a los niños algunos caramelos y llevaron a los pequeños a las cámaras de gas», concluyó Konikowski.

Otra de las cautivas que narró más fechorías de la guardiana en Majdanek fue la interna Mary Finkelstein, que señaló a Braunsteiner como la nazi que la había golpeado en incontables situaciones y que había matado a otra de sus compañeras.

Aaron Kaufman de 71 años, superviviente de ocho campos de concentración, tuvo la desgracia de conocer a Hermine en Majdanek. La *Aufseherin* —y así lo explicó el interno— había azotado hasta la muerte a cinco mujeres y a un niño en su presencia y en la de más compañeros. Cuando Kaufman le chilló para que terminase con aquellos terribles golpes, varias auxiliares le sacaron del barracón y le propinaron 25 latigazos en la espalda. En este sentido, el antiguo recluso contó que durante su estadía en Majdanek vivió diversos episodios angustiantes con la vigilante. Algunos de los que se especifican a continuación aparecen en dos artículos: el primero publicado el 9 de octubre de 1972 en el periódico *The New York Times* bajo el título "U.S. Deportation Hearing Here Told Woman Killed 6 as a Nazi"; y el segundo publicado el 10 de septiembre de 1972 en *The Washington Post* titulado: "Nazi Camp Inmate tells of 6 killings".

El primero de ellos, el de *The New York Times*, relata a través de varios párrafos que Kaufman tuvo que sobornar para conseguir un puesto de trabajo como «caballo». Es decir, para transportar alimentos al complejo de mujeres que distaba cerca de un kilómetro de la cocina. También porteó carbón junto con otros 40 hombres. Asimismo, una mañana de mayo de 1942, mientras cargaban esta piedra negra, Kaufman vio a cinco mujeres en un pasillo alambrado quitando mala hierba.

«De repente, apareció Braunsteiner, habló a las mujeres durante un minuto y luego empezó a golpear a dos de ellas. Ambas murieron».

El testigo conocía a las mujeres que estaban siendo apaleadas a unas seis yardas de su puesto. Una de ellas era Sara Fermeinska de 26 años y la otra se llamaba Secholovic de unos 30. Kaufman también declaró que el asesinato de la tercera y cuarta mujer había tenido lugar un día que describió como «El Segundo Campo». Aquella tarde, él y otros hombres llevaban madera de un lado a otro del campamento y al llegar a la altura donde se encontraban algunas internas que recolectaban piedras y madera, se detuvieron para hablar.

«Cuando las guardianas vieron a los hombres y a las mujeres y a nadie más allí, la señora Braunsteiner se presentó, y cuando ella miró, empezó a usar su látigo de nuevo y mató a otras dos mujeres».

El tercer incidente que sufrió Kaufman a manos de Braunsteiner sobrevino cuando junto con otros compañeros, tuvo que transportar un cargamento de alimentos hasta el campo número 5 de mujeres. Ya en la puerta fueron bloqueados.

«… porque había tres o cuatro centenares de mujeres allí. La señora Braunsteiner dijo a las mujeres que tenían que deshacerse de sus hijos porque los niños iban a ir a un campamento de verano donde obtendrían leche dos veces al día. Las madres no querían renunciar a sus hijos porque sabían lo que pasaría. La señora Braunsteiner comenzó a golpear a una mujer mayor con un niño, tanto que la señora se desplomó. La mujer había muerto y el niño estaba muerto. Nosotros tuvimos que apartarles y dejar que entrara nuestro vagón. Eso fue en junio».

Por último, una dentista de Varsovia, Danuta Czaykowska-Medryk, juró ante la Audiencia de Düsseldorf que había avistado a la acusada mientras escogía a mujeres que los médicos o bien habían pasado por alto o bien habían incluso descartado. Entonces llegaba Braunsteiner y las seleccionaba para ser gaseadas.

«En ese día, algunas mujeres polacas tiraban de las mujeres judías intentando esconderlas. Braunsteiner corrió hacia una de esas mujeres que quería ocultar una mujer judía y le pateó y le pegó»[40].

En el mismo artículo se especifica que en ese mes la doctora Czaykowska-Medryk declaró haber visto a la guardiana agarrar a los niños y echarlos al camión para ser arrastrados a las cámaras de gas. «Una policía se negó a ayudar y Braunsteiner la golpeó en la cara», reseñó la exreclusa.

El primer contacto de la superviviente con su captora fue en febrero de 1943, cuando otra de las vigilantes les ordenó que llevasen arena y ladrillos. Entonces, «la supervisora Braunsteiner se acercó con un perro y nos hizo correr usando un látigo. Ella nos golpeaba con el látigo». Un mes más tarde la *Aufseherin* usó de nuevo la fusta para hacer que las presas se movieran más rápido en el entretanto que llevaban ladrillos y arena. No paraba de vociferarles: «¡más rápido, más rápido!» a la par que manejaba un látigo y un palo contra las piernas de las internas.

«Ella tenía una capa sobre su uniforme y un perro. Lo recuerdo claramente, porque ella fue la primera mujer con un perro. Era un perro policía, sin bozal, pero agarrado con una correa. (…) En su comando, el perro se tiraba hacia los prisioneros»[41].

En otra ocasión la testigo detalló cómo una tarde *la Yegua* empezó a darle patadas tanto a ella como a otras reclusas del campamento. Eran coces frecuentes e inhumanas, de gran violencia, lo mismo que reflejaba su sobrenombre de *The Mare*.

Justo antes de abandonar el estrado la doctora polaca señaló a Hermine Braunsteiner Ryan como la exguardiana de la prisión. «El momento en el que entré, la reconocí». En ese preciso instante a la *Aufseherin* se le escuchó comentar a su marido que estaba sentado a su lado, «fácil de decir».

El próximo testimonio desgarrador es el de una polaca llamada Stella Kolin que había sido capturada en el gueto de Varsovia y enviada directamente al campamento de Majdanek. Un día del mes de mayo de 1943, la joven vio a su padre al otro lado de la alambrada que separaba el campo de las mujeres del de los hombres. Se acercó para abrazarlo, pero les distanciaba una valla doble electrificada. A pesar de que se estaba muriendo de hambre, Stella quiso darle su ración diaria de pan. Estaba demasiado delgado. Le tiró el pedazo en su dirección pero no logró alcanzarlo. Rebotó contra los cables. Entonces, empezó a sonar la aguda alarma en todo el campo.

«Casi de inmediato, yo estaba rodeada de guardias. Ellas me arrastraron delante de Hermine Braunsteiner, la peor de las bestias del campo. Me castigó a 25 latigazos y miró cómo una de las guardias llevaba a cabo el castigo con un látigo. Me desmayé después del noveno golpe.

Estoy tumbada en mi litera, medio muerta y sangrando. Tengo miedo de que si no voy mañana a trabajar, me enviará a la cámara de gas»[42].

La imagen detallada y desoladora que estos testimonios aportaron sobre las condiciones de vida en este campo de concentración, fueron cruciales para conocer más de cerca el comportamiento de esta criminal nazi. También para no olvidar ninguno de sus despiadados asesinatos veinte años después de su primera puesta en libertad en 1951.

## ERRORES EN EL PRIMER JUICIO

Analizando algunos de los casos de las vigilantes que participaron en la aniquilación de millones de personas durante la Segunda Guerra Mundial, sale a relucir el analfabetismo de muchas de ellas —víctimas también del sistema alemán—. Aquella situación pareció inclinarlas a cumplir unas órdenes impensables en otro momento, pero que en ese instante eran imprescindibles si no querían engrosar la lista de muertos. Muchas declararon que lo hicieron obligadas, pero Hermine

Braunsteiner no pertenecía a esa mayoría. *La Yegua de Majdanek* disfrutaba haciendo el trabajo que le había proporcionado el nuevo orden ultraderechista. Quizá no sabía leer ni escribir correctamente, pero sí golpear, maltratar, vejar y asesinar sin ningún pudor a prisioneros indefensos.

Aquel valor y arrojo ante el más débil le otorgó uno de los honores más importantes para todo

empleado de las *Waffen-SS*: la *Kriegsverdienstkreuz Zweiter Klasse* (Cruz de Segunda Clase por Servicios en la Guerra) que recibían todos los que cumplían tres años de servicio. Para sus superiores Braunsteiner tenía mucha valía y su merecimiento fue aplaudido de forma unánime por el resto de camaradas. Su nuevo trofeo le sirvió para aumentar, si cabe, su mala fama y para no levantar el pie del acelerador respecto a sus feroces costumbres. Se puede decir que 1943 fue uno de sus mejores años, laboralmente hablando. Para sus víctimas, el demonio vestido de mujer.

No obstante, el destino le tenía preparado una nueva sorpresa. Con la llegada del ejército soviético a Majdanek, la evacuación tenía que ser inminente. En enero de 1944 deciden trasladarla de nuevo al campo de concentración de Ravensbrück para ejercer esta vez como *Oberaufseherin*. Su área de actuación sería el subcampo de Genthin con unas 700 reclusas bajo su responsabilidad. Entre sus compañeros se encontraba la doctora Elsa Oberhauser, juzgada tiempo después por inyectar a los presos ácido fenólico en las venas. Había encontrado una buena forma de asesinarlos. Braunsteiner siempre negó que hiciera este tipo de experimentos médicos durante su estancia.

Durante el año que la supervisora nazi dirigió su pequeña «parcela», las aberraciones y crímenes no cesaron. Pero nadie hacía ninguna objeción, por lo que Braunsteiner continuó machacando física y psicológicamente a sus internas. Según testimonios posteriores, un látigo era su fiel compañero de juegos.

Dicen que cuando un barco se hunde los primeros en salir corriendo son las ratas… Este fue el caso de Hermine. Cuando vio que los aliados ya se iban acercando, temió por su vida y decidió escapar. Huyó junto a otros alemanes hacia el oeste y estuvo desaparecida desde mayo de 1945 hasta que fue arrestada con otros civiles por las tropas estadounidenses. Pocos meses después fue puesta en libertad —imagino que por desconocimiento— y puso rumbo a Viena. Trabajó como mujer de la limpieza para un antiguo jefe hasta que en mayo de 1946, fue apresada de nuevo y trasladada a Alemania bajo custodia británica por los crímenes de guerra cometidos en Ravensbrück. Nadie se refirió jamás a los asesinatos perpetrados en el campo de Majdanek.

Como nadie la acusó oficialmente de ningún delito ni la llamó como testigo, permaneció en la cárcel hasta el 18 de abril de 1947. Una vez más quedaba libre, pero poco después volvía a ser capturada. Tantas idas y venidas tuvieron su fruto. Se celebra el juicio en la localidad austríaca de Graz, que la condena por cometer tortura, malos tratos de prisioneros y crímenes contra la humanidad y la dignidad humana en Ravensbrück. Insisto en que nadie habló nunca sobre Majdanek. Por ello fue sentenciada a tres años de prisión donde ingresó el 7 de abril de 1948.

Entre los testimonios que pudieron escucharse sobre la acusada me gustaría destacar los siguientes:

> «Hermine Braunsteiner trató a los internos muy mal, los golpeaba en cualquier ocasión o los perros se cebaban con ellos y rasgaban en pedazos los cuerpos de los presos… Ella golpeó a mujeres mayores con un látigo de cuero con plomo en la punta.
>
> Ella zurró a una mujer hasta que perdió el conocimiento por haber comprado un trozo de pan a gente que trabajaba fuera del campo, en contra de las reglas del campamento»[43].
>
> «Hermine Braunsteiner propinó golpes y patadas a los prisioneros con la mano y con el pie (calzado con botas) sin mirar donde les pegaba. Algunos de

los presos sangraban por la nariz (después) le golpeaba con su puño. Uno puede decir con seguridad que ella daba palizas todos los días.

Cada vez que uno pasaba por el cuarto de la ropa se la podía oír maldiciendo a los prisioneros y verla golpearles»[44].

Cuando llegó el turno de la acusada, ella intentó negar todas las acusaciones escuchadas hasta el momento y afirmó, sin ningún pudor, lo siguiente:

«Algunas de las personas (los prisioneros) se comportaban de tal manera que no podía evitar golpearles en la cabeza con el fin de detener sus peleas y discusiones.

En aquel momento no pensé que un día yo sería responsable de golpear en la cabeza, porque yo era demasiado joven para esa tarea. Yo quería renunciar pero ya no tenía la posibilidad de hacerlo.

Yo era consciente de que Majdanek era uno de los supuestamente llamados campos de exterminio donde las mujeres eran exterminadas en las cámaras de gas. Sin embargo, yo no tenía nada que ver con eso y yo no podía hacer nada contra ello».

No pasaron ni tres años desde la sentencia interpuesta por la Corte de Austria, cuando en virtud de una amnistía legislativa general de la Republica austríaca, el resto de la condena que faltaba por cumplir fue cancelada oficialmente. Los crímenes perpetrados por Braunsteiner fueron «perdonados».

Tras su salida de la prisión en abril de 1950 Hermine se dedica a trabajar para restaurantes y hoteles de Viena. Fueron siete años intentando ocultar su nombre y su pasado.

En 1958 mientras trajinaba como camarista en un motel, conoce al que posteriormente sería su marido, Russel Ryan, un mecánico estadounidense cuatros años menor que ella que estaba de vacaciones. La pareja se enamora locamente y en el mes de octubre deciden emigrar a Nueva Escocia. Unos días después de su llegada al país contraen matrimonio.

Ryan tiene que viajar habitualmente a Nueva York mientras que Braunsteiner trabaja para un granjero canadiense, así que primero se mudan a Canadá para después hacerlo a los Estados Unidos. En abril de 1959 arriban a Nueva York y la *Oberaufseherin* obtiene una visa permanente de residente en el país. Se convierte en Hermine Ryan.

## EN EL PAÍS DE LAS OPORTUNIDADES

La nueva ama de casa norteamericana y su marido se instalan en el barrio de Maspeth en Queens donde compran una casa. A pesar de no tener hijos, el matrimonio lleva una vida del todo apacible. Ella trabaja en una fábrica de tejidos y él continúa como mecánico. Unos años después, concretamente el 19 de enero de 1963, Hermine ya es oficialmente ciudadana estadounidense.

Los días transcurren sin complicaciones, eran una pareja feliz. Pero la dicha les iba a durar bien poco. El infatigable cazanazis Simon Wiesenthal, director de la Federación de las víctimas judías del

régimen ario en Viena, había seguido su pista por medio mundo hasta dar con ella en el barrio de Queens.

Era el año 1964 cuando Wiesenthal declara que los cargos de asesinato contra la guardiana aún estaban pendientes ante la Audiencia Provincial de Graz (Austria). Así se lo hizo saber mediante cartas enviadas desde Viena a las autoridades israelitas en Tel Aviv y al servicio de inmigración de EEUU. Pero a sabiendas de que deportar a una ciudadana norteamericana sería una tarea cuanto menos difícil, Wiesenthal decide alertar al periódico *The New York Times* sobre los hechos y les explica que una excriminal nazi podía estar viviendo en Queens con un hombre de apellido Ryan. El rotativo asigna a uno de sus reporteros, Joseph Lelyveld, para buscar a la tal «señora Ryan» y hablar con ella. Logran encontrarla fácilmente.

El 17 de julio de 1964 *The New York Times* publicó la noticia bajo el siguiente titular: "Former nazi camp guard is now a housewife in Queens" (Exguardia de campo de nazi ahora es una ama de casa en Queens).

> «La mujer cumplió una condena de prisión por sus actividades en otro campo de concentración. Pero aquí el Servicio de Inmigración y Naturalización dijo que cuando entró en los Estados Unidos, ella negó que hubiese sido declarada culpable de un delito. La mujer, antes conocida como Hermine Braunsteiner, ya es ciudadana americana. Ella vive en Maspeth, Queens, con su marido Russell Ryan. Cuando fue entrevistada sobre el informe de sus actividades durante la guerra, la Señora Ryan estaba pintando en la casa, que recientemente había comprado en la 52 - 11 72d Street con su marido, un trabajador de construcción».

La noticia corrió como la pólvora en todo Nueva York y Hermine Ryan fue descubierta y expuesta ante la opinión pública como *la Yegua de Majdanek*. El interés que suscitó el caso llevó a los medios de comunicación de todo el mundo a escribir sobre el tema durante varios años. Aquella mujer de huesos grandes, mandíbula ancha y pelo rubio canoso con la que se había encontrado el reportero del *The New York Times*, era en realidad una criminal de guerra.

Cuando el periodista inició su rueda de preguntas acerca de su pasado en los campos de concentración, Braunsteiner respondió en un marcado acento inglés:

> «Todo lo que hice es lo que hacen los guardias en los campamentos ahora. En la radio solo hablan de paz y de libertad.
>
> Muy bien. Después de 15 o 16 años, ¿por qué molestan a la gente?
>
> Yo fui castigada lo suficiente. Estuve en la cárcel durante tres años. Tres años, ¿te lo puedes imaginar? ¿Y ahora quieren algo de nuevo de mí?».

Su presente se había parado y el pasado volvía de nuevo a llamar a su puerta. El suplicio que le impusieron no había sido lo suficientemente justo para todo el sufrimiento causado. Intentó narrar que había permanecido un año en Majdanek, de los cuales ocho meses los había pasado enferma en la enfermería del campamento, y que después de la guerra fue apresada por los británicos otros ochos meses y puesta en libertad poco después. Pero los hechos hablaban por si solos.

En un intento por convencer a Lelyveld de que aquella denuncia no podía ser cierta, su marido, Russel Ryan, le espetó por teléfono:

> «Mi esposa, señor, no le haría daño ni a una mosca. No hay una persona más decente en esta tierra. Ella me dijo que era una tarea que tenía que realizar. Fue un reclutamiento.
>
> Ella no estaba a cargo de nada. Por supuesto que no, ya que Dios es mi juez y su juez.
>
> Estas personas solo están balanceando las hachas al azar. ¿No han oído nunca la expresión: "Dejen que los muertos descansen"?».

Aquel era un esposo desesperado intentando luchar por la inocencia de su mujer. Pero cualquier cosa que dijese caería sobre saco roto. Ryan desconocía completamente el pasado de Braunsteiner. La ex *Aufseherin* le había ocultado que había sido condenada a prisión y que en realidad había trabajado como vigilante de un campo de concentración.

Gracias a los múltiples artículos que me envió personalmente Madonna Anne Lebling, directora del Departamento de Noticias de Investigación de *The Washington Post*, podemos conocer de primera mano cuál fue la reacción de sus protagonistas una vez que su historia salió a la luz.

En el reportaje del 8 de junio de 1972 titulado "From a dark past, a ghost the U.S. won't let rest" de la periodista Nancy L. Ross, nos encontramos con toda la trama, desde la localización de la guardiana hasta su posible extradición del país. Pero no adelantemos acontecimientos. Aquí me gustaría destacar las declaraciones más llamativas de Hermine Braunsteiner y que fueron recogidas por el *Post*.

> «Este es el final de todo para mí.
>
> Hemos vivido con miedo desde 1964. Durante cinco años he dormido con una escopeta a un metro de mi cabeza. Esta carga de 25 años continuos nos ha seguido como una plaga».

Debido a la nueva situación Braunsteiner fue despedida automáticamente. Resultó que su jefe era judío. Desde aquel momento, tan solo pudo trabajar en una fábrica como operadora donde ganaba 64 dólares a la semana. A partir de 1969 no pudo encontrar más empleos.

Tanto sus amigos más cercanos, como la familia de su marido, no supieron manejar la situación y prefirieron mantenerse al margen. Los vecinos de los Ryan hacían comentarios de todo tipo. Unos la defendían, otros la criticaban. La mayoría ni siquiera quería dar sus nombres por temor a que les ocurriese algo malo.

## SU INEVITABLE EXPULSIÓN

Los esfuerzos de Wiesenthal para que extraditaran a Braunsteiner tuvieron su recompensa. Aunque tardaron nueve años en echarla del país y enviarla de nuevo a Alemania, el departamento de extranjería norteamericano la acusó primeramente de falsear su solicitud. En todo momento había

ocultado que había sido condenada por un tribunal austríaco años antes de entrar en Estados Unidos, además de haberse beneficiado de la amnistía, algo que debía de constar. De este modo y después de violar la ley, en 1971 Braunsteiner tuvo que asistir a un nuevo juicio. Ni siquiera la inestimable ayuda de sus vecinos, que no podían creerse las aberrantes acusaciones, contribuyeron en el pleito. Numerosas personas decidieron testificar a su favor.

> «La señora Ryan me invitó a entrar en su casa cuando le toqué el timbre para informarle que J había roto su ventana sin querer con una pelota de béisbol. Ella me dio unas tortitas con azúcar. Tampoco nos dejó pagar la ventana. Es una señora muy amable»[45].

Hasta diversos grupos neonazis americanos tomaron partido en la causa de Braunsteiner organizando una campaña de recogida de fondos. Gracias a publicaciones como la revista *Liberty Bell*, el dinero recaudado sirvió para pagar el abogado y la manutención de la familia durante el juicio.

Pero las testificaciones de algunos exsupervivientes contribuyó a que por fin Hermine Ryan (Braunsteiner) entregase la nacionalidad durante la celebración del proceso judicial neoyorquino.

> «Si escuchabas el nombre de Hermine, entonces sabías que no venía nada bueno. Ella nos gritaba, "¡tu cerdo, tu maldito judío, ponte recto!".
>
> Ella ha cambiado el color de su pelo; creo que solía ser oscuro. Pero tiene la misma boca apretada)»[46].

Para evitar males mayores la exguardiana nazi decidió entregar su certificado como ciudadana norteamericana. De primeras impediría que la deportaran. Pero la historia no acaba aquí.

En 1973 la República Federal de Alemania presentó una diligencia al Secretario de Estado de los EEUU para efectuar su extradición. El motivo: una corte alemana había emitido una orden de arresto alegando que Hermine Ryan (Braunsteiner) había cometido múltiples asesinatos como guardia de las *Waffen-SS* en el campo de concentración de Lublin-Majdanek. Se la hacía responsable de la muerte de 200.000 personas.

Nuevamente, un jurado norteamericano tenía que decidir acerca de su futuro. Pese a que en primera instancia la normativa denegaba expatriar a un ciudadano americano a Alemania, en realidad los cargos eran por delitos políticos incurridos por una residente «no alemana». En conclusión, el juez certificó su extradición el 1 de mayo de 1973.

El 7 de agosto de 1973 Hermine Braunsteiner Ryan se convirtió en la primera criminal nazi expulsada de Estados Unidos a Alemania.

## 1975: TERCER JUICIO DE MAJDANEK

Nada más aterrizar en Alemania Braunsteiner fue conducida directamente a la cárcel de Düsseldorf, donde estuvo en prisión preventiva. A la espera de la celebración del juicio, poco tiempo después fue puesta en libertad bajo fianza y el matrimonio Ryan adquirió un pequeño

apartamento próximo a los juzgados.

El memorable «juicio de Majdanek» dio comienzo el 26 de noviembre de 1975 prolongándose hasta el 30 de junio de 1981. Fueron prácticamente siete años de testimonios, interrogatorios y aportación de pruebas, donde Hermine Braunsteiner y otros 15 antiguos miembros de las SS del campo de concentración de Majdanek se jugaron su futuro ante la Corte alemana. Aquella comparecencia volvió a crear un revuelo mediático.

Las declaraciones de los testigos asegurando que la *Aufseherin* «agarraba niños de los pelos y los tiraba dentro de camiones que se dirigían a las cámaras de gas» hacían estremecer a los allí presentes. De nuevo se escucharon las salvajes prácticas y las despiadadas palizas que ejecutaba *Kobyla*.

A lo largo de las 474 sesiones que duró aquel proceso judicial —el más duradero y caro celebrado en Alemania— la fiscalía intentó que todos y cada uno de los inculpados pagaran por los asesinatos acometidos. En una ocasión Simon Wiesenthal declaró: «la muerte es más rápida que la justicia alemana. Y pronto no habrá más testigos contra esta gente». Y no le faltaba razón, porque algunos de los acusados murieron sin ser juzgados como debían. En el caso de Braunsteiner por un total de 200.000 prisioneros aproximadamente.

Sin embargo, la Audiencia dictaminó falta de pruebas en seis apartados de la acusación y la condenó tan solo por tres: asesinato de 80 personas; inducir al asesinato de 102 niños y colaborar en la muerte de 1.000 mediante la participación en la selección de mujeres y niños judíos a las cámaras de gas. El trabajo de su abogado defensor, Vincent A. Schiano, fue excepcional, en especial porque llegó a recusar prácticamente todo al Tribunal.

> «Ella estaba en Ravensbrück, fue declarada culpable, creo que después de un curso de conducta en Ravensbrück por golpear a los internos, pero nunca fue juzgada ni condenada [para] un curso de comportamiento en el campo de concentración de Majdanek en Polonia.
>
> Recuerden esto, la acusación en su contra por la deportación no fue necesariamente un tipo de conducta durante ese periodo de tiempo, sino una condena por un delito que implicaba la depravación moral en Austria. Ahora, eso fue importante en referencia a esta exposición, porque si el único cargo era que ella mintió cuando consiguió el visado, lo habrían evitado como ella decía, porque el apartado 241 dice que en el fondo si usted está casado con un ciudadano, automáticamente le exoneran de su fraude»[47].

Asimismo, en el interrogatorio que realizó a su defendida, llevó a cabo la siguiente táctica:

> «P: En todos los seis años que estuvo en estos campos, ¿entiendo bien que no había nada de lo que usted hizo que la avergonzara?
>
> R: No, yo solo hice mi trabajo, lo mejor que supe, lo que tenía que hacer».

En los últimos meses del juicio la prensa internacional se hizo eco de cada una de las actuaciones representadas en la Audiencia germana. De hecho, me gustaría destacar principalmente el reportaje escrito por el diario español *El País*, cuando el 27 de febrero de 1981 publica «El fiscal del *proceso*

*Majdanek* pide 20 cadenas perpetuas contra cinco nazis criminales de guerra». A través de sus páginas, encontramos un apartado especial a la *Yegua Hermine*:

> «Los veintitrés supervivientes de los prisioneros recluidos en Majdanek han coincidido en reconocer a *La Yegua* Hermine como ayudanta de la comandanta del campo, Ehrich, y autora de numerosos crímenes. Los exprisioneros han reflejado la gran satisfacción de esta nazi cuando veía el terror que producían a los que esperaban en la 'rosaleda' (el patio anterior a la cámara de gas) los gritos agónicos de los que iban muriendo dentro de ella»[48].

El 30 de junio de 1981 la Corte condenó a Hermine Braunsteiner a dos cadenas perpetuas consecutivas. Aquel martirio fue el más brutal de los adjudicados al resto de sus compañeros en la acusación por los crímenes perpetrados en el campo de concentración de Majdanek.

*Kobyla* fue trasladada a la prisión femenina de Mülheimer, donde, según el periodista del *The New York Times* , Lelyveld, esta se negó a hablar con el resto de sus camaradas. Se pasaba el tiempo cosiendo muñecos y peluches.

Pero su salud empeoró. Sufría de una diabetes severa que le ocasionó la amputación de una pierna. Aquellas complicaciones la llevaron a ser excarcelada de Mülheimer en abril de 1996.

Tras su liberación Hermine decidió marcharse junto a su marido a una residencia de ancianos en Bochum-Linden.

Un semanario alemán, *Süddeutsche Zeitung Magazin*, escribió acerca de la pareja en 1996, diciendo que habían visto al Sr. Ryan empujar la silla de ruedas de la exsupervisora. Caminaban a través del mercado. Cuando su marido le preguntó si le gustaría un ramo de flores, ella ni siquiera respondió, miró su reloj y continuaron su camino.

La mayoría de investigadores y datos encontrados apuntan a que Hermine Braunsteiner falleció el 19 de abril de 1999 en Bochum (Alemania). Por el contrario, algunos expertos aseguran que en realidad aún seguía con vida en el 2005. Esta última hipótesis no se puede contrastar con ningún documento oficial. De todos modos, lo que sí podemos afirmar es que *la Yegua de Majdanek* llevaba unas botas altas y pulidas, con punta de acero, y que sus patadas fueron tan famosas como el sonido de su látigo.

Tras el escándalo que rodeó la deportación y enjuiciamiento de Hermine Braunsteiner, en 1979 el gobierno de los Estados Unidos puso en marcha una oficina para buscar criminales de guerra. Su pretensión era encontrarlos para retirarles la nacionalidad —si la tuviesen— y expatriarlos para ser juzgados.

Simon Wiesenthal podía sentirse orgulloso del esfuerzo y del ímpetu empleados en la caza de *Kobyla*.

# JUANA BORMANN

## LA MUJER DE LOS PERROS

**Nombre real:** Juana Bormann o Johanna Bormann
**Apodo:** La mujer de los perros, Wiesel (Comadreja).
**Nació:** Birkenfelde, 10 de septiembre de 1893
**Murió:** Hamelín, 13 de diciembre de 1945
**Puesto:** Aufseherin en el campo de concentración de Auschwitz-Birkenau y Bergen-Belsen.
**Tortura preferida:** dar puñetazos y golpear con una porra de goma; adiestrar e instigar a perros para que devorasen a las víctimas.
**Nº asesinatos:** de 50 a 500 personas al día.
**Condena:** Muerte en la horca.

*Cuando no obedecían las órdenes o lo que les había dicho que hicieran, entonces les golpeaba su cara o les daba un bofetón en sus orejas, pero nunca de una forma que les saltasen los dientes.*

Juana Bormann

Escogía a sus víctimas de forma cuidadosa hasta el punto de provocar situaciones de insolencia para tener motivos más que suficientes para matar a sangre fría. No empleaba sus manos, sino las fauces de unos perros lobos que ella misma entrenaba y adiestraba. Ellos ya se encargaban de despedazar y devorar a las prisioneras ante la mirada atónita de sus propias compañeras. Las supervivientes hablan de circunstancias verdaderamente dantescas donde el placer sádico de la supervisora les dejaba sin aliento. Sin embargo, para Juana Bormann aquello era un simple entretenimiento.

Su actitud impertinente, fría y atemorizante le valió el apodo de *La mujer de los perros*. No había nada ni nadie que se le resistiera durante sus largos paseos por los barracones del campo de concentración, primero de Lichtenburg y después de Ravensbrück y Auschwitz. Bajo un aspecto duro y despiadado, de mirada arrogante y mezquina, la carcelera nazi sostuvo durante su juicio en Nuremberg que el motivo de su ingreso a las SS en el año 1938 no fue otro que el económico. Necesitaba el dinero para subsistir. No obstante, de nada le sirvió su defensa. Aun siendo verdad que el ambicioso sueldo fue la razón principal por la que se alistó, ¿cómo podía explicar los asesinatos que perpetró durante su estancia?

Juana Bormann fue ejecutada en la horca el 13 de diciembre de 1945, el mismo día que su camarada Irma Grese. Sin mostrar arrepentimiento alguno en el momento de su ajusticiamiento, sus últimas palabras en alemán fueron: «tengo mis sentimientos…».

Juana o Johanna Bormann, nació en la ciudad de Birkenfelde en el estado de Thuringia, una región en el centro del país que pertenecía por aquel entonces a la Prusia Oriental. Parece ser que la fecha de su nacimiento no está muy clara. Se debe a que cuando la capturaron y también durante el

juicio, ella alegó tener 42 años de edad, cifra que no concordaba con la supuesta fecha real de su nacimiento, el 10 de septiembre de 1893, y que entonces retrasaría tal acontecimiento hasta el año 1903. Sea como fuere, se cree que la supervisora nazi llevó a cabo dicha treta con el fin de que la ayudase a evitar el castigo por los crímenes cometidos. Como veremos, se equivocó pasmosamente. Aquel despiste no la salvó de la horca. De hecho, su aspecto —tal y como recojo en fotografías a través de este libro— no es propio de su edad, se la ve muy mayor y con arrugas, por lo que simular juventud no fue el mejor papel a representar durante la vista.

A la hora de investigar la vida que Juana Bormann tuvo previamente a su incorporación en las *Waffen-SS*, me sorprende la poca información que existe sobre su circunstancia personal. Esta es casi nula y tan solo se pueden vislumbrar ciertos datos inconexos, aunque sorprendentemente llamativos.

La que sería con los años una asesina aventajada de crueldad excesiva y soberbia inaudita es descrita como un ser mediocre, que no tuvo apenas educación o, mejor dicho, que tuvo muy mala instrucción y de la que se desconoce absolutamente su vínculo familiar o emocional. No hay documentos que revelen —o si los hay desgraciadamente yo no he dado aún con ellos— cómo creció Juana, si tuvo hermanos, novios, amigos cercanos o compañeros de clase que pudieran testimoniar quién era esta mujer antes de transformarse en el peor de los monstruos. Podemos aventurarnos a decir que, si los había, la tenían tanto miedo que prefirieron callar y permanecer en el anonimato.

Con relación a la documentación recopilada, sabemos que hay fuentes que apuntan a que Bormann fue una mujer profundamente religiosa y que incluso trabajó como misionera en algún país antes de unirse a las SS y ejercer como guardiana de un campamento de internamiento. Aunque si este apunte fuese cierto, me costaría mucho de creer. ¿Alguien con una fe profunda en el hombre es capaz de comportarse como Lucifer?

Dicho esto, añadir que Juana tenía un problema grande de autoestima, le faltaba confianza en sí misma. Imagino que de ahí viene su salvaje conducta e imposición hacia sus súbditas e inferiores. Aplastar al prójimo era una manera de no dar señal alguna de debilidad.

No tenía una profesión concreta ni siquiera un oficio apropiado con un buen sueldo, lo único que llegó a tener fue un trabajo en un manicomio donde recibía un salario mensual bastante bajo. Fue ese motivo, el económico, lo que supuestamente —y así se lo hizo saber al tribunal durante la vista judicial— la llevó a unirse a las auxiliares de las SS como trabajadora civil en el campo de concentración de Lichtenburg en 1938. Allí comenzó a ganar tres o cuatros veces más dinero que en el psiquiátrico.

## LICHTENBURG Y LOS SUCESIVOS DESTINOS

El campo de concentración nazi de Lichtenburg estaba ubicado en un castillo renacentista en Prettin, cerca de Wittenberg —a orillas del río Elba—, en Alemania del Este. Dicho campamento junto con el de Sachsenburg, fue uno de los primeros en ser construido por los nazis tras el nombramiento de Hitler como canciller en enero de 1933. Fue en aquella época cuando las autoridades alemanas levantaron centros de internamiento en todo el país para retener a las miles de personas apresadas por sus acciones subversivas contra el régimen.

En junio de 1933 las *Waffen-SS* iniciaron su actividad en el *Konzentrationslager* de Lichtenburg,

manteniéndose activo hasta el final del Tercer Reich. Y aunque se desconoce el total de víctimas que pasaron por sus estancias, se cree que entre 1933 y 1937 llegó a albergar hasta 2000 cautivos entre hombres y mujeres. En efecto, este recinto comprendido entre lo que denominaban «campos salvajes», fue un punto de apoyo importante para el gobierno nacionalsocialista. El 15 de mayo de 1939 se convierte en un subcampo del campamento de Ravensbrück, lugar destinado primeramente para presos políticos y después como cárcel femenina.

Actualmente el castillo alberga un museo regional y la exposición sobre el uso de Lichtenburg durante la etapa nazi.

Después de este breve y crucial inciso sobre el campamento de Lichtenburg, la historia de Juana Bormann hace referencia al trabajo que inicialmente llevó a cabo para las SS. Parece ser que la que fuera *Aufseherin* de Ravensbrück y Auschwitz se estrenó en las cocinas del campamento junto con otra auxiliar de nombre Jane Bernigau.

A pesar de su reducida estatura, esta aventajada asesina siempre negó cualquier implicación con crímenes, selecciones y cualquier tipo de maltrato o sacrificios a los confinados. Su vida en Lichtenburg pasó casi sin pena ni gloria. Al poco tiempo de llegar, Bormann fue informada acerca de su nueva ocupación que no era otra que el de supervisar a las mujeres del grupo de trabajo que estaban construyendo el novedoso y emergente campo de concentración de Ravensbrück. Efectivamente, en mayo de 1939 casi todo el personal de Lichtenburg ya había sido trasladado allí para ayudar a concluir la edificación del famoso «Puente de los Cuervos». Bormann persistió en aquel lugar hasta 1942.

> «Major Munro: ¿A dónde fue por primera vez cuando se unió a las SS?
>
> Juana Bormann: A Lichtenburg, Sajonia, donde trabajé en la cocina. Permanecí allí desde 1938 hasta mayo de 1939, cuando todo el campamento fue evacuado a Ravensbrück y estuve en Ravensbrück hasta 1943, donde trabajé un año en la cocina, un año en los comandos externos, y luego en la finca del *Obergruppenführer* (general) Pohl»[49].

Por otro lado, hay que recalcar que su actividad criminal la ejerció no como *Aufseherin* (supervisora) de Ravensbrück, sino más adelante en los campos de concentración de Auschwitz-Birkenau y de Bergen-Belsen, donde compartiría toda clase de hazañas con una de sus camaradas más terribles, Irma Grese, *el Ángel*.

Verdaderamente, no se tienen datos extensos sobre la estadía de Juana Bormann en Lichtenburg y Ravensbrück, tan solo su palabra durante la vista judicial y algunos documentos que acreditaban que formó parte del personal de aquellos campamentos. En vista de la documentación cosechada al respecto, puedo evidenciar que esta mujer (que nada tiene que ver con Martin Bormann, secretario personal de Adolf Hitler y Jefe de la Cancillería) atesoró múltiples destinos laborales dentro de las SS para dar apoyo a las *Oberaufseherinnen* de cada centro. Ni siquiera permaneció más de un año en cada uno de ellos, algo asombroso a la vista de los acontecimientos leídos en las biografías del resto de sus compañeras de filas.

Si bien en primera instancia, Juana fue transferida de Lichtenburg a Ravensbrück, donde aquí sí estuvo unos cuantos años para ayudar en la puesta apunto del campamento, en verdad una vez ultimada su faena fue llevada a Auschwitz a modo de «parche». En marzo de 1942 Bormann fue una

de las seleccionadas para prestar su servicio a este campamento de Polonia y siete meses después al de Birkenau. Allí dio apoyo a supervisoras de la talla de María Mandel, Margot Dreschsel e Irma Grese.

## EL HORROR DE AUSCHWITZ-BIRNKENAU

Juana Bormann y la jovencísima Irma Grese tuvieron mucho en común durante su estancia en este centro de internamiento. Si bien la primera era mucho mayor que la segunda, ambas compartían un especial interés por el masoquismo y toda muestra de aberraciones físicas. Pese a que el *Ángel* usaba sus propias manos para desarrollar sus quehaceres delictivos, la *Wiesel* (comadreja) —así denominada por las reas a su cargo— instruyó y educó a perros para contribuir a sus feroces crímenes.

A lo largo de su alegato delante del tribunal Bormann arguyó que adquirió un pastor alemán en junio de 1942, cuando trabajaba en la residencia de Oswald Pohl, militar alemán que alcanzó el rango de *Obergruppenführer* (general) durante el Holocausto. Pero más adelante, negó tajantemente que utilizase al canino para perpetrar cualquier canallada.

Aun así, los testimonios acerca de la brutalidad con la que actuaba la Bormann quedaron recogidos en el proceso de Bergen Belsen de 1945, donde numerosas supervivientes declararon sus terribles vivencias a cargo de la vigilante nazi. Una de ellas fue la judía polaca Ada Bimko, doctora en Medicina, que el 4 de agosto de 1943 fue detenida y enviada de Sosnowitz a Auschwitz junto con otros 5.000 judíos. La joven cuenta que cuando el tren los dejó en la estación del cuartel, tuvieron que formar filas separando a los hombres de las mujeres y los niños. Después, un médico de las SS empezó a señalarles diciendo: «derecha» e «izquierda». Ella salvó su vida porque debido a su juventud fue enviada al campamento. Al resto los cargaron en camiones y fueron asignados directamente al crematorio para ser gaseados. Unas 4.500 personas murieron durante aquella selección. Bimko también afirmó que fue testigo de más selecciones de este tipo ya que estuvo trabajando como doctora en el hospital del campo. Una de las más terribles se produjo durante la celebración de lo que los judíos denominaban como el «Día de la Expiación».

> «Había tres métodos de selección. El primero de ellos inmediatamente después de la llegada de los prisioneros; el segundo en el campo entre los presos sanos; y la tercera en el hospital entre los enfermos. El médico del campo siempre estuvo presente y otros hombres y mujeres de las SS. (…) Los doctores de las SS que tomaron parte en las selecciones fueron el Dr. Rohde, el Dr. Tilot, el Dr. Klein, el Dr. Koning y el Dr. Mengele».

Cuando el coronel Backhouse le preguntó acerca de la acusada número 6, Juana Bormann, la antigua reclusa afirmó reconocerla porque tenía un perro muy grande en Auschwitz.

> «La idea era que el perro debía vigilar a los prisioneros que estaban fuera de los grupos de trabajo, pero observamos sobre todo en el hospital que muchos de los que participaron en los grupos de trabajo fueron mordidos por el perro, especialmente en las piernas».

Pese a sus palabras, la antigua interna no pudo confirmar haber visto a un perro atacar a un preso, pero sí apunta que atendió a numerosos enfermos en el hospital víctimas de mordiscos. Y aunque tampoco logró dar una descripción real del animal que acompañaba en todo momento a la guardiana Bormann, sí pudo ratificar que ambos «eran inseparables».

Anni Jonas, una judía de Breslau, declaró bajo juramento que fue detenida el 17 de junio de 1943 y enviada a Auschwitz, donde permaneció hasta el 25 de noviembre de 1944. Durante el interrogatorio identificó a varios de los acusados que se encontraban en la sala, una de ellas fue precisamente Juana Bormann, de quien dijo que la vio estar presente durante las selecciones del Kommando y decir al Dr. Mengele: «Este se ve muy débil».

La judía de 22 años Dora Szafran, fue otra de las testigos más relevantes por inculpar de forma clara a la *Aufseherin* de haber asesinado impunemente a sus confinadas. La joven procedente de Varsovia había sido detenida el 9 de mayo de 1943 y enviada en un primer momento a Majdanek. Estuvo siete semanas y el 25 de junio de ese mismo año acabó en Auschwitz. Seis mil personas estaban encerradas en aquel gigantesco terreno donde nada más llegar las iban tatuando. El primer contacto que Dora tuvo con aquella realidad fue el gran golpe que uno de los Kapos le dio en un brazo. Simplemente la atizó por ser judía. En su turno de preguntas el coronel Backhouse indagó acerca de las actividades que había visto hacer a Juana Bormann. La testigo replicó:

> «En 1943, cuando estábamos en el Bloque 15 de Auschwitz, volvíamos de trabajar y una del Kommando tenía una pierna hinchada y no podía seguirnos el ritmo. Bormann puso su perro sobre ella. Creo que era un pastor alemán. Primero ella incitó al perro y este se tiró a las ropas de la mujer; entonces ella que no estaba satisfecha con eso, hizo que el perro fuese a la garganta.
>
> Tuve que volver la cara, y entonces Bormann señaló con orgullo su trabajo a un *Oberscharführer* (brigada o sargento mayor). Vi que traían una camilla, y creo que aún seguía con vida. Bormann también participó en las selecciones».

Aquella despiadada imagen se le quedó grabada a Dora Szafran para el resto de su vida. Los gritos y chillidos de terror y angustia que se oían en los diferentes barracones, pronosticaban que la muerte en forma de diablo estaba llamando a las puertas de los miles de prisioneros que se encontraban por entonces en Auschwitz-Birkenau. El hospital del campamento donde trabajaba la joven judía estaba infectado día y noche de cientos de pacientes-reclusos que estaban sufriendo toda clase de miserias. El hambre era la mínima de sus preocupaciones y afecciones. La iniquidad podía respirarse en todos los barracones que conformaban el recinto.

Las terribles selecciones practicadas en base a la debilidad, la enfermedad o las taras físicas o mentales, se convirtieron en algo más que habitual durante los años que duró la dictadura del *Führer*. La selección pasó a ser un nuevo sistema de aniquilación. Aquí me gustaría recordar uno de los terribles pasajes que Hitler escribió en su *Mein Kampf* y que magníficamente explica el libro Hitler, los alemanes y la solución final:

> «expresaba su creencia de que "el sacrificio de millones de hombres en el frente" no habría sido necesario si "doce o quince mil de estos judíos

corruptores del pueblo hubiesen sido sometidos a los gases tóxicos"».

Sobre la cuestión de la Solución Final, el Canciller alemán no pudo por menos que elucidar a sus subordinados —tras una cena el 10 de octubre de 1941— que «la ley de vida prescribe la muerte selectiva, de manera que queden vivos los mejores». Así de jactancioso se mostraba un líder que transmitió a sus secuaces toda la ira y el odio impensables hacia lo que ellos designaban como una «raza inferior».

Una de las peores y más palpables realidades sobre el asunto de la Solución Final fue la construcción de instalaciones de reclusión, inhumanidad y muerte por doquier, siendo el campo de Auschwitz uno de sus abanderados y, si cabe, el más sangriento. Tras sus paredes se cometió uno de los mayores exterminios en masa de convictas donde se asesinaron entre 1,5 y 2,5 millones de personas.

Los crematorios erigidos en pos de una nueva humanidad, eran vigilados por los propios reclusos cuyo trabajo era ver morir a sus compañeros de barracón. Se respiraba mucha impotencia. Sin embargo, era eso o pasar a formar parte de la gigantesca pila de finados. La supervivencia y su faena diaria en los *Sonderkommandos* supuso el mejor de los pasaportes para tener una vida mejor, si es que podía haberla allí. La mayoría veía aquella situación —entre carga y descarga de cadáveres y desinfección del crematorio—, como una especie de privilegio que no podían desperdiciar, si lo hacían guardianas como Juana Bormann podían arrebatarles, con su irónico sadismo, el último aliento de esperanza.

## Los testigos suben el tono

Siguiendo con el testimonio de la anterior testigo, Dora Szafran, esta aseveró ante la Corte que mientras ella trabajaba en el Kommando 103 transportando tierra y carbón, había visto al comandante Kramer pegar a sus prisioneros.

El 25 de septiembre de 1945 y durante el octavo día de la vista judicial Szafran narró al Mayor Munro que en el Bloque 25 se encerraba a la gente que posteriormente iría a la cámara de gas. Una vez dentro se les incomunicaba durante semanas y se les retiraba toda clase de alimento y agua. Tiempo después dicho barracón sirvió para albergar a las personas con infecciones tales como la sarna. Por otra parte, Szafran insistió en la peligrosidad de la *Aufseherin Wiesel* quien en abril de 1943 atacó a una mujer del Bloque 15 en el *Läger B*.

> «Dora: Ella ha cambiado mucho, pero es la misma mujer. El perro era casi tan alto como la acusada, y era negro.
>
> Munro: Cuando el perro atacó a la mujer, ¿usted se encontraba dentro o fuera de los barracones?
>
> Dora: No era mi Kommando el que estaba marchándose. Solo lo vi.
>
> Munro: ¿No fue el caso que la mujer a cargo del perro intentó parar que atacase a la otra mujer?
>
> Dora: Cuando el perro se fue para la ropa de la mujer, ella lo reprendió y le instó a ir a por la garganta de la mujer.

Munro: Nos ha dicho que la mujer a cargo del perro se jactaba de ello a un hombre de las SS. ¿No es el caso que lo que oyó a la mujer decir al hombre de las SS fue un reporte de lo que había ocurrido?

Dora: El cuerpo yacía allí y me dijo: "Es mi trabajo", y lo señaló.

Munro: ¿Usted tiene conocimiento personal de si la mujer murió o no?

Dora: Sí, lo sé a ciencia cierta. Fue llevada en camilla por el Kommando empleado especialmente para llevar cadáveres. Ella podía haber tenido algo de vida, pero en todo caso los muertos eran enviados junto con los vivos».

En el transcurso del juicio los interrogatorios fueron subiendo de tono, sobre todo por las impactantes declaraciones de unas testigos que, a pesar del miedo, sacaron fuerzas de flaqueza para contar su verdad. Una verdad que aunque conocida por todos en Auschwitz, había sido impensable hasta aquel momento por el bando aliado.

Otra de las deponentes claves del juicio contra Bormann, fue una judía de 23 años de la antigua Checoslovaquia, Vera Fischer. Declaró que la espantosa *Aufseherin* solía hacerse cargo de las mujeres que trabajaban fuera del campamento, que tenía un perro grande y que normalmente lo manejaba para instigar a las reas más débiles y por tanto, incapaces de trabajar. Muchas de ellas fueron trasladadas al hospital del barracón y murieron por envenenamiento de la sangre. Algunas más acabaron en el Bloque 25, es decir, en la cámara de gas.

Alegre Kalderon, una judía de nacionalidad griega encerrada en Auschwitz a la edad de 17 años, también señaló a Juana Bormann como la responsable de cometer brutales y salvajes agresiones a las internas. No se lo habían contado sus compañeras, lo había visto con sus propios ojos. Durante los siguientes cuatro meses a su arresto 45.000 judíos griegos fueron llevados a este campo de concentración donde se les privó de alimentos y se les trató de manera atroz. Esta mujer sobrevivió porque principalmente trabajó como modista, permitiéndole escapar de la cantidad de malos tratos que sufrían el resto de sus compañeras.

La ira desplegada por los alemanes contra los judíos rebasaba los límites de la razón. El mundo aún no sabía ni la mitad de las barbaridades cometidas en los campamentos de internamiento, que no eran sino prisiones convertidas en máquinas de sacrificio donde los reclusos (hombres, mujeres y niños) eran llevados al límite de la vida y la muerte. En el preciso instante de la liberación de estas gentes, se pudo ver el horror y la incredulidad en el rostro de los aliados. Nadie daba crédito a lo que Hitler y sus secuaces habían materializado durante la contienda. Aquello no fue una guerra, fue un degradado exterminio en toda regla.

Siguiendo con los testimonios acopiados durante el juicio de Bergen-Belsen de 1945, nos topamos con el de otra judía polaca de 23 años llamada Rachela Keliszek, quien reconoció perfectamente a la acusada como guardiana de Auschwitz. La muchacha la señaló en la fotografía número 19 que el Tribunal había admitido como prueba. Durante su interrogatorio, Keliszek relató una triste anécdota que sufrió a manos de Bormann.

«En el verano de 1944 fui una de las 70 mujeres del Strafkommando cuyo castigo era estar de pie todo el día en el mismo sitio y golpear el suelo con un pico. Bormann era la encargada del grupo y aparecía en el puesto de trabajo como cuatro veces al día. Un día no estaba satisfecha con la tarea de un grupo de

diez chicas, al que pertenecíamos mi amiga y yo. Solo conocía a mi amiga por el nombre de Regina. Ella tenía 18 años de edad. Bormann siempre llevaba con ella un perro grande, y en este día ordenó al perro atacar a nuestro grupo. Yo fui la primera en ser mordida en la pierna, y después Bormann ordenó al perro atacar a Regina que estaba a mi lado. El perro la mordió primero en la pierna y como estaba tan débil se cayó. El perro entonces empezó a morder y despedazar todo su cuerpo, empezando por sus piernas y subiendo para arriba. Bormann incitaba al perro y cuando Regina estaba sangrando por todas partes y se derrumbó finalmente, ella ordenó al perro que le dejara y se marchó del lugar de trabajo. Después, cuatro de las presas llevaron a Regina al hospital.

Solía visitarla cada día. Ella estaba muy débil y había heridas abiertas por todo su cuerpo que nunca le taparon de ninguna manera. Creo que su cuerpo acabó sufriendo un envenenamiento de la sangre porque el resto de su piel se había transformado en un color azul oscuro. Durante mis visitas ella estaba trastornada y nunca hablaba de manera coherente. Un día, unos quince días después del ataque, fui a verla pero la enfermera me dijo que había muerto. No me cabe la menor duda que su muerte fue por culpa del ataque del perro ordenado por Bormann».

Yilka Malachovska, una judía procedente de Polonia que durante el juicio tenía 18 años, también señaló la instantánea de Juana Bormann como una de las mujeres que pertenecían a las *Waffen-SS* en Auschwitz. Malachovska aseguró que una mañana de enero de 1943 la *Aufseherin* participó en la selección de un grupo de trabajo de 150 niñas. Durante la clasificación para saber quiénes serían las próximas víctimas en ir a la cámara de gas, se encontraba el *Rapportführer* Tauber acompañado de la tan temida *Comadreja*.

«Él no participó en la selección. Bormann fue una de las responsables de selección de las SS y eligió 50 chicas de nuestro grupo de trabajo de 150. Mi hermana fue una de las seleccionadas. Después, las demás nos marchamos del campo para ir a trabajar y al volver por la tarde, entrando por la puerta, nos pasaron 8 o 10 camiones repletos de mujeres y niñas. Los camiones iban en la dirección del crematorio, que estaba ubicado justo fuera del campamento. Nunca volví a ver a mi hermana ni a ninguna de las chicas seleccionadas esa mañana».

Cualquier excusa era buena si con ello se podían quitar de en medio a 50, 100 o hasta 500 personas diarias en el campo de Auschwitz o en cualquiera perteneciente al Imperio alemán. La violencia colmaba un hábitat del todo irrespirable para unas víctimas que poco a poco se fueron convirtiendo en supervivientes. Muchos murieron, pero otros tantos se salvaron gracias a las fuerzas de flaqueza gastadas cada día y a la fe que profesaban a la vida. Entre las mujeres que sobrevivieron a este caos de enajenación y saña estaba la judía alemana Elga Schiessl, que formaba parte del grupo de trabajo que solía encargarse de limpiar las cámaras de gas dedicadas a la masacre. Esta chica aclaró quiénes fueron los responsables de las miles de vidas aniquiladas en aquellos recintos, como por ejemplo Klein, Hoessler, Mengele, Tauber o Kramer. También señaló a Juana Bormann como una de las vigilantes de las SS que con frecuencia veía arrear a las reclusas con una porra de goma.

Dora Silberberg, judía polaca de 25 años, declaró que el 15 de junio de 1944 mientras se encontraba en un grupo de trabajo fuera del campo de Auschwitz junto con su buena amiga Rachella Silberstein, esta empezó a encontrarse indispuesta. Se sentía muy débil y sin fuerzas para poder desempeñar las tareas encomendadas aquel día. Pese a no poder andar para acudir a su puesto de trabajo, Dora ayudó a su compañera llevándola prácticamente en brazos. Cuando llegaron, Rachella tuvo que sentarse porque estaba sufriendo unos terribles dolores que le impedían siquiera moverse.

Sin embargo, Bormann, que estaba supervisando al equipo, le ordenó que se levantara rápidamente y que se pusiera a trabajar de inmediato.

> «Dado que mi amiga casi no podía hablar por el dolor intervine y le dije a Bormann que Silberstein estaba demasiado débil para trabajar. Bormann me dio un puñetazo en la cara, arrancándome dos de mis dientes, y me dijo que volviese a trabajar. Mientras me marchaba me golpeó por todo el cuerpo con un palo grueso que llevaba. Después ella ordenó a un perro grande, que siempre la acompañaba, que atacara a Silberstein, que estaba sentada en el suelo. El perro le agarró su pierna con sus dientes y la arrastró dando vueltas hasta que ella finalmente se derrumbó. Luego Bormann ordenó al perro que dejara suelta a mi amiga. Después de unos diez minutos Silberstein recobró la conciencia, pero se quedó tumbada en el suelo todo el día. Yo no pude ver las heridas abiertas, pero la pierna que le había agarrado el perro se hinchó y se tornó a un color negro azulado. Tuve la impresión de que era un envenenamiento de sangre».

Silberberg continuó describiendo durante su intervención delante del Tribunal que cuatro de sus compañeras trasladaron a Rachella hasta el campamento y que a su llegada la ingresaron en el hospital. Cuando al día siguiente decidió ir a visitarla, la encontró tan débil que no podía hablar ni comer. Un día más tarde, el 17 de junio de 1944, el director la informó de que su amiga había muerto y que su cadáver se había dispuesto en el patio. Dora fue hasta allí y vio un cuerpo cubierto con mantas. «Levanté las mantas y reconocí a mi amiga muerta».

Alexandra Siwidowa fue otra de las internas del campo de concentración de Auschwitz que distinguió a Juana Bormann, no solo como una de las *Aufseherinnen* encargadas de su supuesta «seguridad», sino como el brazo ejecutor de numerosas e injustificadas escenas de violencia y degradación.

> «La vi golpear a muchas prisioneras por llevar ropa buena. Ella ordenada a las presas que se desnudaran y que hicieran ejercicios extenuantes. Cuando ya estaban demasiado cansadas para seguir vi a Bormann golpearles en la cabeza, la espalda y todo el cuerpo a veces con una porra de goma y otras veces con un palo de madera. Mientras estaban en el suelo también las pateaba».

Otra de las supervivientes que vivió para contarlo fue la judía polaca Ester Wolgruth, quien afirmó que durante su estancia en el campo de concentración de Auschwitz en el año 1943, había visto a Bormann instigar con su perro a una compañera suya que tenía una rodilla hinchada y que no podía continuar el día junto al resto del grupo de trabajo. Fue entonces cuando el canino agredió

gravemente a la rea mutilándole varias partes del cuerpo. Unos días después murió a consecuencia de las heridas.

La doctora Ella Lingens-Reiner fue una de las médicos austriacas que estuvo confinada en este centro de destrucción. Conoció muy de cerca a Bormann. La nazi amenazaba a Lingens para que fuese muy dura con sus compañeros, tenía que cooperar en esa política de «correcta dureza». Pero la doctora no lo hizo y la guardiana *comenzó* a odiarla. La austriaca llegó a escribir sobre su superior cosas como esta:

«Ella era miserable, una criatura infeliz que no fue amada por nadie, que no amaba a nadie más que a su perro… No es de extrañar que esta mujer se negase a apelar su sentencia de muerte. Para ella la derrota de su Alemania fue el final»[50].

En los casi cuatro años que Bormann supervisó los campos de Auschwitz y Auschwitz-Birkenau fueron muchos los prisioneros que desaparecieron y engrosaron las listas de muertos por causas tan diversas como, la inanición, desnutrición y por supuesto los llamados intentos de fuga. Estos no eran otra cosa que la propia diversión de los guardianes. Se sabe que en muchas ocasiones los miembros de las SS combatían el aburrimiento haciendo que los reclusos corrieran hacia las vallas electrificadas con la promesa de que obtendrían una ración de comida extra. Pero al final se encontraban con un tiro a sangre fría por la espalda. Las risas sucumbían al estruendo de las balas y de la muerte.

*La Mujer de los Perros* tuvo una carrera militar un tanto movidita. Una vez cumplida su tarea en Auschwitz-Birkenau decidieron trasladarla de forma eventual hacia Budy, que no era si no un subcampo cercano donde según diversos testimonios, la Bormann siguió abusando de los prisioneros. No obstante aquella eventualidad le sirvió para que a finales de 1944 fuese de nuevo trasladada a otro campo satélite, esta vez en Hindenburg (Silesia), antes de regresar a Ravensbrück en enero de 1945. En marzo de ese año fue enviada al campo de concentración de Bergen-Belsen, su última asignación, donde desempeñó diversas funciones —entre ellas la vigilancia de la pocilga—. Estuvo bajo el mando del comandante Josef Kramer y de las supervisoras Irma Grese y Elisabeth Volkenrath, con quienes ya había tenido un estrecho contacto en Auschwitz-Birkenau tiempo atrás.

## LA PARTE MÁS TÉTRICA DE BERGEN-BELSEN

Desde el año 1936 y hasta su liberación por las tropas británicas el 15 de abril de 1945, el campo de concentración de Bergen-Belsen albergó a unos 95.000 detenidos judíos de ambos sexos que padecieron el hambre, el deterioro físico y sobre todo la ignominia de la injusticia y el crimen. El nivel de mortandad ascendió de 30.000 a 50.000 víctimas debido, en la mayoría de ocasiones, al hacinamiento de reos, a la propagación de enfermedades como el tifus y al maltrato ejercido contra ellos. El personal de este centro de internamiento había instaurado una política de calvario, pánico, espanto y deceso. El brazo ejecutor del *Führer* se materializaba gracias a los guardianes que custodiaban los barracones.

Bergen-Belsen sirvió al caos y a la demencia. La inclemencia corría por las venas de los mandamases como Kramer, Grese y compañía, que utilizaban a secuaces como Juana Bormann para poner en práctica toda clase de experimentos y perversiones dignos de una película de terror. Aquí la *Wiesel* continuó ejerciendo su papel de asesina en potencia mientras se paseaba junto a su Pastor

Alemán en busca de una nueva víctima a la que destripar y lanzar a la fosa común. Una y otra vez las reas sufrían los brutales ataques del animal que, incitado por la guardiana, arremetía a mordisco limpio contra todo lo que se moviese. Bormann acompañaba tales incidentes con latigazos perpetrados con una fusta. La ira se apoderaba de ella a la menor infracción de sus subordinados.

Durante el periodo de investigación sobre Juana Bormann encontré datos de gran interés acerca de su terrorífica personalidad. Entre ellos me topé con la biografía de la superviviente polaca Dina Frydman Balbien, que magníficamente recogió la escritora Tema N. Merback en su libro *In the face of Evil: based on the life of Dina Frydman Balbien*. Este volumen cuenta los detalles de los vaivenes sufridos por su protagonista durante su encarcelamiento e internamiento en campos de concentración como el de Bergen-Belsen. Desgraciadamente, allí conoció la soberbia de la *Aufseherin* y cómo actuaba en su rutina diaria. Una de las anécdotas de Dina Frydman dice que Bormann se había percatado de cómo el *SS-Unterscharführer* (jefe de la escuadra juvenil) Tauber se había enamorado de una de las reclusas judías del campamento, una muchacha llamada Esterka Litwak. Este hecho provocó que la vigilante amenazase a su camarada con hacer un informe a la sede central contando lo sucedido —lo que provocaría su traslado automático—, si no le quitaba los ojos de encima a la prisionera. Aquella actitud dejaba entrever que a Bormann lo que en realidad le molestaba era que este joven no le prestara la suficiente atención.

Llegó el invierno y las tormentas de nieve comenzaron a ser muy frecuentes en la zona. Mientras se realizaba el recuento, algunos reclusos debían de permanecer desnudos en el *Appellplatz*. Una vez concluido, se iniciarían las marchas hasta las fábricas a donde llegarían prácticamente congelados de frío, con los pies y las manos entumecidas y el viento helado incrustado bajo su piel.

> Una de estas madrugadas Frydman decidió meterse las manos en los bolsillos para calentarse, sin darse cuenta de que Bormann y su pastor alemán caminaban a través de las filas de mujeres. De repente, se pusieron delante de ella. La jovencita se apresuró a sacar las manos para ponerse firme. Ya era demasiado tarde.
>
> «Ella levanta su mano con el guante negro y abofetea tan fuerte mi cara que toda mi cabeza siente como si cayera y veo estrellas bailando ante mis ojos. Me caigo de rodillas incapaz de respirar, mi mejilla quema como fuego y los ojos se llenan de lágrimas que tornan a estalactitas mientras se deslizan por los lados de mi nariz.
>
> "¿Cómo te atreves a meter las manos en los bolsillos, Judía? Si te pillo haciendo algo parecido otra vez dejaré suelto mi perro contra ti y entonces tendrás algo que lamentar".
>
> Mientras lo dice, el perro está gruñendo y ladrando a unos centímetros de mi cara luchando contra la correa de cadena listo para la orden de ataque. Puedo oler el aliento cálido húmedo del animal y sentir la saliva espumosa golpeando mi cara. "¡Levántate ahora!", ordena.
>
> Temblando y llorando desconsoladamente me pongo de pie.
>
> "Sí, *Aufseherin* Bormann, lo siento no lo haré de nuevo".
>
> "¡Asegúrate de que no!".
>
> Ella se marcha arrastrando el perro mientras este continua ladrándome

ferozmente enfadado porque le quitaban de la caza. Silenciosamente rezo para que Dios se lleve consigo a ella y a su bestia».

Sin embargo, el destino quiso que tras la liberación del campo de Bergen-Belsen, la inexperta polaca devolviese a Bormann —casi con la misma moneda— parte del sufrimiento que esta le había infringido previamente.

Frydman no daba crédito a lo que le estaba ocurriendo. Aunque por fin era libre no comprendía la realidad, hasta que vio al personal de las *Waffen-SS* con las manos en la cabeza y con miedo en sus ojos.

«Con la poca fuerza que me queda cojo una piedra y la lanzo en su dirección. Golpeo a la *Aufseherin* Bormann justo en el entrecejo y ella se estremece mirándome, su cara está horriblemente gris y con miedo. De repente, estoy llena de fuerza mientras la sangre corre por mis venas. Con el gozo de la venganza alimentándome, escupo en su dirección».

Si en Bergen-Belsen antes nadie sonreía por culpa de los castigos de sus superiores, a partir de aquel instante las víctimas —ahora convertidas en inmediatos supervivientes— comenzarían a sentirse aliviados por salvarse de una triste muerte anunciada. Como decía Calderón de la Barca, «la venganza no borra la ofensa», pero es cierto que contribuye a sentirse aliviado.

Durante la ronda de interrogatorios celebrados en septiembre de 1945 a colación del juicio de Bergen-Belsen, me gustaría destacar los que hacían referencia a la actividad efectuada por Juana Bormann durante su estancia en el campamento. Este último ciclo fue decisivo para juzgar los crímenes perpetrados en las Waffen-SS.

Entre las víctimas que lograron salvarse destacaba la judía procedente de Hungría, Ilona Stein que, tras ser detenida y enviada a Auschwitz el 8 de junio de 1944, terminó su reclusión en Belsen en 1945. Allí conoció a la *Aufseherin* que, y así consta textualmente, «golpeaba a la gente con frecuencia».

Asimismo, gracias al texto *Law Reports of Trials of War Criminal, Volumen II The Belsen Trial* —ya mencionado con anterioridad—, podemos conocer datos relevantes. Como aquel que se refiere a la testigo judía polaca Hanka Rozenwayg, que tras ser apresada y encerrada en Auschwitz en 1943, la transfirieron a Bergen hasta la liberación del centro. Allí conoció a Juana Bormann que era famosa por atemorizar con un perro grande a los presos y por practicar modalidades de ferocidad y castigo.

Rozenwayg también recordó la vez que encendieron un fuego en la habitación para calentarse del frío. Bormann se presentó en su barracón y comenzó a golpear en la cara de todas las chicas.

Anita Lasker, que vivía en Breslau antes de su detención, fue enviada a Auschwitz en diciembre de 1943 y trasladada a Belsen en noviembre de 1944. Entre las acusaciones que realizó, hubo una que hacía referencia a la clara participación del comandante Kramer y del Dr. Kelin en las selecciones de reclusos para la cámara de gas. Y aunque rememoró que Juana Bormann infringió miedo a los reos gracias a su pastor alemán en su largas caminatas por las instalaciones, no pudo afirmar que fuese testigo de ninguna de las barbaridades que se escucharon en la vista. Anita Lasker nunca vio a la inculpada hacer nada malo y por tanto, no tuvo ningún motivo para quejarse de ella.

No obstante, como estamos viendo a la largo de este libro, no todos los testigos tenían recuerdos

tan favorables sobre las criminales nazis. Uno de ellos fue el Dr. Peter Leonard Makar de 37 años, que escapó de Polonia en enero de 1940 por difundir propaganda británica. Durante su huida recorrió Yugoslavia, Zagreb y Malinski, donde fue capturado finalmente por los italianos y enviado a Dachau en 1944. Su traslado a Belsen se produjo en el verano de ese mismo año. En su declaración Makar reconoció a Juana Bormann por ser entonces la encargada de la pocilga y de otros quehaceres nada agradables.

> «En Marzo de 1945, la vi golpear a prisioneras en dos ocasiones. La primera vez golpeó con sus puños a una chica, cuyo nombre no sé, en la cara y en la cabeza porque le había pillado robando verduras. La chica se cayó al suelo y su amiga la ayudó a marcharse. La segunda vez, una chica intentó robar ropa del almacén, así que Bormann le golpeó en la cara y lo hizo con sus puños. Cuando me marché, seguía golpeando a la chica cuyo nombre no sé».

Según Makar, la violencia empleada por Bormann hacia las confinadas era demencial, propia de una persona sin entrañas. Este tratamiento tan específico consistía en una serie de puñetazos en la cara de la chica y patadas en todo su cuerpo y siguió sucediéndose hasta la liberación del campo de concentración en 1945.

El pánico de aquellos internos se podía ver en sus ojos. «Cada fibra de mi cuerpo me advirtió que tuviese cuidado. Estas guardianas femeninas no eran las mismas que nos habían visitado antes en el dormitorio. Mi instinto me dijo que estas dos mujeres eran muy diabólicas», contaba Hetty E. Verolme, una de las supervivientes de este campo de concentración en su libro *The Childrens house of Belsen*.

El temor y la turbación iban haciendo mella cada vez más en el ánimo de unas gentes —hombres, mujeres y niños— que suspiraban todos los días por salir indemnes de una dramática situación sinsentido. No eran cobardes por doblegarse ante el «enemigo», eran valientes por aguantar hasta la extenuación disparatadas fechorías, a veces sangrientas a veces depravadas, procedentes de otros seres humanos ciegos de ira, rabia y ávidos de sangre.

Curiosamente, no solo las prisioneras hablaban mal de Juana Bormann, Helena Kopper antigua reclusa polaca del centro de interna-miento de Auschwitz y posterior trabajadora en el de Bergen-Belsen durante 1945, afirmó que a pesar de tener tatuado un número en el brazo los golpes que le propinaron pararon cuando ella se quejó a sus superiores. «Estaba trabajando muy bien y no había razón para pegarme», apuntó Kopper al teniente Jedrzejowicz. Cuando se le preguntó por la denominada como *La Mujer de los Perros* ella testificó lo siguiente:

> «R: En Ravensbrück y Auschwitz, ella tenía un perro marrón oscuro con manchas claras. Ella siempre andaba con este perro.
>
> P: En su declaración usted habló sobre dos casos independientes de Bormann ordenando a un perro que atacase a la gente —una vez a usted misma—. ¿Existe alguna posibilidad que usted confunda a Bormann con una Aufseherin llamada Kuck?
>
> R: Conocía a las dos muy bien y no confundiría la una con la otra.
>
> P: Cuándo Bormann ordenó al perro que le atacase a usted, ¿fue deliberado?

R: Sí.

P: Con respecto al otro incidente, ¿estuvo muy herida la mujer que mencionaba?

R: Ella estaba muerta, y el Leichenkommando llevó el cadáver al bloque 25. Había unas 30 chicas en aquel Kommando.

P: ¿Llevar cadáveres cada día a la morgue era su única tarea?

R: Sí, era su única y permanente tarea.

P: Cuando Bormann ordenó a su perro que la atacase y usted fue al hospital, cuando le dieron el alta ¿recibió otra paliza por el mismo delito de tener cigarrillos?

R: Sí. Hizo un informe escrito y recibí 12 días de prisión».

Era evidente que Bormann no generaba ninguna simpatía ni entre sus subordinadas ni entre sus propias camaradas. Las exabruptas medidas que impartía y las decisiones o conclusiones a las que llegaba, no eran santo de devoción de ninguna de ellas. Helena Kopper señaló a la guardiana como la peor persona del campo, la más odiada, que jamás se separaba de su perro y a quien vio en más de una ocasión cómo se acercaba a una reclusa, le sacaba algo del bolsillo y entonces comenzaba a golpearla. No contenta con esto la tiraba al suelo para que el animal la mordiese hasta hacerle sangre. Aquel grado de violencia también lo sufrió Kopper debido al ataque del perro de Bormann que la mantuvo seis semanas en el hospital del campamento. Pese a ello esta polaca convertida en Kappo durante su incursión en el centro de Bergen-Belsen fue condenada a 15 años de prisión por participar en los malos tratos a prisioneros.

Otra de las Kappos que corrieron la misma suerte que Helena Kopper fue Stanislawa Starostka que, pese a su descendencia polaca, trabajó para el personal nazi de Bergen-Belsen ayudando en las labores de repartición de la comida a los presos. Fue condenada a 10 años de prisión por impartir toda clase de penitencias y guantazos a sus correspondientes compañeras. Tal y como queda recogido en su declaración ante el Tribunal Starostka admitió que prácticamente estaban muertos de hambre y que los guardianes les trababan muy mal. De hecho, la muchacha con el número 6.865 tatuado en su piel señaló a Bormann como una de las *Aufseherinnen* que se encontraban en los barracones de Belsen, siempre acompañada por su pastor alemán. Gran parte de los vigilantes colocados en Komandos externos instigaban a los internos con estos animales.

## Españoles en el recinto

La ciudad griega de Salónica se convirtió a partir de 1492 en el refugio de aquellos judeoespañoles que fueron expulsados de nuestro país por los Reyes Católicos. Desde entonces esta población pasó a ser modelo de urbe receptora de la inmigración judía en Europa, especialmente de los llamados sefardíes. A pesar de su riqueza cultural, la maquinaria nazi decidió arrasarla durante la Segunda Guerra Mundial implantando su tan terrible antisemitismo destructor. La aniquilación de este pueblo se originó por el traslado de sus habitantes a los diversos campos de concentración alemanes distribuidos en especiales puntos neurálgicos. Dichas localizaciones les sirvieron para mantener un control prácticamente absoluto sobre la población de sus países vecinos a la par que

enemigos.

A partir de aquí se acomete la deportación de los 48.000 sefardíes de Salónica al campamento de Auschwitz-Birkenau ante la pasividad del gobierno español que actuó con gran insolidaridad. De hecho, el régimen nazi envió varios telegramas a Franco —consistían en una serie de mensajes secretos cifrados— donde Eberhard Von Thadden, encargado de ejecutar tales destierros en el verano de 1943, explicaba desde Grecia a Berlín lo que estaba sucediendo:

> «El gobierno español fue informado en abril de que todos los judíos deben salir de Salónica por razones de seguridad policial. Pese a graves dudas respecto la emisión de visados de salida para unos 600 judíos, se prometió la repatriación al gobierno español. Poco antes de la expiración de plazo la embajada española pidió una prórroga. Después de la expiración del segundo plazo la embajada española ya no pidió ninguna prórroga más. Mediante sugerencias el gobierno español dio a entender que la repatriación no le interesa. Miembros de la embajada española se lo confirmaron explícitamente al Ministerio de Asuntos Exteriores. No se prevé intervenir ante el gobierno español. (…) Otra prórroga de la solución de la cuestión judía en Salónica es inaceptable. Los judíos españoles se enviarán por el momento a campos de tránsito en el Reich. La embajada española local está informada. Ruego informar al encargado español en Atenas. Fin de la orden de Atenas»[51].

La respuesta del Gobierno alemán en Grecia fue contundente y exigió «la evacuación de los judíos españoles al campo especial de máxima seguridad en Bergen-Belsen para finales de este mes (julio, 43) si para entonces el gobierno español aún no ha pedido la repatriación colectiva a España. Ruego al comando local que se organice el transporte a Bergen Belsen no como habitualmente se hace, sino manteniendo las formas para que una eventual salida posterior de algún judío hacia España no dé lugar a propaganda del terror [sic]».

Posteriormente se inicia una guerra abierta entre el gobierno español y uno de sus cónsules en el país griego, Sebastián Romero Radigales, que había sido destinado a Atenas entre los años 1943 y 1944. El diplomático no daba crédito al comportamiento del gobierno español que poco estaba haciendo por salvar la vida de unos judeoespañoles que acabarían como internos en los centros de exterminación. Así que decide actuar por su cuenta logrando salvar a 150 refugiados de la capital ateniense para que pusieran rumbo a Palestina. Con todos sus esfuerzos, el cónsul no pudo evitar el traslado de unas 400 personas al campo de Bergen-Belsen. De hecho, el pasotismo del sistema franquista sobre la posible repatriación de estos judíos sefardíes hizo que finalmente Alemania ordenase su reclusión en este campo de aniquilación.

Tras doce días de viaje en condiciones infrahumanas 367 judíos sefardíes llegan a Bergen-Belsen el 13 de agosto de 1943, entre ellos 40 menores de 14 años y 17 mayores de 70. Una vez instalados y ante la insistencia del cónsul, el dictador español cedió y aceptó que estos exiliados regresaran de nuevo a España. Es entonces cuando, gracias a un telegrama alemán, tenemos constancia de la evacuación que de forma inmediata procedería a realizar Radigales.

> «Asunto: Judíos españoles de Tesalónica. 366 judíos españoles fueron

> deportados de Tesalónica (…) los demás judíos viajaron ilegalmente con un tren de turistas italiano a Atenas. La embajada española informó que el gobierno español ha decidido readmitir a los judíos españoles llevados a Alemania. La repatriación (según el gobierno español) debería organizarse en grupos de unas 25 personas y espaciada en el tiempo. Instancias internas (alemanas) opinan que la propuesta es inaceptable e insisten en una rápida repatriación en grupo de los 366 judíos a España. Compartimos esta opinión porque, de lo contrario, el transporte se alargaría a 6 meses y se originarían muchos gastos para personal de vigilancia y de acompañamiento. También bajo aspectos propagandísticos, una única repatriación en grupo parece mejor que frecuentes transportes individuales que recuerden el asunto repetidamente. Por favor, transmita al ministerio de Asuntos Exteriores de allí (español) nuestro punto de vista y consiga una rápida aceptación del transporte agrupado, para el caso que la repatriación se lleve a realmente cabo. Por favor, tomen precauciones a tiempo para evitar en la medida de lo posible el uso propagandístico maligno de esta repatriación»[52].

La batalla diplomática llegó a su fin y el éxito fue rotundo, se habían salvado vidas. La mayoría de estas personas pasaron de estar confinadas en un campamento en las peores condiciones humanitarias posibles a ser trasladados a Barcelona, Marruecos e incluso a Palestina. Pero una bofetada golpeaba nuevamente al pueblo judeoespañol. En marzo de 1944 miembros de las *Waffen-SS* arrestaron a 155 judíos españoles que tuvieron que retornar a Bergen-Belsen. Allí permanecieron hasta que fueron liberados por el ejército británico en 1945.

Entre las historias de españoles en este campo de concentración podemos extraer la de Teresa Encuentra de Bescos, nacida en Abiego (provincia de Huesca) en el año 1910 y que, tras ser detenida por los alemanes por participar en la resistencia, fue encarcelada primeramente en París para después ser deportada al campo de Ravensbrück en la primavera de 1944. Allí ingresó el 18 de mayo con el n° 39.260, aunque posteriormente fue trasladada al centro de Bergen-Belsen donde sufrió terribles palizas por parte de algunas de sus guardianas. Vivió para contarlo gracias a la liberación del campamento por las tropas aliadas en la primavera de 1945.

Santiago Labara Cantarelo es otro de los prisioneros españoles que padecieron la ira de Bergen-Belsen. Nacido en Candasnos (Huesca) en 1895, era militante de La Confederación Nacional del Trabajo formando parte del Comité local creado de inmediato después del estallido de la Guerra Civil junto a José Sampériz y otros. Desgraciadamente, murió en el campo de Bergen-Belsen a los 49 años justo dos meses antes de su liberación. Jamás se conocieron las causas de su muerte, aunque probablemente, y, tal y como se puede extraer de la documentación revisada hasta el momento, es posible que fuese por inanición. Gracias a las gestiones realizadas por la Cruz Roja Internacional, su familia pudo conocer el paradero de Santiago y su triste final.

Otro de los casos que aquí nos ocupa, es el de Felicitat Gasa apodada *Porcar* y que, gracias al Archivo General de Ravensbrück (Fürstenberg) hoy podemos comprender qué fue lo que le ocurrió a Felicitat y cómo fueron sus últimos días en Bergen-Belsen. Esta mujer nacida en Segria (Lleida) en 1905 fue apresada por resistente y enviada en mayo de 1944 en un convoy a Ravensbrück junto con otros 567 presos. Allí fue marcada para los restos con el número 39.297. De «El Puente de los Cuervos» la trasladan a pie a Hannover y de allí a Bergen-Belsen. Durante los tres días que duró

aquel desmesurado viaje Felicitat recuerda cómo muchas de sus compañeras caían exhaustas mientras las guardianas nazis las golpeaban una y otra vez. Aquí destaca el incidente de una compañera madrileña llamada Monique de la que no recuerda el apellido. Esta estuvo apunto de caerse por el camino y fue Felicitat y otra reclusa quienes la cogieron del brazo a pesar de que ella insistía que la dejasen, que ya no podía más.

Cuando llegaron al campo de concentración, se dieron cuenta de que en realidad se trataba de un centro de aniquilación y exterminio. En el poco tiempo que allí permaneció —pronto llegarían los ingleses para sacarlos de la truculencia— pudo ver montañas de cadáveres esperando ser enterrados al lado de una zanja ya que los hornos ya no funcionaban por la falta de carbón. Aquí me gustaría puntualizar que, cuando los alemanes procedieron a huir de aquella estela de barbarie, no tuvieron tiempo de enterrar las pilas de muertos así que pidieron a los prisioneros que cavaran algunas fosas. De este modo se podía ver a los hombres del campo transportar un cadáver para después arrojarlo a la zanja. Incluso había un almacén lleno hasta el techo de despojos de mujeres.

Otro de los recuerdos que Felicitat contó a su compañera Neus Catala, fue cómo una periodista se acercó hasta aquel montículo de fiambres que esperaban ser enterrados, mientras los reclusos se sentaban sobre ellos como si fueran un montón de leña.

El día de la liberación de Bergen-Belsen las tropas inglesas se toparon de bruces con la atrocidad del régimen nazi y con miles de cuerpos masacrados. Enfermedades tan contagiosas como el tifus fue lo más liviano que vieron en aquel gigantesco recinto.

Una vez que Felicitat Gasa se convierte en una mujer libre, la única visión que la acompañará hasta el final de su vida, es la de dos niños muy pequeños, de unos seis años, pero con apariencia de ancianos, como si la vejez les hubiera azotado gravemente. «Estos pequeños iban a recoger la sopa que los ingleses habían preparado para la tropa y los deportados una vez liberado ya el campo», comentaba la superviviente española. Y dos preguntas le rondaban la cabeza al ver esa escena: «¿qué habían hecho ellos para estar en el campo? Las mujeres habían hecho la resistencia pero los niños, ¿qué habían hecho los niños?».

Mónica Jene Canovas nació en Cataluña en 1911, pero vivió en Francia desde los seis años. En 1942 se unió a un grupo de la resistencia, Alibí Morris, para ser detenida por los alemanes tan solo un año después. Fue confinada en la cárcel de Fresnes donde permaneció un mes sola y a oscuras, pellizcándose para no volverse loca y ver si todavía seguía viva.

Al cabo de un mes la trasladaron a una celda donde coincidió con la mujer de un diplomático polaco, la esposa de un general francés y su hija y una señora gala. En total eran cinco personas para un calabozo destinado simplemente a una. El 4 de febrero de 1944 la portan a Compiegne para desde allí ser enviada a Ravensbrück en un vagón de ganado junto con 70 u 80 mujeres más. En este campo de concentración dedicó su vida a trabajar en los coches de arena de los trenes, pero unas fiebres muy altas la llevaron a la enfermería. Una vez recuperada, la conducen a una fábrica de máscaras de gas en Anovre. Junto con otras compañeras urde todo tipo de sabotajes. En una ocasión hace saltar los plomos paralizando la confección. Finalmente, el 8 de abril de 1945 fue deportada a Bergen Belsen. Nada más llegar Canovas cuenta cómo le impresionó encontrarse con una pila de cadáveres en descomposición tirados en el suelo a punto de ser enterrados, además de un rimero de zapatos propiedad de los difuntos.

Por suerte, a los pocos días el bando aliado arriba al campamento de exterminación salvando a todos los supervivientes de una muerte segura. Unas horas antes de aquel acontecimiento el personal

nazi y entre ellas Juana Bormann, les obligaron a cavar una zanja para que los aliados no vieran los interfectos. Un prisionero intentó coger uno de los cuerpos, pero, al hacerlo, se quedó con un brazo descompuesto entre las manos. Ese fue el principio del fin. Los mismos reos se rebelaron contra sus verdugos al tiempo que los aliados les apuntaban con sus armas.

Coloma Serós, alias *Anta*, nació en 1914 en la comarca de Segria (Lleida) y llegó a Ravensbrück en el convoy de las denominadas 27.000 que salió de Compiegne junto a Neus Cátala. Ambas reclusas permanecieron en el Bloque 22 del campo desde el 3 de febrero de 1944. La tatuaron el número 27.037, aunque pocos días después la enviaron a Bergen-Belsen para ser exterminada. Fue liberada antes de proceder a su ejecución.

Según datos aportados por el Archivo General de Ravensbrück y por libros tan impactantes como *Els Catalans als camps nazis*, esta maestra leridana fue detenida por intentar cruzar la frontera española con sesenta niños. Quería evitar que los devolviesen a la «España de Franco». Según contó nuestra protagonista a la autora de este libro, Montserrat Roig, había tres niños avispados pero muertos de miedo. Eran hermanos y Coloma intentó obstaculizar que se los llevasen, sobre todo cuando se encontró a la más pequeña llorando porque alguien le acababa de decir: «Vamos, arrodíllate y reza por el alma de tu padre, que era un asesino».

## LA LIBERACIÓN DE BERGEN-BELSEN

Aunque en primera instancia este campo de concentración ubicado cerca de la ciudad alemana de Hannover fue construido para servir como centro de tránsito de confinados, la verdad es que con el tiempo sus funciones fueron cambiando. Finalmente se utilizó como un recinto de recogida y exterminio.

Desde julio de 1943 y hasta el 15 de abril de 1945 unas 50.000 personas murieron en sus instalaciones. Por ejemplo, las víctimas sufrían hacinamiento a causa de los numerosos traslados que se organizaban en las famosas «marchas de la muerte». Si a esto le sumamos el trato vejatorio a los confinados que iba desde la privación de alimentos y la vestimenta, las continuas palizas, el frío infernal y la aparición de epidemias como el tifus, nos topamos con un campamento dedicado exclusivamente a la aniquilación humana.

Si en diciembre de 1944 la población de Bergen-Belsen era de 15.257 personas, durante los primeros meses de 1945 y hasta el día de su liberación, la cantidad se elevó hasta los 60.000 prisioneros. Sin embargo, tal cual llegaban los internos tal cual morían a los pocos días, llegando a tener 7.000 muertos en febrero, 18.168 en marzo y 9.000 durante la primera quince de abril. La consternación se podía vislumbrar en el rostro de los más fuertes, aquellos que lograban sobrevivir a toda aquella ignominia.

El 7 de abril de 1945, ocho días antes de que el Ejército Británico irrumpiera en Bergen-Belsen, el jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich (RSHA), Ernst Kaltenbrunner, ordenó al comandante Josef Kramer matar a todos los reclusos que aún seguían con vida. No le dio tiempo a cumplir su dictamen.

El 15 de abril de 1945 la 11ª división blindada de las tropas británicas irrumpieron en el campo de concentración donde los muertos se contaban por miles y las mujeres y los niños permanecían desnudos en el exterior de los barracones.

Según parece una de las razones por la que los alemanes decidieron rendirse finalmente fue que muchos de sus cautivos se hallaban enfermos. De hecho, esas grotescas imágenes impactaron de sobremanera a los aliados hasta el punto de obligar a todo el personal de las SS a cargar y enterrar a los muertos que aún no habían tenido sepultura.

Una vez terminado su trabajo, todos los miembros nazis de Bergen-Belsen —comandante, supervisores, guardianas y auxiliares— fueron arrestados y puestos a disposición judicial en la cárcel de la localidad cercana de Celle. Entre ellas se encontraba, cómo no, Juana Bormann, que fue a juicio acusada de crímenes contra la humanidad.

En las semanas siguientes a la liberación las tropas británicas incineraron 10.000 cadáveres en fosas comunes y quemaron el resto del campo para evitar la propagación del tifus. Otros 10.000 supervivientes no lograron recuperarse tras su puesta en libertad y murieron unas jornadas después. «Un hombre, cualquier hombre, vale más que una bandera, cualquier bandera», enunciaba el escultor español Eduardo Chillida. En este caso los que perecieron no tuvieron esa valía.

## LA BATALLA DE BELSEN: ¿SE HIZO JUSTICIA?

Al término de la guerra y en vista de las situaciones encontradas en los últimos meses en aquellos campos de muerte y destrucción, los tribunales militares británicos iniciaron una serie de juicios para dictaminar hasta qué punto el personal subyacente en dichos recintos era responsable del fallecimiento de miles de presidiarios. Una de estas vistas judiciales fue el denominado «Juicio de Bergen-Belsen» —anteriormente mencionado en el capítulo de Irma Grese— donde el comandante Josef Kramer y otros 44 acusados fueron inculpados de crímenes contra la humanidad por su atroz participación en el Holocausto y la alta mortandad registrada en su campo. Como veremos más adelante, la mayoría fueron ejecutados en diciembre de 1945 en la población alemana de Hamelín.

El proceso que duró 54 días (del 17 septiembre al 17 noviembre de 1945) se realizó en presencia de unos 200 periodistas y observadores internacionales quienes pacientemente esperaban a conocer los testimonios y declaraciones, no solo de las víctimas, sino sobre todo de sus verdugos. ¿Hasta qué punto serían capaces de negar la brutalidad ocurrida tras las paredes del centro de Bergen-Belsen?

Este campamento de exterminio fue el único que estuvo bajo el control del Ejército Británico, de ahí que no tuvieran jurisdicción alguna para juzgar y acusar al resto de los criminales de guerra pertenecientes a otros centros de internamiento nazi. Aunque las pruebas presentadas fueron claras, no solo por la aportación de los testimonios de los supervivientes de la masacre, sino por el material fotográfico y de archivo incautado en los múltiples registros, el personal de Bergen-Belsen por orden del comandante Kramer intentó borrar todas las posibles huellas que les señalasen como lo que en realidad habían estado siendo: unos asesinos.

Debido a la envergadura de las causas que se procederían a enjuiciar en los días posteriores, el Tribunal tuvo muy claro desde el primer instante que los acusados eran inocentes hasta que se demostrase lo contrario. Creían en la presunción de inocencia y así se lo hicieron saber a los 45 detenidos a quienes se les proveyó de un abogado defensor. En total dispusieron de doce letrados de los cuales once eran británicos y uno polaco. La *Aufseherin* fue representada por el mayor Munro.

Juana Bormann fue acusada, como la mayoría de sus camaradas, de dos cargos importantes: uno perpetrado en Bergen-Belsen entre el 1 de octubre de 1942 y el 30 de abril de 1945, cuando, siendo

miembro del personal de dicho campamento, violó las leyes y costumbres de la guerra vejando física y psicológicamente a los internos hasta causarles la muerte; y el segundo, en Auschwitz del 1 de octubre de 1942 al 30 de abril de 1945, cuando siendo responsable de velar por el bienestar de los reclusos, ejerció malos tratos contra sus prisioneros hasta verlos morir.

Entre los nombres de las víctimas que se suman a su lista de asesinatos —la mayoría procedentes de países aliados—, se encuentran el de Rachella Silberstein, Ewa Gryka, Hanka Rosenwayg y otras personas anónimas. Tanto la *Aufseherin* como el resto de sus compañeros se declararon inocentes de los cargos hechos en su contra.

El 17 de septiembre de 1945 da comienzo la vista judicial. En este primer día todas las miradas se centraron en la enigmática y sádica Irma Grese, compañera de «correrías» de Bormann, quien acaparó la atención de todos los medios de comunicación presentes en la sala. Pero a medida que pasaban los días, la temida *Wiesel*, con el número 6 en el pecho, se fue haciendo un hueco ya que las testigos la incriminaban como una de las mayores responsables de las torturas perpetradas en Bergen-Belsen. Las tornas cambiaron después de su espeluznante declaración.

## Sólido interrogatorio

Viernes, 12 de octubre de 1945, es el día elegido por la Corte para interrogar a la acusada Juana Bormann. Los nervios se pueden palpar en el ambiente. Existe gran expectación al respecto, especialmente después de los testimonios escuchados en jornadas anteriores. La guardiana nazi sube al estrado y esta es examinada escrupulosamente por el mayor Munro.

Desde un primer momento existen discrepancias en torno a ella. La fecha de su nacimiento no concuerda en absoluto con su apariencia física, ni por supuesto, con la documentación requisada. Inclusive fue sorprendente escuchar de su boca que el único motivo por el que había ingresado en las SS, supuestamente como empleada civil, era para «ganar más dinero». Tras la descripción hecha por Bormann de las fechas y lugares donde se encontraba en la época de los presuntos crímenes, aparte de sus funciones en tales campos de concentración, vinieron las respuestas cargadas de total frialdad e impunidad.

Negó rotundamente haber sido parte activa en la selección de prisioneros para la cámara de gas en Birkenau; haber visto siquiera el crematorio, a pesar de que los camiones tenían que pasar por la carretera principal. Se ceñía a decir que no sabía dónde se dirigían aquellas camionetas. Su única función se limitaba a estar presente en los pases de revista que se hacían por la mañana y por la noche. «Yo no tenía tiempo para asistir», espetó.

Bormann admitió que tenía un perro de su propiedad en Belsen a modo de mascota, pero desmintió haber incumplido los reglamentos del campo al intentar instigar a los reclusos ayudándose del animal.

> «P: Un gran número de testigos ha dicho que se acuerdan de verla a usted con un perro. ¿Tenía usted un perro?
>
> R: Sí, lo llevé conmigo. Se lo di al *Sturmbannführer* Hartjenstein a principios de junio. Cuando cazaba quería llevarse el perro, y me lo devolvió sobre principios de marzo de 1944, cuando el perro se enfermó.

P: Ambas testigos Szafran y Wohlgruth dicen que usted ordenó que su perro atacara a una mujer, y que usted se jactó de lo que había hecho a un hombre de las SS que pasaba en aquel momento. ¿Es eso cierto?

R: Las prisioneras lo alegan pero no es verdad. Yo nunca tuve un pastor alemán. Nunca ordené a un perro que atacase a personas, y es más, en Birkenau nunca tuve perro.

P: ¿Era usted la única *Aufseherin* en Birkenau con perro?

R: No, había muchas *Aufseherinnen* que tenían perros negros. Mi perro no era negro. Dos *Aufseherinnen* llamadas Kuck y Westphal tenían perros adiestrados profesionalmente. Mi perro era mío, no un perro oficial, y no me permitían que atacase a los prisioneros. Si lo hubiera hecho habría recibido un castigo severo.

P: ¿Cómo eran estas Aufseherinnen?

R: Kuck era bastante parecida a mí y luego me enteré por las reclusas que muchas veces nos confundían la una con la otra. Westphal también era morena, pero era más alta que yo»[53].

La supuesta confusión de los internos sobre si era ella o no quien tenía aquel peligroso perro, sembraron la duda en la Corte. Desafortunadamente no fueron capaces de encontrar ningún registro que les llevara a la tal «Kuck». De ahí que la conclusión que sacasen fuese que Bormann estaba llevando a cabo una especial estratagema para ser absuelta de los cargos por mala conducta.

La criminal nazi rechazó las declaraciones de algunos testificantes que la establecían en determinados lugares y en fechas muy concretas. No obstante, Bormann hizo gala de su brusquedad manifestando que los testimonios tenían una base falsa porque realmente ella no estaba donde decían cuando ocurrieron los presuntos delitos.

Aquí me gustaría puntualizar que la guardiana no estuvo destinada de forma permanente en un solo centro de internamiento, sino que como hemos comprobado con anterioridad, sus superiores la iban transfiriendo durante temporadas muy cortas para apoyar a las camaradas de los campamentos que resultaban más problemáticas o necesitadas de mano dura. Ahora bien, el empeño de la acusada no le valió de mucho, las pruebas entregadas al Tribunal echaban por tierra todas sus mentiras.

Helena Kopper fue una de las supervivientes que se refirió a *La Mujer de los Perros* como la vigilante más odiada del campamento y tuvo la valentía de admitir que sus funciones no se circunscribían a lo expuesto hasta entonces. Bormann fue responsable del racionamiento de ropa en una de las tiendas del recinto. Esta se limitó a contestar: «No, nunca estuve a cargo de la tienda de ropa y en 1944 no estuve en Birkenau».

Otra de las testigos, Keliszek, apuntaba en su declaración previa que en el verano de 1944 la *Aufseherin* había participado en un *Strajkommando* de 70 mujeres. Allí las hacía permanecer todo el día de pie golpeando con un pico el suelo, mientras Bormann se divertía lanzándoles los perros. La acusada solo repetía que en aquella época no había estado en Birkenau y que jamás había salido del campo con ningún Kommando.

Otra de las preocupaciones que rondaba al Tribunal era si en verdad Juana Bormann había maltratado y asesinado o no a los prisioneros, tal y como muchos de los supervivientes habían

explicado en días anteriores. Si nos ceñimos a las pruebas testificales deberíamos decir que sí, pero la réplica que lanzaba la protagonista de dichas imputaciones se mantenía tan firme que podía dar lugar a la duda.

> «P: ¿Alguna vez pegó usted a las chicas?
>
> R: Sí, Cuando no obedecían las órdenes o lo que les había dicho que hicieran, entonces les golpeaba su cara o les daba un bofetón en sus orejas, pero nunca de una forma que les saltasen los dientes.
>
> P: Se ha dicho que usted administró un tratamiento salvaje y brutal a internas hambrientas y que solía golpear a mujeres con su porra de goma. ¿Es eso cierto?
>
> R: No, yo ni sabía lo que era una porra de goma hasta que estuve en la prisión de Celle cuando vi una por primera vez en las manos de un soldado británico.
>
> P: Siwidowa dice en su declaración que usted zurró a muchas prisioneras por llevar ropa buena, y que usted las obligó a que se desnudaran y a hacer ejercicios extenuantes. ¿Es eso cierto?
>
> R: Igual me había llevado su ropa, porque intentaron sacarlas del campamento para venderlas a la población civil, pero de ningún modo les golpeé y no tenía ningún derecho para que hicieran deporte.
>
> P: ¿A veces usted consideró necesario abofetear las orejas de las chicas?
>
> R: Si no obedecían las órdenes o si repetidamente hacían cosas que estaban prohibidas. Era muy difícil controlarlas, Birkenau era un campamento muy grande».

Aquel detalle del bastón de goma enfureció a los testigos que se encontraban expectantes ante las palabras de Bormann. Negar una evidencia era de necios, ¿o de tontos? Quien sabe si replicando de esta guisa la inculpada podía vislumbrar que sería puesta en libertad. Sus esfuerzos por conseguirlo cayeron en saco roto, también después de afirmar que intentó salir de las SS en el año 1943. La guardiana decidió enviar una carta a su *Oberaufseherin* para marcharse de allí:

> «Ella me reenvió la carta, y la recibí con la noticia de que el permiso no estaba concedido. Después una fábrica quería que les asistiera y me enviaron una carta diciendo que debería ir, pero no me lo permitieron».

Ahora le tocaba el turno de preguntas al coronel Backhouse quien presionó a la acusada sobre la cuestión del dichoso animal. Bormann siguió manteniendo su versión, que se trataba de un perro doméstico y que jamás le había entrenado para atacar a nadie y menos aún a los cautivos. Otra de las imputadas, la número 8, Herta Ehlert, opinaba todo lo contrario sobre la *Aufseherin* y así se lo hizo saber tanto al presidente como al resto de miembros del Tribunal cuando aseguró en su declaración lo siguiente. Y cito textualmente:

> «Desde mi conocimiento personal sobre Johanna Bormann y por trabajar con ella creo que las historias sobre su brutalidad hacia las prisioneras son verdad,

aunque yo misma no lo he visto. Muchas veces vi al perro que ella tenía y escuché que lo dejaba suelto para atacar a las reclusas. Aunque no lo he visto perfectamente puedo creer que es verdad».

Bormann insistió en que su camarada, la que había sido su compañera en el campo de concentración, estaba mintiendo. Algo contradictorio si nos fijamos en la respuesta que la procesada dio al coronel Backhouse, al cuestionarle si el tratamiento que empleaba con las internas era más severo que el de otras *Aufseherinnen*. «Solo quería mantener el orden. (…) Yo tenía que vigilar los bloques para ver que las camas estuviesen correctas, y si todo estaba limpio, y para mantener el orden. Yo era la única *Aufseherin* haciendo eso», replicó. Aquella sugerencia dejaba entrever a los allí presentes que en realidad estaba preparada para hacer lo que fuese necesario para alcanzar ese objetivo. El castigo y la muerte podrían ser dos buenos pretextos.

Otro de los temas que turbaron a la criminal nazi fue cuando el coronel Backhouse le preguntó acerca de la piara de cerdos de la que fue responsable en Belsen hasta la liberación del campo. Bormann comentó que hasta ese momento tenían 52 gorrinos y que los alimentaba a base de patatas y nabos.

«P: ¿Y así fue mientras los prisioneros se morían de hambre?
R: Durante el tiempo que estuve allí era lo que teníamos para ellos».

Si había comida para estos puercos, ¿por qué dejaban morir de hambre a los cautivos? Ese era el *quid* de la cuestión. Los argumentos que desarrollaba Bormann sobre esta cuestión eran de lejos razonables pero abominablemente reales.

## Alegaciones de su abogado defensor

Antes de llegar a la resolución del juicio y conocer la sentencia que se le impuso a la acusada número 6, Juana Bormann, su paladín el mayor Munro hizo un discurso de clausura donde pretendía probar la inocencia de su cliente y la falsedad de las pruebas aportadas durante la vista.

El letrado inició su alegato aludiendo a que no era tarea de la Corte juzgar la política de la exterminación o la persecución de los judíos. Que «la Corte tenía que juzgar a las personas llamadas obligatoriamente por sus gobiernos para participar en la ejecución de sus políticas, al igual que él y los miembros de la Corte habían sido llamados por su Gobierno en virtud de los poderes de emergencia que le confiere el Parlamento. Cuando hay un conflicto entre derecho interno e internacional, un hombre no se supone que sabe de Derecho Internacional y lo aplica en contra de su propia ley».

Tras este breve inciso en su conclusión continuó explicando que el primer cargo por el que se acusaba a Bormann de ser culpable, era por tener un perro grande y cruel que atacaba a las mujeres del campo. Si bien la acusada admitió poseer este animal, a excepción de un corto periodo de tiempo, la realidad fue —y así lo atestiguó en su declaración jurada— que le gustaban los caninos. Asimismo, el mayor Munro insistió en que la propia Bormann sugirió que aquellos testigos que la señalaban como un ser despreciable, en verdad la habían confundido con una tal Kuck. El letrado

argumentó que la equivocación producida sobre la identidad de la número 6, no surgió solo de una sugerencia hecha por ella misma, sino que mientras unos testigos aseguraban que tenía un perro negro otros decían que se trataba de uno marrón. De este modo, y así lo expresaba la defensa, este error podía ser el punto de inflexión para demostrar que Juana Bormann, guardiana de Bergen-Belsen y Birkenau, no era la responsable de tales salvajadas.

El segundo cargo en su contra aludía a que la *Wiesel* golpeaba a sus víctimas con sus puños y las maltrataba con una porra de goma. Aunque su defendida había admitido que en ocasiones sacudía a las reclusas con las manos para mantener la disciplina, aquí Munro hizo la observación general sobre el significado de las palabras empleadas durante el interrogatorio, no solo de la *Aufseherin*, sino también de las testigos. Y es que mientras que la palabra en inglés *beat* significa «golpear»; en cambio el término alemán *schlagen* puede significar muchas más cosas y tener más sentidos. Es decir, que cuando la palabra inglesa se refiere a golpes reiterados y severos, la alemana podría ir desde un solo golpe hasta una paliza. Aquí el abogado intenta encontrar un nuevo punto de confusión y añade que cuando se produjeron los incidentes de abril de 1943, Bormann aún no había llegado. Lo hizo supuestamente un mes después, así que la defensa del letrado se basó en la negación total y absoluta de los supuestos ataques que Bormann perpetró a sus internas en aquella fecha.

En este sentido hay tres declaraciones juradas que se refirieron a los ataques de Auschwitz y uno al de Belsen, pero Munro señaló a la Corte que era inconcebible que la inculpada pudiera infligir tales castigos a los confinados ya que se trataba de una mujer pequeña y frágil. Además, recordó que Bormann había negado tajantemente haber utilizado un palo de goma o algo parecido para pegar a nadie.

En relación con la presunta participación de la acusada en las selecciones de la cámara de gas —tercer cargo en el que estaba involucrada Bormann—, el argumento de Munro para negarlo fue que ella debía de haber visto alguna comitiva o algún otro tipo de clasificación de la gente para sacarlos fuera y que los declarantes habían cometido un error.

Según recoge el documento *The Belsen Trial. Volumen II*, en su página 97 —se trata de los informes de los juicios de los criminales de guerra elaborados por *The United Nations War Crimes Commission* en 1947—, el mayor Munro termina su alegato arguyendo lo siguiente:

> «En relación con el Artículo 8 de la Orden Real, el abogado llegó a la conclusión mediante el examen de la cuestión de la "acción concertada".
>
> En primer lugar, ¿qué era "acción concertada"? El significado de "concertado" en el diccionario era "planificado junto", "coordinado" o "planeado juntos", y él sostuvo que la palabra no podía tener otro significado que su "significado normal y con sentido común del diccionario".
>
> ¿Dónde está la prueba en este caso de cualquier "planificación", "invención" y "organización"? No había. ¿Podría ser, por ejemplo, que se acordó y planeó mutuamente enviar todos esos millones a la cámara de gas, o que Hoessler, Bormann, Volkenrath y Ehlert planificaron y coordinaron en Belsen provocar una acción deliberada y homicida de hambruna? Si el tribunal se mostró satisfecho al no haber dicha prueba, los acusados no podrían ser juzgados por ninguna otra cosa que lo que ellos habían demostrado que habían hecho.
>
> Parecía que cada uno de sus cuatro acusados tenían derecho a un veredicto

favorable, pero si el tribunal los declaraba culpables, según la exposición del abogado en este caso, les podrían "juzgar colectivamente por otros actos de carácter similar pero nada más grave". Si ellos eran declarados culpables de haber golpeado a gente, ellos no podrían ser juzgados colectivamente por disparar.

La prueba de la responsabilidad colectiva sería solo la evidencia "prima facie", y podría ser rebatido. En contestación, la Fiscalía tendría que mostrar lo que el acusado pudo haber hecho y no lo que dejó de hacer para evitar el uso de la cámara de gas o la hambruna de los prisioneros en Belsen».

Una vez que todos y cada uno de los abogados de los 45 acusados expusieron sus argumentos, llegó el turno de la Fiscalía y del Coronel Backhouse.

## Últimas imputaciones

El fiscal del juicio de Belsen inició su discurso expresando que su deber allí consistía simple y llanamente en revisar ante el Tribunal el caso de enjuiciamiento de los inculpados. La ardua labor del coronel en encontrar contradicciones le llevó a lanzar la primera pregunta a la Corte sobre Bormann: «¿Pueden aceptar la palabra de una mujer que dice que durante todo el tiempo que estuvo en el campo de concentración jamás vió una selección o a una guardiana pegar a alguien?». Curiosamente, Backhouse se estaba refiriendo a una de las *Blockführerinnen* responsables de los barracones. Por ello citó textualmente el párrafo 383 del *Manual de la Convención de la Haya*, que dice claramente:

«Es la tarea del ocupante ver que las vidas de los habitantes son respetadas, que su paz interior y el honor no se vean perturbadas, que no se interfiera en sus convicciones religiosas y en general, que los ataques de coacción, ilegales y criminales a sus gentes, y las acciones delictivas contra sus propiedades, sean igual de punibles como en tiempos de paz».

El cometido del Fiscal era reseñar que el maltrato de un prisionero de guerra es un crimen de guerra en sí mismo, porque precisamente ese es el delito más común que se dictamina en los tribunales militares.

Blackhouse cuestiona cómo es posible que Juana Bormann negara poseer un perro si el único momento en el que se la vio conmovida o sintiendo la más mínima emoción, fue al mencionar al nocivo animal. Conforme a los testigos, eran inseparables.

Por último, el abogado sugiere que el comportamiento de la acusada respecto a la posible confusión o no con otra guardiana llamada Kuck, quedaba patente en la declaración de Ehlert. Mientras aseguraba que nunca la había visto instigar a nadie con su perro, a la vez añadía «he oído hablar de ello y me lo creo bastante después de haber trabajado con ella». En cuanto a las selecciones, Backhouse recordó los diversos testimonios reunidos en el proceso donde indicaban a la acusada número 6 como una de las participantes de las selecciones a la cámara de gas.

## Sentencia y veredicto

El 17 de noviembre de 1945 a las 10.57 de la mañana el Tribunal suspende la sesión para deliberar. Casi cinco horas más tarde, a las 16.05, se inicia la vista final del juicio de Belsen contra Kramer y los 44 acusados. El presidente Berney-Ficklin inició su discurso:

> «Me gustaría dejar perfectamente claro a los acusados que los fallos de culpabilidad deberán ser confirmados por la autoridad militar superior. Los fallos de no culpabilidad son concluyentes, y absuelven a los acusados del cargo particular por el que estaban siendo juzgados. Todos ustedes, a excepción del n° 48, Stanislawa Starostka, fueron llevados ante el Tribunal de Justicia acusados de cometer crímenes de guerra en Bergen-Belsen, Alemania, como se detalla en la hoja de cargos. Voy a referirme a esto como la primera acusación».

De los dos cargos por los que Juana Bormann había sido acusada, el Tribunal tan solo la encontró culpable del segundo. Es decir, por maltratar y asesinar a sus confinados mientras fue la responsable del campo de concentración de Auschwitz, entre el 1 de octubre de 1942 y el 30 de abril de 1945. De la primera acusación, que se refería a las actuaciones perpetradas en el campamento de Bergen-Belsen en las mismas fechas, fue encontrada no culpable. «La sentencia de esta Corte es que sufra la muerte por ahorcamiento», concluyó el presidente Berney-Ficklin.

Al final de la causa Juana Bormann, al contrario que sus otras dos camaradas, Elizabeth Volkenrath e Irma Grese, no suplicó clemencia ante el tribunal para que la librase de la muerte o para que por lo menos le redujeran la pena y la condenaran si cabía la posibilidad a cadena perpetua. La criminal nazi aceptó sin rechistar la resolución de la Corte. Aquí comenzaba su purgatorio.

## Muerte en la horca

Aquel 17 de noviembre de 1945 concluyó uno de los procesos más difíciles de los que se llevarían a cabo tras la Segunda Guerra Mundial. Los testimonios, víctimas, réplicas y verdugos que pasaron por esta sala durante los 54 días que duró el juicio, hizo palidecer a la opinión pública. Los medios de comunicación siguieron con inagotable interés cada uno de los instantes vividos por los 45 condenados. Los rotativos españoles lo fueron plasmando en las páginas de sus diarios mediante importantes titulares que describían hasta los más mínimos detalles del sumario. Algunos como el periódico *La Vanguardia*, reflejaron lo sucedido en su publicación del miércoles 26 de septiembre de 1945, página número seis, bajo el titular «El proceso de Luneburgo. Dora Szafran reanuda su declaración».

> «Después señaló a Juana Bormann como una de las guardianas que más se distinguía por su crueldad para con los prisioneros. A este prepósito relató que una vez la vio azuzar a su perro dogo, y como este solo se lanzara a las piernas de la presa que se le había señalado, su dueña le gritó: "¡A la garganta!".
>
> Otro defensor intervino entonces para pedir a la testigo que identificara a la

procesada. Juana Bormann se puso de pie, y Dora Szafran exclamó, sin vacilar, designándola con un grito: —¡Esa es!

El defensor preguntó entonces: —¿Podría usted decirnos qué tamaño tenía el perro? Dora Szafran, midiendo de una ojeada la estatura de Juana Bormann, que seguía en pie, contestó: —Era tan alto como ella, y negro. Luego añadió:

—La prisionera sobre la que esta mujer lanzó su perro, diciéndole que saltara a la garganta, murió a consecuencia de las mordeduras. Muchos nos reunimos alrededor del cuerpo exánime, y cuando se acercó un guardia para saber lo que pasaba, Juana Bormann le dijo, señalando el cadáver: "Esto lo he hecho yo".

A continuación refirió diversos castigos corporales sufridos por ella misma, y al hablar de una ocasión en que fue golpeada con un palo, el comandante Grafield, de la defensa, le interrumpió para preguntarla:

—¿Era redondo el palo o tenía nudos? La testigo provocó la risa del público al responder rápidamente:

—No lo sé. Solo lo sentí».

El mismo día que concluyó el juicio de Belsen, Juana Bormann y el resto de los condenados fueron transferidos a la cárcel de Lüneburg donde esperarían hasta el día de su ajusticiamiento. Al fin y para evitar revuelos de ningún tipo, el 8 de diciembre el Tribunal ordenó su traslado a la prisión de Hamelín (Westfalia) para proceder a la pena máxima.

El día antes de su ejecución, el verdugo oficial de Gran Bretaña Albert Pierrepoint —al que ya hemos aludido en más de una ocasión a través de estas páginas— realizó las pertinentes evaluaciones. Pesó y midió a la acusada con 45 kilogramos y 1,52 metros de altura respectivamente.

Bormann pasaría a ser la última de las mujeres en ser ahorcada, por detrás de Irma Grese y Elizabeth Volkenrath. Cada una fue ajusticiada por separado y de forma individual, al contrario que los ocho hombres restantes que, aun corriendo la misma suerte, lo hicieron en parejas.

A las 10.38 del viernes 13 de diciembre de 1945 todo estaba listo para proceder a su condena. Juana Bormann se acercó a la trampilla donde le esperaba Pierrepoint. Le tapó la cabeza, le pasó y apretó la cuerda alrededor de su cuello y puso en marcha el mecanismo. Su cuerpo permaneció allí durante veinte minutos, tiempo suficiente para comprobar que la *Wiesel* había muerto. El cadáver se guardó en un simple ataúd de madera para después ser enterrado en los jardines de la prisión.

Posteriormente, el que fuese la mano ejecutora de estos criminales alemanes, escribió unas pocas palabras acerca de la tan temida Juana Bormann. Todo ello se recoge en la autobiografía que le da nombre, *Executioner Pierrepoint: An Autobiography*.

«Elisabeth Volkenrath fue seguida por Juana Bormann, *La mujer de los perros*, quien habitualmente instigaba a los prisioneros con su pastor alemán para hacerles pedazos. Ella cojeó por el corredor luciendo muy avejentada y demacrada. Tenía solo 42 años, midiendo solamente 1,52 metros, y ella tenía el peso de un niño, unos 45 kilogramos. Estaba temblando y se colocó sobre la balanza. Dijo en alemán: "Yo tengo mis sentimientos"».

# Parte II

## Las 12 apóstoles del Reich

# HILDEGARD NEUMANN

**Nombre real:** Hildegard Neumann
**Nació:** Deutsch Gabel (Checoslovaquia), 4 de mayo de 1919
**Murió:** posiblemente el 5 de noviembre de 2010 (se desconoce dónde)
**Puesto:** Oberaufseherin en el campo de concentración de Ravensbrück y Theresienstadt
**Tortura preferida:** Flagelaciones y latigazos
**Nº asesinatos:** Ayudó a asesinar cerca de 50.000 personas
**Condena:** En libertad

Fueron muchas las guardianas nazis que fueron sentenciadas y condenadas a muerte por la justicia del bando aliado. Aquella fue la réplica más contundente ante la inhumanidad ejercida durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, no todas pasaron por este «calvario». Hildegard Neumann fue una de ellas. La *Oberaufseherin* del campo de concentración de Ravensbrück y Theresienstadt, decidió huir en mayo de 1945 poco antes de que la Cruz Roja arribase a Terezin. Muchas han sido las conjeturas y suposiciones que determinados investigadores se han hecho al respecto. Incluso, personajes incansables como el cazanazis Simon Wiesenthal, fue uno de sus más cruentos perseguidores. En cambio, nadie pudo dar con ella. Es como si tras su desbandada, Neumann hubiera desaparecido de la faz de la tierra sin dejar el menor rastro.

Se conocen muy pocos datos de esta joven rubia de ojos claros y rostro dulce y afable. Si bien existe alguna impronta de quién era fisicamente, en relación con su biografía personal antes de enrolarse a las filas de las *Waffen-SS*, todo queda reducido a que nació el 4 de mayo de 1919 en Jablonné v Podjestédí, localidad conocida como Deutsch Gabel (Checoslovaquia).

Si ahondamos un poco más, esta ciudad se encuentra a los pies de las Montañas Lausitzer al norte de la actual República Checa y tiene aproximadamente 3.700 habitantes. Durante los años del conflicto bélico mundial miles de alemanes sitiaron su residencia en esta población, donde apenas 200 checos participaban de las funciones propias del pueblo.

Conociendo estos detalles, no es de extrañar que Hildegard Neumann terminase cayendo en las redes del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, inscribiéndose posteriormente en alguno de los grupos femeninos nazis. La afiliación a la causa ultraderechista le sirvió para iniciar una vertiginosa incursión en las diversas e imprescindibles tareas que toda camarada debía cumplir.

En primer lugar, y como ocurrió con todas y cada unas de estas guardianas-criminales, la parada iniciar para alcanzar un buen entrenamiento acorde con las necesidades del Gran Reich Alemán era el campo de concentración de Ravensbrück. Neumann llegó en octubre de 1944 y conoció a compañeras tan famosas como Dorothea Binz, Erna Rose o Elsa Erich. Su instrucción fue intensa y de lo más severa, no solo por el adiestramiento diario sino por las zancadillas que encontraba a su paso. Todas querían brillar por encima de las demás y llegar a ser supervisoras en jefe. Pero la táctica empleada por Hildegard fue mantener una buena conducta para con sus superiores. Aquella actitud le

valió que en poco tiempo y antes de acabar el año, fuese ascendida a *Oberaufseherin*.

Junto con algunas de sus más sádicas parteners, como Dorothea Binz entre otras, compartió charlas y métodos de tortura que posteriormente pondría en práctica sobre sus prisioneras. Y como recompensa a su «buen hacer» fue trasladada hasta el campo de concentración y gueto de Theresienstadt. Aún no había comenzado el año 1945 e Hildegard Neumann tenía la suerte de cara. En poco menos de tres meses había conseguido el reconocimiento de las altas esferas con un nuevo destino para demostrar por qué debería tener una medalla en su pecho.

Aquel centro de internamiento, Theresienstadt, en realidad era el nombre en alemán de la pequeña población fortificada de Terezin, ubicada a unos 55 kilómentros al norte de Praga. Durante el mes de noviembre de 1941 se transformó en un gueto donde se reunirían los judíos más notables de Alemania, Holanda, Dinamarca y Checoslovaquia, además de artistas de Bohemia y Moravia, y unos 15.000 niños. En los cuatro años que Theresienstadt permaneció operativo, cerca de 140.000 personas fueron transportadas hasta aquel lugar. Mas aquel campamento era en realidad una especie de pantomima, ya que a los ojos del mundo, se trataba de una ciudad ideal donde judíos con cierta relevancia social eran al parecer confinados para obtener «protección y toda clase de cuidados».

Theresienstadt cumplía dos objetivos: por un lado, dar una imagen al resto de naciones de que los judíos no eran asesinados tal y como publicaban todos los rotativos internacionales; y por otro, para las continuas visitas que la Cruz Roja realizaba con el fin de buscar alguna prueba que pudiese demostrar que el gobierno nazi estaba cometiendo genocidio contra la población semita.

Cuando la vigilante Neumann entró por primera vez en este disfrazado campo de concentración, se topó con el cartel de *Arbeit Macht Frei* (el trabajo libera) y con una especie de urbe a pequeña escala donde las calles y plazas tenían nombre y numeración, donde existían jardines, biblioteca, guarderías y escuelas, e incluso numerosos comercios —desde talleres de sastrería, orfebrería o carpintería—. El *Krunen* se convirtió en la nueva moneda de dicha localidad y todo para enmascarar una terrible realidad. Por decirlo de algún modo, Theresienstadt cumplía un papel destacado en el lavado de cara nazi ante las presiones mundiales del resto de gobernantes y medios. Ahora bien, los crímenes se sucedían lejos de la mirada atenta de la Cruz Roja o de cualquier representante político. Aunque nos cueste creerlo, la ferocidad practicada en su interior no tenía nada que envidiar al de Auschwitz o Bergen-Belsen.

En menos de seis meses Hildegard Neumann había dejado la impronta del sadismo en la piel de miles de prisioneros gracias a su látigo. El pánico que infundía corría como la pólvora en aquella pequeña ciudad de falacia. La truculencia desplegada por la susodicha hizo mella incluso en sus propias camaradas, entre diez y treinta SS, que ayudaban a la supervisora a vigilar en torno a 20.000 reclusas judías. Aquellas féminas nazis sabían que si su «jefa» les pillaba incumpliendo alguna de sus órdenes, no dudaría en ser igualmente despiadada con ellas. Las flagelaciones eran uno de sus martirios preferidos. Lo aprendió en Ravensbrück gracias a las instrucciones recibidas en el famoso búnker.

A partir de ahí la principal tarea de Neumann en Theresienstadt consistió en observar a las internas en todo momento. Bien fuese mientras trabajaban en los Kommandos, durante el traslado que hacían a otros campos y, por supuesto, en el interior del guetto. Nadie se libraba de ser escrupulosamente inspeccionado.

Asimismo, y como destacaba anteriormente, la *Oberaufseherin* se ganó la simpatía de sus

superiores y en especial del superintendentente Hans Nelson, con quien colaboró conjuntamente. Gracias a él, Hildegard ayudó en la deportación de más de 40.000 mujeres y niños del campo de Theresienstadt al de Auschwitz y Bergen-Belsen, donde serían asesinados.

Unos días antes de que el campamento fuese entregado a la Cruz Roja y de que las tropas rusas lo liberasen —hablamos del 3 y del 8 de mayo de 1945 respectivamente—, Hildegard decidió huir. Con más de 55.000 muertes a sus espaldas, la guardiana nazi jamás fue enjuiciada por los crímenes de guerra ejecutados.

A partir de entonces muchas han sido las conjeturas establecidas: algunos expertos apuntan a que murió durante su éxodo, y otros que se cambió de nombre y que se mudó al otro lado del charco. Sea como fuere, no sabemos cómo ha podido sobrellevar el pesado lastre del crimen durante todos estos años y si a día de hoy sigue viva. Nos quedaremos con esa incertidumbre.

# GERDA STEINHOFF

**Nombre real:** Gerda Steinhoff
**Nació:** Danzig-Langfuhr (Gdansk), el 29 de enero de 1922
**Murió:** Biskupia Gorka Hill (Gdansk), 4 de julio de 1946
**Puesto:** BlockfÜhrerin en el campo de mujeres de Stutthof, SS-Oberaufseherin en Danzig-Holm y Bromberg-Ost
**Tortura preferida:** Palizas, vejaciones, sacrificios, flagelaciones, asesinatos a sangre fría
**Condena:** Muerte en la horca

Esta supervisora de campamentos de prisioneros nazis nació el 29 de enero de 1922 en Danzig-Langfuhr, uno de los municipios ubicados al norte de la ciudad polaca de Gdansk. Desde entonces y hasta la invasión alemana de Polonia en 1939, nada se supo sobre su vida personal. No se le conocen progenitores o hermanos, tampoco el nombre de los colegios donde estudió. La pista sobre Steinhoff aparece cuando el Tercer Reich inicia su demoledora ocupación en poblaciones polacas. Es en aquella época cuando descubrimos datos especialmente reveladores.

Contrae matrimonio con un conductor de tranvía y tiene un hijo —de los que jamás se supo nada —, y trabaja primero como sirvienta en Tygenhagen, después como panadera en Danzig para acabar convirtiéndose en cocinera.

Varios años al frente de la restauración en diversos negocios de hostelería le llevan a entablar amistad con algunos de los soldados nazis destinados en la zona de Danzig-Langfuhr. De este modo se entera de que están buscando nuevos simpatizantes que ayuden en las tareas de supervisión de los centros de internamiento y decide alistarse.

El 1 de octubre de 1944 Gerda Steinhoff —cuyo apellido presumiblemente lo asumió tras la boda — se convierte en *Blockführerin* del campo de mujeres SK-III en Stutthof. Allí se responsabiliza de vigilar diariamente a los internos, supervisar el trabajo que hacían y distribuir las raciones de comida. Era responsable de un total de 400 presas. Aquí la joven guardiana se encargó de seleccionar a miles de prisioneros para ser enviados a las cámaras de gas.

Treinta días más tarde sus superiores deciden promocionarla como *SS-Oberaufseherin* y acaban asignándola el campo satélite de Danzig-Holm, desde donde daría órdenes tanto a confinados como a otras supervisoras.

Como vemos, Steinhoff fue recompensada rápidamente en el centro de internamiento con un elevado puesto dentro de la jerarquía nazi. Aquello le costó las envidias de muchas de sus camaradas que veían en ella a una enemiga. Y no era para menos. El 1 de diciembre de 1944 le reasignan a otro subcampo femenino de Stutthof conocido como Bromberg-Ost y que estaba localizado en Bydgoszcz, no muy lejos de Gdansk. Hacia el 25 de enero de 1945 y según órdenes directas del comandante Werner Hoppe, Steinhoff recibe la *Cruz de Hierro* por su lealtad y sirvió al Imperio germano, por

sus grandes esfuerzos en tiempos de guerra.

Aquella condecoración debería de haber sido a la crueldad impartida hacia sus inferiores, porque desde su llegada a Stutthof sus bruscos ademanes y su depravada perversión se difundieron a lo largo y ancho de este campo y de los demás campamentos alternativos.

Gerda llevó hasta el extremo su devoción por el trabajo «bien hecho». Palizas, vejaciones, sacrificios, flagelaciones, asesinatos a sangre fría. Esta clase de atrocidades se hicieron cada vez más necesarias para poner orden e infundir respeto. Cuando el juez le preguntó durante el proceso judicial si había golpeado alguna vez a algún prisionero, Steinhoff simplemente respondió: «llevaba la oficina de todo el campo pero no tenía contacto directo…».

Cuando el 9 de mayo de 1945 el campo de concentración de Stutthof fue liberado, no había rastro alguna de la susodicha. Días antes había decidido regresar a su hogar y continuar con su vida. Por suerte, el 25 de mayo fue arrestrada por funcionarios polacos y enviada directamente a la prisión de Danzig. Permaneció recluida durante un año a la espera de la celebración del juicio: el renombrado *StutthofTrial*.

Tras la liberación de este campo de concentración y por culpa de la cantidad de detenidos que había, se tuvieron que realizar cuatro juicios. Se juzgaron a 84 exfuncionarios nazis.

La primera de estas vistas se celebró en la misma localidad de Danzig del 25 de abril al 31 de mayo de 1946. Durante ese mes se sentenciaron a un total de trece personas, incluida Gerda Steinhoff, quien no paraba de hacer bromas y de comportarse con una actitud de lo más insolente.

El día del veredicto fue declarada culpable y condenada a morir en la horca por abusar sádicamente de los prisioneros y por su participación en las selecciones.

Fue ajusticiada públicamente el 4 de julio de 1946, en Biskupia Gorka Hill, cerca de Gdansk. Tenía 24 años.

# HILDEGARD LÄCHERT

**Nombre real:** Hildegard Lächert
**Nació:** Berlín, 20 de enero de 1920
**Murió:** Berlín, 1995
**Puesto:** Aufseherin en los campos de concentración de Majdanek y Auschwitz
**Tortura preferida:** Latigazos en la espalda y el pecho de las internas y selección a las cámaras de gas de niños
**Condena:** En libertad

Su extrema brutalidad y la fiereza de sus zarpazos le valió el apodo de la Tigresa, mas otros prisioneros decidieron denominarla *Brígida la sanguinaria*. Aquella mujer alta, rolliza, de espeso cabello castaño, gozaba fustigando a los internos que con miedo, ni tan solo se atrevían a mirarle a la cara. Hildegard Lächert parecía un «demonio demente», tal y como aseveraban los supervivientes. Era como si una fuerza maligna se hiciera dueña de su mente y de su cuerpo. Hasta la expresión de su cara tornaba cuando sentía esa violenta necesidad de golpear y asesinar.

Esta temida criminal nazi, de nombre completo Hildegard Martha Lächert, había nacido el 20 de enero de 1920 en Berlín. En cambio, lo único que se conoce de ella es que se dedicó a la enfermería en la capital alemana y que tuvo varios hijos. Dos de ellos antes de los 22 años y justo antes de ingresar en el campo de concentración de Majdanek como *Aufseherin*, y el tercero lo tuvo en 1944 mientras servía en el centro de exterminio de Auschwitz. Pero vayamos por partes.

Apuntar primeramente que Lächert ni siquiera formaba parte del NSDAP antes de ser guardiana, simplemente decidió alistarse a las SS para «ayudar» en el *Frauenlager* (campamento femenino) de Majdanek. Su profesión como enfermera podría servirles de mucho al personal del campo en cuestión. Aunque como veremos, sus tareas se extralimitaron.

Durante sus andanzas en este centro de internamiento algunas testigos como Janina Latowitcz, contaron durante el juicio de Majdanek que Lächert «era como una bestia, hambrienta de sangre». Se trataba de una mujer perversa y retorcida. A pesar de tener dos hijos pequeños, los niños sufrieron los peores maltratos. Era como si les profesase un odio especial. La *Aufseherin* era el «azote sádico del campo», como llegó a argüir otra de las supervivientes.

Pese a que físicamente tenía apariencia de «buena niña» e incluso «muy bella», Henryka Ostrowska declaró que:

> «… cuando hablaba con los hombres de las SS o con sus camaradas, ella era encantadora y muy divertida. Pero cuando ella nos hablaba y nos golpeaba, la (su) cara era horrible. La cara no era la cara de una mujer».

El sobrenombre de *Brígida la sanguinaria* no era por casualidad. El motivo más horripilante era que le encantaba azotar a las reclusas hasta que la carne empezaba a sangrar a borbotones. Aquella

«puta sádica brutal» —como la denominaba su compañera Christa Roy— se divertía jugando con el látigo, azotando una y otra vez a la espalda y el pecho de los internos. Ninguna parte de su cuerpo se libraba de su seña de identidad.

Lächert siempre salía bien armada a pasear por el campo. Llevaba consigo una pistola y siempre alardeaba ante los reos de ser una buena tiradora. Era la mejor manera de infundirles pavor. Otras veces, cuando veía a alguien robando comida utilizaba una barra de metal. Era en ese instante cuando la *Tigresa* embestía atrozmente contra la víctima hasta dejarla sin conocimiento. Curiosamente, el mayor Schiffer presentaba a la aludida como un modelo de mujer nazi, ya que mostraba una «firmeza necesaria». Esta descripción chocaba de lleno con la que hacían sus reclusas. Estas manifestaban que la guardiana normalmente corría por el campo gritando como alma que lleva el diablo, mientras abofeteaba a todo aquel que no se quitase el sombrero cuando pasaba.

De las 500.000 personas que poblaban el campamento, la mitad fueron asesinadas impunemente y seleccionadas a morir en las cámaras de gas. La extremada irritación que sentía por los niños de Majdanek, le llevaron al menos en dos ocasiones, a gasear a grupos de más de cien pequeños. Para conseguirlo, les daba caramelos. De este modo se ganaba su confianza a la hora de subirlos a los camiones.

Durante el último año de servicio en Majdanek se queda embarazada y tras dar a luz a su tercer hijo, en 1944 deciden trasladarla al campo de concentración de Auschwitz. Allí permaneció hasta el mes de diciembre. Escapa cuando se entera de la inminente llegada del Ejército Soviético. Pero las referencias sobre lo que ocurrió después no son concluyentes. Hay informes que sitúan a Hildegard como supervisora de Bolzano, un campo de detención en el norte de Italia, mientras que otros insisten en que estuvo en el campo de Mauthausen-Gusen en Austria.

Sea como fuere, el 24 de noviembre de 1947 la *Tigresa* se sienta en el banquillo de los acusados con otros 23 exmiembros de las SS, en el famoso juicio de Auschwitz. Entre los procesados de esta primera vista judicial celebrada en Cracovia (Polonia), destacan criminales como María Mandel, Luise Danz, Alice Orlowski o Therese Brandl.

El 22 de diciembre el Tribunal llega a un veredicto y condena a Hildegard Lächert a 15 años de prisión por los crímenes de guerra cometidos en Auschwitz y Piaszów. Enviada a una cárcel de Cracovia, la ex *Aufseherin* pasa allí parte de su pena, tan solo nueve de los quince años que la interpusieron. En 1956 es liberada.

Durante casi veinte años Hildegard recuperó su vida. Se hizo ama de casa, cuidó de sus pequeños y pasó desapercibida entre la comunidad de vecinos. Pero cuando parecía que todo había acabado para la exguardiana nazi, el gobierno alemán decide reabrir el caso y detener a 16 antiguos vigilantes del campo de concentración de Majdanek.

Este proceso —considerado uno de los más largos en la historia de los crímenes de guerra nazi— se inició el 26 de noviembre de 1975 y concluyó el 30 de junio de 1981 en una Corte de Düsseldorf. Uno de los principales motivos por los que se alargó tanto fue que la mayoría de los testigos no querían que sus antiguos verdugos los vieran, ni pasar de nuevo por el horror de contar lo sucedido.

Respecto al iracundo comportamiento de Lächert en el campamento, gran parte de los testigos la describieron como la «peor» persona de todo el campo, «la más cruel», «la bestia», «el pánico de los reclusos».

Uno de los principales cargos que se le imputaron fue el de haber incitado a uno de los perros

que siempre la acompañaba, a que atacase a una presa judía. Su único delito: haber sido violada y embarazada por un oficial de las *Waffen-SS* del que la *Aufseherin* se había encaprichado. El animal acabó destrozando a la confinada.

Asimismo, también se la acusó de emplear constantemente una fusta de montar reforzada con bolas de acero y con la que provocó la muerte a más de un preso; de disparar a sangre fría a una judía griega después de que su perro le diese caza; de ahogar a dos internas en el pozo negro por no haber limpiado suficientemente los retretes del campo; y como no, de formar parte en la selección a las cámaras de gas.

En su defensa, la acusada intentó negar lo sucedido.

> «Yo nunca lesioné gravemente o maté a nadie, ni siquiera tomé parte en la selección (de personas para ser asesinados)».

*Brígida la sanguinaria* se enfrentaba a ocho cadenas perpetuas por los cargos anteriormente citados, al final, el Tribunal la condenó a tan solo 12 años de prisión.

Cuando la gente congregada en la abarrotada sala escuchó la sentencia y el veredicto, comenzaron a gritar y exclamar: «esto es un escándalo» y «una ofensa para las víctimas del nazismo». De todos los inculpados, solo uno de ellos había sido condenado a cadena perpetua.

Aquel 30 de junio de 1981 terminaba en Düsseldorf «el último gran juicio» del Nazismo bajo las airadas protestas de los asistentes.

Tras cumplir su pena Hildegard Lächert fue puesta en libertad. Pasó sus últimos años en su ciudad natal, Berlín, donde murió en el año 1995.

# RUTH CLOSIUS NEUDECK

**Nombre real:** Ruth Closius Neudeck
**Nació:** Breslau (Alemania), 5 de julio de 1920
**Murió:** Hamelín (Baja Sajonia), 29 de julio de 1948
**Puesto:** Aufseherin en el campo de concentración de Ravensbrück, Oberaufseherin en el de Uckermark y Barth
**Tortura preferida:** Acuchillar en los brazos y en la cara de las víctimas, patearles la cabeza, flagelaciones y disparos a bocajarro
**Condena:** Muerte en la horca

La sangre fría de nuestra siguiente protagonista dejó atónitos, a la vez que satisfechos, a los mandamases de los campos de concentración donde Ruth Closius fue destinada. Las aberraciones perpetradas durante su estancia en Ravensbrück y Uckermarck, marcaron la vida de más de 5.000 mujeres y niños que cayeron fulminados por el popular gas Zyklon B. Sus malvadas selecciones llevaron a esta brutal guardiana hasta el escalafón de la inhumanidad femenina dentro del nazismo.

En realidad, se sabe muy poco de la vida personal previa a su incursión en las *Waffen-SS*, Ruth Closius —que adquirió el apellido Neudeck cuando contrajo matrimonio— nació el 5 de julio de 1920 en la ciudad de Breslau (Alemania) en el seno de una familia germana. En su época de estudiante, especialmente después de 1933 cuando el Partido Socialista de Hitler comenzaba a emerger, se dieron a conocer diversas organizaciones juveniles que se dedicaban a captar a nuevos simpatizantes. Una de ellas fue la Liga de Jóvenes Alemanas, asociación para adolescentes de sexo femenino, que fomentaba el apoyo de los rasgos arios y germánicos, y donde se incluía la belleza, la salud y la pureza étnica. Ruth se dejó seducir por aquellos preceptos que lejos de sonarle racistas, sucumbieron con su «encanto».

La educación que recibió a través de este grupo instauró en ella un sentimiento de repulsión hacia los judíos, a quienes describía como seres esencialmente inútiles y peligrosos que amenazarían la pureza racial. Gracias a este adoctrinamiento, Closius dejó los estudios en su ciudad natal, se independizó e inició su carrera laboral. Tuvo varios trabajos, pero siempre mal pagados y sin ninguna motivación. Se casó con un hombre de apellido Neudeck y del que nada se sabe actualmente. Tampoco su nombre de pila.

La oportunidad llamó a su puerta en julio de 1944 cuando envió una solicitud para trabajar como guardiana de campamentos dirigidos por personal nazi. Fue admitida. Bien es cierto que tal y como les pasó a varias de sus camaradas, no se exigía tener estudios ni experiencia previa. De hecho, la mayoría de ellas eran analfabetas.

Pasados los trámites pertinentes, Closius fue enviada al campo de concentración de Ravensbrück para proceder a su formación. Según parece, y tal y como sucedió con la temida Irma Grese, la nueva integrante causó una muy buena impresión a sus superiores, en particular por el tratamiento aplicado en el barracón de las mujeres.

El nivel de crueldad de la *Aufseherin* sucumbió a los oficiales de las SS que admiraron su gran interés y eficacia. Esto le valió para escalar un nuevo puesto y ser promovida como *Blockführerin* (supervisora de barracón).

El cargo actual le trajo consigo una mayor experiencia y ante todo nuevas amistades. En ese momento fue cuando conoció a su superior, Dorothea Binz, quien la entrenó para abusar, torturar y vejar a las prisioneras. Estuvo bajo su protección durante casi cuatro meses, tiempo más que suficiente para que Closius aprendiese todos los escabrosos detalles para llevar a cabo sacrificios humanos de lo más viles. El búnker se convirtió en su lugar preferido. Allí Ruth ayudaba a la Binz a acuchillar en los brazos y en la cara de las víctimas, a patearles la cabeza hasta que perdían el sentido, a flagelar 20, 40 o 50 veces en la espalda, e incluso, a disparar en la cabeza de las reclusas. Todo lo que podamos imaginarnos se queda corto si lo comparamos con lo que ambas criminales podían llegar a ejecutar en una mañana cualquiera.

Aquella brutalidad quedó reflejado en el libro *The Dawn of Hope: A Memoir of Ravensbrück* escrito por la francesa Genevieve de Gaulle-Anthonioz, sobrina de Charles de Gaulle, quien aseguró haber visto a Closius «cortar el cuello de un prisionero con el borde de la pala».

Las buenas referencias de Dorothea junto con el trabajo bien hecho, hicieron que en diciembre de 1944 Ruth fuese ascendida a *Oberaufseherin* y trasladada al centro de exterminio de Uckermark, construido en las cercanías de Ravensbrück, concretamente en Fürstenberg/Havel. En sus inicios aquel campamento estuvo destinado a recluir a chicas criminales y difíciles de entre 16 y 21 años, pero a partir de 1945 se usó —según recoge el libro *Opfer und Taterinnen. Frauenbiographien des Nationalsozialismus*— para liquidar a «las mujeres que estaban enfermas, que no eran lo suficientemente eficientes, y que tenían más de 52 años».

A este respecto, Closius llegó para dar apoyo a sus camaradas Lotte Toberentz o Johanna Braack, pero también, para imponer algo de «orden». Al fin y al cabo alguien tenía que enviar a aquellas mujeres a las cámaras de gas.

Aunque la mayoría de las confinadas sufrían toda clase de enfermedades, como el tifus o la disentería, sin mencionar el hambre, ningún miembro del personal de Uckermark parecía inmutarse al ver tales atrocidades. Muchas de ellas estaban infectadas con piojos, tenían cortes y heridas mal curadas que no paraban de sangrar, pero nadie hacía nada.

Mientras Closius y el resto de sus secuaces decidían quién vivía y quién moría, los presos seleccionados eran obligados a desnudarse y a permanecer de pie durante horas. Daba igual que hiciese calor o frío, que nevase o lloviese, debían esperar su turno.

Aquí me gustaría subrayar la hipótesis que circula en algunos documentos encontrados que aseguran que durante aquellas selecciones Closius llevaba un bastón con un gancho que utilizaba para agarrar a los presos, sacarlos de las filas equivocadas y situarlos donde correspondían. Gracias a este artilugio, la *Oberaufseherin* evitaba cualquier contacto físico con ellos.

Desde su llegada a Uckermark, 300 mujeres murieron diariamente después de haber sido escogidas para las cámaras de gas construidas para la ocasión, aparte de aquellas internas que fueron como consecuencia del hambre, la enfermedad, la falta de higiene y por supuesto, los malos tratos. Según fuentes independientes, durante el periodo comprendido entre febrero y abril de 1945 unas 7.000 mujeres perecieron en este centro de exterminio.

En marzo de 1945 y una vez finalizado su terrorífico trabajo, la su-pervisora decidió marcharse

al subcampo de Barth —allí se construían aviones Heinkel— para continuar con los homicidios. Un mes más tarde el ejército aliado irrumpió en el campamento y Closius huyó despavorida en compañía de varios de sus camaradas. La fortuna no estaba de su lado, porque unos días después y pese a sus grandes esfuerzos, los británicos la localizaron y la apresaron. Los militares ya habían podido comprobar el horror de los cadáveres muertos en el campo de Uckermark.

La criminal nazi fue trasladada a la prisión de Recklinghausen donde se quedó hasta el día del juicio. El proceso denominado *Uckermark Trial* y que forma parte de los siete famosos juicios de *Hamburg Ravensbrück Trials*, fue el tercero en producirse.

Se inició el 14 de abril de 1948, casi dos años después de su detención, y tuvo lugar en Hamburgo donde condenarían a cinco de las oficiales del campo de exterminio de Uckermark.

Durante la vista Ruth Closius admitió plenamente su complicidad en el maltrato y muerte de las prisioneras que tenía a su cargo tanto en Ravensbrück como en Uckermark.

En su declaración ante el tribunal militar británico la inculpada no solo mostró fuertes dotes de altivez, sino que además se vanaglorió de los allí presentes:

> «A medida que me hice cargo del campo de Uckermark, allí había alrededor de 4.000 prisioneros de todas las nacionalidades. Cuando me trasladaron unas seis semanas después, solo quedaban 1.000 presos en el campo. Durante mi tiempo allí alrededor de 3.000 mujeres fueron seleccionadas para las cámaras de gas».

Pero no contenta con eso continuó explicando que:

> «Cuando las camionetas se llenaban por completo, los hombres de las SS y yo conducíamos hacia el crematorio, donde descargábamos los prisioneros en un cobertizo de herramientas. En mi papel como *Oberaufseherin* les ordenaba que se desnudaran y cuando lo habían hecho, un hombre de las SS disfrazado con un bata blanca llevaba a las mujeres, una por una, a otro cobertizo para herramientas. Cuando esta nave se llenaba, entonces se cerraba. A los reclusos varones se les ordenó subir al techo y ví cómo dejaban caer algo dentro de una abertura que se cerró enseguida. Después de que los prisioneros bajasen del techo, se encendían los motores de los camiones para que no se pudieran escuchar los gritos de las víctimas».

El 26 de abril de 1948 concluye el juicio y el Tribunal Británico emite un claro veredicto respecto a la exsupervisora nazi. Ruth Closius es culpable de todos los cargos y debe ser condenada a morir en la horca. De las cinco ella fue la única en ser ajusticiada.

Durante la mañana del 29 de julio de 1948 el verdugo Albert Pierrepoint fue el encargado de colocar a la *Oberaufseherin* en posición y llevar a cabo el ahorcamiento en la prisión de Hamelín.

# HERTA EHLERT

**Nombre real:** Herta Ehlert
**Nació:** Berlín, 26 de marzo de 1905
**Murió:** Abril de 1997 (se desconoce dónde)
**Puesto:** Aufseherin en los campos de concentración de Ravensbrück, Majdanek, Auschwitz y Bergen-Belsen
**Tortura preferida:** Golpear ferozmente a las reclusas y tirarles de los pelos
**Condena:** En libertad

Pasó a la historia por ser una más de las guardianas encargadas de impartir golpes, patadas y latigazos a los reclusos del campo de concentración que vigilaba. Todos la conocían como Herta Ehlert, pero en realidad su verdadero nombre era Herta Liess. Esta alemana rubia de mirada penetrante, gesto severo y actitud brusca, nació en Berlín el 26 de marzo de 1905. Se desconoce por completo lo que sucedió durante los primeros años en la capital germana. Lo más que se encuentra es documentación que sitúa a la futura criminal en un puesto como vendedora. Pero no especifica a qué se dedicaba verdaderamente esta mujer. De cualquier forma, un dato importante aquí es que cambió su apellido por el de Ehlert una vez que contrajo matrimonio en la ciudad berlinesa unos años antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial. Tras la llegada al poder de Adolf Hitler, la propaganda nazi empezó a expandirse por cada rincón de la localidad. Grupos de partidarios de la pureza aria recorrían las calles en busca de algún alma caritativa que quisiera ayudarles en su lucha. De este modo el 15 noviembre de 1939 Herta fue reclutada por oficiales de las SS para formar parte de su personal de campo. «El Puente de los Cuervos» se convertiría en su primer hogar nazi.

Ravensbrück la formó, la instruyó en las artes de la vigilancia, la adiestró para maltratar a los presos sin impunidad alguna y hasta la muerte y, ante todo, impulsó a que emergieran sentimientos maquiavélicos. La disciplina recibida fue tan manipuladora a la vez que poderosa que sacó lo peor de ella.

Imaginamos que debido a ese cambio en el carácter, que se reflejaba perfectamente en la dureza de su rostro, se divorció del que hasta entonces era su marido. Se despojó de su vida anterior y enterró todos sus recuerdos personales. En Ravensbrück murió y nació una nueva Herta Ehlert.

Ya en octubre de 1942 y cumplido su fiel entrenamiento, fue transferida como *Aufseherin* al campo de exterminio de Majdanek cerca de Lublin. Según la declaración de la propia acusada, sus superiores no estaban contentos con ella, porque se mostraba de lo más afable, condescendiente, y porque ayudaba a los prisioneros entregándoles más comida. A pesar de que estos apuntes están basados en su particular testimonio, nos enfrentamos a una gran contradicción. Las testificaciones de las supervivientes que narraron con todo detalle cómo fueron golpeadas por la criminal chocaban radicalmente con su versión.

No obstante, y siguiendo con tales declaraciones, parece ser que Ehlert tuvo que regresar nuevamente al campamento de Ravensbrück en 1943 para tomar, y siempre presuntamente, otro curso de entrenamiento. Su nueva supervisora: Dorothea Binz. Insisto en que estos datos no cuadran con la

realidad ya que durante sus tres primeros años en el «Puente de los Cuervos», su superior fue María Mandel, más conocida como *La bestia de Auschwitz*, una de las *Oberaufseherin* más terroríficas del momento. Por consiguiente, sería extraño que Herta no se hubiera doblegado a la mezquindad de su jefa.

Un nuevo traslado en noviembre de 1944 hizo que la *Aufseherin* se mudara al campo de concentración de Auschwitz donde supervisó un Kommando de los grupos de trabajos forzados. Entre las tácticas empleadas para que los internos rindieran más estaba la de pegar con sus propias manos en el rostro de cualquiera que no hiciese lo correcto. Aquellas bofetadas llevaban impresas tanta brutalidad que los más débiles se caían súbitamente al suelo.

Tan solo dos meses después de su llegada y coincidiendo con la evacuación del campamento en enero de 1945 Herta Ehlert fue destinada al campo de concentración de Bergen-Belsen donde estuvo bajo las órdenes de Irma Grese y Elisabeth Volkenrath.

En esos tres escasos meses su principal tarea fue la de controlar la alimentación de los reclusos. Pero los testigos de aquella barbarie explicaron actuaciones de lo más dispares durante los interrogatorios oficiados en el juicio de Bergen-Belsen. Por ejemplo, la judía polaca Lidia Sunschein dijo que:

> «Ehlert siempre estaba en la puerta de Belsen cuando los Kom-mandos iban a trabajar. Golpeaba a las prisioneras por cosas como tener una bufanda puesta incorrectamente o los cordones de las botas mal hechos. Ella golpeaba a la gente sobre todo con sus manos».

Estos hechos fueron corroborados por otras supervivientes como Helene Klein, Regina Bialek o Etyl Eisenberg. Esta última, una semita belga, declaró que a veces la SS sustituía a la *Oberaufseherin* Völkenrath y que al hacerlo también se comportaba de una manera despiadada. Tenía por costumbre golpear ferozmente a las reclusas y tirarles de los pelos. En este sentido, Hilda Loffler además aseguró que Ehlert y otras compañeras fueron las responsables del hambre, los golpes y el exceso de trabajo en el campo. Una de sus víctimas fue Helen Herkovitz, a quien golpeó broncamente y mantuvo aislada durante dos semanas sin apenas comida ni bebida en un refugio antiaéreo.

Cuando el 15 de abril de 1945 los aliados llegan al campo de Ber-gen-Belsen, arrestan a todos los miembros del personal nazi y Herta Ehlert es puesta a disposición judicial y conducida a la cárcel de Celle.

Durante el proceso de Bergen Belsen celebrado entre el 17 de septiembre y el 17 de noviembre de 1945 en Lüneburg, la inculpada explicó que quedó tan sorprendida ante las pésimas condiciones en las que se encontraba Belsen, que acudió al comandante del campo para intentar mejorar la situación. Y aunque negó que fuese inhumana con los prisioneros, admitió haber golpeado a alguno de ellos pero solo cuando era estrictamente necesario.

Reseño a continuación un pequeño fragmento del interrogatorio realizado por el Major Munro a Ehlert:

> «P: ¿Se ha dicho que usted era muy cruel, no es así?
> R: Depende de cómo entienda uno la palabra "crueldad". Admito que

abofeteé la cara de las prisioneras, pero siempre cuando había una grave razón para ello. Nunca abofeteé sus caras con ambas manos, solo con una.

P: Lidia Sunschein y Helen Klein dijeron que usted solía estar en la puerta y que golpeaba a las prisioneras al pasar mientras les hacía el control. ¿Es eso cierto?

R: Así es, pero la razón es porque pusieron sus mantas alrededor de los hombros, lo que no estaba permitido, y las cortaban para fabricar diferentes tipos de ropa incluso sacaban zapatos de ellas. Solían llevar paquetes, lo que no estaba permitido».

En todo momento la guardiana intentó camelar a la Corte arguyendo que su conducta con los reos era poco menos que digno de admirar. «Era demasiado buena con ellos», insistía Ehlert. Su argumento era que si bien muchas veces pillaba a alguno contraviniendo las reglas —esto es, enviar mensajes a familiares o pasar paquetes—, ella les ayudaba haciendo de intermediaria. Una de las declaraciones que más impactaron por estar hecha a su favor, la hizo Jutta Madlung. Esta alemana conoció a la *Aufseherin* en el campo de Ravensbrück, de quien se llevó un grato recuerdo tal y como reconoció ante el Tribunal:

«Ehlert estuvo a cargo de nuestro equipo de trabajo en Siemens, y nos trataba muy bien. Ella no nos pegaba, no nos hizo ningún daño y también era muy amable con las rusas.

Me dio pan para mi hermana que estaba enferma, y me dio manzanas y otras cosas para comer. Nunca la vi maltratar a nadie».

Para Madlung la criminal nazi fue la excepción que confirmaba la regla de toda aquella inmoralidad humana.

Al finalizar el juicio, Herta Ehlert fue condenada a 15 años de prisión por cooperar en el maltrato y asesinato de prisioneros en el campo de concentración de Bergen-Belsen entre el 1 de octubre de 1942 y el 30 de abril de 1945.

La mujer «decente» —como su abogado defensor la llamó en alguna ocasión— permanecería encerrada en la prisión de Hamelín hasta su puesta en libertad el 22 de diciembre de 1951.

Sin llegar a cumplir la totalidad de su pena y tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, esta delincuente decidió cambiar su nombre por el de Herta Naumann.

Vivió sin la intromisión de ningún cazanazis hasta su muerte en abril de 1997. Acababa de cumplir 92 años.

# LUISE DANZ

**Nombre real:** Luise Danz
**Nació:** Turingia, 11 de diciembre de 1917
**Murió:** Se desconoce
**Puesto:** Aufseherin de los campos de concentración de Majdanek, Auschwitz-Birkenau y Oberaufseherin en el de Malchow
**Tortura preferida:** Latigazos, puñetazos en la barbilla, rodillazos en el estómago, golpes en todo el cuerpo, etc.
**Condena:** En libertad

A la hora de catalogar a las guardianas, nos encontramos con diversas escalas. Aquellas donde se encuentran las criminales más perversas y bestiales —con miles de muertos a sus espaldas—; pasando por vigilantes causantes de cientos de maltratos físicos y psicológicos; hasta las que sin haber formado parte de la selección de prisioneros a las cámaras de gas, destacaron por su especial crueldad hacia los prisioneros. Este cargo no le valió la muerte, pero si una cadena perpetua. Hablamos de Luise Helene Elisabeth Danz.

La exguardiana nació el 11 de diciembre de 1917 en Turingia en el seno de una familia protestante. Sus padres se llamaban Heinrich y Anna y tuvo varios hermanos, ahora bien, no se conoce el número exacto. Se graduó en la escuela primaria y con 20 años, la joven Luise decidió abandonar el hogar familiar para mudarse hasta Branderburgo. Allí trabajaría como dependienta en una panadería de la ciudad.

En 1940 tuvo que regresar a la casa de los padres para su cuidado, se estaban haciendo mayores. Entonces inició un curso para entrar en la oficina de correos y durante unas vacaciones en Ulm conoció al Dr. Freiherr Franz von Bodman. Este hombre resultó ser médico en el campo de concentración de Majdanek. Danz intentó mantener un romance con él, pero Bodman ya estaba casado y tenía tres hijos. Aun así, la convenció para que se alistase en las *Schutzstaffel*. La labor de las mujeres solteras durante la guerra lo hacía indispensable. Para ello solo tenía que cumplir dos condiciones: gozar de buena salud y no tener antecedentes penales o haber estado condenada nunca.

Según parece, Luise Danz explicó ante el tribunal —una vez detenida— que fue reclutada por la fuerza para ser guardiana de un campo y que intentó rechazar el servicio. Sin embargo, todos y cada uno de los empleados tenían que firmar un contrato, y su rúbrica estaba en él junto con la de Bodman a modo de beneplácito. Por lo que aquella excusa no le servía de nada.

Asimismo, es necesario dejar claro que Danz no fue miembro en ningún momento del partido nazi, sino que fue el 24 de enero de 1943, cuando se incorpora directamente como *Aufseherin* dentro del sistema de los campos de concentración nazis. Su primer destino, como el de la mayoría de aquellas mujeres, fue Ravensbrück. Aquel centro de entrenamiento habitual para las guardias de sexo femenino se hacía indispensable para aprender las reglas y preceptos en cuanto a la supervisión de prisioneros de cualquier campamento. Una vez concluida su instrucción, el 22 de marzo de 1943 la

trasladan al campo de mujeres de Majdanek donde pese a su supuesto recelo, acabó comportándose de la forma más bárbara posible.

Una de las testigos que informó en Lublin, durante el juicio de Ma-jdanek, acerca de dicha conducta, fue Danuta Medryk:

> «Al principio a Luisa Danz le dio la impresión de que solo entraba por casualidad en la banda de los Alemanes comunes. […] Pero después de un mes ella también cambió. […] Más tarde ella detuvo a prisioneros, les pateaba. Todo esto lo veía como una diversión»[54].

Presuntamente la tarea principal de la guardiana nazi estribaba en llevar a grupos de prisioneras de la puerta del campo a sus puestos de trabajo, vigilarlas durante su jornada laboral y traerlas de vuelta al campamento. También supervisó los grupos de trabajo en el vivero, la sastrería o la cocina de las SS.

El 10 de diciembre 1943 fue trasladada a Auschwitz-Birkenau donde tuvo mucho que ver en la ejecución de las penas a los reos. Danz era la responsable de informar sobre el número diario de confinados que entraban en Birkenau y de apuntar aquellos que fallecían. Su mano, digamos que participativa, le sirvió para ganarse el beneplácito de sus jefes y para que fuese condecorada por sus servicios. A lo largo de la Segunda Guerra Mundial muchas de estas guardianas tuvieron la suerte de ganarse esta medalla al mérito.

Poco después y gracias a ese pequeño impulso, la *Aufseherin* pasó a asumir las funciones de jefa del transporte de prisioneros de Auschwitz y a principios de enero de 1945 se convirtió en *Oberaufseherin* del campo de concentración de Malchow —su campo de Ravensbrück—. Ya tenía un nuevo cargo en su currículum.

Podemos decir que este centro de internamiento fue el súmum de su carrera profesional. Por el contrario, las condiciones sanitarias eran de lo más deplorable. Los reclusos, hacinados en el interior de los barracones, tenían una salud tan mala que muy pocos servían para trabajar en una fábrica de municiones de la zona.

Ante tal situación Luise determinó deshacerse de los más débiles. Ahí comenzó a asesinar a un número ilimitado de mujeres judías y durante tres meses, mantuvo la estrategia de matarlas de hambre. No contenta con esto les ordenaba salir desnudas en medio de la noche y permanecer de pie durante horas. A continuación se abalanzaba sobre algunas de ellas dándoles continuos puñetazos en la barbilla, golpes en todo el cuerpo o rodillazos en su estómago mientras emitía innumerables insultos. Sus víctimas acababan inconscientes *ipso facto*.

Aquella rabia impactaba cruelmente sobre las cientos de reas que soportaban los latigazos diarios y los castigos sinsentido de la temida Danz. Algunos de estos ataques fueron recogidos por investigadores merced al testimonio de sus supervivientes.

> «Yo misma también he sido golpeada por ella. Esto sucedió durante el conteo de presos. En primer lugar ella me pegó con la mano en la cabeza, en la zona de la oreja izquierda. Cuando pregunté el por qué, ella dijo "por esto" y me pegó en el otro lado de la cabeza. A partir de ese momento tengo trastornos de equilibrio y miedo cuando intento moverme hacia abajo»[55].

Poco antes de que las tropas soviéticas liberasen el campo de concentación de Malchow a principios de mayo de 1945, la superintendente trató de escapar en compañía de otras camaradas. Por suerte, fue pillada *in fraganti* en el momento de la huida.

Fue llevada a la cárcel de Cracovia (Polonia), donde un año después fue acusada ante el Tribunal de crímenes contra la humanidad cometidos durante la prestación de su servicio en los campamentos de internamiento. Durante el famoso *Primer Juicio de Auschwitz*, celebrado entre el 24 de noviembre y el 22 de diciembre de 1947, Danz y otros 39 antiguos miembros de las SS, comparecieron para dar explicaciones de sus actos. El Tribunal Supremo de Polonia condenó a la exguardiana nazi a cadena perpetua. Entre los delitos que se le imputaban estaba el de haber abusado física y moralmente de los prisioneros, además de despreciarlos, golpearlos, patearlos y privarlos de ropa y alimentos.

Tras la sentencia fue llevada a prisión donde estuvo hasta 1956, fecha en la que quedó en libertad por buena conducta. Nuevamente, una criminal nazi pisaba la calle sin haber cumplido la totalidad de su pena. Ni tan siquiera una parte.

Durante cuarenta años Luise Danz cambió de vida, intentó que nadie rastreara sus movimientos y jamás volvió a hablar sobre su paso por los campos de concentración nazis. Sin embargo, en 1996, el fiscal de la ciudad alemana de Meiningen decidió reabrir un antiguo caso y buscar a la exvigilante alemana. Quería demandarla por el asesinato que supuestamente había perpetrado contra una niña cuando era *Oberaufseherin* en el campamento de Malchow. Según los datos aportados por el letrado, esta había matado a golpes a la pequeña valiéndose de su poder y mando.

Después de un año de idas y venidas, los médicos germanos alegaron que la inculpada era demasiado anciana para soportar un nuevo procedimiento judicial y se retiraron todos los cargos. El Tribunal archivó el asunto.

Desde entonces, hablamos del año 1997, no se tiene constancia alguna de cuál es su paradero, de si llegó a casarse —tampoco se supo antes— o de si alguien descubrió su verdadero pasado. Fuentes fiables aseguran que Luise Danz sigue viva. Si así fuera, ahora contaría con 96 años.

# EWA PARADIES

**Nombre real:** Ewa Paradies
**Nació:** Lauenburg (Alemania), 17 de diciembre de 1920
**Murió:** Biskupia Górka (Polonia), 4 de julio de 1946
**Puesto:** Aufseherin en el campo de concentación de Stutthof y en el subcampo de Bromberg-Ost
**Tortura preferida:** Palizas y selecciones a las cámaras de gas
**Condena:** Muerte en la horca

Mucho se ha hablado de la espiritualidad de los nazis, de cómo algunos de ellos se sintieron cercanos a la religión. Aunque es bien cierto que esto sería un sinsentido, porque los preceptos del nazismo no incluían la adoración a ningún dios, sino solamente al *Führer*. Sin embargo, individuos como Ewa Paradies tenían fe y antes de ser reclutados por las *Waffen-SS* cumplían los mandamientos de la religión cristiana protestante.

Esta mujer, que como veremos se convirtió en guardiana de uno de los campos de concentración, creció en una familia creyente alemana que se había instaurado en la ciudad polaca de Lauenburg —la actual Lebork—. Dicho municipio la vio nacer el 17 de diciembre de 1920. Allí pasó su infancia y parte de su juventud. Estudió en un colegio público de la zona hasta que en 1935 decidió dejarlo e iniciar su carrera laboral. Con todo y con eso son pocos los detalles que se recogen sobre las tareas en las que estuvo empleada. Lo único que podemos destacar es que trabajó en ciudades como Wuppertal, Erfurt y por supuesto Lauenburg. Se podría decir que llevaba una vida de lo más normal, si bien no se la conocen relaciones amorosas, hijos o familia cercana.

Como muchas mujeres criadas bajo el ala protectora del nacionalsocialismo, su mundo anterior carecía de total importancia por lo que normalmente borraban todas las «huellas» que habían dejado antes de enrolarse.

Con la llegada de Adolf Hitler al poder y la instauración del Tercer Reich en Alemania sembrando de terror y horror no solo el país germano, sino ante todo sus adyacentes, Ewa Paradies determinó que era necesario dejar atrás su rutinario devenir y ayudar al nuevo gobierno. Fue en agosto de 1944 cuando la muchacha se inscribió en uno de los grupos femeninos de las SS que precisamente estaba captando partidarios para trabajar en alguno de sus centros de internamiento. Próximo destino: Stutthof SK.III, ubicado en el antiguo territorio de la ciudad libre de Danzig y a unos 34 kilómetros al este de Gdansk (Polonia).

Durante dos meses Paradies recibió la formación pertinente y la instrucción necesaria para poder controlar, vigilar y supervisar un campamento de presos. Fueron largas horas de entrenamiento, de disciplina, pero sobre todo de explícitas informaciones referentes a cómo debía «sujetar» a sus reclusos para que la respetasen. Golpear, dar patadas, azotar o realizar cualquier tipo de maltrato físico o verbal acabó siendo el *modus operandi* de todas las féminas que conformaron el personal del centro de Stutthof.

Tras sesenta días de fuerte adiestramiento Paradies fue nombrada *Aufseherin* y reasignada en

octubre de 1944 a uno de los campos satélites que tenía Stutthof: Bromberg-Ost. Aquel *Konzentrationslager* tenía poco tiempo de vida —tan solo un mes— y albergaba estrictamente a mujeres. Desde la fecha de su inauguración, el 12 de septiembre de 1944, millares de internas eran trasladadas diariamente hasta su nuevo hogar. Las 30 primeras mujeres que pisaron el campamento se toparon con siete guardianas pertenecientes a la *Schutzstaffel*, vestidas de uniforme y con un ademán de lo más insolente y altivo. Entre ellas, despuntaba la *Oberaufseherin* Johanna Wisotzki y subordinadas de la talla de Ewa Paradies. Esta, junto con Herta Bothe o Gerda Steinhoff, se ocuparon de hacer de aquella cárcel un verdadero calvario de sangre y muerte.

En cuanto amanecía arribaban más prisioneras a Bromberg-Ost, momento que Paradies aprovechaba para seleccionar las que no le eran del todo útiles para trabajar. Aquellas selecciones no tenían ninguna lógica, pero el disfrute que obtenía viendo cómo acababan en la cámara de gas, le aportaba una sensación única.

Durante los pases de revista a primerísima hora de la mañana la vigilante se dedicaba a golpear en la cara y el cuerpo de las reas. En los días de nieve le fascinaba echar agua fría sobre los desnudos cuerpos de unas mujeres que intentaban sobrellevar como podían aquel tiempo invernal. Si finalmente alguna de las confinadas caía sobre el terreno debido al frío, Paradies le azotaba con un látigo hasta dejarla sin conocimiento. Nadie movía un músculo. Si alguien se atrevía a hacer la menor réplica, habría sido castigada de la misma forma. La criminal nazi no sabía lo que era la piedad ni la había conocido. De ahí, que poco a poco fuese creciendo su mala fama por ser una de las guardianas más crueles de todo Bromberg-Ost.

Ewa Paradies se había transformado en una especie de eslabón indispensable para sus superiores, así que después de permanecer tres meses en el mencionado subcampo, decidieron traerla de vuelta al campo principal de Stutthof. Desde comienzos de 1945 y hasta su huida en abril de ese mismo año la *Aufseherin* se dedicó —bajo mandato de sus jefes— a seleccionar a los llamados prisioneros «no útiles» y que tenían que morir en las cámaras de gas. Complementó dicha tarea con una no tan distinta y que consistía en vejar, sacrificar y maltratar a los presos que se habían atrevido a desafiarla. Pero Paradies no estaba dispuesta a ver cómo el campamento de exterminio era liberado por los aliados y, por tanto, apresada por el enemigo. Así que, aprovechando que tenía que acompañar un convoy de reclusas de Stutthof al subcampo de Lauenburg, decidió escapar.

Un mes después y coincidiendo prácticamente con la llegada del ejército ruso al recinto de Stutthof, Ewa fue arrestada por oficiales polacos en Lebork —su ciudad natal—. Fue trasladada de inmediato a la prisión de Danzig junto al resto de sus camaradas. Un año después se procedió a la celebración del juicio.

El 25 de abril de 1945 se inaugura el «Juicio de Stutthof» en la ciudad de Danzig, donde Ewa Paradies y otros doce acusados serían juzgados ante un tribunal penal especial del conjunto soviético/polaco.

Durante la vista numerosos testigos señalaron a la guardiana como la responsable de multitud de abusos físicos cometidos contra los prisioneros. Uno de los supervivientes aseguró ante la Corte:

> «Ella obligó a desnudarse a un grupo de reclusas en pleno invierno. Después, ella vertió agua helada sobre ellas. Si se movían, entonces ella [Paradies] las golpeaba».

A pesar de estas y otras tantas declaraciones, los inculpados hacían caso omiso de lo que ocurría en la sala. Pasaban el tiempo mofándose del talante de todo aquel que se subía al estrado. Mostraban una auténtica desvergüenza ante el sufrimiento que habían causado a sus internos.

Cuando el 31 de mayo de 1946 el Ministerio Público condena con la pena de muerte a Paradies por los crímenes de guerra perpetrados, ella se derrumba y comienza a llorar. Suplica entre sollozos que le perdonen la vida. Implora clemencia, algo que jamás tuvo para con sus inferiores.

Las apelaciones fueron rechazadas por el presidente polaco. Una vez dictada sentencia, se procedió a completar el ajusticiamiento.

A las cinco de la tarde del 4 de julio Ewa Paradies y diez de sus compañeros del campo de concentración de Stutthof llegan a Biskupia Górka cerca de Gdansk. Allí se celebraría su ahorcamiento ante miles de personas —seis hombres y cuatro mujeres—.

A la hora indicada el verdugo le colocó la soga alrededor del cuello mientras conversaba con un sacerdote. Se subió a una silla y poco después se escuchó el sonido de la horca con su cuerpo suspendido en el aire. Fue una caída corta.

Los allí presentes pudieron ver con claridad la muerte en el rostro de la guardiana. No llevaba capucha.

# RUTH ELFRIEDE HILDNER

**Nombre real:** Ruth Elfriede Hildner
**Nació:** 1 de noviembre de 1919 (se desconoce dónde)
**Murió:** Praga, 2 de mayo de 1947
**Puesto:** Aufseherin en los campos de concentración de Ravensbrück, Dachau y Helmbrechts.
**Tortura preferida:** Apaleaba ferozmente con su vara
**Condena:** Muerte en la horca

Fueron cientas las «marchas de la muerte» que los nazis llevaron a cabo durante la Segunda Guerra Mundial. Centenares de caminatas donde los prisioneros de guerra eran forzados a recorrer largas distancias sin nada que llevarse a la boca. Los que se desmayaban víctimas de la inanición, eran dejados a su suerte o incluso ejecutados por los guardias que les acompañaban. Una de las más llamativas la protagonizó Ruth Elfriede Hildner, cuando en 1945 formó parte del convoy de mujeres judías que atravesó 800 kilómetros desde Slawa (Polonia), pasando por Helmbrechst (Alemania) hasta llegar a Volary (Checoslovaquia).

De esta joven nazi nacida el 1 de noviembre de 1919 se tienen pocos datos fehacientes respecto a su vida. Ni siquiera el lugar de nacimiento. Algunos documentos apuntan a que era de Berlín capital, mientras que otros aseguraban que era de un pueblecito al norte de Alemania. Por mi parte, prefiero dejar esta reseña en el aire y continuar con lo que sí sabemos.

En julio de 1944 Hildner fue reclutada para formar parte del personal del campo de concentración de Ravensbrück. Durante todo ese verano recibió una instrucción severa como guardiana. Quedaba menos de un año para el fin de la contienda y los oficiales nazis no querían dar nada por perdido. Es por ello que durante 1944 e incluso 1945 siguieron recibiendo nuevos reclutas a los que aleccionar en las artes del sistema nacionalsocialista.

Hildner enseguida hizo buenas migas con sus compañeras, sobre todo con su supervisora Dorothea Binz, de quien aprendió ejemplos de suplicios, actos inhumanos y depravaciones. Si había un arma mejor para maltratar a un prisionero, ese era un barrote. Con él podía dar rienda suelta a fieros golpes que descargaban sobre su víctima el peso de su rabia.

Tras finalizar su entrenamiento en Ravensbrück, en el mes de septiembre la transfieren al campo de Dachau. Allí pondría en práctica todo lo cultivado en sus «clases» de violencia y sadismo. En aquel momento ya ejercía como *Aufseherin*.

Su faena era la propia de cualquier centinela nazi: vigilar que los presidiarios no violaran las normas del campamento usando, a ser posible, un duro correctivo.

Tres meses después de su llegada, en diciembre de 1944, oficiales de las SS deciden enviarla a un pequeño campo cerca de Hof (Alemania). Se trataba de Helmbrechts, un subcampo para mujeres perteneciente al campo de concentración de Flossenbürg.

Un total de 27 guardias femeninas sirvieron en este destino, donde Ruth Hildner destacó sobre las demás por su especial temeridad. La población del recinto era principalmente no-judía y la mayoría

murió víctima de los golpes perpetrados por su verdugos. La *Aufseherin* fue la más implacable de todas.

Durante las largas jornadas laborales Hildner le gustaba pasearse por los pasillos de la fábrica para vigilar que nadie se ausentara de su puesto. Al más mínimo descuido la criminal sacaba su vara con la que apaleaba ferozmente a sus víctimas. Si alguna de las presas moría, trasladaban nuevas manos de obra del campo principal de Flossenbürg a Helmbrechts.

A principios de abril de 1945 el comandante Doerr ordenó la rápida evacuación del centro debido a la inminente presencia del ejército norteamericano. Hildner y el resto de sus camaradas emprendieron una huida que concluyó con cientos de muertos por desfallecimiento y maltrato. La *Aufseherin* terminó asesinando con su palo a numerosas jóvenes que, extenuadas, no lograban ponerse en pie.

Fueron cientos de kilómetros desde Helmbrechst (Alemania) hasta llegar a Volary (Checoslovaquia). Pero no fue la única marcha de la muerte en la que Hildner participó. La guardiana nazi también acompañó otra en Zwodau, subcampo de Flossenbürg (Checoslovaquia). De allí evacuaron a los presos hacia el oeste del país. En la última de las caminatas tuvo que volver a Polonia, esta vez a Slawa, cruzarse Alemania para llegar de nuevo al campo de Volary en Checoslovaquia.

Durante la liberación de los distintos campos de concentración alemanes a principios de mayo de 1945 Hildner y las demás supervisoras nazis consiguieron huir temporalmente al hacerse pasar por refugiadas. Pero en marzo de 1947 las autoridades checas finalmente dieron con ella y fue llevada a prisión. Tenía 27 años cuando fue juzgada por el Tribunal Popular Extraordinario de la localidad de Písek.

El 2 de mayo de 1947 el presidente de la Corte dictó sentencia y Ruth Hildner fue declarada culpable de cometer crímenes de guerra. Condenada a morir en la horca, fue colgada tan solo seis horas más tarde en la prisión central de Praga.

# IRENE HASCHKE

**Nombre real:** Irene Haschke
**Nació:** Friedeberg (Polonia), 16 de febrero de 1921
**Murió:** Se desconoce
**Puesto:** Aufseherin en los campos de concentración de Gross-Rosen y Bergen-Belsen
**Tortura preferida:** Infligir palizas con un palo de goma
**Condena:** En libertad

El político canadiense, John Abbot, explicó en una ocasión que «la guerra es la ciencia de la destrucción». Y yo humildemente añadiría, «y de la miseria». Al fin y al cabo, todo lo que se termina recogiendo tras el término de cualquier contienda es eso, desgracia, infortunio, penuria. No obstante, mientras observo el perfil de Irene Haschke, una desdichada empleada textil que se formó como *Aufseherin* en uno de los tantos campos de concentración alemanes, me pregunto: ¿cómo puede alguien corriente convertirse en criminal de guerra? Podríamos enumerar mil y una respuestas, tantas como opiniones e individuos que pueblan el mundo. Pero la más recurrente y la que, por desgracia, he intentado reflejar a través de este libro es que todas y cada una de las personas que participaron de la maquinaria bélica del horror nazi, ya tenían esa semilla asesina en su interior. En el caso de Haschke aquella simiente «floreció» al ingresar en las *Waffen-SS*.

Previamente a su alistamiento como parte del personal del Imperio Ario, Irene era una niña normal. Nacida el 16 de febrero de 1921 en la localidad polaca de Friedeberg, la actual Strzelce Krajenskie, su vida se limitó a estudiar en el colegio y a trabajar en las fábricas de la provincia desde una edad muy temprana. Se especializó en la industria textil.

Pero la propaganda alemana comenzó a irrumpir en Polonia como agua que se lleva el diablo lo que hizo que sintiera un especial interés por los preceptos del nazismo y a simpatizar con ellos. Al final, Haschke cayó en las redes de la *Bund Deutscher Madel* (La Liga de Mujeres Alemanas) y el 16 de agosto de 1944 fue reclutada.

Durante cinco semanas recibió un severo entrenamiento como guardiana en el campo de concentración alemán de Gross-Rosen situado en la Baja Silesia —ahora llamada Rogoznica—. Aquel centro de internamiento —que en 1940 se construyó como satélite del de Sachsenhausen— fue creciendo hasta tal punto que en 1944 llegó a tener hasta sesenta subcampos ubicados en el este de Alemania y en la Polonia ocupada. La gran actividad de Gross-Rosen se reflejaba en la elevada cantidad de prisioneros internos tras sus barracas. Un total de 125.000 judíos de diversas nacionalidades vivían hacinados en su interior presos del dolor, la miseria, la hambruna, el salvajismo y la muerte.

Cuando Irene Haschke llegó al reconocido como el campo más duro del Tercer Reich, se encontró con miles de desechos humanos, presos sin fuerzas a causa de la falta de alimentación y, sobre todo, al exceso de trabajo. La instrucción que recibió durante ese poco más de un mes que vivió en Gross-Rosen, fue en ella despertando sentimientos de inhumanidad y perversión. El

tratamiento ejercido contra los confinados se podía calificar de salvaje.

A partir de aquí nos topamos con documentación contradictoria. Algunas reseñas aseguran que tras el periodo de aprendizaje Haschke fue transferida a la cárcel de Mahrisch-Weifiwasser, donde durante tres semanas desarrollaría faenas propias de *Aufseherin*. En cambio, otros datos apuntan a que en realidad, regresó a la fábrica textil. Como digo son apuntes un tanto incoherentes. Lo que sí puedo constatar a ciencia cierta es que la guardiana nazi arribó al campo de concentración de Bergen-Belsen el 28 de febrero de 1945. Allí conoció a algunas de las criminales más peligrosas hasta el momento. Entre ellas, Irma Grese, Herta Ehlert o Hertha Bothe.

Como ya ocurrió con las anteriores camaradas, los últimos meses en el centro de exterminio supusieron la depravación absoluta. Haschke, que supuestamente trabajaba en la cocina número dos y que era la responsable de racionar la comida, se dedicaba a golpear con un palo de goma en la cara y las manos de las reclusas para evitar altercados. Cualquier mirada, palabra o silencio llegaban a encolerizarla de tal forma que perdía los estribos. No contenta con esto, muchas de las mujeres que lograron sobrevivir a este suplicio, se atrevieron a testificar en su contra en el juicio de Bergen-Belsen celebrado en septiembre de ese mismo año.

La superviviente húngara Ilona Stein, explicó ante el Tribunal en qué consistieron aquellas palizas:

> «Yo hablo acerca de los incidentes cuando ella (…) salió de la cocina y comenzó a golpear a la gente con un tubo de goma, y cuando alguien se caía ella seguía pateándole. Uno de los últimos incidentes que recuerdo fue el día en que las tropas británicas realmente entraron en el campamento. Yo estaba cerca de la cocina tratando de conseguir algunas cortezas de patata y ella me amenazó con el tubo de goma, como de costumbre pero entonces aparentemente ella vio a las tropas británicas y se detuvo. Me golpeó varias veces, pero a veces yo era lo suficientemente rápida para salir corriendo. A veces me pegaba, porque trataba de conseguir unas cortezas de patatas o de nabos, pero yo solo tenía que estar cerca para que me golpeara».

Otra testigo judía llamada Hanka Rozenwayg de nacionalidad polaca, apuntó que unos días antes de que las tropas británicas liberasen Bergen-Belsen, vio a la acusada arrojar a una mujer dentro de la cisterna del agua. La interna murió ahogada.

Katherine Neiger, una judía de Checoslovaquia, indicó que Haschke golpeaba con una porra de goma a los niños que se hallaban enfermos hasta dejarlos prácticamente inconscientes. Algunos de los internos que Irene atizó brutalmente, acabaron muriendo. «Las palizas a las que me refiero se las dio con un palo pesado», ratificó la judía rusa Luba Triszinska.

En las jornadas previas a la liberación por parte de los aliados unas 15 o 20 personas morían en el interior del campamento a diario. Poco a poco Bergen-Belsen se estaba pareciendo al centro de exterminio de Auschwitz.

Y llegó el día tan esperado por los reclusos. El 15 de abril de 1945 oficiales británicos irrumpen en el recinto después de que el comandante Kramer negociase la rendición. Se contaban por miles los cuerpos muertos apilados al lado de las zanjas. Debido a las condiciones insalubles e infrahumanas con las que se encontraron, se había desarrollado una epidemia de tifus, por lo que el ejército aliado

ordenó a los criminales nazis enterrar todos los cadáveres. La *Aufseherin* fue una de las féminas obligadas a ayudar en la tétrica labor.

Poco después fue arrestada y puesta a disposición judicial en la cárcel de la localidad cercana de Celle, donde estuvo hasta el 17 de septiembre, fecha en la que dio comienzo su juicio.

Ante la Corte se presentaron 45 miembros del personal de Bergen-Belsen imputados por maltratar y asesinar a cautivos de los países aliados. Durante exactamente dos meses —la vista concluyó el 17 de noviembre— la localidad de Lüneburg albergó a numerosos curiosos y medios de comunicación que no querían perderse ni un detalle sobre el posible futuro que tendrían estos asesinos y posteriores condenados.

Entre las perlas que dejó Haschke durante su declaración ante el Tribunal me gustaría resaltar aquella donde la vigilante excusaba su comportamiento agresivo contra las reas:

> «… se llevaban la comida de los demás. Les pegaba con mi mano y a veces usaba un palo que me dio la guardiana. Se trataba de una palo de madera común, de unas dieciocho pulgadas de largo y unas tres cuartas partes de pulgada de diámetro. Solo fue necesario para golpear a los prisioneros cuando ellos estaban robando, y solo les golpeé una o dos veces».

En el transcurso del interrogatorio realizado por su abogado el capitán Phillips, y ante la pregunta acerca de por qué los presidiarios no podían beber agua potable de la cisterna, Haschke acabó replicando que aunque no tuviesen prohibido beber del pozo, no se lo permitían porque estaba sucia.

Pese a los esfuerzos de su defensor por evitar la condena, la Corte dictó sentencia e Irene Haschke fue condenada a 10 años de prisión por cooperar en el maltrato de prisioneros y asesinar a muchos de ellos durante su estancia en el campo de concentración de Bergen-Belsen.

Pasó la subsecuente década en una celda de la cárcel de Hamelín hasta su puesta en libertad el 21 de diciembre de 1951. No ha aparecido ninguna pista verídica sobre su actual paradero, ni se conoce si la cruenta Aufseherin sigue con vida. Incógnitas que desgraciadamente, no podremos resolver nunca.

# ALICIA ORLOWSKI

**Nombre real:** Alice Orlowski
**Nació:** Berlín, 30 de septiembre de 1903
**Murió:** Düsseldorf, 1976
**Puesto:** Aufseherin KommandoführerIn en el campo de concentración de Majdanek y Cracovia-Plaszow
**Tortura preferida:** Latigazos entre los ojos, selección a las cámaras de gas
**Condena:** En libertad

Ser la imagen perfecta de las *Waffen-SS* era lo que toda guardia femenina quería una vez que conseguía subirse a la máquina nazi.

Un dicho popular muy sabio dice que para ser bueno, no basta con serlo, sino también parecerlo. Si extraemos la moraleja de este refrán, podemos hallar similitudes con las actitudes tomadas por estas mujeres. Necesitaban que sus superiores las vieran como un ejemplo a seguir y para ello tenían que comportarse tal y como los altos mandos esperaban. Si pegar, golpear o vejar a los prisioneros era necesario para obtener su respeto, lo harían sin lugar a dudas. Esa era la única forma —según su punto de vista— de que contasen con ellas para puestos de alto mando dentro de los campamentos de internamiento.

Uno de los ejemplos más fehacientes lo encontramos en Alice Orlowski —de nombre real Alice Minna Elisabeth Elling—, que en poco tiempo pasó a ser el modelo a seguir por las mujeres de las SS.

Su vida transcurrió en la capital alemana, Berlín, donde nació el 30 de septiembre de 1903. Algunas fuentes apuntan a que esta funcionaria nazi no acabó la escuela, fue desterrada de su casa familiar por las ideas que profesaba, además de mantener relaciones sentimentales con un joyero ruso que terminó en boda. Sin embargo, no existen documentos que ratifiquen dichas teorías. Lo único cierto es que Alice formó parte del personal de algunos de los campos de concentración alemanes más sanguinarios de la Segunda Guerra Mundial.

El primer contacto con el nazismo lo tuvo en 1941 cuando ingresó en Ravensbrück para seguir un duro entrenamiento como guardiana del campamento. Pero nadie se alista por casualidad en las *Waffen-SS* —y como estamos viendo a través de estas páginas—, menos aún estas mujeres. De hecho, no hace falta tener mucha imaginación para darnos cuenta de que nada más poner un pie en Ravensbrück, Orlowski comenzaría a desarrollar una personalidad atroz y sádica hacia sus reclusos. Aquel talante había permanecido latente en su interior todo ese tiempo, a la espera de que alguien pusiese en marcha el mecanismo. Cuando lo hizo, no pudo parar jamás.

La depravada María Mandel fue una de sus instructoras. Y como sabemos, sus métodos —un tanto tétricos— hicieron la delicia de más de una recien de llegada como Orlowski. ¿De quién podía aprender mejor cómo hacer un sacrificio que de la *Bestia*?

Ravensbrück lo tenía todo, hasta un búnker de castigo. Era el campo perfecto para que desarrollara esa faceta tan malvada. Una vez acabada la instrucción y ya como *Aufseherin*, la envían

en octubre de 1942 al campo de Majdanek, cerca de Lublin (Polonia). Su compañera de correrías era la mísmísma *Yegua de Majdanek*.

Ella y Hermine Braunsteiner eran consideradas las guardianas más brutales de todo el campamento. Los confinados tenían motivos más que suficientes para tenerlas pánico. Ellas eran las responsables de cargar los camiones que se dirigían a las cámaras de gas con las mujeres más débiles de todo Majdanek. Si había un niño que sobraba o que no entraba, Orlowski y Braunsteiner lo cogía como si fuera una maleta y lo tiraba por encima de los adultos. Después, cerraban la puerta.

En el caso de Alice le encantaba esperar a que arribaran nuevos cargamentos de mujeres al barracón. Nada más entrar las azotaba sin miramientos, especialmente entre los ojos.

Tales medidas eran consideradas como buenas y aprobadas por sus superiores, así que decidieron promoverla y subirle de puesto. Su nuevo rango de *Kommandoführerin* (líder del Kommando) le sirvió para participar de lleno en la selección de nuevas víctimas. Ahora tenía a su cargo a más de 100 mujeres, a quienes ordenaba robar todo tipo de enseres a los prisioneros ya gaseados. Desde relojes, abrigos, oro, joyas, dinero, juguetes, vasos… Cualquier cosa que ella y sus camaradas pudieran necesitar.

En los días previos a la evacuación de Majdanek —esto ocurrió el 24 de julio de 1944—, los oficiales de las SS enviaron a Orlowski al célebre campo de concentración de Cracovia-Plaszow (Polonia).

Distinguido por ser uno de los campamentos más duros de toda la guerra, Plaszow estaba rodeado por una alambrada electrificada de 4 km de perímetro y contenía multitud de barracones. Unos destinados al personal alemán, otros a las factorías, talleres y almacenes, y un campo para hombres y otro para mujeres. Sin mencionar aquel que servía para la «reeducación». Era en este lugar donde se llevaban a los presos que violaban la disciplina laboral y las normativas.

Plaszow era un verdadero campo de trabajo forzado, más conocido como *Arbeitslager*, allí no solo había reclusos sino sobre todo esclavos. No es de extrañar que la tasa de mortalidad fuese muy alta y que multitud de internos, sobre todo mujeres y niños, muriesen de tifus y hambre.

Las ejecuciones fueron otro punto fuerte del campo. De hecho, este recinto acabó siendo famoso por los tiroteos, tanto individuales como en masa, que se efectuaban tras sus paredes. Todos los documentos relativos a los diparos y asesinatos en masa perpetrados durante ese tiempo, fueron encomendados a la *Aufseherin* por el comandante Amon Goeth apodado *el verdugo de Plaszow*. Orlowski los guardó hasta el final de la guerra y los destruyó poco después.

Casi todas las mañanas Goeth se situaba en la terraza de su residencia, cogía un rifle de francotirador y disparaba a cualquier prisionero del campo. Niños, mujeres y ancianos fueron asesinados de forma indiscriminada. Después del homicidio el comandante ordenaba que se le entregase la ficha del muerto —localizado en el archivo de la administración del campamento— y después mataba a todos sus familiares. Según sus propias palabras, no quería gente insatisfecha en su campo de concentración. Su sadismo no conocía límites.

Cuando los nazis se percataron de que las tropas del Ejército Rojo estaban avanzando con tal rapidez que las ubicaban cerca de Cracovia, iniciaron el desmantelamiento completo de Plaszow. Para ocultar pruebas, se decidió exhumar e incinerar los cuerpos que ya estaban enterrados. De este modo las tropas aliadas se encontrarían un campo completamente vacío. Se estima que durante su funcionamiento Plaszow llegó a albergar a 150.000 personas, la mayoría judíos.

El 14 de enero de 1945 un día antes de la llegada de las tropas soviéticas a Plaszow, el personal del campamento junto con los últimos cautivos que quedaban —178 mujeres y dos niños—, emprendieron una marcha de la muerte hacia el campo de exterminio de Auschwitz. Una vez dentro, muchos de los que lograron sobrevivir por el camino fueron atrozmente asesinados.

Pero sin saber por qué Alice Orlowski cambió de actitud durante el viaje a Auschwitz. Parece ser que se mostraba como una mujer más humana, dando consuelo a los prisioneros, llevándoles agua e incluso durmiendo con ellos a la intemperie. Nadie conoce la verdadera razón que alteró su proceder de forma tan radical. Se dice que se debía a que la guerra estaba llegando a su fin y sabía que pronto sería juzgada como una criminal más.

Tras su llegada a Auschwitz regresó a Ravensbrück. Una vez terminada la contienda fue capturada por el Ejército Soviético que la extraditó a Polonia para su ajusticiamiento.

En aquel primer juicio de Auschwitz celebrado en Cracovia entre el 24 de noviembre y el 22 de diciembre de 1947 Alice Orlowski fue condenada a 15 años de prisión por su participación en el maltrato, abuso y asesinato de prisioneros durante el conflicto bélico. Sin embargo, no cumplió la totalidad de su pena. Quedó en libertad en 1957, tan solo diez años después.

Tal y como les sucediera a otras camaradas de las SS como Hildegard Lächert o Hermine Braunsteiner, la ex *Aufseherin*, fue puesta en busca y captura por las autoridades alemanas para ser juzgada de nuevo. Esta vez para dictaminar los crímenes perpetrados en el campo de Majdanek.

En 1976 y durante la larga celebración del Tercer Juicio de Majdanek en Düsseldorf, Alice Orlowski murió a los 73 años de edad. ¿Cuál hubiera sido la condena más justa? Nunca lo sabremos.

# ILSE LOTHE

**Nombre real:** Ilse Lothe
**Nació:** Érfurt (Turingia), 6 de noviembre de 1914
**Murió:** Se desconoce
**Puesto:** Kapo de diversos Kommandos de trabajo en los campos de concentración de Auschwitz-Birkenau y Bergen-Belsen
**Tortura preferida:** Maltratar a sus propias compañeras
**Condena:** En libertad

Una de las principales características de un conflicto bélico es que cuando finaliza, los tribunales internacionales se encuentran con la difícil tarea de descubrir a los responsables y, a la vez culpables, de cometer unos supuestos crímenes de guerra. Si bien algunos fueron localizados, juzgados y eliminados; otros, fueron liberados impunemente pese a las pruebas testimoniales aportadas por la acusación durante la vista. A pesar de su colérico comportamiento en los distintos *Konzentrazionslager*, Ilse Lothe fue una de las pocas Kapos que se libró de la horca. El hecho de ser prisionera de los nazis tenía que haberla servido para luchar contra ellos, pero tras su nombramiento en Auschwitz se convirtió en uno de ellos. Pasó a ejercer tareas de vigilancia y a perpetrar frenéticas palizas a sus propias compañeras de barracón.

Lo poco que se sabe de su vida es merced a la declaración jurada que hizo durante el proceso de Bergen-Belsen de 1945. Parece ser que esta mujer nació el 6 de noviembre de 1914 en la ciudad alemana de Érfurt, capital de Turingia, de donde también procedía el filósofo alemán Max Weber —conocido por su distinguida obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*—.

Desde una edad muy temprana, Ilse decidió ponerse a trabajar, no sabemos si porque no le gustaban los estudios o porque su familia necesitaba un refuerzo más en casa. A partir de ahí, buscó diferentes ocupaciones donde sentirse cómoda y un buen día empezó en una fábrica de zapatos. Sin embargo, aquello no le duró demasiado, no porque no le fascinase sino porque acababa de emerger la Segunda Guerra Mundial y los nacionalsocialistas iniciaron un gran despliegue por toda Alemania. Las tropas germanas iban llegando rápidamente a cada uno de los pueblos del país. Érfurt fue uno de ellos. A su llegada, un grupo de oficiales de las *Schutzstaffel* obligó a la joven a alistarse. Todo ocurrió antes de que finalizase el año 1939.

Durante ese rifirrafe, pretendieron enviarla a una factoría de municiones pero Ilse se negó taxativamente. No tenía hijos ni se había casado nunca pero no quería formar parte del aparato de destrucción nazi. Años más tarde, acabó cayendo en su trampa.

Rápidamente la remitieron al campo de concentración de Ravensbrück, pero no como guardiana, sino como prisionera. Durante aquel tiempo, conoció a algunas de las supervisoras más maquiavélicas que ha dado la historia del Nazismo: María Mandel, Dorothea Binz o Juana Bormann. Nuestra protagonista jamás contó si tuvo algún altercado con cualquiera de ellas durante su reclusión en el «Puente de los Cuervos».

Tres años más tarde y ya en marzo de 1942, Ilse fue trasladada al centro de exterminio de

Auschwitz donde permaneció y vivió como interna durante cuatro semanas. Transcurrido ese tiempo, el comandante del campamento determina que la transfieran una larga temporada a un Kommando externo en Budin (Budy), a unos siete kilómetros de Auschwitz. Allí realizó dispares trabajos forzados. Estos iban desde efectuar diversas excavaciones, como por ejemplo zanjas, hasta construir un embalse o mantener limpios los estanques.

De junio de 1943 y hasta febrero de 1944 la desplazan al campo de Auschwitz-Birkenau. A su llegada la nombran Kapo del Kommando n°6 que constaba de 100 judías húngaras. Inicialmente, su misión consistía en que sus compañeras cumpliesen las tareas impartidas por las guardianas, es decir, evitar peleas, repartir los alimentos o la ropa, etc. No obstante, con el tiempo y gracias a los pequeños privilegios que como Kapo tenía, su trabajo se fue extralimitando hasta puntos insospechados. Se había convertido en «Policía Judía» —así era como denominaban los demás reos a los Kapos— y por tanto en una centinela más de las SS. Inevitablemente conoció a la *Aufseherin* Irma Grese quien durante su declaración ante el tribunal, negó que la hubiera visto alguna vez.

Algunas de las prisioneras que decidieron contarlo durante el juicio, aseguraron que Ilse Lothe también infringía multitud de maltratos debido a su «privilegiada» posición. Lo que muchas de ellas no sabían —y aquí hago un breve paréntesis— es que en la mayoría de casos, los Kapos acababan siendo asesinados en la cámara de gas.

Dicho esto, una de las testigos llamada Hanka Rozenwayg que había estado en uno de los Kommandos que Lothe vigilaba, afirmó que en una ocasión esta se quejó a Grese de que no estaba haciendo bien su trabajo. Al hacerlo, la *Aufseherin* le lanzó un perro que le desgarró la ropa y le dejó numerosas marcas en todo el cuerpo. Además, también vio cómo la Kapo pegaba a un chica polaca, la golpeaba en el suelo y terminaba por darle infinidad de patadas.

Otra judía polaca, Eva Gryka, explicó durante la vista judicial que en el tiempo que se halló en Auschwitz, Lothe había sido el Kapo de su Kommando de trabajo consagrado a cavar zanjas y fosas para enterrar a los muertos. Durante una de las jornadas, una de sus compañeras llamada Grunwald preguntó a Ilse si podía ir al baño. Esta se lo prohibió. Entonces la reclusa dejó la pala y se marchó.

> «Tan pronto como ella pasó de su trabajo vi a Lothe acercarse a Grunwald y golpearle en la cabeza y el cuerpo hasta que se desplomó inconsciente, con sangre chorreando de su cabeza. Para golpear Lothe usaba un palo de madera, que era de unos 2 pies de largo y una pulgada de diámetro. Con la ayuda de otros prisioneros llevé a Grunwald a su bloque y le vendamos sus heridas lo mejor que pudimos. Al día siguiente vi que se llevaban a Grunwald al bloque 25. Ese bloque estaba reservado a las personas que eran destinadas a la cámara de gas».

La testigo también contó que Lothe la pegaba con un palo de madera al menos dos veces por semana. Una vez incluso, le dio un puñetazo en la nariz hasta hacerle sangrar.

Algo importante que Gryka quiso dejar claro en su interrogatorio, fue que Lothe también había sido responsable de enviar a muchos prisioneros a la cámara de gas.

Otras supervivientes como la judía polaca Sonia Watinik corroboró estos hechos cuando le tocó subir al estrado de Bergen-Belsen.

Llegado el turno de la acusada, Ilse Lothe negó conocer a alguna de las testigos que la habían acusado de pegar a otras reclusas. Desmintió que Rozenwayg o Watinik formasen parte de su

Kommando porque si fuese así las hubiera reconocido inmediatamente. También rebatió el hecho de que conociese o trabajase con Irma Grese. En este sentido, tanto la guardiana como la Kapo afirmaron que se trataba de una falsedad y esta última, terminó por argumentar que fue castigada por el Departamento Político de Auschwitz.

«… tres veces. La primera vez porque llevé una carta de contrabando fuera del campo. La segunda vez porque quemé el somier de las camas —hice un fuego con ellas—. Y la tercera vez porque organizamos alguna comida y cigarrillos. La primera vez me dieron 25 latigazos realizados de esta manera: pusieron un bloque en medio de mis rodillas y me ataron las manos, me balancearon de una banda a la otra golpeándome de ambos lados mientras me balanceaban de un lado al otro. Dos hombres de las SS me golpearon con una porra de goma. He oído hablar de otros Kapos que fueron castigados de esta manera».

Continuando con la historia de Ilse Lothe, reseñar que tan solo cuatro meses del primer Kommando, este finalmente fue disuelto. Poco después obtuvo otro de 50 judías húngaras cuyo cometido fue construir bunkers en puestos preparados para las armas de fuego.

En noviembre de 1944, le envian al Kommando n°107 destinado a Obras Hidráulicas y en diciembre la destituyen como Kapo a causa de los altercados anteriormente mencionados. Es a partir de entonces cuando la envían a un Kommando de castigo llamado Vistula.

Desde enero de 1945 comienza su odisea de un campo de concentración a otro. Primero trasladan a este grupo de castigo hasta Ravensbrück donde permanecieron cuatro semanas. A principios de marzo, es incluida en un transporte de mujeres embarazadas con destino Belsen. Cae enferma por tres semanas pero cuando se recupera, Ilse se convierte de nuevo en la Kapo del Kommando de hortalizas. El grupo de 140 personas constaba de mujeres rusas y de unas pocas judías de Hungría y Polonia.

Cuando a mediados de abril de 1945, las tropas británicas liberan el campamento de Bergen-Belsen, Ilse Lothe es puesta en libertad y empieza a trabajar como campesina. Más tarde lo hizo como enfermera.

Por otra parte, el 22 de junio y mientras paseaba por el campo en compañía de una judía polaca, un grupo de otros seis o siete exprisioneros gritan: «Esa es un kapo de Auschwitz». Cuando Ilse se dio la vuelta, ya tenía dos soldados británicos pidiéndole los papeles. Fue arrestada rápidamente y trasladada a la cárcel de Celle junto con los que habían sido sus verdugos. Estaba acusada de cometer crímenes de guerra en el campo de concentración de Auschwitz y en el de Bergen-Belsen.

Dada la falta de pruebas y los testimonios tan «contradictorios» aportados durante el proceso, el Tribunal de Bergen-Belsen dicta su veredicto el 17 de noviembre de 1945. «N° 10 Lothe; La Corte encuentra que no es culpable del primer cargo y no culpable del segundo cargo».

Tras ser absuelta de todos los cargos, desaparece de Lüneburg. Nada se ha vuelto a saber sobre su paradero.

# THERESE «ROSI» BRANDL

**Nombre real:** Therese 'Rosi' Brandl
**Nació:** Staudach-Egerndach (Bavaria), 1 de febrero de 1902
**Murió:** Montelupich (Cracovia), 28 de enero de 1948
**Puesto:** Rapportaufseherin en los campos de concentración de Ravensbrück y Auschwitz, Erstaufseherin en el de Auschwitz-Birkenau, Aufseherin en Mühldorf
**Tortura preferida:** Golpes en el rostro, la cabeza y el estómago, selecciónes a la cámara de gas
**Condena:** Muerte en la horca

Entre las discípulas más fieles del Tercer Reich, se encuentra sin lugar a dudas Therese Brandl. Esta mujer un tanto masculinizada, que siguió al dedillo los preceptos que la *Oberaufseherin* María Mandel le inculcó, siempre fue leal a la causa nazi a pesar de no destacar en exceso por encima de sus camaradas. Podemos afirmar que se trató de una de las más devotas prosélitos del Nazismo.

*Rosi*, que era así como la denominaban en los campos de concentración donde trabajó, nació el 1 de febrero de 1902 en la localidad de Staudach-Egerndach perteneciente al distrito de Traunstein (Bavaria). Tal y como pasaba con las guardianas femeninas de Hitler, poco o nada se sabe de su vida personal anterior a su alistamiento. Eso nos da a entender lo poco que les gustaba su pasado, al que en ocasiones, preferían mantener oculto. Las *Waffen-SS* supuso para muchas de ellas un nuevo renacer, tal y como el *Führer* pretendía que se sintieran.

A partir del mes de marzo de 1940, Therese Brandl inició un duro entrenamiento en el centro de instrucción de Ravensbrück. Ejercicio físico extremo, adiestramiento psicológico para conocer las premisas del Nazismo, «clases especiales» de comportamiento hacia los prisioneros, y todo ello aderezado con los métodos más salvajes que pudiésemos imaginar.

La *Rosi* aprendió cómo se podía minar psicológicamente a un recluso, además de recibir lecciones de maltrato físico para contener a su grupo de internos. Lecciones sobre cómo dar bastonazos, bofetadas y patadas, puñezatos, latigazos y otros tantos actos inhumanos fueron haciendo mella en la nueva recluta. *La Bestia* se encargó de adiestrar a Brandl como si se tratase de un perro de caza. Los objetivos: sus cautivas.

La nueva aprendiz no sobresalía por encima del resto de sus compañeras, pero tal era su necesidad de conocer todos los entresijos de la degeneración, que en poco tiempo se ganó no solo el respeto de su su-pervisora, sino también el de los mandamases. Su perseverancia le llevó a subir de rango convirtiéndose en *Rapportaufseherin*.

Su trabajo consistía principalmente en contar el número de prisioneras que había durante los famosos *roll-calls* (pases de revista) y repartir castigos. Si alguna de las presas no se encontraba en su puesto en el momento del llamamiento, Brandl le propinaba multitud de golpes en el rostro, la cabeza y el estómago que dejaban inconsciente a la víctima. Ya en el suelo, continuaba con su

macabro ritual hasta que se cansaba. Muchas de ellas murieron tras la paliza. Y no era de extrañar, había aprendido de la mejor.

Pero llegó la primavera de 1942 y Therese Brandl fue promovida, junto con otras guardianas de las *Waffen-SS*, a continuar con su puesto en el campo de exterminio de Auschwitz. Como *Rapportaufseherin* y responsable de velar por el buen funcionamiento de los pases de revista, Rosi seguía manteniendo una conducta vil con los confinados. Esto propició que el propio comandante Hössler le pidiese que tomara parte en el proceso de selección a las cámaras de gas.

Cada vez que llegaba un transporte, el 90 por ciento de sus ocupantes iba directo al crematorio. Brandl compartió dicha «afición» con el doctor Mengele, la *Oberaufseherin* Margot Drexler o el propio Hossler, quienes iban alternándose a la hora de elegir a los internos más débiles.

En octubre de ese mismo año Therese fue trasladada al recién inaugurado segundo campo de Auschwitz, el conocido como Birkenau. Irma Grese era la líder indiscutible del campamento y Brandl se limitó a seguir sus directrices. Su mano izquierda con el *Ángel de Auschwitz* le valió para subir otro escalafón en su carrera. Fue nombrada *Erstaufseherin* (Primera Guardiana) y en el verano siguiente, recibió la famosa medalla del Reich por su «buena conducta».

Un año después en Birkenau su rutina fue supervisar uno de los barracones femeninos del campo, siempre a las órdenes de Grese, e intentar que nadie formara demasiado follón. Si alguien se atrevía con alguna osadía su respuesta era de lo más implacable: una buena paliza.

Ante los rumores de un posible acercamiento del Ejército Soviético a Auschwitz-Birkenau, en noviembre de 1944 Brandl es trasladada al subcampo de Mühldorf, en el campo de concentración de Dachau. Le acompañaba la *Bestia*.

Allí le quitan su rango de *Rapportaufseherin* y vuelve a ejercer como *Aufseherin* bajo las órdenes de María Mandel. Y aunque de esta última se conoce su especial simpatía por las selecciones a las cámaras de gas, de Brandl no se descubrió ningún informe sobre su criminal talante.

En abril de 1945, unas semanas antes de la llegada del Ejército Norteamericano al campamento, las dos delincuentes nazis huyeron de Mühldorf. Se escaparon a través de las montañas del sur de Baviera pero se separaron a mitad de camino y cada una tomó un rumbo distinto.

El 29 de agosto las tropas americanas detuvieron a Therese Brandl mientras continuaba con su fuga a través de la cordillera bávara. El gobierno norteamericano la retuvo en prisión durante un año a la espera de ser extraditada a Polonia para iniciar el pertinente proceso judicial. Otro año más tardó en celebrarse la vista. Para cuando transcurrieron los dos años, Rosi fue conducida a una Corte de Cracovia para ser enjuiciada por cometer crímenes contra la humanidad.

El 24 de noviembre de 1947 comenzó el Primer Juicio de Auschwitz donde la acusada compartió banquillo con María Mandel, Luise Danz, Hildegard Lächert o Alice Orlowski, entre otros exmiembros de las SS. El Tribunal dictó sentencia el 22 de diciembre y la proclamó culpable de participar en la selección de prisioneros. Su condena: la horca.

Durante el siguiente mes, Rosi permaneció arrestada en la cárcel de Montelupich (Cracovia) donde esperó pacientemente hasta el día de su ejecución. Este llegó el 28 de enero de 1948.

Primero colgaron al grupo de su exsupervisora, María Mandel, y después el suyo. Exactamente a las 8:48 de la mañana se procedió a ejecutar la pena. Therese Brandl y un grupo de cinco hombres, fueron ahorcados en línea.

Veinte minutos después, el médico de la prisión certificó su muerte. Los cadáveres de los

criminales nazis fueron llevados al Instituto de Anatomía de la Universidad de Cracovia donde se utilizaron como conejillos de indias. Sus estudiantes practicarían múltiples disecciones con ellos.

Epub

# EPÍLOGO

DICEN que cuando nos suceden acontecimientos terribles en nuestra vida, el cerebro pone en marcha un mecanismo de defensa que impide que nada nos haga daño. Es como si nuestro cuerpo obstaculizase cualquier esbozo de tristeza o sufrimiento. Como diría el gran divulgador científico español Eduard Punset, «hasta las bacterias funcionan por consenso, o no funcionan». Si tras leer estas páginas he conseguido lo contrario, es decir, que se te haya removido la conciencia aunque sea durante un instante, me habré dado por satisfecha. No pretendo que te incomode la realidad, que lo hará, pero sí que seas consciente de que no olvidar lo ocurrido es la mejor forma de recordar a aquellos que perecieron en pos de la libertad.

En este libro he querido reunir los casos más impactantes y escalofriantes de unas mujeres que, de acuerdo al régimen del *Führer*, mataron, asesinaron y vejaron a miles de prisioneros en sus campos de concentración. Hablamos de cómo la mente femenina pudo ser aún más cruel que la masculina, llegando a ser el brazo ejecutor de los peores crímenes que ha dado la Humanidad.

Con ellas se demuestra que la maldad y el sadismo es cosa del género humano, sin distinción de sexos, algo que han puesto en duda las feministas más radicales.

En las *Memorias* de Sir Winston Churchill, el político británico dijo en una ocasión: «Si Hitler hubiera invadido el infierno, yo habría hecho por lo menos una favorable alusión al demonio en la Cámara de los Comunes». Si trasladamos esta cita a las «torturadoras» de los campamentos de exterminio, podemos afirmar sin temor a equivocarnos, que si la Maldad existe, ellas fueron sus principales representantes en la tierra.

Sus ademanes hicieron de ellas unas cruentas asesinas de acuerdo a un bien común: la pureza aria.

Y por mucho que rebatieran subidas a un estrado que simplemente acataron las órdenes que provenían de sus superiores, la realidad es que se tomaron la justicia por su mano. Con cada golpe y latigazo, con cada privación de alimentos, con cada selección a la cámara de gas, las «guardianas» minaron la moral de sus enemigos ya confinados. Su único objetivo: ser un ejemplo para el resto de sus camaradas. El resultado: millones de vidas despojadas en una zanja. ¿Verdaderamente fue necesaria tanta barbarie? Quiero creer que no.

# BIBLIOGRAFÍA


——AIBESHITS, Jehoshua, EILENBERG-EIBESHITZ, Anna, y SILVERMAN, Fayge: *Women in the Holocaust: a collection of testimonies*, Remember, 1993.

—AILSBY, Christopher: *SS, roll of infamy*, Motorbooks International, Pensilvania,1997.

—ALEXANDER, Stephan: *Glienke Erfolgsgeschichte Bundesrepublik?: Die Nachkriegsgesellschaft im langen Schatten des Nationalsozialismus*, Wallstein Verlag, Gottingen, 2008.

—ALFRED, Walter, y PHILIPS, Peter: *The Tragedy of Nazi Germany*, Taylor & Francis, Londres, 1969.

—ANDERSON, Bonnie S., y ZlNSSER, Judith P.: *Historia de las mujeres: Una historia propia*, Editorial Crítica, Barcelona, 2009.

—ARENDT, Ana: *Eichmann en Jerusalén*, Editorial DeBolsillo, Barcelona, 2006.

—ARMENGOU, Montse, y BELIS, Ricard: *Ravensbrück, l'infern de les dones*, Angle Editorial, Barcelona, 2007.

—ARONEANU, Eugène: *Inside the Concentration Camps: Eyewitness Accounts of Life in Hitler's Death Camps*, Greenwood Publishing Group, Westport, 1996.

—BELTON, Neil: *The good listener: Helen Bamber, a life against cruelty*, Pantheon Books, Nueva York, 1998.

—BENSALOM, Isaac: *Auschwitz: los campos de exterminio nazis*, Ultramar, Barcelona, 1993.

—BERKELEY, George E.: *Hitler's Gift: The Story of Theresienstadt*, Branden Books, Boston, 2002.

—BERNADAC, Christian: *Comando de mujeres*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1976.

—BERND GISEVIUS, Hans: *Adolfo Hitler*, Plaza & Janés, Barcelona, 1966.

—BLATMAN, Daniel: *The Death Marches: The Final Phase of Nazi Genocide*, Harvard University Press, Cambridge, 2011.

—BLOOMERG, Marty, y BARRETT, Buckley Barry: *The Jewish Holocaust: An Annotated Guide to Books in English*, Wildside Press LLC, Maryland, 1995.

—BLUM, Howard: *Wanted!: the search for Nazis in America*, Simon & Schuster, Nueva York, 1989.

—BOCK, Gisela: *Genozid und Geschlecht: Jüdische Frauen im nationalsozialistis-chen Lagersystem*, Campus Verlag, Frankfurt, 2005.

—BURLEIGH, Michael: *El Tercer Reich. Una nueva historia*, Taurus, Madrid, 2008.

—BUSSGANG, Fay: *The Last Eyewitnesses: Children of the Holocaust Speak*, Volumen 2, Northwestern University Press, Illinois, 2005.

—CASTRO, Fermín: *Los poderes ocultos de Hitler*, Corona Borealis, Málaga, 2009.

—CATALÁ, Neus: *De la resistencia y la deportación*, Ediciones Península, Barcelona, 2000.

—*Connecticut journal of international law*, Volumen 11, Connecticut, 1995.

—COOK, Bernard A.: *Women and War:A Historical Encyclopedia from Antiquity to the Present*, ABC-CLIO, Santa Bárbara, 2006.

—COOKE, Paul y SlLBERMAN, Marc: *Screening War: Perspectives on German Suffering*, Camden House, Rochester, 2010.

—CROWE, David: *Oskar Schindler: The Untold Account of His Life, Wartime Activites, and the True Story Behind the List*, Basic Books, Cambridge, 2007.

—CZECH, Danuta: *Auschwitz chronicle, 1939 - 1945*, Henry Holt & Co (P), Nueva York, 1997.

—CZECH, Danuta: *Auschwitz: Nazi death camp*, Auschwitz-Birkenau State Museum, Auschwitz, 1996.

—CZIBORRA, Pascal: *Frauen im KZ: Moglichkeiten und Grenzen der historischen Forschung am Beispiel des KZ Flossenbürg und seiner Außenlager*, LorbeerVerlag, Bielefeld, 2010.

—DEAGLIO, Enrico: *La banalidad del bien. Historia de Giorgio Perlasca*, Editorial Herder, Barcelona, 1997.

—DEANE LAGERWEY, Mary: *Reading Auschwitz*, Rowman Altamira, Walnut Creek, 1998.

—DUNIN-WASOWICZ, Krzysztof: *Stutthof, Ksiazka i Wiedza*, Varsovia, 1970.

—EPSTEIN, Catherine: *Model Nazi: Arthur Greiser and the Occupation of Western Poland*, Oxford University Press, Oxford, 2010.

—ERPEL, Simone: *Im Gefolge der SS: Aufseherinnen des Frauen-KZ Ravensbrück. Begleitband zur Ausstellung*, Metropol-Verlag, Berlín, 2007.

—ESCHEBACH, Insa: *Gedächtnis und Geschlecht*, Campus Verlag, Frankfurt, 2002.

—FEIG, Konnilyn G.: *Hitler's death camps: the sanity of madness*, Holmes & Meier Publishers, Nueva York, 1981.

—FERENCZ, Benjamin B.: *Less Than Slaves: Jewish Forced Labor and the Quest for Compensation*, Indiana University Press, Indiana, 2002.

—FIELDING, Steven: *Pierrepoint: A family of Executioners*, John Blake, Kindle Edition, 2008.

—FRIEDLANDER, Henry: *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, University of North Carolina Press, Carolina del Norte, 1997.

—FRIEDLANDER, Saul: *¿Por qué el holocausto? Historia de una psicosis colectiva*, Editorial Gedisa, Barcelona, 2004.

—: *El Tercer Reich y los judíos (1939 - 1945). Los años del exterminio*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2009.

—FRIEDMAN, Jonathan C.: *Routledge History of the Holocaust*, Taylor & Francis, Londres y Nueva York, 2011.

—FRIEDMAN, Leon: *The law of war, a documentary history, Volumen 2*, Random House, Nueva York, 1972.

—FRIEDMAN, Saul S. y Kutler, Laurence: *The Terezín Diary of Gonda Redlich*, University Press of Kentucky, Kentucky, 1999.

—FRIESOVÁ, Jana Renée: *Fortress of My Youth: Memoir of a Terezín Survivor*, Univ of Wisconsin Press, Wisconsin, 2002.

—FROMMER, Benjamin: *National Cleansing: Retribution Against Nazi Collaborators in PostWar Czechoslovakia*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005.

—FÜLLBERG-STOLBERG, Claus: *Frauen in Konzentrationslagern: Bergen-Belsen, Ravensbrück*, Edition Temmen, Bremen, 1994.

—GARCÍA, Roberto: *El nazismo oculto*, Styria, Barcelona, 2008.

—GAULLE-ANTONIOZ, Genevieve DE: *The Dawn of Hope: A Memoir of Ravensbrück* , Arcade Publishing, Nueva York, 1999.

—GAYLORD MORRISON, Jack: *Ravensbrück: Everyday Life in a Womens Concentration Camp*, 1939 - 45, Markus Wiener Publishers, Nueva York, 2000.

—GOLDENSOHN, Leon: *Las entrevistas de Nuremberg*, Taurus Historia, Madrid, 2008.

—GOODRICK-CLARKE, Nicholas: *Hitler's Priestess: Savitri Devi, the Hindu-Aryan Myth, and Neo-Nazism*, New York University Press, Nueva York, 2000.

—GRAF, Jürgen, y MATTOGNO, Carlo: *Concentration Camp Majdanek.: A Historical and Technical Study*, Theses & Dissertations Press, Nueva York, 2003.

—GROBMAN, Alex, LANDES, Daniel, y MILTON, Sybil: *Genocide, Critical Issues of the Holocaust: A Companion to the Film*, Genocide, Behrman House, Inc, Nueva Jersey, 1983.

—GUTMAN, Yisrael, BEREMBAUM Michael y United States Holocaust Memorial Museum: *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Indiana University Press, Indiana, 1998.

—HANDRO, Saskia y SCHÖNEMANN, Bernd: *Visualitat und Geschichte*, LIT Verlag Münster, Münster, 2011.

—HARRIS, Whitney R.: *Tyranny on trial: the evidence at Nuremberg* , Southern Methodist University Press, Texas, 1954.

—HARVEY, Elizabeth: *Women and the Nazi East: Agents and Witnesses of Germanization* , Yale University Press, Nueva York, 2003.

—HAUSSMANN, Jean: *In Search of the Origins of Nazi Monstrosity: From Persecution to Annihilation*, Dorrance Publishing, Pittsburgh, 2011.

—HAYES, Peter y DIEFENDORF, Jeffry M.: *Lessons And Legacies VI: New Currents In Holocaust Research*, Northwestern University Press, Illinois, 2004.

—HEBERER, Patricia y MATTHÁUS, Jürgen: *Atrocities on Trial: Historical Perspectives on the Politics of Prosecuting War Crimes*, University of Nebraska Press, Nebraska, 2008.

—HERNÁNDEZ, Jesús: *Todo lo que debe saber sobre la Segunda Guerra Mundial* , Ediciones Nowtilus, Madrid, 2009.

—HIGONNET, Margaret R.: *Behind the Lines: Gender and the Two World Wars* , Yale University Press, Nueva York, 1989.

—HILBERG, Raul: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Madrid, 2005.

—: *Conversaciones privadas de Hitler*, Editorial Crítica, Barcelona, 2004.

—HITLER, Adolf: *Mein Kampf*.

—JACOBS ALTMAN, Linda: *The Importance of Simon Wiesenthal*, Lucent Books, Michigan, 2000.

—: *Crimes and criminals of the Holocaust*, Enslow Publishers, Nueva York,
2004.

—JACOBS, Benjamín: *The Dentist of Auschwitz: A Memoir*, University Press of Kentucky, Kentucky, 2001.

—JAY LIFTON, Robert: *The Nazi Doctors: MedicalKilling And The Psychology Of Genocide*, Basic Books, Cambridge, 2000.

—JENKINS, Marilyn: *The Legacy of Alice Waters*, Marilyn Jenkins, 2009.

—JEWISH BLACK BOOK COMMITTEE *The Black book: the Nazi crime against the Jewish people*, The Jewish Black Book Committee, 1946.

—JIMÉNEZ CORES, Pablo: *Las estrategias de Hitler: las raíces ocultas del Nacional-socialismo*, Ediciones Nowtilus, Madrid, 2004.

—JONES, Phillip E.: *Quickly to her fate*, P J Publishing, Kindle Edition, 2011

—JUDSON RICHARDS, Peter: *Extraordinary justice: military tribunals in historical and international context*, New York University Press, Nueva York, 2007.

—KACER, Kathy: *The UndergroundReporters*, Evans Brothers, Londres, 2006.

—KENEALLY, Thomas: *Schindler's Ark*, The Folio Society, Londres, 2009.

—KERSHAW, Ian: *Hitler, los alemanes y la solución final*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.

—KOGON, Eugen: *El estado de las SS: el sistema de los campos de concentración alemanes*, Alba Editorial, Barcelona, 2005.

—KOMPISCH, Kathrin: *Taterinnen: Frauen im Nationalsozialismus*, Böhlau Verlag Koln Weimar, Koln, 2008.

—KRAFT, Helga y C. G. LORENZ, Dagmar: *From Fin-de-Siècle to Theresienstadt: The Works and Life ofthe Writer Elsa Porges-Bernstein*, Peter Lang, Nueva York, 2007.

—LACE, William W.: *The death camps*, Lucent Books, Michigan, 1998.

—LANGBEIN, Hermann: *People in Auschwitz*, University of North Carolina Press, Carolina del Norte, 2004.

—LANGLEY, Eva M.: *Prison on Wheels: From Ravensbrück to Burgau*, Daimon Verlag, Bavaria, 1945.

—LASIK, Aleksander: *Auschwitz 1940 - 1945: central issues in the history of the camp. The establishment and organization of the camp, Volumen 1*, Auschwitz-Birkenau State Museum, Auschwitz, 2000.

—LASKA, Vera: *Women in the resistance and in the Holocaust: the voices of eyewit-nesses*, Greenwood Press, Connecticut, 1983.

—LEBENSTEIN, Alexander: *The Gazebo*, AuthorHouse, 2008.

—LEE SMITH, Arthur: *Die Hexe von Buchenwald: Der Fall Ilse Koch*, Böhlau Verlag Koln Weimar, Viena, 1994.

—LELYVELD, Joseph: *Omaha Blues: A memory Loop*, Picador, Kindle Edition, 2006.

—Lemons, Everette: *The Third Reich, a Revolution of Ideological Inhumanity, Volume II* Death Mask of Humanity, Lulu.com, Rancho Cucamonga, 2006.

—LENGYEL, Olga: *Los hornos de Hitler*, Editorial Diana, México DF, 1991.

—LESLIE GOLD, Alison: *The Devil's Mistress: The Diary of Eva Braun, the Woman Who Lived and Died With Hitler*, Faber & Faber, Londres, 1997.

—LEVY, Alan: *Nazi hunter: the Wiesenthal file*, Barnes & Noble Books, Nueva York, 2002.

—LÉVY-HASS, Hanna, y HASS, Amira: *Diary of Bergen-Belsen*, Haymarket Books, Chicago,

2009.

—LONG, Jeffrey E.: *Remembered Childhoods: A Guide to Autobiography and Memoirs of Childhood and Youth*, Libraries Unlimited, Charlotte, 2007.

—LOZANO AGUILAR, Arturo: *La memoria de los campos: el cine y los campos de concentración nazis*, Ediciones de la Mirada, Valencia, 1999.

—LOZANO, Álvaro: *El Holocausto y la cultura de masas*, Editorial Melusina, Santa Cruz de Tenerife, 2010.

—MANN, Michael: *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005.

—MANVELL, Roger, y FRAENKEL, Heinrich: *The incomparable crime: mass extermination in the twentieth century; the legacy ofguilt*, Putnam, Nueva York, 1967.

—MARSZALEK, Józef: *Majdanek, the concentration camp in Lublin*, Interpress, Varsovia, 1986.

—MCkALE, Donald M.: *Nazis After Hitler: How Perpetrators of the Holocaust Cheated Justice and Truth*, Rowman & Littlefield, Plymouth, 2011.

—MELVIN Spector, Robert: *World Without Civilization: Mass Murder and the Holocaust, History and Analysis, Volumen 1*, University Press of America, Maryland, 2005.

—MERBACK, Tema N: *In the face of evil: Based on the life of Dina Frydman Balbien*, FriesenPress, 2010.

—MILLER, Arthur: *Arthur Miller's Playing for Time*, Dramatic Publishing, Illinois, 1985.

—MOCZARSKI, Kazimierz: *Conversaciones con un verdugo. En la celda del teniente general de la SS Jürgen Stroop*, Alba Editorial, Barcelona, 2008.

—MóZES, Teréz: *Staying Human Through the Holocaust*, University of Calgary Press, Alberta, 2005.

—MüLLER, Charlotte: *Die Klempnerkolonne in Ravensbrück: Erinnerungen des Haftlings*, Número 10787, Dietz Verlag, Berlín, 1985.

—NEAU-DUFOUR, Frédérique: *Genevieve de Gaulle-Anthonioz.: l'autre De Gaulle*, Editions du CERF, París, 2004.

—NELKEN, Halina: *And Yet, I Am Here*!, Univ of Massachusetts Press, Massa-chussets, 1999.

—NEWMAN, Richard y Kirtley, Karen: *Alma Rosé: Vienna to Auschwitz*, Amadeus Press, Huddersfield, 2000.

—NIEWYCK, Donald L.: *Fresh Wounds: Early Narratives of Holocaust Survival*, The University of North Carolina Press, Carolina del Norte, 2011.

—NúñEZ TARGA, Mercedes: *Destinada al crematorio. De Argelès a Ravensbrück: las vivencias de una resistente republicana española*, Editorial Renacimiento, Sevilla, 2011.

—NYISZLI, Miklós: *Auschwitz: A Doctor's Eyewitness Account*, Arcade Publishing, Nueva York, 1960.

—O'DONNELL, Patrick K.: *The Brenner Assignment: The Untold Story of the Most Daring Spy Mission of World War II*, Da Capo Press, Filadelfia, 2009.

—OFER, Dalia, y WEITZMAN, Lenore J.: *Women in the Holocaust*, Yale University Press, Nueva York, 1999.

—OTTE stensager, Anders: *Kvinderne i Ravensbrück*, People's Press, Kovenhavn, 2011.

—OVERY, R. J.: *Interrogations: the Nazi elite in Allied hands*, 1945, Viking, Nueva York, 2001.

—OVERY, Richard: *Interrogatorios. El Tercer Reich en el Banquillo*, Tusquets Editores, Barcelona, 2001.

—OWEN PENDAS, Devin: *The Frankfurt Auschwitz Trial, 1963 - 1965: Genocide, History, and the Limits of the Law*, Cambridge University Press, Nueva York, 2006.

—OWINGS, Alison: *Frauen: German Women Recall the Third Reich*, Rutgers University Press, Carolina del Norte, 1995.

—PATRICK BROWN, Daniel: *The beautiful beast: the life & crimes of SS-Aufseherin Irma Grese*, Golden West Historical Publications, Idaho, 1996.

— : *The camp women: the female auxiliaries who assisted the SS in running the Nazi concentration camp system*, Schiffer Pub., Pennsylvania, 2002.

—PICK, Hella: *Simon Wiesenthal: a life in search ofjustice*, Northeastern University Press, Nueva Inglaterra, 1996.

—PIERREPOINT, Albert: *Executioner Pierrepoint: An Autobiography*, Eric Dobby Publishing Ltd, Tonbridge, 2005.

—PRESSER, Jacob: *Ashes in the Wind: The Destruction of Dutch Jewry*, Wayne State University Press, Detroit, 1968.

—RÁMILA, Iván: *España y los enigmas nazis*, Madrid, Espejo de Tinta, 2006.

—REES, Laurence: *Auschwitz. Los Nazis y La Solucion Final*, Editorial Crítica, Barcelona, 2005.

— : *Los verdugos y las víctimas: Las páginas negras de la historia de la Segunda Guerra Mundial*, Editorial Crítica, Barcelona, 2008.

—RHODES, Richard: *Amos de la muerte. Los SS Einsatzgruppen y el origen del Holocausto*, Seix Barral, Barcelona, 2003.

—RITTNER, Carol y ROTH, John K.: *Different voices: women and the Holocaust*, Paragon House, Minneapolis, 1993.

ROBERTS Baer, Elizabeth, y GOLDENBERG, Myrna: *Experience and Expression: Women, the Nazis and the Holocaust*, Wayne State University Press, Detroit, 2003.

—ROSENSAFT, Hadassah: *Yesterday: my story, Yad Vashem and the Holocaust Survivors' Memoirs Project*, Jerusalén, 2005.

—ROTHER, BERND y ÁLVAREZ CHILLIDA, Gonzalo: *Franco y El Holocausto*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2005.

—RUBIO, Ana: *Los nazis y el Mal. La destrucción del ser humano*, Niberta, Barcelona, 2009.

—RYAN, Allan A.: *Quiet neighbors:prosecuting Nazi war criminals in America*, Harcourt Brace Jovanovich, San Diego, 1984.

—SAIDEL, Rochelle G.: *The Outraged Consciente: Seekers of Justice for Nazi War Criminals in America*, State University of New York, Nueva York, 1984.

—: *The Jewish Women of Ravensbrück Concentration Camp*, Terrace Books, Wisconsin, 2006.

—SANSAL, Boualem: *La aldea del alemán o el diario de los hermanos Schiller*, Aleph

Editores, Barcelona, 2009.

—SARTI, Wendy Adele-Marie: *Women and Nazis: Perpetrators of Genocide and Other Crimes During Hitler's Regime, 1933 - 1945*, Academica Press, Palo Alto, 2011.

—SCHIESSL, Christoph: *The Search for Nazi Collaborators in the United Status*, ETD Collection for Wayne State University, Michigan, 2009.

—SCHIFF, Vera: *Theresienstadt*, Lightning Source Incorporated, Tennessee, 1996.

—SCHNEIDER, Gertrude: *Exile and Destruction: The Fate of Austrian Jews, 1938 - 1945*, Greenwood Publishing Group, Westport, 1995.

—SCHWERTFEGER, Ruth: *The Women of Theresienstadt: voices from a concentration camp* , Berg, Londres, 1989.

—SERRANO I BLANQUER, David: *Les dones als Camps nazis*, Editorial Portic, Barcelona, 2003.

—SHELLEY, Lore: *Secretaries of death: accounts by former prisoners who worked in the Gestapo of Auschwitz*, Shengold Publishers, Nueva York, 1986.

—SIGMUND, Anna Maria: *Las mujeres de los nazis*, Plaza & Janés Editores. Barcelona, 2000.

—: *Las mujeres de Hitler*, Plaza & Janés Editores , Barcelona, 2003.

—SJOBERG, Laura y GENTRY, Caron E.: *Mothers, Monsters, Whores: Women's Violence in Global Politics*, Zed Books, Nueva York, 2007.

—SMITH, Bradley F.: *Reaching judgment at Nuremberg*, Basic Books, Nueva York, 1977.

—SPIES, Gerty y TRAGNITZ, Jutta R.: *My years in Theresienstadt: how one woman survived the Holocaust*, Prometheus Books, Nueva York, 1997.

—STACKELBERG, Roderick: *The Routledge Companion to Nazi Germany, Routledge*, Nueva York, 2007.

—STEPHENSON, Hill: *The Nazi Organisation of Women*, Taylor & Francis, Nueva York, 1981.

—STEPEHNSON, Jill: *Women in Nazi Germany*, Pearson Education, Essex, 2001.

—STIBBE, Matthew: *Women in the ThirdReich*, Bloomsbury USA, Nueva York, 2003.

—TATELBAUM, Itzhak: *TThrough our eyes: Children witness the Holocaust*, Yad Vasehm International School for Holocaust Studies, Israel, 2004.

—TAYLOR, Telford: *The anatomy of the Nuremberg trials: a personal memoir*, Little Brown Co (P), Londres, 1993.

—THE UNITES NATIONS WAR CRIMES COMMISSION *Law Reports of Trials of War Criminals, Volumen 1*, Wm. S. Hein Publishing, 1997.

—THE UNITES NATIONS WAR CRIMES COMMISSION by his majesty's stationery office: *Law Reports of Trials of War Criminals. Selected andprepared by The United Nations War Crimes Commission. Volume II*. The Belsen Trial, 1947.

—THOMSON, Ruth: *Terezín: Voices from the Holocaust*, Candlewick Press, Somerville, 2011.

—TILLION, Germaine: *Ravensbrück*, Anchor Press, Massachussets, 1975.

—*Trial of Alfons Klein, Adolf Wahlmann, Heinrich Ruoff[and others]: The Hadamar trial* , W. Hodge, 1949.

—TROLLER, Norbert: *Theresienstadt: Hitler's Giftto the Jews*, UNC Press Books, Carolina del

Norte, 2004 .

—TUSA, Ann y John: *The Nuremberg Trial*, Skyhorse Publishing, Nueva York, 2010.

—TZANI, Fotini: *Zwischen Karrierismus und Widerspenstigkeit: SS-Aufseherinnen im KZ-Alltag*, Lorbeer Verlag, Bielefeld, 2011.

—VERMEHREN, Isa: *Reise durch den letzten Akt: Ravensbrück, Buchenwald, Dachau: eine Frau berichtet*, Rowohlt Taschenbuch Verlag, Reinbek, 2005.

—VEROLME, Hetty: *The Childrens House Of Belsen*, ReadHowYouWant, Sydney, 2012.

—VRONSKY, Peter: *Female Serial Killers: How and Why Women Become Monsters*, Berkley Books, Berkeley, 2007.

—WANG, Diana, BRUNET, Constanza, y RUANO, Virginia: *Los niños escondidos*, Marea Editorial, Buenos Aires, 2004.

—WHITLOCK, Flint: *The Beasts of Buchenwald: Karl & Ilse Koch, Human-Skin Lampshades, and the War-Crimes Trial of the Century*, Cable Publishing, Wisconsin, 2011.

—WIESEL, Elie: *Dimensions of the Holocaust*, Northwestern University Press, Illinois, 1990.

—: *Telling the Tale: A Tribute to Elie Wiesel on the Occasion of His 65th Birthday: Essays, Reflections, and Poems*, Time Being Books, Saint Louis, 1993.

—WISTRICH, Robert S.: *Who's Who in Nazi Germany*, Routledge, Londres, 2001.

—WITTMANN, Rebecca: *Beyond Justice: The Auschwitz Trial*, Harvard University Press, Cambridge, 2005.

—YAHIL, Leni: *The Holocaust: The Fate of European Jewry, 1932 - 1945*, Oxford University Press, Oxford, 1991.

—YEATTS, Tabatha: *The Holocaust survivors*, Enslow Publishers, Nueva York, 1998.

—ZORNER, Guste: *Frauen-KZ Ravensbrück*, Deutscher Verlag der Wissenschaften, Berlín, 1982.

PERIÓDICOS ESPAÑOLES:

—Diario *ABC*: 15 diciembre 1945 y 10 julio 1981.

—*La Vanguardia*: 26 de septiembre 1945.

—Diario *El País*: 14 agosto 1979, 27 febrero 1981 y 16 septiembre 2006.

PERIÓDICOS EXTRANJEROS:

—*The Washington Post* (6 agosto 1972, 10 septiembre 1972, 20 marzo 1973, 23 marzo 1973, 8 agosto 1973, 20 febrero 1975, 29 septiembre 1975, 12 enero 1978, 20 abril 1979, 7 enero 1981 y 21 septiembre 2005).

—*The Milwaukee Journal*: 14 agosto 1947.

—*The Evening Independent*: 4 julio 1949.

—*Lewiston Evening Journal*: 15 enero 1951.

—*The New York Times* (28 septiembre 1945, 16 octubre 1945, 14 julio 1964, 10 junio 1972, 23 septiembre 1972, 25 septiembre 1972, 9 octubre 1972, 26 octubre 1972, 17 junio 1978 y 6 marzo 2005).

—*The Ledger*: 21 mayo 1981.

PÁGINAS WEBS:

www.bergenbelsen.co.uk

www.mazal.org
www.ess.uwe.ac.uk/genocide/trials.htm
www.nizkor.org
www.bundesarchiv.de
www.shoah.de
www.auschwitz.dk

# GUARDIANAS NAZIS

## ÁLBUM DE FOTOS

*De izquierda a derecha: Charlotte Pliquet,*
*Ruth Astrosini, Juana Bormann,*
*Gertrude Feist, Gertrude Sauer e Ida Förster,*
*un poco después del arresto el 2 de mayo de 1945.*

*Postal de la foto de Adolf Hitler en la que da la bienvenida*
*a las jóvenes doncellas de la Liga alemana BDM.*

*Miembros de la Liga de Jóvenes Alemanas ondean banderas nazis en apoyo a la anexión de Austria por parte de Alemania. Viena, Austria, marzo de 1938.*

*Huérfano de 13 años de edad, sobreviviente del campo de concentración de Mauthausen. Austria, mayo de 1945.*

*Judíos húngaros identificados con las estrellas amarillas, en el momento de la liberación del gheto de Budapest. Hungría, enero de 1945.*

*Ehlert, Grese, Lothe, Stöfel, Schreirer, Dörr, Roth y Hempel en el primer día del juicio. Fecha: 17 de septiembre de 1945.* (*Fuente:* Daily Mirror.)

*Herta Bothe, Gertrud Sauer y Herta Ehlert transportando un prisionero muerto hasta una de las fosas comunes.*

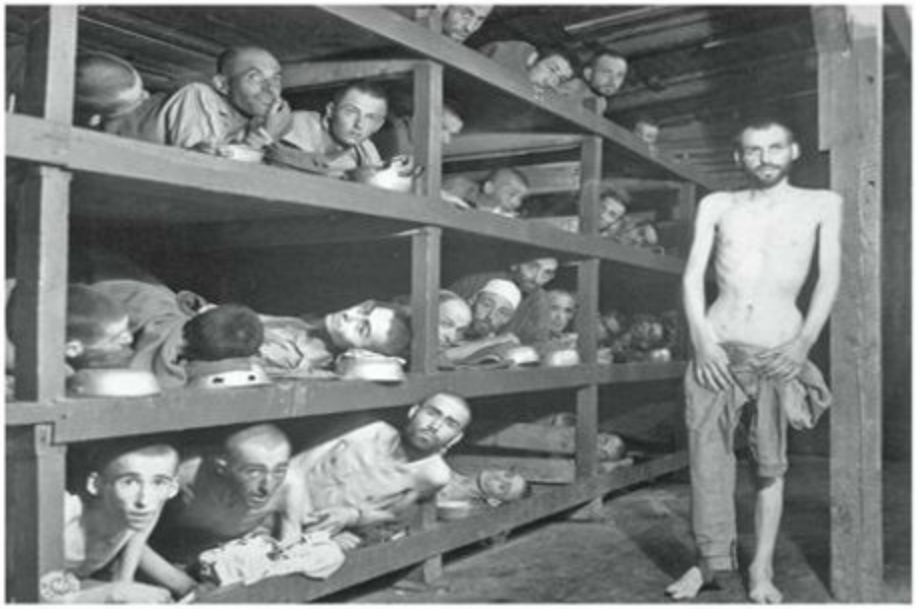
*Día del ajusticiamiento de Ewa Paradies (hablando con un sacerdote) el 4 de julio de 1946.*

*Ilse Lothe Kapo de Kommandos de trabajo en Auschwitz-Birkenau y Bergen-Belsen, tras ser arrestada. (8 de agosto de 1945).*

*Hildegard Lachert,* Aufseherin *en los campos de Majdanek y Auschwitz.*

*Hildegard Lachert, muchos años después, en el juicio de Dusseldorf en 1981.*

*Campo de Buchenwald, el 24 de abril de 1945,*
*cortesía de U.S. National Archive.*



*Supervivientes de Buchenwald después de la liberación.*
*Elie Wiesel está en la segunda fila desde abajo, el séptimo por la izquierda.*

*Los acusados con los policías polacos en el campo de concentración de Stutthof.*

*Primer día del Juicio de Bergen Belsen: Mathes, Kulessa, Hössler, Charlotte Klein, Bothe, Bormann, Volkenrath, Ehlert, Grese, Lothe, Schreirer, Löbauer, Dörr, Klippel, Barsch, Zoddel y Schmedidzt.*

*Franz Hössler, Ansgar Pichen, Gertrud Fiest, Walter Otto y Johanna (Juana) Bormann.*

*Vista de las barracas del campo de Majdanek. Polonia, fecha incierta.*

*Durante el juicio de Bergen Belsen, de izquierda a derecha: Volkenrath, Ehlert, Grese, Lothe, Lohbauer y Klippel.*

*De izquierda a derecha: Gertrud Neumann, Hildegard Kambach, Ilse Steinbusch, Marta Linke, Herta Bothe y Magdalene Kessel, después de su arresto, tras haber protagonizado uno de los más tristes y crueles episodios de la II Guerra Mundial.*

*Jóvenes alemanas de la BDM, practicando gimnasia en 1941*

*Restos humanos encontrados en el crematorio del campo de concentración de Dachau después de la liberación. Alemania, abril de 1945.*

*El doctor Fritz Klein, doctor de un campo, que condujo experimentos médicos sobre los prisioneros, se detiene entre los cadáveres de una sepultura colectiva. Bergen-Belsen, Alemania, posterior al 15 de abril de 1945.*

*Pilas de cadáveres, poco después de la liberación del campo de Mauthausen. Austria, posterior al 5 de mayo de 1945.*

*Panorámica del juicio de Bergen-Belsen, el 18 de septiembre de 1945.*

*Niños en Auschwitz, después de ser liberados.*

*Niños acompañados de sus madres en Auschwitz, saliendo de los campos, tras la liberación.*

*Himmler pasando revista en el campo de Ravensbrück.*

*Exposición de lámparas de Ilse Koch.*

*Ilse y Karl Koch con sus hijos.*

*Ilse Koch, después de su arresto, tras haber ejercido como guardiana del campo de concentración de Buchenwald.*

*Irma Grese, esperando el juicio en Celle. Agosto de 1945.*

*Irma Grese y Hilde Lobauer en la prision de Celle.*

*Therese «Rosi» Brandl*
Rapportaüfseherin *en Ravensbrück y Auschwitz, durante el juicio de Auschwitz en 1947.*

*Hermine Braunsteiner,*
La Yegua de Majdanek,
*en el juicio de 1975 en Alemania.*

*Cuando las víctimas de los campos morían, eran llevados a pilas de cadáveres.*

*La increíble y desoladora imagen de la miseria que vivían los prisioneros en el campo nº 1.*

*El doctor Klein viendo cadáveres, muchos de ellos víctimas de sus estremecedores experimentos.*

*Gerda Steinhoff,* Blockführerin *en el campo de mujeres de Stutthof.*

*Ruth Elfriede,* Aufseherin *en Ravensbrück, Dachau y Helmbrechts.*

*Irene Haschke,* Aufseherin, *en Bergen Belsen a la espera de juicio (Agosto 1945).*

*Luise Danz,* Aufseherin *de Majdanek.*

*Herta Ehlert, Aufseherin en Ravensbrück y Majdanek, entre otros, a la espera de juicio en agosto de 1945.*

*Hildegard Neumann,* Oberaufseherin *en el campo de Ravensbrück y Theresienstadt.*

*Un niño pequeño es lanzado a la sepultura común de víctimas nazis.*

*Alice Orlowski,* Aufseherin *en Majdanek, prestando declaración en el juicio de Auschwitz en Cracovia 1947.*

*Charlotte Klein, Hilde Lisiewitz, Rosina Scheiber, Lisbeth Fritzner, Herta Ehlert y Elizabeth Volkenrath poco después de su arresto, el 2 de mayo de 1945.*

*Marta Löbelt, Getrud Rheinhold, Irene Haschke y Anneliese Kohlmann, también poco después de ser arrestadas, el 2 de mayo de 1945.*

*La puerta de la entrada a Auschwitz. El lema decía: «El trabajo os hará libres».*

*Interior del campo de concentración de Auschwitz, donde los cuerpos de los prisioneros muertos hablan por sí mismos del horror y el dolor que existía.*

*Bloque 2, en Auschwitz, el «muro de la muerte» y de los ahorcamientos.*

*Las guardianas arrestadas: Irene Haschke, Herta Bothe, Herta Ehlert, Johanna Bormann, Elisabeth Volkenrath, Getrud Sauer, Ilse Forster, Klara Opitz, Rosina Scheiber y Gertrud Neumann, entre otras. El Bloque 317 se ve al fondo.*

*De izquierda a derecha – Hildegard Kambach/Kanbach, Magdalene Kessel, Irene Haschke, Herta Ehlert y Herta Bothe, poco después de su arresto, entre los días 16 y 18 de abril de 1945.*

# NOTAS

[1] Declaración de un testigo durante el juicio de Ilse Koch.

[2] Testimonio del Dr. Petr Zenkl, exalcalde de Praga, ministro en el gobierno del presidente checo Edvad Benes y preso político encarcelado en Buchenwald.

[3] Palabras del prisionero Paul Grünewald al testificar después de la guerra.

[4] Extraído de las Actas del Juicio de Dachau.

[5] Id. Ibíd.

[6] Extraído de la lectura de la sentencia de Ilse Koch por parte del General Emil Kiel durante el juicio de Dachau. (N. del A.)

[7] Declaración de Irma Grese en el juicio de Bergen-Belsen.

[8] Sára Jakobovits, deportada desde el gueto de Iza.

[9] Fragmento correspondiente al libro Los hornos de Hitler de Olga Lengyel.

[10] Extracto del libro Die Tagëbucher von Joseph Goebbels, volumen II.

[11] Fragmento extraído del libro Executioner:Pierrepoint, escrito por Albert Pierrepoint.

[12] Id. Ibíd.

[13] Declaración de Aleksandra Steuer en el juicio de Cracovia (20/08/1947).

[14] Testimonio de Urszula Wiñska, prisionera del campo de Ravensbrück número 7.448.

[15] Palabras de la interna Rozalia Juraszek.

[16] Fragmento extraído del libro Y tengo miedo de mis sueños de Wanda Póitawska.

[17] Extracto del libro Kommandant in Auschwitz, de Rudolf Hoss.

[18] Testimonio de María Mandel en el juicio de Auschwitz en Cracovia en 1947.

[19] Testimonio de Maria Budziaszek, prisionera número 23.359.

[20] Extraído del expediente 520 del Juicio de Auschwitz en Cracovia.

[21] Extracto de la obra Playing for time de Fania Fénelon.

[22] Extracto de Staying Human Through the Holocaust de Teréz Mózes.

[23] Extracto del libro The Gazebo, escrito por Alexander Lebenstein.

[24] Testimonio extraído del acta del juicio de Bergen-Belsen.

[25] Testimonio de Dagmar Hajkova, superviviente checa en Ravensbrück.

[26] Extracto del libro Ravensbrück: everyday life in a women's concentration camp, 1939 - 45.

[27] Extracto de la obra Ravensbrück, el infierno de las mujeres, de Montse Armengou y Ricard Belis.

[28] Id. Ibíd.

[29] Publica el diario El País el 13 de junio de 2010 en un reportaje sobre las mujeres españolas internadas en Ravensbrück, coincidiendo con el 65 aniversario de la liberación de los campos.

[30] Extracto del libro De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas, por Neus Catalá.

[31] Extracto de De la resistencia y la deportación. 50 testimonios de mujeres españolas, op. cit.

[32] Extracto del reportaje publicado por el diario El País el 13 de junio de 2010.

[33] Extracto del libro De la resistencia y la deportación, escrito por Neus Catalá.

[34] Id. Ibíd.

[35] Extracto de su libro El carretó dels Gossos. Una catalana en Ravensbrück.

[36] Extracto del libro De la Resistencia y la Deportación, de Neús Catalá.

[37] Testimonio de Charlotte Müller en su libro Die Klempnerkolonne in Ravensbrück.

[38] Testimonio extraído por los censores británicos durante el juicio y recogido en el libro Atrocities on Trial.

[39] Testimonio extraído por los censores británicos durante el juicio y recogido en el libro Atrocities on Trial.

[40] Extracto del artículo publicado el 23 de septiembre de 1972 en The New York Times titulado: «Queens Woman Tied at Hearing to Concentration Camp Death».

[41] Correspondiente al artículo publicado el 26 de septiembre de 1972 en The New York Times titulado: «Queens Woman Called Second Cruelest at Camp».

[42] Extraído del libro The Last Eyewitnesses, escrito por Fay Bussgang.

[43] Testimonio de dos expresos de Majdanek ante la Corte del Condado de Lublin en 1947.

[44] Exrecluso del campo de concentración de Ravensbrück que testificó en el juicio por crímenes de guerra de Viena de 1949.

[45] Declaración de una vecina de Queens testificando en la audiencia de Nueva York en 1972.

[46] Testimonio de un exrecluso en Majdanek durante la audiencia celebrada en Nueva York en 1972.

[47] Extraído del libro The Outraged Conscience, donde el 21 de julio de 1978, Vincent A. Schiano explica el caso de Braunsteiner ante el subcomité.

[48] Artículo firmado por el periodista Julio Sierra.

[49] Declaración de Juana Bormann durante el juicio de Bergen Belsen en 1945.

[50] Extraído del libro The incomparable crime.

[51] Extraído del reportaje publicado por el diario La Vanguardia el 8 de junio de 2008 y escrito por Eduardo Martín de Pozuelo.

[52] Id. Ibíd.

[53] Declaración jurada de Juana Bormann extraída del Volumen II de The Belsen Trial. Trial of Josef Kramer and Forty-Four other.

[54] Extracto del libro Taterinnen. Frauen im Nationalsozialismus, de Kathrin Kompisch.

[55] Extracto del libro Genozid und Geschlecht, de Gisel Bock.